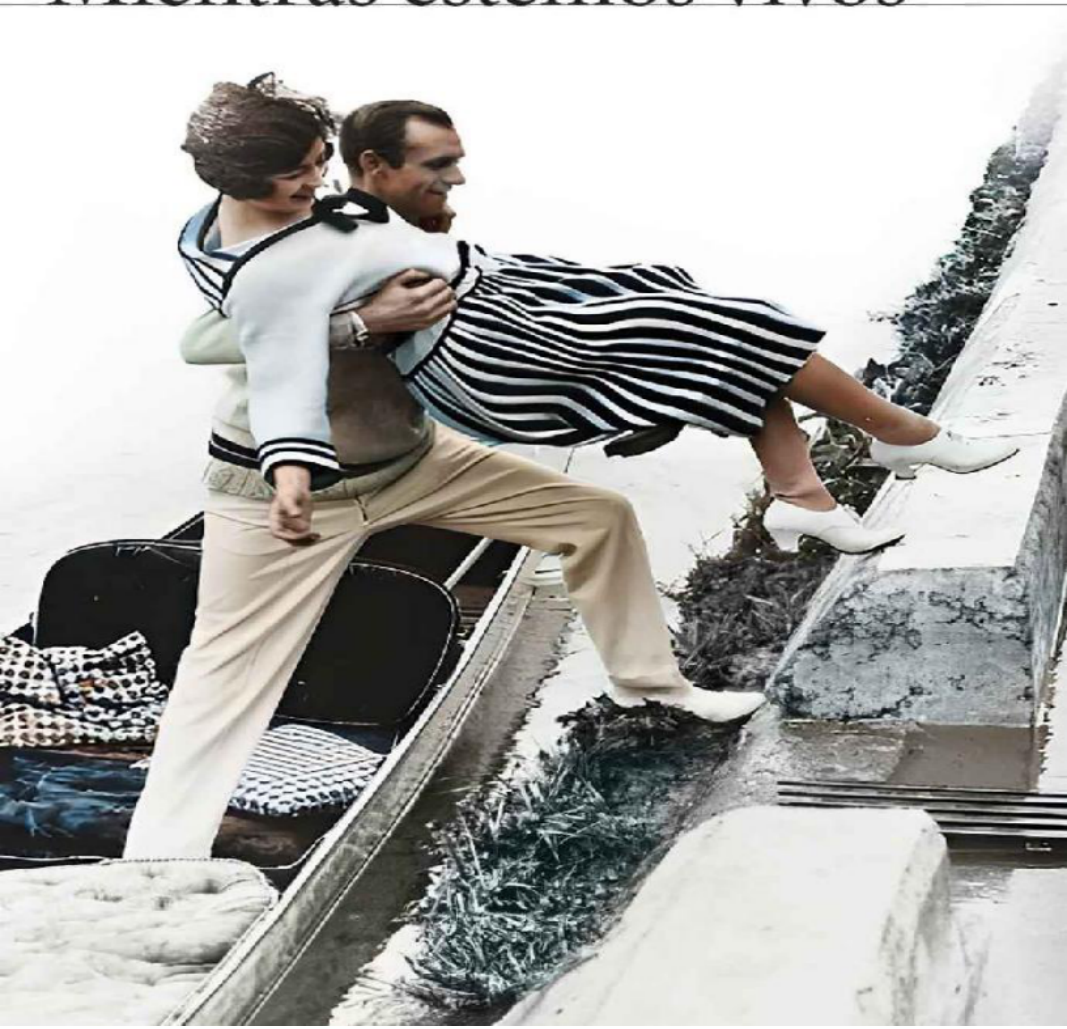
Seix Barral

David Safier

Mientras estemos vivos



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1997
1937-1938
1939-1945
1946-1951
1952-1957
1961-1963
1964-1966
1967-1976
1977-1984
1987-1992
1993
1994-1996
2005 EPÍLOGO
Referencias
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!
Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Nada hacía prever que un judío vienés, cuya familia pereció en el Holocausto, y una joven viuda de Bremen se encontrarían alguna vez, y mucho menos que se enamorarían y se atreverían a vivir juntos contra viento y marea. Cuando se conocen, Waltraut es ya viuda y Joschi tiene veinte años más que ella: a priori la situación no puede resultar más complicada, de modo que ella inicialmente lo rechaza. Pero él, acostumbrado a las circunstancias más adversas, se presenta en su puerta con una máquina de escribir bajo el brazo y el propósito de conquistarla. Desde ese momento, actuarán durante décadas como dos polos que se atraen y se repelen alternativamente: el amor que sienten ambos y su vida en común estarán marcados tanto por momentos vertiginosos como por dramáticos golpes del destino, desde la enfermedad o la pérdida de una hija hasta el peso insoportable de los secretos familiares de Joschi. ¿Cómo debe ser el vínculo entre dos personas para resistir todo esto?

Mientras estemos vivos

David Safier

Traducción del alemán por María José Díez Pérez

Con amor

1997

—¿Y si lo meto yo a él en la tumba de un empujón? —preguntó mi beoda madre tambaleándose.

Con «él» se refería al viejo rabino, que acababa de recitar la oración fúnebre, y con «tumba», a la tumba abierta de mi padre.

—¿Y si lo meto yo a él en la tumba de un empujón? —repitió, como si yo no la hubiera oído, y eso que la pregunta ni siquiera había pasado inadvertida al rabino, que por eso alzaba ahora la voz.

Rezaba en hebreo, un idioma que ni mi madre ni yo entendíamos. Probablemente tampoco los hombres de la antigua Unión Soviética, cada uno de los cuales había recibido unos pocos marcos para que diez judíos adultos pudieran constituir el necesario minián para recitar el kadish. La mayoría sostenía en la mano bolsas de la compra del Lidl llenas.

—¿Lo empujo? ¿Lo empujo? —Mi madre se situó detrás del rabino entre risitas.

Posiblemente pensara que a mi padre también le habría hecho gracia. Un rabino que acaba en la tumba sería algo muy acorde a su humor. Aunque era bisnieto de un respetado rabino de Brzesko y formaba parte de la junta directiva de la comunidad judía de Bremen, mi padre no había sido una persona especialmente religiosa. En 1946 incluso le dio una paliza a un rabino en Jerusalén. Sin embargo, no le habría resultado gracioso que su mujer hubiese metido al rabino en su tumba de un empujón en su propio entierro. Y las bolsas del Lidl le habrían exasperado.

El rabino fue rápido en su recitación. Al parecer calculó que el peligro de acabar peleándose con mi madre era grande. Y con razón. Le cogí la mano a mi madre y la alejé unos pasos. Marion, mi mujer, la agarró de la otra mano. Yo lo hice para controlar a mi madre; mi mujer, para consolarla. Y eso que nadie podía consolar a mi madre. Desde que había muerto mi hermana, hacía cuatro años, algo en ella

se había roto. Y, para más inri, ahora mi padre se había quitado la vida. Por amor a ella.

El resto del entierro transcurrió sin incidentes. Al acabar, el rabino se alejó de la tumba con semblante grave, sin pronunciar una sola palabra que pudiera reconfortarnos. Los judíos soviéticos a los que habíamos contratado se fueron con sus bolsas del Lidl. Y ahora junto a la tumba, a la que echaban tierra dos trabajadores del cementerio, nos quedamos solos nosotros tres. Mi mujer y yo queríamos volver con nuestro hijo de dos años, al que habíamos dejado al cuidado de una abuela-canguro del servicio Oma-Hilfsdienst. A la verdadera abuela del niño le pedí un taxi y le prometí pasarme a verla al día siguiente a las diez de la mañana, una hora a la que solo se habría tomado una o dos latas de cerveza.

—No se deberían traer hijos al mundo —afirmó de repente.

Comprendí el profundo dolor del que nacían esas palabras. Y mi mujer, que al fin y al cabo era madre de un niño pequeño y deseaba tener otro hijo, tampoco se lo tuvo en cuenta. No hicimos comentario alguno y acompañamos a mi agotada madre a la salida. El taxi ya había llegado, pero en lugar de subirse a él, me dijo en voz baja:

—Tu padre tuvo dos hijos ilegítimos. Uno en Viena y otro en Israel.

No me afectó, tan solo me pareció algo irreal.

—Su primera mujer y él eran muy amigos de un matrimonio en Haifa. Todo el mundo veía que el hijo de estos era de Joschi.

Era la primera vez que mi madre mencionaba delante de mí a la primera mujer de mi padre. De su existencia yo solo sabía por mi tío Charlie, que me había contado la gran persona que era Dora y que nunca había podido entender por qué mi padre la había dejado por mi madre.

Me paré a pensar: en 1939 mi padre logró escapar de Viena justo a tiempo. Un hijo suyo que hubiera nacido allí tendría unos treinta años más que yo y lo más probable era que, como le había sucedido a prácticamente toda la extensa familia de mi padre, hubiese muerto en el holocausto.

Mi madre se subió al taxi sin decir nada más. Yo repetí que nos veríamos al día siguiente, cerré la puerta y me quedé mirando el coche, que avanzó dando sacudidas por el adoquinado de la pequeña calle que discurría junto al cementerio.

¿Existirían esos hijos?

Mis padres nunca me habían contado nada de cómo era su vida antes de que naciese yo. Mi padre ni siquiera había dicho una sola palabra de sus padres. Incluso se me ocultó hasta mi vigésimo cumpleaños que mi hermana no era hija suya. Sin embargo, yo ya lo había averiguado por mi cuenta a los once años, cuando encontré en el armario de mi padre una caja de zapatos con postales de todo el mundo que había escrito cuando era marino e iban dirigidas a Waltraut y Gabi Kampe. Yo sabía que el apellido de soltera de mi madre era Behrens.

¿Le había confesado mi padre a mi madre lo de los hijos ilegítimos? ¿O tenía la información mi madre por mi tía y mi tío? ¿O se lo había inventado todo, como tantas otras historias que había ido contando a lo largo de su vida con tal intensidad que al cabo de un tiempo incluso ella misma había acabado creyéndoselas, sobre todo la de que era miembro de la nobleza?

¿Qué sabía yo de la vida de mis padres? ¿Aparte de que a menudo había sido terrible? ¿Y a veces maravillosa? ¿Y de que se querían?

1937-1938

La tarde que la pequeña Waltraut dio sus primeros pasos en una casita de clase obrera de Bremen, el joven Joschi estaba en la sala de teatro del hotel Stefanie, en la vienesa Taborstrasse, viendo una representación del Cabaré Político judío. En ese preciso instante su hermana, Rosl, presentaba en el escenario la última canción de la velada: «El ideal nazi es rubio como Hitler, delgado como Göring, bello como Goebbels y se apellida Rosenberg».

Los espectadores se rieron y cuando se escuchó la alegre melodía de *Habanera*, de la ópera *Carmen*, el sexteto empezó a cantar la popular canción *La culpa de todo la tienen los judíos*: «Si el teléfono comunica, la bañera pierde agua, si han calculado mal los impuestos que te toca pagar...».

Los cinco hombres y la pelirroja Rosl vestían de frac con pajarita, como los Comedian Harmonists, que a Joschi le parecían mucho más divertidos que los chistes políticos que contaba el grupo que ocupaba el escenario, en el que Rosl destacaba por su voz y su belleza. Él solo había ido a la actuación porque quería volver a ver a su hermana. Desde que el año anterior se había casado con un waterpolista mucho mayor que ella y se había marchado del pequeño piso que la familia Safier tenía en el número 23 de la Rotensterngasse, no se dejaba ver demasiado. Antes Joschi jamás habría pensado que llegaría a echar de menos a Rosl, con lo mucho que se habían peleado en el cuartito que compartían.

«De que la nieve sea tan blanca y además, según dicen, tan fría; de que en cambio el fuego sea tan caliente...»

Joschi no daba ni dos años al matrimonio con el jugador de waterpolo. Rosl enloquecería de aburrimiento tras el mostrador de Lamber, su tienda de artículos de deporte, cerca del mercado Naschmarkt, o el waterpolista la acabaría estrangulando, porque ella siempre se estaba quejando de algo. Puede que incluso ocurrieran

ambas cosas. Joschi era el único que aguantaba lo lenguaraz que era. Porque la quería. Igual que quería a sus padres. A su madre, Scheindel, que con severidad y con su deseo de que él tuviese una educación le había dado una dirección a su vida, aunque no siguiese precisamente a buen paso el camino previsto por ella. Y a su padre, Israel, que se había resignado desde hacía siglos a que su mujer, Rosl y él no le hicieran ningún caso.

Joschi quería a su familia como hasta el momento no había querido aún a ninguna muchacha. Y Rosl, de eso él estaba convencido, nunca podría querer más a un hombre que a sus sueños con los escenarios y con vivir en Palestina.

«Y aunque no lo creas, de todo eso son culpables. De todo, los judíos tienen la culpa de todo.»

La canción terminó y con ella la función, y el público aplaudió. El que más, Joschi. No porque le gustara la canción. No, sencillamente se le daba bien aplaudir. Le solían dejar entrar gratis a teatros y cabarés cuando lo hacía como parte de la claque. Por eso pasaba muchas tardes así. Aunque ya se sabía casi de memoria algunos textos de famosos cabareteros como Karl Farkas o Fritz Grünbaum, se partía de risa por décima vez con los juegos de palabras más tontos, como por ejemplo el de los acuerdos que se firmaron en Locarno: «Los Tratados de Locarno». «¿Quiénes eran esos a los que trataba? ¿Y de qué?»

Cuando los espectadores abandonaron la sala del hotel, Joschi fue a ver a su hermana, que lo recibió con una sonrisa radiante. El cabaré era su vida; el aplauso, su elixir. Cuando sonreía, Rosl era más guapa aún que de costumbre. A Joschi le costaba creer que fuese hija de su menuda y flaca madre y de su pálido padre, que tenía tan poco pelo que no había ninguna kipá lo bastante grande para taparle la calva. Su madre, Scheindel, había decidido algo tarde en la vida ser madre y, para tal efecto, se había casado con Israel Safier, cinco años menor que ella. Para alguna gente de Polonia, su país de origen, del que ambos habían huido a Viena antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, esa diferencia de edad entre hombre y mujer era inaudita.

Había momentos en los que el propio Joschi no se podía creer que sus progenitores fueran esos, siendo él un joven con tan buena planta. Eso era algo de lo que estaba convencido, pero que también explicaba el éxito que tenía entre las mujeres. Con el traje que le sentaba como un guante y que le había confeccionado su padre, la

cantidad adecuada de gomina en el pelo y la larga gabardina, que llevaba siempre salvo los días calurosos de verano como aquel, Joschi no parecía el judío pobre que era. O al menos eso pensaba él.

—¿Qué tal los estudios, Joschi? —preguntó Rosl.

Si bien los hermanos hablaban sobre todo en yidis con sus padres, entre ellos lo hacían exclusivamente en alemán. Se consideraban judíos de otra generación.

—Aburridos —repuso él.

—Dudo que deban ser divertidos.

—Pues sería mejor.

—Tienes que dejar de ser tan vago.

—¿Quién dice que soy vago?

—¿Es que no lo eres?

En ese punto a Joschi le habría gustado esgrimir mil argumentos que desmintiesen que era vago, pero lo cierto es que nunca había querido ser ingeniero civil. Tan solo era un destino mejor que ser sastre como su padre. Y con la decisión que había tomado había hecho feliz a su familia. Sobre todo a su madre, cuyo padre, Henoch Klapholz, incluso había sido alcalde en Brzesko, mientras que el padre de su padre, Israel, vivía como un vagabundo. Esto último los dos niños no lo habrían sabido nunca si su madre no se lo hubiera echado en cara a su marido durante un arrebato de ira.

Joschi y Rosl no habían conocido a ninguno de los dos abuelos, como tampoco a los dieciocho tíos y tías que seguían viviendo en Polonia y a la infinidad de hijos de estos. Las siguientes ramificaciones de la familia —ya solo el abuelo Henoch tenía siete hermanos— eran intrincadas para todos los interesados. Joschi y Rosl solo conocían a los parientes que también habían huido a Viena antes de los estragos de la Primera Guerra Mundial y a sus vástagos. Y solo esos ya eran bastantes.

Los padres se alegraron con la carrera que había escogido Joschi solo hasta que les empezó a preocupar cómo pagarían las elevadas tasas. El propio Joschi no contribuía mucho, se limitaba a entregar los pantalones y los trajes que su padre confeccionaba o arreglaba en la cocina del minúsculo piso, gracias a lo cual se ganaba una propinilla. Las tasas eran especialmente elevadas porque a Joschi, que había nacido en Viena, no se le consideraba ciudadano austriaco, sino polaco, como Rosl y sus padres. Y eso a pesar de que la región de la

que provenía la familia todavía pertenecía al Imperio austrohúngaro cuando habían emprendido su huida.

Si hubiesen sido austriacos, sin duda todos habrían tenido más suerte.

—No soy vago.

Rosl hizo una mueca de desdén que recordaba a una única persona en el mundo entero.

—Ahora eres como mamá —aseguró Joschi, y supo que de ese modo iba a sacar de quicio a su hermana.

—¡No soy como mamá! —se quejó ella, enfadada.

Era algo digno de ver. Joschi quería a su hermana, y también estaba bastante seguro de que ella lo quería a él, y, sin embargo, por lo general tardaban menos de un minuto en enzarzarse en una pelea. Cuando antes iban a quejarse a su madre —nunca a su padre— del otro, ella se limitaba a decirles: «Hoy abrazos y mañana porrazos», y, en efecto, los dos se aliaban para protestar y decirle a su madre que eso no era así.

—¿Tienes novia? —preguntó Rosl para cambiar de tema, y con ello asestó la siguiente puñalada, posiblemente a propósito.

—Ahora mismo no.

—Te hace falta una novia con la que dures más de una semana.

—¿Como tú con ese waterpolista viejo? —Ahora fue Joschi el que intentó jorobarla.

—El waterpolista se llama Paul y solo tiene treinta y siete años. Un poco de seriedad en tu vida te iría bien.

—Eres igualita a mamá.

La rabia hizo que Rosl se pusiera roja. Joschi esperaba que su hermana empezase a maldecir como un carretero, pero esta se limitó a decir:

—Venga, hasta luego, tengo que cambiarme.

Sin esperar a que él le contestase, Rosl se fue detrás del escenario. Lo cierto es que siempre era igual: él tenía ganas de verla, pero al final se separaban enfadados.

Cuando Joschi entró en la iluminada Taborstrasse, su humor mejoró en el acto. En las calles reinaba un gran bullicio; sobre todo había jóvenes, y también unos cuantos judíos ortodoxos parloteaban en la

acera. El sofocante calor de junio que había hecho ese día había dado paso a una agradable brisa; olía a las montañas, en las que Joschi no había estado aún. Se quitó la chaqueta, que se echó por el hombro con desenfado, y enfiló despacio la calle hacia la Rotensterngasse. Sus padres, que habían malvivido en Brzesko y Dębica respectivamente, sin agua corriente ni electricidad, no podían estar más agradecidos por ese piso en el que habían podido vivir con sus hijos. Cuando Rosl se quejaba en su adolescencia de que el *goi* del piso de abajo utilizaba demasiado tiempo el retrete que había al fondo del pasillo, su madre siempre le recordaba la cantidad de judíos que habían huido del este y vivían en chabolas cerca del parque de atracciones Prater. Y que Rosl podía considerarse afortunada por que se le permitiese ir a la escuela y por que Joschi pudiera incluso estudiar bachillerato. Que Rosl se tenía por bastante más inteligente que su hermano y habría querido estudiar bachillerato en su lugar era algo que solo se había atrevido a decir una vez, a la tierna edad de once años. Después su madre, Scheindel, le dio una buena zurra.

En bachillerato, aunque no era muy aplicado, Joschi sí fue lo bastante listo para aprobar sin hacer un gran esfuerzo. Cuando solo faltaba un año para que finalizara, sin embargo, estuvieron a punto de expulsarlo por hacer novillos en repetidas ocasiones —una vez, el bedel incluso lo pilló por casualidad en la piscina—, pero Scheindel le explicó al director en yidis que, aunque su hijo era imbécil, una bofetada de su madre era mejor que arruinarle la vida. Habló en yidis porque en su lengua materna echaba pestes mucho mejor, como podía atestiguar cada pocos días media Rotensterngasse. Su voz llegaba al menos hasta el número 9, donde las putas bohemias y chechenas vivían con cerdos, tanto reales como humanos.

—¡Suéltame, estúpido! —oyó decir Joschi en la otra acera a una mujer en dialecto vienés. No parecía muy lista y era muy gorda.

Ante ella había un hombre que parecía un oso con grandes zarpas.

—¿Qué es lo que me has llamado? —preguntó el oso en tono amenazador.

—Estúpido, pedazo de memo.

Y el hombre le dio un bofetón a la mujer sin pestañear.

A Joschi lo asaltó la ira. ¡A una mujer no se le pegaba! Ya lo llamara a uno «estúpido», «memo» o «imbécil».

La gorda se cayó, se golpeó la rodilla y empezó a lanzar alaridos. Joschi miró a su alrededor: ninguno de los transeúntes acudía en ayuda de la mujer. Al contrario, todo el que se acercaba se cambiaba de acera. El oso se inclinó sobre la mujer, la agarró por el cuello del vestido y le dijo:

—Vieja chocha, levanta o te sacudo el polvo.

Si Joschi no ayudaba a la mujer, nadie lo haría. Por supuesto que se le pasó por la cabeza que no tenía mucho que hacer contra semejante animal, pero ¿acaso tenía elección? A fin de cuentas, no podía quedarse mirando sin más. De manera que cruzó la calle corriendo, se abalanzó contra el hombre y lo tiró al suelo. El oso estaba tan sorprendido que en un primer momento ni siquiera reaccionó. Quien sí lo hizo fue la mujer, que a pesar de que la rodilla le sangraba se puso de pie a la velocidad del rayo:

—¡Deja en paz a mi hombre! —exclamó, y empezó a golpear a Joschi con las dos manos.

Él intentaba esquivar los golpes de la mujer y se protegía la cara con los brazos, por eso no vio que el oso, que para entonces ya se había levantado, tomaba impulso para asestarle un certero puñetazo. Joschi se mareó. Intentó mantenerse en pie, pero le llegó otro, esta vez en el pómulo. A continuación cayó al suelo, y la mujer le dio unas patadas en el estómago. Después le gritó: «Ahí te quedas, con la jeta hecha un Cristo», y se fue con el oso.

«Hoy abrazos y mañana porrazos», pensó Joschi mientras seguía retorciéndose en la acera.

—Vaya, eres todo un héroe —oyó que se burlaba amablemente una voz de mujer.

Joschi intentó levantar la vista, pero todo le dolía demasiado para poder abrir los ojos como era debido.

—Venga, que te ayudo.

Distinguió desdibujada una mano extendida y la agarró. Ese fue su primer contacto físico con su primer gran amor.

La que lo ayudó a levantarse era una joven morena, y Joschi pensó que se parecía a la estrella del cine Hedy Lamarr, la judía más bella de Viena. Aunque Rosl opinaba que Lamarr no era ni la mitad de guapa de lo que pensaban todos y que, además, era una traidora. Lamarr se había convertido al cristianismo para casarse con un traficante de armas cuya casa frecuentaban incluso Mussolini y Hitler.

Sin embargo, era la mujer de los sueños de Joschi desde que con quince años se coló en el cine para ver la escandalosa película *Éxtasis*, en la que Lamarr interpretaba un orgasmo. Dicho sea de paso, Rosl también opinaba que a los chicos como Joschi y a los hombres en general no les incumbían esas cosas de mujeres.

Y ahora una criatura encantadora, que en belleza nada tenía que envidiar a Lamarr, sostenía su mano. Tenía unos preciosos ojos castaños, que irradiaban vida, el izquierdo incluso con una pincelada verde. El mentón era puntiagudo, un rasgo especialmente distintivo de su rostro. Llevaba un vestido de verano azul de la tela más exquisita y una sencilla cadenita de oro con la estrella de David. Y cómo olía, a rosas, ¿o eran orquídeas? La semana anterior había olido orquídeas en el jardín botánico de la universidad. Todo en ella irradiaba prosperidad y, de pronto, Joschi fue consciente de que él parecía un judío pobre.

—¿Todavía te duele? —preguntó la morena, a la que Joschi ya llamaba Hedy para sus adentros.

Le dedicó una sonrisa entre compasiva y divertida por su «heroicidad». Después le soltó la mano. A Joschi le habría gustado volver a agarrarla de inmediato.

—He encajado golpes peores —respondió Joschi, que nunca había tenido que encajar un golpe ni remotamente parecido.

—Vaya, menos mal —repuso Hedy, risueña, y dio media vuelta para marcharse.

—¿Ya te vas? —Para su propio asombro, a Joschi le horrorizó la idea.

—Eres un lince.

—Te puedo acompañar.

Hedy se rio.

—¿Por qué te ríes?

—¿Es que me quieres proteger?

—Pues claro.

—¿Como a la mujer esa hace un minuto?

A Joschi le dolió el comentario.

—Sé cuidar de mí misma —aseguró Hedy, y echó a andar hacia el Danubio.

Joschi le dio alcance en el acto.

—Pero no tienes por qué hacerlo.

—Eres un judío terco.

—Galante.

—Estoy con un hombre —afirmó Hedy.

—No veo a ninguno.

—Pues es así.

—Entonces ¿dónde está?

—Ha ido a llamar por teléfono un taxi. Yo quería fumarme un pitillo antes, pero no he tenido ocasión. Por ti. —Hedy sacó un cigarrillo de su bolso rojo.

A Joschi fumar nunca le había parecido atractivo, y además era caro, pero ahora le habría gustado llevar encima un pitillo para fumárselo con esa maravilla de mujer. O al menos cerillas, para darle fuego.

Naturalmente, ella tenía un exquisito encendedor de oro.

—Yo nunca te dejaría sola —aseguró, dándose tono, Joschi.

Hedy lo miró como si le gustara la promesa y dijo, casi con ternura:

—Sí que eres un judío galante.

Joschi sonrió.

—O uno que hace promesas falsas.

—¡Yo nunca hago promesas falsas! —exclamó él indignado.

Ahora Hedy parecía divertirse de nuevo.

Junto a ambos se detuvo un taxi, la puerta de atrás se abrió y un hombre rubio con un traje caro dijo desde el asiento trasero:

—Sube, Ruth.

A Joschi le pareció que Hedy era un nombre mucho mejor para esa criatura fantástica. Ruth sonaba demasiado a solterona.

—Hasta otra, judío galante.

—¿Nos volveremos a ver?

—¿Me quieres volver a ver?

—¿Mañana a las siete de la tarde a la entrada del Prater?

—¡Ruth! —exclamó el hombre.

—Héroe valiente, quiero que sepas que alguna tarde de este verano estaré a las siete a la entrada del Prater.

Tras decir eso, se subió al taxi, que se alejó a toda velocidad.

Joschi lo siguió con la mirada. Hasta que el taxi cruzó el puente sobre el Danubio. Hacia el mundo de los cristianos y los judíos ricos. Y él se preguntó cuántas tardes tendría que esperar a la entrada del

Prater.

El último día de verano, Joschi se dirigía hacia el Prater con Dubravka, una bohemia que no era tan elegante como Hedy pero que tenía un generoso busto. Doce días seguidos había estado esperando a Hedy a las siete de la tarde, después le pareció demasiado estúpido. Unos días más tarde, no obstante, había pasado por delante del Prater a esa hora y había intentado convencerse de que solo daría un rodeo para respirar un poco de aire puro. Y ahora el verano había terminado, el semestre había vuelto a empezar y los estudios se le antojaban más aburridos aún que hasta entonces. Joschi quería distraerse. Dubravka le sirvió un vino joven en Oberlaa y desde el primer momento pensó que Joschi era guapo, cuando lo vio durante una excursión con su compañero de estudios, Otto, sentado en el banco de madera, le hizo unos cumplidos que no había oído hasta entonces —«Tienes los hoyuelos más bonitos del mundo»— y le dio una propina generosa. Rosl siempre decía que Joschi no sabía manejarse con el dinero. Cuando oía este reproche, Joschi siempre respondía: «Lo gasto en cosas que son importantes en la vida». Y eso, ese día, era una camarera bohemia.

En ese momento Dubravka señalaba ilusionada la noria cuando Joschi vio a Hedy en la entrada. ¿Qué se creía? ¿Que iba a dejar plantada a la bohemia y correr alegremente con ella, eternamente agradecido de que su alteza se dignara a recibir en audiencia al pobre judío?

Disimulando el rencor que sentía, fue hacia Hedy, firmemente decidido a pasar por delante de ella con Dubravka del brazo sin prestarle ninguna atención y a disfrutar de una tarde estupenda sin ella. Pero, justo cuando lo iba a hacer, Hedy dijo: «He estado aquí tres veces a las siete. ¿Dónde estabas tú, héroe?».

Joschi ya ni veía a Dubravka.

En lugar de entrar en algún sitio a tomar algo y gastar dinero —estaba claro que para Hedy era sumamente importante no dejarse invitar por Joschi—, pasearon juntos y Joschi le contó sus mejores anécdotas del Prater: que de pequeño, en la noria, intentaba escupir a las personas

que pasaban por debajo y que consiguió darle precisamente al operario de la noria. Que en primavera dirigió una de las orquestas femeninas con un pretzel, sin tener la menor idea de música, claro estaba, pero las señoras siguieron la broma y la cervecería entera se puso a bailar, hasta que su compañero Otto se cayó de la mesa y se rompió el tobillo, lo cual enturbió un poco el buen ambiente. Por supuesto, Joschi contó también su anécdota preferida: que con catorce años vio una carpa negra en la que ponía en grandes letras escarlata: LA VIENA NOCTURNA. Como cualquier muchacho de esa edad, Joschi quería ver a las mujeres, con suerte desnudas pero sin duda al menos medio desnudas. De manera que pagó la entrada y entró en la oscura carpa con el corazón acelerado. Tras dar los primeros pasos oyó una voz que decía: «Siga adelante». Joschi obedeció, incitado continuamente por la voz. Durante tres minutos, por lo menos. Pero la oscuridad persistía, no se veía una sola mujer desnuda, ni medio desnuda siquiera. Apenas se escuchaba música de un gramófono. Entonces, de pronto, Joschi vio luz. No la de una lámpara bajo la que se desperezaba una dama, sino tan solo la luz del día, que entraba por una rendija de la carpa. La voz dijo: «Adelante, adelante». Joschi fue hacia la luz y comprendió, decepcionado, que la rendija era la salida, apartó la lona y salió. Allí había un hombre casi desdentado que le susurró en un cerrado dialecto vienés: «Cierra el pico y no digas nada. Esta es una buena broma para los jovenzuelos, ¿no te parece? No querrás que crean que eres tonto».

—¿Y tú vas y me lo cuentas? —Hedy sonrió a Joschi allí donde en su día se alzaba la carpa y ahora había una barraca de tiro.

—Bueno, ya no tengo catorce años.

—Gracias a Dios, porque entonces me las tendría que ver con la policía.

El comentario hizo reír a Joschi. Hasta entonces la única mujer que había sido capaz de hacerlo reír era Rosl.

Ah, esperaba que Hedy no fuese tan peleona como su hermana.

Después de quemar el cartucho de las anécdotas del Prater, Joschi estimó que había llegado el momento de hacerle un cumplido a Hedy. Pero ¿cuál? Era tan distinta de las demás mujeres que difícilmente podía soltarle un: «Tienes los hoyuelos más bonitos del mundo». Aunque los tenía. Y también los ojos más bonitos. Y el pelo, las piernas... A los pechos Joschi no se atrevió a mirar. Recordó el

mejor consejo que le había dado Rosl para tratar a las mujeres: «Mejor que hacerles cumplidos es escucharlas». Normal que a Rosl le gustara eso; siempre quería que la gente escuchara su verborrea y seguro que su jugador de waterpolo tenía que hacerlo más de lo que querría. Sin embargo, a lo largo de los años, Joschi había constatado que, en efecto, las muchachas apreciaban que uno se interesase por ellas. O que al menos fingiese hacerlo. Por ejemplo, mientras iban dando un paseo desde la estación del tranvía hasta el Prater, le preguntó a Dubravka por sus sueños, pero se arrepintió deprisa de haberlo hecho, porque ella le habló de tener una gran familia, cinco hijos por lo menos. Otro motivo por el que había sido buena idea dejar plantada a la bohemia.

No daba la impresión de que Hedy quisiera tener hijos.

—¿Cuáles son tus sueños? —inquirió Joschi.

—Vaya, conque eres curioso.

—También puedo preguntar otra cosa: ¿qué haces?

—Nada.

—¿Nada?

—Después de terminar el bachillerato estuve un año viajando. París, Londres, Boston... ¿Por qué pones esa cara?

De pronto Joschi se sintió muy pequeño, pero se controló e hizo de la necesidad broma.

—Yo también he viajado.

—¿Ah, sí?

—Con la escuela fuimos de excursión a los bosques de Viena.

—Por el Prater pasean dos ciudadanos del mundo —rio Hedy.

Joschi también se rio y después preguntó:

—Y, ahora, ¿qué tienes en mente, seguir sin hacer nada?

—Mi madre quiere que sea médica, como mi padre.

—¿Y?

—Mi padre lo último que quiere es que sea médica.

—¿Y qué quiere tu padre?

—Que me case bien.

—¿Con el rubio del taxi?

—A mi padre no le hace nada de gracia.

A Joschi le gustó eso.

—¿Por qué no?

—Trabaja de secretario del canciller Schuschnigg.

—Probablemente tu padre tenga miedo de que dentro de poco Hitler lo deje sin empleo.

—¿Es que no lo tenemos todos?

A Joschi no le gustaba pensar en política, agriaba el humor.

—Quiero escribir novelas —afirmó Hedy.

—Vaya.

Joschi no pudo evitar pensar en Esther, que iba a su clase en el instituto Zwi Perez Chajes. Había escrito relatos de Palestina y de que allí nacería un Estado judío. Pero, aunque siempre hablaba de emigrar, Esther seguía viviendo en el barrio de Leopoldstadt y trabajaba en una papelería. Joschi no veía a Hedy escribiendo relatos de sionistas que cultivaban el suelo del desierto.

—¿«Vaya»? ¿Es todo lo que tienes que decir? ¿No me crees capaz? —Hedy sonrió como si la reacción de Joschi no le importase.

—Te creo capaz de todo lo que te propongas —repuso él, en honor a la verdad.

—Haces bien —contestó ella, y se rio y le dio un beso en la mejilla.

El primer beso de verdad llegó cuando los dos compartían un algodón de azúcar. Joschi tenía un poco de la pegajosa masa en el borde de los labios y Hedy se ofreció a quitárselo. A Joschi le pareció que, en comparación con ella, el mariscal Blücher en la batalla del Katzbach parecía un grandísimo inseguro.

Cuando el sol se puso, entraron en una vivienda noble en la Ringstrasse. Los padres de Hedy habían ido a Salzburgo a un congreso de medicina. En el gabinete, en el que de toda la familia solo podía entrar el padre, Hedy enseñó a su visita cómo se servía un coñac y se fumaba un habano. Joschi no pudo evitar toser mucho y ella, reírse más aún de ello.

Poco antes de medianoche le enseñó su habitación.

Qué maravilloso final de verano.

Precisamente en el cumpleaños de Joschi, Hedy quería presentarle por fin a sus padres. La perspectiva de pasar la tarde de esa manera no hizo estallar exactamente en júbilo a Joschi. Tanto más cuanto que

debido a ello no podría pasar el cumpleaños que compartía con su padre —ambos habían nacido el 1 de febrero— como de costumbre en el café Central, comiendo deliciosas tortitas. Además, intuía que esas personas acomodadas no le darían el aprobado si ni siquiera el secretario del canciller, del que Hedy se había librado tras la segunda cita amorosa con Joschi, era lo suficientemente bueno. Hedy le había advertido que ahora su padre solo hablaba de política y que su madre era un manojo de nervios desde que alguien había escrito «JUDÍO» en la puerta de la consulta.

A ese respecto, Joschi ya estaba acostumbrado a algunas cosas. En la universidad técnica a la que asistía, los miembros de la fraternidad cantaban cada vez más a menudo canciones antisemitas cargadas de odio y, aunque por ese motivo a Joschi le habría gustado pegarse con ellos, seguía como tantos estudiantes judíos el consejo que le habían dado sus padres e intentaba no llamar la atención. Rosl, en cambio, pensaba que ese consejo nunca había ayudado a los judíos y se había comprometido con Betar, el movimiento juvenil en el que adiestraban a los judíos para la futura vida en Israel. Y no aprendían únicamente hebreo —Joschi ya había estudiado esa lengua en el bachillerato— o a cultivar la tierra, sino también a utilizar armas. Por si las moscas, Joschi no hablaría de su hermana a los padres de Hedy, ya que por lo general los judíos cuyas familias llevaban viviendo en Viena desde hacía generaciones despreciaban a los sionistas.

De haber dependido de Joschi, habría pasado su cumpleaños a solas con Hedy. Pero no sirvió de nada, amaba a esa mujer y partía de la base de que ella también lo amaba a él, aunque no se lo hubiera dicho aún. Ya lo haría, uno no podía guardarse el amor dentro para siempre. Solo tenía que superar esa tarde. Además, sería un camino de rosas en comparación con el desafío que suponía presentar a Hedy a su madre, algo que tendría que hacer en algún momento, ya que para ella ninguna chica podía ser lo bastante buena para él, mientras que el jugador de waterpolo que se había casado con Rosl había sido un regalo de Dios.

El tiempo era frío y húmedo y, cuando llegó a la Ringstrasse, Joschi estaba helado a pesar de la gabardina que llevaba, con la que parecía un gánster salido de una película norteamericana en lugar del hijo de un sastre o, para ser más exactos, el hijo del particular sastre que era su padre. Hedy lo estaba esperando a la puerta. ¿Llegaba

tarde? Se miró el reloj de pulsera, regalo de sus padres al terminar el bachillerato para que al menos no llegara siempre tarde a la universidad. Era entrañable que sus padres pensaran que eso dependía de un reloj. Llegaba a tiempo. Incluso cinco minutos antes, para poder fumarse antes un pitillo que le templase los nervios. Hedy lo había incitado a adquirir ese vicio tras una cita en los bosques de Viena y, desde entonces, cada cigarrillo también era un recuerdo de esa maravillosa excursión al bosque.

Cuando Joschi llegó hasta donde estaba ella e iba a preguntarle por qué había salido sin abrigo con el tiempo que hacía, Hedy se encendió un pitillo y se apartó de él. Era como si no quisiese que la tocara. Parecía inquieta y Joschi de pronto se temió lo peor, sin que tuviese idea de lo que podía ser.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Hedy no contestó.

Joschi quería abrazarla, pero ella se lo impidió.

—¿Qué te pasa?

—Estoy embarazada.

A Joschi se le encogió el estómago.

—¿Embarazada?

—A eso me refería cuando he dicho «embarazada».

A esas alturas, toda Viena hablaba de cómo cambiaría la vida cuando —ya no era «en caso de que»— llegaran los nazis y, en ese instante, la de Joschi ya era distinta.

Lo de cenar con los padres de Hedy ya no entraba en consideración. Ella apagó el cigarrillo, decidió que les diría a sus padres que Joschi tenía una indigestión y, sin añadir nada más, entró en casa. Si Joschi no hubiese estado tan abrumado, probablemente se hubiese dado cuenta de que ella lo estaba mucho más aún. Pero, tal como estaba, se limitó a quedarse allí plantado, aturdido: necesitaba ayuda. Alguien que lo ayudase a salir de alguna manera de esa situación, a cuya altura no estaba. O alguien con quien se pudiera emborrachar. Con su compañero Otto siempre se podía contar para darse a la bebida, pero querría saber todos los detalles de las relaciones que mantenía con Hedy, que Joschi le ocultaba, a diferencia de los pormenores de sus amoríos previos.

¿Hablar con su padre?

¿El día en que ambos cumplían años?

Bonita celebración. ¿Y qué consejo le podía dar, si él era mucho mayor cuando supo que nacería Rosl y vivía en un pequeño *schtetl* polaco, no en una metrópoli que corría el peligro de caer en manos de los nazis? Y su madre solo le lanzaría reproches, puesto que ahora tendría que dejar los estudios y, de ese modo, todos los esfuerzos que habían hecho para que él tuviera una vida mejor habrían sido en vano. Podría haber sido un ciudadano respetado, como lo había sido su padre, Henoch, en Brzesko. Bueno, quizá no tan respetado, pero da igual.

Joschi sintió que se le formaba un nudo no solo en el estómago, sino también en la garganta. Tenía que hablar con alguien. Pero ¿con quién? ¿Con quién? ¿Con quién?

Rosl.

Cuando no había nada que hacer, Rosl era la persona indicada.

Entendería el miedo que sentía él al verse ante tamaña responsabilidad. El jugador de waterpolo la importunaba para que tuvieran un hijo de una vez y ella siempre le respondía con un corte de mangas.

Joschi corrió a la tienda de artículos de deporte que tenía su cuñado, ya que estaba más cerca que su casa. Aunque ya debía de estar cerrada, quizá Rosl aún estuviese haciendo caja.

Joschi corrió y corrió hasta que no pudo más y luego siguió caminando sin aliento. Pasó por el Naschmarkt y desde allí tomó una bocacalle para llegar a Lamberg, donde todavía había luz. La puerta ya estaba cerrada, pero él dio unos golpes en el escaparate. Rosl, que en ese momento estaba colgando raquetas de tenis, miró hacia él y, pese a su enérgico martilleo, terminó lo que estaba haciendo con su santa calma y solo entonces abrió la puerta.

—Ha pasado una cosa —anunció un jadeante Joschi.

—No es papá, ¿no?

—No, no...

Rosl se sintió aliviada. Aunque era dura de pelar y solo exteriorizaba sus emociones cuando podía darles rienda suelta en el teatro, siempre se preocupaba cuando se trataba de la salud de su padre. Y eso que, a excepción de un único desmayo que había sufrido el año previo, nunca había dado motivo para tal cosa. El asma que

padecía su madre, en cambio, nunca había despertado en ella una sola reacción compasiva.

—¿Está tu jugador de waterpolo? —quiso saber Joschi, que ya había recuperado un poco el aliento.

—Paul —Rosl recalcó el nombre con voz alta y clara— está entrenando al equipo de primera.

—Bien.

—Bueno, ¿qué te pasa?

Joschi le habló de Hedy, de cuya existencia Rosl no sabía nada hasta ese momento, después le contó que estaba embarazada y acabó diciendo que ahora su vida había terminado. También Joschi tenía cierta vena teatral, aunque, a diferencia de su hermana, no era consciente de ello.

Rosl lo miró con cara seria. Joschi se esperaba un sermón, escuchar que tendría que haber ido con cuidado, y se preparó para responder a sus refunfuños con un arrebato propio. Ya se veía saliendo de la tienda dando un portazo para acabar emborrachándose con su compañero de estudios cuando Rosl, con un tono sereno y grave, dijo:

—No eres el primero al que le pasa. Y tu vida no ha terminado. Así que haz el puñetero favor de calmarte, asume tu responsabilidad y saca el mejor partido posible de la situación. Muchos otros han sido capaces.

—¿Con esos otros te refieres a papá?

—¿A quién si no? —replicó Rosl con una sonrisilla.

Joschi no pudo evitar reírse. Era el mejor sermón de su vida.

Joschi estaba en medio de la multitud que vitoreaba al Führer, Adolf Hitler, que iba camino de la Heldenplatz bajo un sol radiante. Había hombres encaramados a árboles aún pelados, niños que agitaban banderines con la cruz gamada, y daba la impresión de que toda Viena, a excepción de los judíos, se había engalanado. Desde que el canciller Schuschnigg presentara su dimisión, el *goi* que vivía en su edificio en la Rotensterngasse llevaba un brazalete con la cruz gamada y ya no saludaba a la familia Safier cuando se cruzaban en la escalera.

Mientras que todos los judíos que conocía Joschi se habían quedado escondidos en casa, él se había propuesto ver a Hitler. Hedy había dicho que estaba loco; sin embargo, tenía demasiadas náuseas

para retener al padre de su hijo, que hasta el momento no le había propuesto matrimonio. La esperanza que abrigaba Joschi de que el padre de Hedy los ayudara hasta que él terminase sus estudios la truncó el orgulloso hombre. Aunque la madre de Hedy le había prometido que no tenía de qué preocuparse, pues ella ablandaría a Benjamin, de eso ya hacía algunas semanas.

Para Rosl el asunto estaba claro: el viejo no quería que le recordasen que para los austriacos era tan judío como ellos. La idea de que un nieto suyo fuera a ser medio polaco después de que él, sus padres, sus abuelos y sus bisabuelos hubiesen logrado hacerse un sitio entre la alta sociedad austriaca a base de duro trabajo se le antojaba sencillamente insoportable.

A Joschi le daba lo mismo lo que al padre de Hedy le resultaba o le dejara de resultar insoportable. El hombre le cerraba una salida al dilema que cada vez le oprimía más la garganta. Por el día Joschi era capaz de convencerse de que encontraría una solución, pero había noches en vela en las que deseaba, aterrorizado, que Hedy perdiera al niño. Después la opresión desaparecía y él podía volver a respirar con normalidad. Se avergonzaba profundamente de pensar algo así. Y se despreciaba por no poder reprimir esos pensamientos en sus horas más sombrías.

Cuando pasó por delante la limusina abierta en la que iba Hitler, Joschi no lo pudo ver: estaba demasiado atrás; tampoco oyó a los soldados que desfilaban ni vio sus banderas y estandartes. Sin embargo, los hombres que lo rodeaban gritaron con más alegría que en un partido de fútbol, las mujeres estaban en un éxtasis como el que él solo había visto una vez, cuando Willi Forst pisó la alfombra roja en el estreno de *El vals del rey* mientras lanzaba besos. Solo que ahora las mujeres parecían más amenazadoras. Como si, de recibir la orden, fuesen capaces de despedazar a Joschi. Así y todo, se sorprendió queriendo participar del júbilo de la gente. Dejándose llevar por la masa. Sería maravilloso formar parte de esa multitud. Poder celebrar a voz en grito la dicha inconmensurable que sentían los vieneses debido a la anexión. Joschi nunca había sentido con tanta intensidad el deseo de encajar. Y nunca se había sentido tan solo en su Viena.

Joschi y Hedy estaban sentados en la escalera exterior de la casa de

ella, fumando. Ese tibio día de primavera lloviznaba, pero aunque hubiese lucido un sol radiante ella habría tiritado por dentro. Los nazis habían humillado a Hedy y a sus padres. La familia, junto con otros judíos acomodados, se había visto obligada a limpiar con cepillos de dientes los adoquines de la bocacalle, aguantando el griterío y los insultos del vecino, el carnicero, la panadera e incluso algunos pacientes de su padre. A uno de ellos el médico le había salvado la vida tras sufrir un infarto. Ahora le escupía.

A la familia de Joschi no le había ido tan mal desde la anexión. En la tienda de artículos de deporte Lamberg todavía no habían hecho ninguna pintada. Tal vez, bromeaba Rosl, a esas alturas los nazis se hubiesen quedado sin pintura. Aunque el *goi* que vivía en la casa exhibía con orgullo su brazalete con la cruz gamada, aún no había insultado ni pegado a nadie. Para entonces a los austriacos les estaba permitido dar palizas a sus vecinos judíos sin recibir castigo por ello. Por la escalera, su madre y su padre bajaban la vista cuando se cruzaban con el vecino, y también Joschi evitaba mirarlo. No por miedo, sino porque después de lo que les habían hecho los nazis a Hedy y a sus padres le habría dado un bofetón a aquel tipo.

—Mis padres y yo nos vamos a París —anunció Hedy entre calada y calada del cigarrillo.

Hasta entonces ninguno de los dos había hablado apenas.

—¿Tenéis visados?

—Nos han costado los mejores anillos de mi madre.

—¿Podéis conseguir más?

—Mi padre dice que necesitamos todas las joyas para sobrevivir en París.

—¿Es que se lo has preguntado?

—Mi madre y yo podríamos convencerlo para que pudieras venir tú.

—Hazlo.

—¿Abandonarías a tus padres?

Joschi no sabía qué era más mezquino: dejar sola a su familia en Viena o a su futura esposa y al hijo que estaban esperando en París. Dio una calada profunda al cigarrillo y sintió el humo hasta lo más hondo de sus pulmones con la vana esperanza de hallar la respuesta correcta.

—También hay otra solución —dijo en voz baja Hedy.

—¿Cuál?

Hedy no contestó.

—Di.

Ella levantó el rostro para que le diese la fina lluvia. ¿Querría separarse de él? ¿Es que ya no lo amaba? ¿Lo había amado alguna vez? Rosl pensaba que Hedy solo había empezado a salir con él para provocar a su padre.

A veces Rosl decía estupideces como esa.

¿Amaba él a Hedy?

Joschi escuchó a su corazón.

Sí, la amaba. El embarazo y los nazis habían interferido en lo que sentía por ella, pero los sentimientos seguían ahí. ¿Y si la convencía de que se quedara en Viena? ¿Con él? ¿Allí? ¿Sin poder ofrecerle nada? ¿Sin poder protegerla? ¿Era esa la otra solución a la que se refería Hedy? Pero no se le podía hacer eso a la mujer a la que uno amaba.

Iba a darle un beso en la mejilla cuando ella se explicó:

—Que me deshaga del niño.

Joschi enfiló la Taborstrasse como atontado, dejando atrás los teatros, en los que ya no se permitía que los judíos actuasen. ¿A qué cabarés y teatros se iría aún si se quería ver algo bueno? ¿Recitaría Hans Moser monólogos en el escenario, por ejemplo? A decir verdad, ¿cómo le iría al actor, al ser su mujer judía? La estrella cinematográfica Heinz Rühmann había abandonado a la suya. Joschi no quería pensar que Moser fuese un cobarde como el alemán.

Y eso que él mismo lo era, se dijo Joschi. No le había pedido a Hedy que no se deshiciera del niño. Solo le había ofrecido acompañarla a ver al amigo de su padre que practicaría el aborto. Como si eso fuese propio de un caballero.

Ella había rehusado.

Los dos habían permanecido allí un rato en silencio. Después Joschi tenía que volver a casa antes de que oscureciera, ya que lo contrario era demasiado peligroso para un judío. No se habían despedido como antes, con un beso. Solo se habían abrazado. Como compañeros de infortunio cuyos caminos se fuesen a separar. Acordaron verse por última vez a finales de la semana, antes de que Hedy partiera a París.

Joschi se preguntó si debía hacerle algún regalo de despedida.

Despedida.

De Hedy, que no lo amaba. Y de un niño al que ninguno de los dos amaba.

Joschi se detuvo. Esta vez no era el estómago lo que tenía encogido, como el día que supo que Hedy estaba embarazada, ni tampoco la garganta, sino el corazón.

Los dos le estaban negando la vida a una criatura.

La decisión la había tomado Hedy, pero él no había hecho nada para disuadirla. Como el perro miserable que era, durante un breve instante incluso se había sentido aliviado.

Henoch.

Por la cabeza se le pasó ese nombre para ese niño que aún no había nacido y hasta el momento era irreal para él. A su madre, que no sabía nada del niño y ya no lo sabría, le habría gustado.

Si alguna vez tenía un hijo, lo llamaría Henoch.

Y si era niña, Rosl.

El fin de semana fue a ver a Hedy, como habían quedado. Para que se acordara de él, quería regalarle el mejor encendedor que había podido encontrar en los estancos de Leopoldstadt. O al menos el mejor que se había podido permitir.

Joschi llamó al timbre. No abrió nadie. Llamó otra vez. Y otra. Decidió esperar. Al cabo de media hora llegó una vecina, que lo echó de la escalera y le advirtió que se llevara las tres colillas que había dejado. Le habría gustado preguntarle si era una de los cerdos que habían estado dando gritos de júbilo cuando obligaron a Hedy a limpiar la calle de rodillas. En cambio, prefirió preguntar si había visto a la familia, y la respuesta que recibió fue que habían dejado la casa hacía dos días con todas sus pertenencias.

Era evidente que Hedy le había dado una fecha errónea. ¿Habría más mentiras? ¿Con respecto al aborto? No, seguro que no. Y, sin embargo, para su propia sorpresa, una pequeña parte de Joschi confió en que el niño siguiera con vida.

Tres semanas después recibió una postal de París. Dos líneas. Hedy

estaba bien. Y el procedimiento había sido un éxito. Que te vaya bien. Ponte a salvo.

Joschi metió la postal en el cajón de su mesilla de noche y no la volvió a mirar.

¿Cómo?

¿Cómo iba a ponerse a salvo?

Rosl los había convencido a todos de que presentasen solicitudes para salir del país. Para ir a Panamá. Y eso que ella siempre había querido ir a Palestina. Pero los ingleses jamás admitirían a judíos voluntariamente en el mandato británico. ¿Autorizarían los alemanes sus solicitudes para viajar a la nueva Tierra Prometida? Posiblemente. A fin de cuentas, querían librarse de los «parásitos» y para ellos sería estupendo que los panamaños pudieran aceptarlos. ¿O eran panameños? Rosl creía que sus ciudadanos se llamaban panameses, como los tailandeses. Ninguno de ellos sabía absolutamente nada de Panamá, salvo que allí estaba el canal ese.

Joschi no quería ir a Panamá, como tampoco quería ir a Palestina. Ni a ninguna otra parte. Ni siquiera a París. Quería quedarse en Viena. Quizá se pudiera vivir de alguna manera con los nazis, igual que con el *goi* del edificio.

Quizá también durante el siguiente congreso del partido Hitler bailara el charlestón en el escenario.

Si se iba a Panamá, Joschi tendría que empezar una vida nueva. Comoquiera que fuese eso. Y para ello sería sensato poder presentar algo de su antigua vida. El título de bachiller, por ejemplo. Y certificados de estudios. Tenía el documento que confirmaba que había comenzado la carrera. Posiblemente fuese mejor aún contar con muchos documentos de exámenes aprobados, pero hasta entonces tan solo tenía los de Matemáticas I y Matemáticas II. La universidad todavía no había cerrado sus puertas a los judíos, así que Joschi se puso a estudiar día y noche para los tres exámenes siguientes. Aprobó Construcción I y también Geometría descriptiva. El tercero era Materiales de construcción.

Joschi iba camino de la universidad, magníficamente preparado teniendo en cuenta sus circunstancias. Ya desde unos cientos de metros de distancia oyó los gritos. Seguro que eran otra vez los

miembros de la fraternidad. Tendría que dar un buen rodeo para evitarlos y conseguir llegar al aula donde se examinaría.

Cuando llegó a la explanada, Joschi vio dónde estaban los estudiantes que gritaban: el ruido salía de las ventanas abiertas de una sala de la segunda planta. Bien, eso le facilitaría no toparse con esos tipos. El aula estaba en un ala bastante alejada.

Joschi siguió caminando hacia la entrada cuando oyó:

—¡A la de una, a la de dos, a la de tres, otro cerdo judío va a caer!

Al oír las últimas palabras miró hacia arriba. Y vio que los estudiantes tiraban a una persona por la ventana. Samuel, un estudiante judío de los últimos semestres con el que Joschi quizá había hablado unas tres veces. El muchacho chilló. Hasta que se estrelló contra el adoquinado.

Joschi primero se dio la vuelta y después se obligó a mirar: Samuel yacía en los adoquines, la cabeza le sangraba. Las piernas formaban un ángulo extraño con el cuerpo, pero aún respiraba. ¿Durante cuánto tiempo?

Joschi quería acudir en su ayuda, pero entonces oyó de nuevo:

—¡A la de una, a la de dos, a la de tres, otro cerdo judío va a caer!

Por la ventana salió otro estudiante, al que Joschi no conocía.

Ese hombre no profirió sonido alguno. El miedo lo paralizaba. Cuando golpeó el suelo, Joschi no miró. Tan solo oyó su estertor.

Joschi no podía ayudar a sus compañeros sin llamar la atención de esa chusma. Los observó, vio cómo se reían y celebraban lo que estaban haciendo en las ventanas. En la ventana más alejada estaba su compañero Otto.

—¡A la de una, a la de dos...!

Joschi dio media vuelta y salió corriendo...

—¡... a la de tres...!

... pero se lo pensó mejor deprisa. Correr lo delataría, así que decidió ir a buen paso.

—¡... otro cerdo judío va a caer!

Oyó el grito.

Oyó el golpe.

Oyó los gritos de júbilo.

Creyó oír incluso la risa de Otto.

Joschi no se volvió.
Se fue de allí.
Y no regresó a la universidad.

1939-1945

Durante el verano que precedió al estallido de la guerra, mientras que en Viena los Safier salían del piso solo cuando era estrictamente necesario, en Bremen la pequeña Waltraut, que tenía tres años, iba todos los fines de semana con la familia al lago de Walle. Y así lo hizo también ese caluroso día de agosto. Hinrich, su padre, estaba tumbado a pleno sol, su piel ya había adquirido un peligroso tono rojo. Así era como más le gustaba descansar de los duros turnos que hacía en el astillero Deschimag, que para él y sus compañeros carpinteros solo era «Use Akschen», nuestra sociedad anónima, y en el que cortaban la madera que se necesitaba para los numerosos submarinos nuevos. De vez en cuando Hinrich se incorporaba para abrir un botellín de cerveza con los dientes, algo que siempre hacía reír a Waltraut y a su hermano Klaus, cinco años mayor.

Esa vez también se rio Friedrich. Tenía la misma edad que Waltraut, pero parecía más delicado que ella. Había ido de visita a Bremen con la tía Brigitte, que en realidad no era su tía de verdad, sino la prima de la madre de Waltraut, Henriette.

Mientras que la tía Brigitte estaba allí sentada con su bañador azul e incluso se había puesto unas gafas de sol a la última moda, su pálida madre llevaba un sombrero de ala ancha y un vestido de manga larga. No le gustaba el resplandeciente sol y, a decir verdad, siempre quería que la familia instalara el campamento a la sombra. Pero nunca se podía imponer a su Hinrich, que en una ocasión la llamó Nosferatu delante de los niños debido a la alergia al sol que ella padecía. Cuando Waltraut preguntó: «Qué es Nosssferatuuu?», Henriette prohibió a su marido que les explicara a los niños lo que era un vampiro. No quería que los pequeños tuviesen pesadillas.

Mientras tomaban el café de filtro que habían llevado, la tía Brigitte no paró de contarle a Henriette cómo mejoraba la vida cada año en la ciudad natal de ambas, Essen, desde que los

nacionalsocialistas habían empuñado el timón y su Schorsch había encontrado trabajo en la fábrica de cerveza Stern. A Schorsch incluso le daban las cajas a un precio rebajado.

—Pues que se traiga unas cuantas —apuntó entre risas Hinrich. Acto seguido se levantó y dijo a sus hijos—: Ahora nos vamos a bañar.

—¡Yupi! —exclamó Klaus, al que le ilusionaba cualquier cosa que pudiera hacer con su padre, pues no era algo muy habitual.

La pequeña Waltraut estaba menos entusiasmada. No le gustaba que su padre lanzara al aire a sus hijos y a menudo incluso al agua. Klaus sabía nadar, pero a ella siempre la tenía que sacar su padre para que no se ahogara.

—Friedrich se queda en las toallas —decidió la tía Brigitte—. Después de la pulmonía que tuvo, mi hijo aún está demasiado débil.

—Pero si ese crío siempre pilla algo —repuso el padre de Waltraut sin compasión.

—¡Hinrich! —exclamó la madre, pero él no hizo ni caso y dijo a sus hijos:

—¡El último en el agua es un Friedrich!

Su padre salió corriendo. Klaus fue detrás. Pero la pequeña Waltraut se quedó en las toallas, mirando a Friedrich. Al parecer, no entendía que el padre de Waltraut acababa de decir una cosa fea de él y, sin embargo, a ella le habría gustado cogerle la mano para consolarlo. Lo que hizo fue sentarse con él y chuparse el dedo índice. Era la única niña de todo el barrio de Walle que nunca se chupaba el pulgar.

Al cabo de media hora Henriette, su madre, dijo con su suave vocecita:

—La hora del bocadillo.

Pero Hinrich y Klaus no la oyeron, en ese momento el padre estaba lanzando especialmente lejos al hijo al agua. Por eso la tía Brigitte se levantó y gritó a pleno pulmón:

—¡Hinrich! ¡Klaus! ¡Bocadiillooos!

A su lado el pequeño Friedrich se tapó los oídos. Henriette le dio un bocadillo de paté de hígado; a Waltraut, que estaba sentada a su lado en una toalla pequeña, le pareció que el bocadillo olía asqueroso. No era de extrañar, la cesta de la comida llevaba al sol un buen rato, cubierta únicamente por una toalla blanca.

—¡El que llegue el último a las toallas es un Friedrich! —exclamó

Hinrich.

Waltraut pensó que su padre era muy malo.

Miró a Friedrich, que lamía más que comía el bocadillo. No le gustaba, pero no se atrevía a decir nada.

Waltraut volvió a chuparse el dedo índice.

Hinrich y Klaus salieron del agua. El padre no esperó al hijo, que estaba agotado de tanto nadar. Lo que tenía que hacer era esforzarse para seguirle el ritmo. ¿Cómo si no iba a convertirse en un hombre?

Klaus se esforzó tanto como pudo, pero nada más dar los primeros pasos la distancia se le antojó demasiado grande, y eso le enfadó. ¡Quería ser como su padre! Al pequeño se le saltaron las lágrimas. Dejó de correr y se limitó a arrastrar los pies por la arena. Hinrich le dijo:

—Vamos, no te rindas, chavalote.

Klaus echó a correr de nuevo, quizá aún pudiera ganar terreno, pero Hinrich corrió más deprisa aún y se tiró en la toalla entre risas. Klaus fue hacia el resto al trote, avergonzado y pugnando por no llorar. Cuando llegó, Friedrich le preguntó con la boca llena:

—¿Jugamos a la pelota después?

La tía Brigitte se volvió hacia su hijo:

—No deberías hacer esfuerzos, sería mejor que...

Antes de que pudiera continuar, Klaus le dio un puntapié con todas sus fuerzas a la pelota de Friedrich, que salió volando. Del susto, Friedrich se echó a llorar.

Waltraut dejó de chuparse el dedo, se levantó, cogió un bocadillo de la cesta y se lo tiró a la cabeza a su hermano mayor.

Hinrich se rio cuando la rebanada de abajo, untada de paté, se le pegó en la frente a Klaus mientras la otra mitad le resbalaba por la nariz y caía al suelo. Brigitte también tuvo que reprimir una sonrisa, Henriette fue la única que dijo:

—¡Waltraut!

A diferencia de Hinrich, nunca había llamado a su hija Traudel, sino que siempre la llamaba Waltraut. Unas veces cariñosamente y otras con severidad, como ahora. En su día había escogido ese nombre porque pensaba que hacía alusión a una mujer fuerte y valiente: significaba, literalmente, «la que se atreve a ir al bosque». Que el nombre derivase de las palabras *waltan* y *trud* —«fuerte» y «soberana»— y, por tanto, significara «mujer fuerte y valiente» era

algo que Henriette ignoraba. ¿Y cómo lo iba a saber? Solo había ido seis años a la escuela, después había tenido que arrimar el hombro en la panadería de sus padres. Pero Waltraut debía ser fuerte. ¡Tenía que serlo! No como Karla, que en 1933, cuando solo tenía cinco meses, había muerto de lo que los médicos llamaron «meningitis epidémica».

Klaus se puso rojo como un tomate. Se quitó el pan de la frente y le dio una bofetada a Waltraut.

A Waltraut no le habían pegado nunca.

Se le saltaron las lágrimas, pero no quería llorar de ninguna manera. No delante de los demás. No delante de Klaus. Menos aún delante de Friedrich, que de puro susto por lo que había pasado había dejado de llorar. Waltraut cerró los ojos para contener las lágrimas. Notó que le ardían tras los párpados.

—Tu pequeña no es ninguna llorica —le dijo la tía Brigitte a su madre.

—Es una leona —apuntó Hinrich riendo.

Leona: a Waltraut le gustó.

Y sobre todo que su padre estuviese orgulloso de ella.

* * *

Ningún Safier fue a Panamá. Todas las solicitudes para viajar fueron denegadas. Sin embargo, a Rosl, sorprendentemente, se le ofreció la posibilidad de ir a Palestina. Porque pertenecía a Betar y el señor Perl, abogado y miembro desde hacía muchos años de la organización sionista, obró el milagro de conseguir visados a Grecia para 386 jóvenes judíos. Desde una isla cercana a Atenas seguirían el viaje hasta la Tierra Prometida en un barco llamado Artemissia. Los jóvenes tendrían que hacer los últimos kilómetros a nado para emigrar de forma ilegal: no era un viaje para gente mayor.

Rosl lanzó gritos de alegría cuando se enteró. No le afligió mucho tener que abandonar a su marido. Tampoco se avergonzó de dejar a sus padres solos, como sí habría hecho Joschi. Su madre y su padre se alegraron de que Rosl pudiera escapar. Cuando se despidió de ellos en el número 23 de la Rotensterngasse, todos se abrazaron y derramaron lágrimas. Después Rosl dejó que Paul la acompañara a la estación de Viena, con Joschi en el asiento de atrás.

A la estación iba llegando de todas partes una masa de judíos

jóvenes. Cada uno de ellos llevaba únicamente una mochila, no les estaba permitido más. Los padres habían llenado a reventar las mochilas con toda clase de cosas útiles e inútiles. Scheindel cocinó a su hija un bizcocho más o menos comestible para que lo compartiese con sus compañeros de viaje.

Rosl se bajó del coche, dio un último beso a Paul y ambos se prometieron que volverían a verse. Después abrazó a Joschi y también le prometió volver a verlo. Él no creía que tal cosa fuera a ocurrir.

Como otros cientos de miembros de Betar, Rosl entró animada en la estación. Joschi decidió seguirla para verla partir. Aunque le estaba prohibido entrar en la estación —los nazis habían puesto como condición que la operación fuese lo más discreta posible—, si uno era hábil podía colarse en cualquier parte sin permiso, y él lo era.

Joschi vio que interceptaban a un fotógrafo de prensa. La policía le quitó la cámara al hombre y Joschi aprovechó la confusión para entrar sin que nadie lo viese.

En la estación el tren para los miembros de Betar estaba listo para salir. Los animados jóvenes se subieron y buscaron sitio. Joschi se escondió en otro andén tras una cartelera publicitaria en la que una mujer rubia pintada sostenía en la mano un chaquetón blanco de pieles y recomendaba Global, que mataba polillas y larvas de polilla. Desde allí podía ver bien todo el tinglado.

Soldados de las SS entraron en el andén y se subieron a un podio erigido expresamente para esa ocasión. Joachim se quedó sin aliento al reconocer a su máximo dirigente: era Adolf Eichmann. El hombre en cuyas manos estaba el destino de todos los judíos de Viena.

De pronto una voz dijo en hebreo: *«Amdu dom!»*, «Atención». Y acto seguido: *«Tzeh hachutza!»*, «Salid del tren».

Los judíos bajaron del tren.

«Amdu be'arba schurot!»

Los jóvenes formaron cuatro filas. Como soldados. Habían recibido ese adiestramiento. Para luchar por Israel.

Los alemanes parecían desconcertados con lo que estaba pasando. Ver a judíos que hacían gala de una disciplina militar era algo que no encajaba con su visión del mundo.

Joschi buscó a su hermana entre la multitud y al final la encontró. Estaba en una de las filas de atrás del todo. A Joschi se le pasó por la cabeza que era muy posible que su hermana acabase al

frente de unidades enteras.

El señor Perl, que había bautizado su obra como Operación Acción, se atrevió a pronunciar un pequeño discurso, aunque Eichmann y sus hombres estaban detrás de él, en el podio:

—Os vais, pero al mismo tiempo llegaréis a casa. Dejáis el país en el que sois una minoría, en el que unas veces recibís un trato mejor y otras peor, pero en el que siempre seréis una minoría. Vais a casa, a la tierra que Dios nos prometió. Seréis personas orgullosas en una tierra orgullosa. Y algún día erigiréis un Estado judío. Cuando abandonéis esta estación, dejaréis un país y un pueblo que no os quiere e iréis al encuentro de hermanos que ansían veros. Feliz vuelta a casa. Feliz *aliyá*.

Aliyá: Joschi sabía que significaba «regreso», pero también «subida». En este caso a otro mundo.

Era la primera vez que Joschi ansiaba ir a Palestina.

Durante un momento reinó el silencio. Seguro que nunca había habido un silencio así en una estación.

Y después una niña empezó a cantar con voz luminosa el *Hatikva*, la esperanza. En cuestión de segundos todos se unieron a ella. Con brío. Con fuerza. El himno resonaba en el techo de la estación e intimidaba a los nazis. Incluso a Eichmann. Joschi cantó en voz baja.

Cuando el himno terminó, los jóvenes subieron de nuevo a los vagones. Eichmann se limpió la frente con delicadeza y dejó el andén con sus hombres antes incluso de que el tren se pusiera en movimiento. Casi era como si quisiesen huir. El señor Perl se marchó cuando el tren hubo abandonado la estación. Solo Joschi, ahora completamente solo en el edificio, siguió con la mirada a su hermana incluso cuando ya no se veía el tren.

Hatikva. Joschi volvía a tener esperanza.

* * *

Con un leve viento otoñal y bajo un cielo cubierto de nubes, Waltraut hacía monigotes con tiza en la acera con Hilde, de la calle de al lado, que a diferencia de ella ya sabía dibujar bonitos soles.

Un camión pasó a toda velocidad por delante de las casitas de los trabajadores. En la caja abierta había hombres que a Waltraut le parecieron gemelos: llevaban todos las mismas botas, pantalones,

camisas y gorras. Los brazaletes rojos y blancos era lo único de color en ellos. El camión se detuvo a unos veinte metros, en la acera de enfrente. Waltraut y Hilde dejaron de pintar. Los hombres se bajaron de un salto de la caja y el conductor, junto con sus dos compañeros de asiento, de la cabina. Fueron corriendo hacia la casa de los señores Lange.

La menuda señora Lange era una mujer encantadora, que siempre daba golosinas a Waltraut, Hilde, Klaus y los demás niños en lugar de reírse de ellos, como hacía el viejo señor Schuster. Una vez incluso le dio a Waltraut un caramelo alargado para la tos, que Waltraut pudo chupar tanto tiempo que durante más de una hora se olvidó de su dedo índice. A su padre cada vez le molestaba más que con casi cuatro años ella siguiera chupándose el dedo y exigía a su mujer que le quitara a la niña de una vez esa mala costumbre, o de lo contrario lo haría él.

Los hombres formaron un pelotón delante de la casa y dos de ellos se pusieron a aporrear la puerta. No abrió nadie. Aporrearon con más fuerza y gritaron: «¡Abrid!». No abrió nadie. Uno de ellos comenzó a dar patadas a la puerta. Una vez. Dos veces. Tres. Entonces la puerta se abrió y, en un primer momento, la señora Lange pareció mucho más menuda aún que de costumbre. Daba la impresión de sentir miedo. Igual que el señor Lange, que apareció a su lado y tenía la cara completamente blanca.

Waltraut empezó a chuparse el dedo índice.

—¿Dónde está? —gritaron a la vez algunos de los soldados a los Lange.

Ellos temblaban.

Uno de los hombres golpeó en la cara a la señora Lange, que se tambaleó, pero su marido la pudo agarrar antes de caer.

Hilde se levantó y se fue corriendo a su casa, pero Waltraut se quedó sentada en la acera, mirando lo que pasaba. Porque era una leona.

El señor Lange señaló hacia la casa en silencio mientras decía algo que Waltraut no pudo entender. Los hombres irrumpieron en la casa, y dos de ellos llevaron a los Lange al camión y les ordenaron subir atrás.

Waltraut se percató de que en las casas vecinas había gente asomada a las ventanas, mirando. Entonces oyó gritos que provenían

de la casa de los Lange. Y, tras ella, que la puerta se abría y salía su madre.

Los hombres sacaron a rastras a la calle a un hombre ensangrentado. Tenía la ropa y la cara prácticamente negras. ¿Era el deshollinador, que, como decía la tradición, daba suerte siempre que se lo tocaba y que una vez le había dejado una marca negra en la nariz a Waltraut con el dedo?

—Este judío de mierda se había escondido en la chimenea —exclamó uno de los hombres. Otros le daban golpes con la porra.

Su madre le tapó a Waltraut los ojos desde detrás con la mano, la cogió y la metió en casa. Mientras tanto Waltraut oía los gritos del hombre, hasta que también estos cesaron y ya solo se oían las porras. Su madre cerró la puerta al entrar y subió la estrecha escalera para llevarla al cuartito con el techo inclinado en el que Klaus y ella tenían sus camas. En la cómoda había una pequeña fotografía enmarcada de Karla, la hermana de Waltraut que había muerto cuando era muy pequeña.

—¿Esos hombres —Waltraut tenía tanto miedo que casi no pudo seguir hablando— van a venir también... a nuestra casa...?

—No, no. no. Te lo prometo —contestó su madre, y metió a Waltraut en su camita y le dio el osito gris cuyas orejas Waltraut mordisqueaba siempre que su padre le prohibía chuparse el dedo.

—¿Qué querían de ese hombre? —quiso saber Waltraut mientras chupaba la oreja del osito.

Su madre no respondió, al parecer estaba pensando. Waltraut la miraba asustada. Al final su madre dijo:

—Te voy a contar un secreto.

—¿Lo que le van a hacer a ese hombre? —inquirió la niña mientras seguía con la oreja del osito en la boca.

—No, uno muy distinto.

—¿Cuál? —Waltraut dejó el osito.

—Tú y yo somos nobles.

—¿Qué es «nobles»?

—Tú sabes lo que es un rey, una reina, un príncipe y una princesa.

—Sí.

—Bien, pues nosotras dos somos algo parecido.

—¿Soy una princesa? —preguntó sorprendida Waltraut.

—Casi. Una condesa.

La pequeña esbozó una sonrisa insegura.

—Una condesa también vive en un castillo.

—Pero yo no vivo en un castillo.

Waltraut había visto castillos, palacios y princesas en las ilustraciones de su libro de cuentos, ese que a su madre tanto le gustaba leerle.

—Que no vivamos en un castillo es culpa mía.

—¿Por qué?

—Mi padre es un conde. Vive en un castillo cerca de Essen...

—Ahí es donde vive Friedrich —Waltraut interrumpió a su madre.

—Exacto.

—¿Friedrich vive en un castillo?

—No, él no, pero mi padre sí.

—¿Y por qué tú no?

—Mi padre me repudió.

—¿Te empujó? —preguntó asombrada la niña.

—Me repudió. Significa que no me quiere volver a ver y que nunca podré regresar al castillo.

—¿Por qué?

—Porque me enamoré de un hombre que no es noble.

—¿Papá?

—Papá. —Su madre sonrió—. Tuve que decidir entre vivir en el palacio y el amor. Y me decidí por el amor.

—¿No echas de menos el castillo?

—No, porque os tengo a vosotros.

La madre abrazó a Waltraut.

—¿Podemos ir alguna vez al castillo?

—Te acabo de decir que me repudiaron. Mi padre nunca me dejará volver a entrar.

—Pero puede que a mí sí me deje —aventuró Waltraut, que confiaba en que así fuese.

—No, a ti tampoco.

Waltraut estaba decepcionada pero, antes de que pudiera ponerse a chuparle la oreja al osito de nuevo, su madre añadió:

—Pero aun así tienes que pensar que eres alguien muy especial.

—¿Una leona...? —inquirió la pequeña.

—Eso también. —Su madre se rio—. Pero, sobre todo, noble. Eres mejor que los demás. Y eres fuerte. —Su mirada fue hasta la fotografía de Karla.

—Soy fuerte.

A Waltraut también se lo parecía.

—Porque por tu cuerpo corre sangre noble.

—Soy la princesa de los leones —decidió la niña, y su madre se volvió a reír.

—La condesa —la corrigió.

—La condesa de los leones —aceptó Waltraut.

—Pero me tienes que prometer una cosa.

—¿Cuál?

—Que este será nuestro secreto. Es importante que papá no sepa nunca que renuncié a mi título y a la vida que llevaba por él. Y Klaus tampoco, porque iría corriendo a contárselo a papá.

—No diré nada.

—Júralo.

—Lo juro —prometió Waltraut con toda la seriedad de una niña de cuatro años.

* * *

Joschi vio por la ventana que policías con brazaletes con la cruz gamada sacaban de las casas de la Rotensterngasse a hombres judíos y los metían en uno de los furgones verdes. Reconoció a Stoppelmann, el zapatero. Grünwald, que había metido goles con el equipo Hakoah Viena, cuando aún se lo permitían. Kurtzberg, que se sentía orgulloso de llevar más de treinta años sin ver una sinagoga por dentro...

Naturalmente Joschi se planteó huir. Por el patio trasero, de ahí saltar la valla a la casa de enfrente y salir a la Odeongasse. Y después ¿adónde iría? Además, si la policía lo pillaba en el intento, seguro que lo metían en la cárcel o incluso le pegaban un tiro. Pero si se quedaba, siempre cabía la posibilidad de que únicamente comprobaran sus datos personales y lo pusieran en libertad ese mismo día. A fin de cuentas, a diferencia de Rosl, él nunca había formado parte de ninguna organización política.

Joschi se apartó de la ventana y fue al pasillo. Su padre ya se había puesto su mejor traje. Si la policía se lo llevaba, no quería

parecer un judío pobre, sino un ciudadano respetable. Joschi no tuvo el valor de decirle a su padre que ellos dos se podían vestir como les viniese en gana, porque los ciudadanos respetables no eran como los Safier, sino como el padre de Hedy. Y los nazis no lo respetaban ni siquiera a él.

Joschi fue al cuartito que antes compartía con Rosl y se puso la chaqueta. Entonces su madre se acercó a él y le dijo:

—*Gib akhtik oif dayn tatte*.

Joschi no contestó. «Cuida de tu padre»: su madre nunca le había pedido algo así. Su mundo se había vuelto del revés: ya no era el padre el que tenía que cuidar del hijo, sino el hijo quien debía proteger al padre.

Joschi asintió, pero a su madre ese gesto afirmativo no le bastó como confirmación. Le cogió una mano con fuerza y lo miró fijamente a los ojos.

—*Ikh vel gebn aktik oif im* —prometió Joschi en yidis.

A diferencia de su hermana, él nunca había tenido nada en contra de que los padres hablaran con sus hijos en su lengua materna.

Se oyeron pasos en la escalera.

Scheindel le apretó tanto la mano que a Joschi le dolía. Supo que ahora su madre ya no pensaba en su padre, sino que sencillamente no lo quería soltar con la esperanza de que de ese modo la policía no se llevara a su hijo.

—*Zey kimen!* —exclamó el padre desde el pasillo.

Joschi se soltó con suavidad y fue con su padre, que estaba blanco como la tiza.

La policía aporreó la puerta. De puro miedo, el padre de Joschi no fue capaz de abrir. Scheindel dio un paso hacia la puerta; como siempre que el padre no sabía qué hacer, ella empuñaba las riendas. Pero Joschi no permitió que su madre se pusiera en peligro:

—*Bleyb!* —profirió con severidad, y abrió la puerta.

—¡Fuera! —ordenó un hombre de la Gestapo que llevaba un abrigo largo, tras el que había tres policías.

Joschi iba a obedecer en el acto. Pensó que, cuanto más cooperase, tanto más posible sería que esa tarde volviera a estar en su casa. Fue con los hombres, pero su padre seguía como paralizado.

—¿Es que estáis sordos? ¡Fuera, he dicho!

Joschi cogió a su padre de la mano y los dos varones Safier

salieron de casa.

Al llegar al furgón verde, Joschi abrigó la esperanza de que no tuvieran que ir con ellos: el vehículo ya estaba lleno.

—¡Adentro! —ordenó uno de los policías.

—Pero... —objetó Joschi con aire vacilante, y el hombre levantó la porra.

Joschi no dijo más y se metió empujando con todas sus fuerzas. En cuanto consiguió hacerse un sitio, ayudó a subir a su padre. Acto seguido les dieron con la puerta en las narices y el furgón salió a toda velocidad.

Los hombres guardaban silencio. Muchos, sobre todo los más ancianos, tenían la frente perlada de sudor. El del padre de Joschi desprendía un olor acre: así era como olía el miedo.

«Gib akhtik oif dayn tatte.»

Joschi le cogió la mano, que notó quebradiza.

—Al bosque no, al bosque no —farfullaba Kurtzberg, que estaba un poco más al fondo.

El bosque. Allí mataban a los judíos con metralletas.

«Yo no he estado nunca en ninguna organización política —intentó tranquilizarse mentalmente Joschi—. Nunca he estado en ninguna organización política, no me llevarán al bosque para pegarme un tiro... —Y al ver a su padre, corrigió—: No nos llevarán al bosque, nunca hemos estado en ninguna organización política...»

Poco después, cuando los sacaron del vehículo y los metieron en una comisaría, Joschi sintió alivio durante un instante al no ver un bosque y a que no lo colocaran delante de un árbol. Se mantuvo cerca de su padre mientras entraban a buen paso en el edificio. Durante un momento incluso consiguió cogerle la mano de nuevo al aturdido Israel, pero en cuanto bajaron al calabozo, separaron a su padre y lo metieron, con la mayoría de los demás hombres, en una celda. Joschi iba a ir tras él, pero un policía cerró la puerta de metal y echó la llave.

—Mi padre está dentro... —objetó Joschi, pero el policía lo empujó para que siguiera andando.

Junto con Kurtzberg, el ateo, y un hombre calvo al que Joschi no había visto nunca, fue a la celda de enfrente, que también estaba completamente llena. Cuando echaron la llave, Joschi estaba a menos

de cinco centímetros de la puerta. Olía el metal. Por la ventanilla con barrotes intentó ver la celda de enfrente con la esperanza de que su padre también estuviese mirando por la suya.

No era así.

«Gib akhtik oif dayn tatte.»

Transcurrieron horas sin que pasara nada. A Joschi le dolían las piernas. Sentarse era imposible, dadas las estrecheces. Un poco más allá un hombre se orinó y empezó a llorar. Joschi también necesitaba ir al baño.

Poco después un señor mayor se desmayó. No había suficiente sitio para tumbarlo en el suelo, así que dos hombres lo mantuvieron en pie.

Confiaba en que su padre aún conservase las fuerzas, confiaba en que no tuviese que llorar.

Joschi oyó pasos de botas, un policía se acercaba. ¿Les llevaría algo de comer? ¿O al menos agua? ¿O les daría la posibilidad de aliviarse? No, el policía se llevaría a alguien para interrogarlo, naturalmente.

«Yo nunca he estado en una organización política, nunca he estado en una organización política...»

¿Lo creerían?

¿O lo golpearían hasta que ni siquiera pudiese decir eso?

Mejor a él que a su padre.

Los pasos se detuvieron justo delante de la celda de Joschi. Al hombre solo lo separaba de Joschi la puerta de metal. Introdujo la llave en la cerradura, la hizo girar y abrió la puerta. El policía, de mirada cansada, señaló a Joschi, a Kurtzberg y al calvo.

—Vosotros tres, ¡fuera!

Hicieron lo que se les ordenaba.

El policía cerró de nuevo. En el pasillo reinaba un silencio inquietante, aunque seguro que todas las celdas estaban llenas de hombres.

—Nadie se dará cuenta de que faltáis —comentó el policía.

¿Qué pretendía ese hombre?

¿Es que los iban a llevar al bosque?

¿Solo porque estaban cerca de la puerta de la celda?

—Os sacaré de aquí y saldréis corriendo.

Solo entonces Joschi cayó en que el hombre no llevaba un brazalete con la cruz gamada: pretendía salvarlos.

Joschi quería preguntarle si no podía abrir también la celda de enfrente. La última vez que había visto a su padre también estaba bastante delante. Dio la impresión de que el policía le leía el pensamiento, porque dijo entre dientes:

—Más de tres llamará la atención.

Avanzaba a paso ligero. Kurtzberg y el calvo iban detrás. Tras vacilar un instante, Joschi echó a andar.

Durante todo el camino hasta la siguiente esquina ni los hombres ni el policía se detuvieron. Cuando llegaron allí, el salvador se despidió deprisa y los tres judíos se fueron cada uno por su lado. Antes de partir, Kurtzberg dijo:

—Menos mal que estábamos delante.

Joschi pasó la noche en el Prater, bajo el banco de una cervecería al aire libre. Pensó en su padre. En que no había podido cumplir la promesa que le había hecho a su madre. También pensó en Hedy y en su primera noche juntos, primero allí, en el parque de atracciones, y después en la casa de la Ringstrasse. En el niño que no había llegado a nacer, al que él habría llamado Henoch. Eran tantas las cosas de las que se avergonzaba... Por primera vez desde que era pequeño rezó fuera de una sinagoga, para que también pusieran en libertad a su padre.

Antes de que amaneciera, Joschi fue a casa. La mirada de su madre le dijo que su padre todavía no había vuelto. Su plegaria no había sido escuchada.

Joschi pasó todo el invierno escondido en el sótano, donde su madre le llevaba comida y mantas. Una semana que tenía mucha fiebre, también medicamentos. Cuando bajaba un vecino, Joschi contenía la respiración. En el edificio cada vez vivían más *gojim*.

Una mañana su madre bajó a verlo. No hacía ni una hora le había llevado el desayuno: un panecillo con mermelada recién hecha. Y eso que ella también corría un riesgo cada vez que iba al sótano. Tenía la

cara cenicienta y cargaba con una urna en la mano. Dos funcionarios le habían llevado los restos de su padre, que había muerto en el campo de concentración de Buchenwald. También le habían dado un documento en el que ponía: «El judío Israel Safier, que nació el 1/2/84 en Dębica e ingresó en el campo el 2/10/39, ha fallecido hoy a las 2.10 de una insuficiencia cardiaca provocada por una malformación del corazón». Lo firmaba el comandante en funciones del campo, un teniente coronel de las SS cuya firma era indescifrable.

Insuficiencia cardiaca.

Provocada por una malformación del corazón.

A los cincuenta y cinco años.

Joschi no quería pensar cuál era el verdadero motivo.

Los funcionarios también habían incluido una factura de gastos. De la incineración, la urna, el transporte y las cuotas administrativas. Su madre no había podido pagarla entera. A partir de ahora abonaría a plazos la deuda que había contraído con la Administración.

«Gib akhtik oif dayn tatte.»

Y él ni siquiera pudo acompañar a su madre al entierro en el cementerio central de Viena.

* * *

Waltraut no quería ir a Essen. No le apetecía hacer un largo viaje en tren, aunque ni siquiera sabía lo que era exactamente un largo viaje en tren. Solo sabía que Essen no era su casa. Pero su madre había dicho que su prima necesitaba compañía, ahora que su marido estaba en el frente y se había quedado sola con el pequeño Friedrich.

En el tren Waltraut se sintió mal de repente. Le habría gustado vomitar, pero su hermano Klaus le tomó el pelo de tal forma que se tuvo que aguantar hasta Dortmund. Sin embargo, semejante meneo al final fue demasiado hasta para una leona.

Por la tarde, cuando llegaron a casa de Brigitte, los niños tuvieron que sentarse obedientemente a la mesa a comer filetes con patatas fritas, hasta que no quedara nada en el plato, y Waltraut habría vomitado de nuevo de buena gana. De poco sirvió que su madre le partiera la carne en trocitos muy pequeños. Con la cena las mujeres bebieron cerveza de la fábrica en la que trabajaba el padre de Friedrich antes de que estallara la guerra y Brigitte habló de lo

orgullosa que estaba de su marido, que en Polonia había comprado a buen precio a unos judíos los bonitos cubiertos de plata con los que estaban comiendo. Henriette habló de su Hinrich, que se deslomaba en el astillero. En efecto, su padre llegaba a casa cada vez más tarde, pero a Waltraut y a Klaus les decía que después de trabajar duro se iba a tomar una ronda con los compañeros del turno, porque se lo habían ganado.

Después de cenar dejaron que los niños se quedaran un rato despiertos. Waltraut contempló a los dos niños, que jugaban a «la ocupación» con tres cochecitos. Dos coches iban a París y golpeaban al tercero en el techo. Klaus daba especialmente fuerte. Al principio Friedrich se divertía, pero cuando Klaus le sacó la rueda a un coche de policía, los dos niños se pelearon y Klaus lanzó uno de los coches de juguete con tanta fuerza que tiró un gran jarrón que estaba en el suelo de madera y se hizo añicos del golpe. Klaus se puso más blanco que Waltraut en el tren. Brigitte primero regañó a los niños y después a Henriette, que ya le estaba pagando el jarrón, que era caro. Acto seguido mandaron a los niños a la cama.

Cuando Waltraut estaba con su madre en el cuarto de baño, preparándose para irse a la cama, se dio cuenta de lo triste que estaba ella.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Papá se va a enfadar por lo del jarrón.

—Pero si fue Klaus y no tú el que...

—Pero tendremos que pagarlo.

—¿Por qué no le preguntas a tu padre si lo puede comprar él?

—Ya te he dicho que me repudió por casarme con papá.

—Pero tu padre es un conde...

—Da igual.

Su madre le dio un beso en la frente para darle a entender que no debía seguir hablando.

En el pasillo esperaba Brigitte:

—Friedrich no quiere que Klaus duerma con él.

—Pero en vuestra cama de matrimonio no cabemos todos: Waltraut, Klaus, tú y yo.

—Bueno, pues que Traudel duerma con Friedrich.

Y así fue como Waltraut se vio en la camita con Friedrich. Juntos bajo una gran manta.

Brigitte apagó la luz. Las madres salieron al pasillo, y, nada más cerrarse la puerta, Friedrich rompió a llorar sin hacer ruido. Al cabo de un rato Waltraut le preguntó:

—¿Todavía estás triste por el coche?

El niño no contestó.

—Klaus es tonto.

Friedrich tragó saliva.

—Mañana le tiramos un coche a la cabeza.

—No es por Klaus...

—¿Entonces?

—Quiero que vuelva mi papá.

Waltraut no sabía qué decir a eso.

Friedrich siguió sollozando.

—¿Sabes a qué juego yo cuando estoy triste?

—No —replicó él.

—Al castillo.

—¿Al castillo?

—Me siento y me tapo la cabeza con la manta. —Eso fue exactamente lo que hizo con la gran manta, de manera que destapó a Friedrich—. Ven debajo.

Friedrich se unió a ella y la manta los cubrió como si fuese una tienda de campaña.

—Y ahora vivimos en un castillo.

Friedrich dejó de llorar y los dos se pusieron a jugar bajito a que eran el conde y la condesa hasta que se quedaron dormidos.

* * *

Por fin Joschi pudo salir del sótano. A través de sus contactos Rosl se había ocupado desde Palestina de que también él pudiera escapar de Viena con la Operación Acción. Su hermana era un portento, un demonio de mujer.

Delante de su madre, en el pasillo, Joschi comprobaba probablemente por vigésima vez que de verdad se había guardado en el bolsillo interior de la chaqueta el visado para entrar en Grecia.

—*Ti akhtik oif dir* —Scheindel le pidió que se cuidara.

Nunca le había echado en cara que hubiese fallado a su padre. Él había reproducido en su cabeza un millar de veces el día que los

arrestaron y se había preguntado qué podría haber hecho de otra manera. A menudo se imaginaba urdiendo un levantamiento de los judíos a los que habían embutido en el furgón verde. A fin de cuentas, eran muchos más que los policías. Esas fantasías siempre terminaban con todos ellos muertos a tiros en el bosque.

—¿Has oído, Joschi? —Su madre se esforzó en decirlo en alemán para subrayar la importancia de su deseo.

—Sí, me cuidaré, mamá.

Al despedirse de Rosl su madre había llorado. Ahora estaba allí plantada sin más. Exhausta. Frágil.

—*Mir veln zikh vider trefn* —dijo Joschi, aunque no creía que fueran a volver a verse.

Dejaba a su madre en la ciudad de los monstruos. Unos monstruos que estaban a punto de conquistar Europa. ¿Y quién sabía de qué más serían capaces? Ya habían metido a su padre en el campo, donde era probable que lo hubiesen matado a golpes. O lo hubiesen dejado morir de hambre. O primero lo hubieran dejado morir prácticamente de hambre y después lo hubiesen matado a golpes. Esos monstruos ni siquiera se detenían ante las mujeres.

Joschi quería proteger a su madre, pero no podía. Si la abrazaba ahora en señal de apoyo, sería otra promesa falsa.

Scheindel le acarició la mejilla y dijo:

—*Leb a git leben.*

Una buena vida. Joschi sonrió. Su madre nunca pensaba en ella misma. Vivía para sus hijos. A veces Joschi pensaba —y Rosl incluso lo había dicho alguna vez— que su madre solo se había casado con su padre porque quería tener hijos y ese hombre sencillo, al que sacaba seis años, era su última oportunidad de tenerlos.

Hijos.

Hedy.

Henoch.

Tal vez tuviera hijos en Palestina.

Tal vez el país acabara llamándose Israel.

Y en ese caso un hijo suyo no se llamaría Henoch, como su abuelo, sino Israel, como la nueva nación. Como su padre. Quizá el pequeño incluso naciera el mismo día que Joschi y su padre. Tendría a ese hijo amado con una mujer que quisiera al niño igual que su madre los quería a Rosl y a él. Esa sería una buena vida.

—*Ikh hob dir lib, mame* —dijo Joschi. No se lo había vuelto a decir desde que era un crío. Te quiero, mamá.

Al rostro blanco de Scheindel asomó un poco de color y a sus ojos algo de vida. La madre incluso sonrió cuando repuso:

—*Ikh hob dir oykh lib*.

Yo también te quiero.

Joschi salió por la puerta sin mirar atrás. Quería recordar a su madre con una sonrisa.

A diferencia de Rosl, Joschi no abandonó Viena en tren, sino con la compañía naviera Donaudampfschifffahrtsgesellschaft: 1.090 judíos se repartieron en dos barcos cuyas banderas exhibían la cruz gamada. Cuando Joschi se encontraba en el embarcadero del Minerva, que ya estaba lleno, los judíos protestaron que querían subirse en el segundo, el Grein. Un soldado de las SS respondió: «O vais por el Danubio o acabáis en el Danubio». Joschi se apretujó con el resto en cubierta. A pesar de la bandera, allí terminaban las leyes de los nazis e imperaban las de la Operación Acción: todos los refugiados se distribuyeron en grupos de cincuenta personas y tenían que seguir las indicaciones del correspondiente cabo de sección, que en el grupo de Joschi era una muchacha de pelo negro rizado y enormes gafas de culo de vaso llamada Sarah. Si alguien oponía resistencia, importunaba a las mujeres, atacaba a otros viajeros o introducía a bordo ilegalmente un arma, el castigo sería severo, podían incluso llevar a tierra firme a la persona en cuestión. Pero, como todos los demás a bordo, Joschi se sintió libre al pisar el barco, y eso a pesar de que seguían en Austria. El barco zarpó y, como ya sucediera cuando Rosl se fue, muchos de los jóvenes judíos cantaron el *Hatikva*. Joschi coreó los primeros versos, pero después dejó de hacerlo. Se avergonzaba de cantar alegremente mientras abandonaba a su madre.

Durante la travesía por el Danubio, Joschi vio valles fluviales idílicos, bosques elevados y castillos. No paraba de pensar que el mundo también era bello más allá de Viena. Pero cada vez que soñaba despierto con vivir en un valle tan idílico, en un bosque así o en un castillo semejante, irrumpían en el lugar hombres que los arrestaban a

su padre y a él y mataban a golpes a su padre.

Joschi también vio ciudades de las que hasta entonces solo había oído hablar: Presburgo, Budapest, Belgrado..., y numerosas ciudades cuyo nombre no había escuchado nunca: Komárno, Paks, Vukovar... En cada uno de los embarcaderos de esas ciudades que todavía no habían sometido los nazis había cientos de judíos que saludaban con gritos de júbilo a los viajeros que iban camino de la Tierra Prometida.

—Pobres desgraciados —oyó Joschi que decía alguien detrás de él en Paks.

Se volvió y se encontró con el judío más alto que había visto en su vida. Y al mismo tiempo, el más fuerte. Y el más pelirrojo. Era como si en las ramas de su árbol genealógico hubiese un vikingo. A Joschi lo desconcertó tanto su aspecto que ni siquiera pudo sentirse intimidado. El gigante añadió:

—Mejor que se queden en tierra ellos que nosotros.

Lo que dijo sonó duro. Y, sin embargo, eso fue exactamente lo que sintió Joschi al ver a los jubilosos judíos del embarcadero. Estaba convencido de que solo sería cuestión de tiempo que también los humillaran, golpearan o incluso mataran.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el gigante.

—Josef Safier.

—Isaak Berg.

—Hay nombres menos acertados.

—¿Que Isaak?

—Que Berg.[1]—Joschi sonrió y pensó que, por lo visto, su nuevo conocido no era la mayor lumbrera del candelabro de Janucá.

—Ya. Te estaba tomando el pelo. Ya veo que no eres la mayor lumbrera del candelabro de Janucá.

Joschi no pudo evitar soltar una carcajada. No se reía así desde hacía meses y se sintió tan agradecido que le ofreció al pelirrojo:

—¿Quieres un trozo de bizcocho? Todavía me queda un poco.

—Comer siempre es bueno.

—Aunque el bizcocho no lo sea.

—Entonces ¿por qué me lo ofreces?

—Me lo metió en la mochila mi madre.

—Siendo así, para mí es un honor comerlo —contestó Isaak con sinceridad.

En ese instante Joschi supo que había encontrado un amigo.

El viaje en barco por el Danubio con la Donaudampfschifffahrtsgesellschaft terminó en la ciudad rumana de Galaţi. Allí los refugiados se subieron a los cargueros Draga II y Ely, construidos ex profeso para el viaje. En el vientre del barco había literas de tres camas: habían calculado setenta y cinco centímetros de ancho por viajero. Para aprovechar de manera óptima el espacio solo había unos cuantos pasillos entre las camas. En el Draga II Joschi e Isaak tenían que pasar por encima de otros seis tableros cubiertos con mantas grises cuando volvían de los retretes, que después de solo un día ya apestaban. A los compañeros de viaje no les entusiasmaba la idea, en particular cuando era Isaak el que los arrollaba. Tan solo Sarah, la responsable de la sección de Joschi, soltaba una risita cada vez que él pasaba por allí. Y es que Joschi siempre le hacía algún cumplido galante: que con lo guapa que era debería haberse planteado hacer carrera en el cine. Que su maravilloso olor hacía olvidar lo mucho que apestaba el barco. Lo que le gustaría a él ser un gran cantante, porque entonces cantaría una canción sobre sus preciosas piernas.

Joschi no hablaba en serio, como mucho se podía decir que Sarah era guapa cuando se quitaba las gafas de culo de vaso, y en comparación con Hedy ni siquiera eso. Isaak incluso le tomaba el pelo:

—Como no dejes de decir mentiras, las vigas se combarán y el barco se hundirá.

Pero Joschi siguió haciéndolo. Le gustaba engatusar a una mujer y, de ese modo, darle una alegría a ella y también dársela él mismo.

Como casi todos los judíos instalados en el vientre del barco, Joschi no había estado nunca en alta mar. A diferencia de la mayoría, sin embargo, no se mareó. De no haber sido él el que ocupaba la de arriba de las tres camas, el vómito de Isaak le habría caído encima más de una vez. Siendo así, quien se lo llevaba era sobre todo Raffa, sionista hasta la médula, que dormía debajo de ellos en la litera contigua, en diagonal.

Puesto que el nuevo amigo de Joschi no era ni mucho menos el único que vomitaba —Sarah, por ejemplo, no le iba a la zaga—, en la tambaleante bodega de carga el hedor era tremendo, lo que hacía que el vómito se propagara como si fuese una enfermedad.

Joschi, que estaba sorprendido consigo mismo de lo bien que lo llevaba todo, asumió como cometido animar a Isaak y, de paso, a los de alrededor. Les habló de Palestina, de la libertad que los esperaba y de que ya no tardarían mucho en poder disfrutarla. Sin embargo, Joschi no animaba a nadie, porque, aunque tenía una vaga idea de cómo era la Tierra Prometida, en realidad no sabía lo que los esperaba allí. Podría haber contado los mismos embustes de China. Cuando no se le ocurrió nada más, Joschi decidió contar chistes: «Moskowitz está sentado en el café jugando a las cartas. El camarero dice: "Señor Moskowitz, su mujer dice que por favor se ponga al teléfono". Moskowitz contesta: "¿'Por favor'? Esa no es mi mujer"».

O: «"Me voy a someter a una terapia hormonal", dice Moskowitz. "Por Dios", responde Gebirtig. Y Moskowitz contesta: "No, lo hago por la parienta"».

O: «Moskowitz cuenta: "He visto a Goebbels. Es como Elam...". Gebirtig lo interrumpe y suelta: "¿Es que te has vuelto loco? ¿Como Elam? ¿El lisiado?". Pero Moskowitz lo tranquiliza: "Deja que termine. Es como *el am*igo judío ese tuyo"».

Los chistes aliviaron el sufrimiento más de lo que podrían haberlo hecho las descripciones de Palestina.

A mediodía le tocaba a la sección de Joschi pasear por cubierta. De los cincuenta hombres y mujeres que la componían solo nueve podían levantarse, y de esos, solo tres, incluido Joschi, no vomitaban. Cuando estuvo arriba, vio por primera vez el mar, cuyo color pasaba del azul oscuro al claro dependiendo del tiempo. La vastedad, el olor, el oleaje, todo ello tranquilizó a Joschi, que dejó de pensar. En Viena. En Rosl. En su madre, Scheindel. En Israel, su padre, al que habían asesinado. No pensaba en nada.

Le hizo mucho bien.

Al cabo de un rato, con el del mar se mezcló otro olor maravilloso: el de un cigarrillo. Cuando fue consciente de lo que estaba oliendo, Joschi miró hacia un lado: a unos diez metros un hombre fumaba. Tenía una cicatriz en lugar de un ojo y formaba parte de un pequeño grupo que había estado en Dachau y al que los nazis habían subido a ese transporte.

Joschi no pudo evitar pensar de nuevo en su padre. Se sacó una

cajetilla del bolsillo del pantalón. Dentro solo había una colilla y, a decir verdad, Joschi se había propuesto fumarla solo después de que desembarcaran en Palestina. La encendió, dio una calada profunda, y otra, y otra más, hasta que el humo inundó su cuerpo, y dio gracias a Hedy por haberle mostrado ese vicio maravilloso.

Hedy.

¿Cómo le iría? ¿Habría podido seguir el viaje desde París con sus padres? Pero ¿adónde? Norteamérica ya no aceptaba a nadie más. Hacia Inglaterra el mar lo controlaban los nazis.

Joschi se sorprendió pensando que al final había sido mejor que el padre de Hedy no hubiera querido que él fuera con ellos. Y probablemente también que ella se hubiese desembarazado del niño.

Joschi no pudo evitar recordar el momento en que Hedy le dio a conocer la decisión que había tomado. Intentó acordarse de si ella tenía lágrimas en los ojos, pero, por mucho que hacía memoria, no lo sabía decir. Eso le enfadaba, porque había querido mucho a esa mujer y, sin embargo, su memoria se desvanecía. Todavía recordaba lo bien que olía su perfume y también cómo se sentía cuando se veían —en el Prater, la primera noche que estuvieron juntos en casa de Hedy, en los bosques de Viena—, pero ya no se acordaba de si era su ojo izquierdo o el derecho el que tenía una pincelada verde. ¿Y era muy puntiaguda su barbilla? Y el vestido que llevaba cuando se conocieron, ¿era de un azul tan claro como el mar que él tenía delante cuando lo iluminaba el sol o más oscuro?

Joschi contempló la espuma de las olas: si de verdad Hedy había sido su gran amor, ¿no debería recordar su rostro como si tuviese una fotografía delante? ¿Cuándo se desvanecería por completo el recuerdo de ella? Y se propuso algo: si en Palestina conocía a una mujer de la que lo recordara todo, aunque debieran separarse mil kilómetros de distancia, se casaría con ella.

Por la noche los barcos se detuvieron a dos kilómetros de la costa, fuera de las aguas jurisdiccionales del mandato británico en Palestina. Una lancha de desembarco llevó a cinco grupos de cincuenta personas cada uno por el mar iluminado por la luna y las estrellas hasta la playa de Netanya, que al parecer no estaba vigilada por soldados británicos.

La sección de Joschi, capitaneada por Sarah, que apenas podía mantenerse en pie aún, formaba parte de los seis últimos grupos que seguían a bordo del Draga II; el Ely ya había emprendido el viaje de regreso. Los capitanes decidieron trasladar a las 340 personas restantes de una vez en lugar de hacer dos viajes, de manera que Joschi se apretujó con Isaak y con todos los demás en el barco. Su enorme amigo lo pisó más de una vez, a lo cual Joschi comentaba: «Deberías ir en un barco tú solo».

La lancha de desembarco carecía de focos, tenían que confiar en que, sin ver nada, el capitán no chocase contra una roca. Durante el trayecto todos guardaban silencio, por miedo de que una palabra pudiese llamar la atención de una patrullera británica.

Joschi estaba nervioso; le habría gustado gorronear un cigarrillo, pero tampoco él se atrevía a decir nada. Isaak balanceaba el torso adelante y atrás sin hacer ruido, como si rezase. Hasta entonces a Joschi su amigo no le había parecido especialmente religioso. Aunque el padre de Isaak era cantor litúrgico, él no había seguido sus pasos. Tras unos veinte minutos de travesía muda, distinguieron a lo lejos un haz de luz.

—Una patrulla —comentó en voz baja Isaak.

La luz barría el agua de un lado a otro, pero no encontró el barco. Todavía no. Sin embargo, solo era cuestión de tiempo que la marina británica los descubriera. El capitán decidió atreverse a continuar avanzando en lugar de devolver a los judíos al Draga II, que esperaba fuera de las aguas territoriales británicas a recibir la confirmación de que los últimos refugiados también habían llegado a tierra sanos y salvos. Los que estaban a bordo seguían sin aliento cada barrido del haz de luz. Joschi tenía el corazón en la garganta.

A unos quinientos metros de la costa el capitán apagó los motores y dejó que el barco avanzara a la deriva. Después fue a la cubierta y dijo que todos los que se atrevieran debían ir a tierra a nado. Uno tras otro fueron bajando deprisa por una escala y se lanzaron al agua. Isaak vaciló y se quejó:

—Nado de pena.

—De pena será tener que volver —opinó Joschi.

—No me caes bien cuando tienes razón —contestó Isaak y, profiriendo un suspiro, bajó al fin por la escalera de cuerda.

Joschi buscó a Sarah. Como había estado mareada desde que

había iniciado el viaje, se encontraba demasiado débil para nadar. Vio a su lado al ultrasionista Raffa bajando del barco. Joschi habría preferido que fuera él quien tuviera que quedarse en lugar de Sarah. O cualquiera. Cualquiera menos Isaak. Y menos él mismo, naturalmente. Otra vez dejaba a una persona atrás.

Era el turno de Joschi, que bajó por la tambaleante escala y se tiró al agua. Sintió un gran escozor en los ojos, que no cerró, puesto que no tenía ninguna experiencia con el agua del mar. Cuando subió a la superficie intentó orientarse: delante distinguía a los otros nadadores. Y los siguió a la Tierra Prometida. Mientras tanto, no podía pensar en otra cosa salvo en lo bien que había hecho saltándose tantas clases para ir a la piscina. A pesar de todo, Joschi estuvo a punto de soltar una risotada.

* * *

Friedrich volvía a estar de visita en Bremen. Y Klaus y él volvían a jugar con los coches. En esa ocasión a la campaña de Rusia, un juego que Waltraut no entendía. Sin embargo, se daba perfecta cuenta de que Friedrich estaba triste. Casi no decía nada. Incluso Klaus se percató de que el niño no estaba bien e intentó animarlo ofreciéndole que él hiciera de la Wehrmacht esa vez. La tía Brigitte lloraba quedamente. Klaus y Waltraut no sabían el motivo concreto. Debía de haber pasado algo malo.

Su madre sirvió aguardiente a la tía, y eso pareció consolarla, porque dejó de sollozar y acto seguido se tomó otro. Antes de que continuara bebiendo, su madre quería mandar a la cama a los niños. Pero entonces volvió su padre a casa.

—Llegas tarde —observó su madre.

—Fui a tomarme una con los chicos.

Su madre no dijo nada. Su padre se volvió hacia la prima de su mujer y le dijo:

—Te acompaño en el sentimiento.

Brigitte asintió en silencio.

—Rusos de mierda —dijo su padre, y también se sirvió un aguardiente—. ¡Rusos de mierda!

Los mayores estuvieron callados un rato. Klaus señaló su coche y le dijo a Friedrich:

—Rusos de mierda.

Friedrich no dijo nada. ¿Es que no lo había oído?

—Me sé un buen chiste —comentó su padre.

—¡Hinrich! —lo reprendió su madre.

—Puede que anime un poco a Gitte.

—Hinrich…

—Déjalo —dijo la tía Brigitte.

—A ver —empezó su padre—: tres suizos dicen que van a ir a Alemania de vacaciones. Uno dice: «Yo me voy a Múnich». El segundo dice: «Yo me voy a Viena». El tercero dice: «Yo a El Cairo». Entonces el primero dice: «Pero si El Cairo no está en Alemania». Y el tercero responde: «Es que cojo las vacaciones en primavera».

La tía Brigitte no se inmutó y su madre dijo:

—Seguro que Brigitte no quiere oír ningún chiste de campañas.

—Bueno, pues a ver qué tal este: un jefe de distrito visita un aula. Las respuestas a sus preguntas están preparadas. Empieza con el pequeño Walter: «¿Quién es tu padre?». «Adolf Hitler.» «¿Quién es tu madre?» «La Gran Alemania.» Después llega una pregunta improvisada: «Y tú, ¿qué quieres ser de mayor?». «Huérfano de padre y madre.»

—Por un chiste así puedes ir a la cárcel —soltó Brigitte con severidad.

Su madre y su padre se asustaron. Y Waltraut y Klaus también. Friedrich era el único que seguía jugando con los cochecitos.

—Pero solo si alguien lo va contando por ahí —dijo su padre en voz baja y temblorosa.

Waltraut nunca había visto a su padre asustado. ¿Es que le tenía miedo a la tía Brigitte?

Esta no decía nada.

Ahora también Klaus miraba a los mayores.

Friedrich seguía jugando a la campaña.

Su madre agarró con fuerza la mano a su padre.

Y Waltraut tenía miedo por sus padres, aunque no sabía por qué.

Al final la tía Brigitte dijo:

—No quiero que más niños aún se queden sin padre.

Sus padres parecieron aliviados y eso también tranquilizó a Waltraut.

—¿Otro aguardiente? —preguntó su padre.

—Mejor que otro chiste —contestó la tía Brigitte.

—Mucho mejor —opinó también su madre, y sirvió a los tres.

Bebieron deprisa, y después Brigitte exclamó:

—¡Otro!

A partir de ese momento sería Brigitte a secas. Waltraut no quería volver a llamar «tía» a esa bruja que les había metido tanto miedo a sus padres.

Mandaron a los niños a la cama. Waltraut y Friedrich también compartían la camita en Bremen. Para ellos ya era algo normal. Después de mirar un instante la foto de la hermanita muerta, como siempre que acostaba a los niños, su madre apagó la luz y salió de la habitación. En cuanto la puerta se hubo cerrado, Klaus preguntó en voz baja:

—¿Está luchando tu padre contra los rusos?

Friedrich no contestó y Klaus no preguntó más. Waltraut cerró los ojos, pero no podía dormirse. Seguía muy enfadada con Brigitte.

Al cabo de un rato la puerta se abrió y entró su padre:

—¿Klaus? ¿Traudel? ¿Estáis despiertos?

—Sí, papá —repuso Klaus.

—Sí —contestó Waltraut.

Sin encender la luz, se sentó en el borde de la cama de Waltraut. Apestaba a aguardiente, pero también olía a la madera con la que trabajaba. Su padre le cogió la manita, algo que no hacía nunca, y dijo:

—No tenéis nada que temer. A mí no me mandarán al frente, me necesitan en el astillero.

Traudel no entendió muy bien qué significaba con eso. Solo que para él era muy importante decirlo. Su padre le dio un beso en la frente, algo que tampoco hacía nunca. Después se levantó y besó incluso a Klaus en la frente. Los dos niños no sabían qué decir.

Su padre se dirigió a Friedrich:

—Ahora tú eres el hombre de la casa. Tienes que cuidar de tu madre.

Su padre parecía triste al decirlo, Waltraut se dio cuenta porque la luz de la farola le iluminaba los ojos. Solo ahora entendió por qué Friedrich estaba tan callado.

Su padre salió. Ninguno de los niños dijo nada, pero tardaron un buen rato en poder dormirse.

Por la noche a Waltraut la despertaron unas patadas. Friedrich movía las piernas y gimoteaba en sueños. Estaba teniendo una pesadilla. Waltraut miró a Klaus: estaba dormido como un tronco y ella no quería despertarlo para pedirle ayuda. Le habría gustado devolverle las patadas a Friedrich para que parase, pero habría sido mala si lo hubiera hecho. Su padre había muerto y el de ella vivía. Así que hizo algo que su madre siempre hacía cuando ella se despertaba asustada por culpa de una de esas horribles pesadillas en las que soñaba con hombres malos que querían llevársela: abrazó con fuerza a Friedrich.

Él no se despertó, pero dejó de dar patadas tan fuertes y gimoteó más bajito. Y paró de hacerlo definitivamente cuando ella le dio un cariñoso beso en la mejilla.

* * *

Rosl tardó tres meses en ir a ver a su hermano Joschi al kibutz de Ma'abarot, al norte de Netanya, la playa a la que habían llegado Isaak y él. Tres meses en los que, de trabajar al sol con los naranjos, la piel se le quemó hasta que de manera lenta pero segura fue adquiriendo un color marrón. Tres meses en los que, de recolectar, regar y cavar, primero perdió peso y después, gracias al músculo, volvió a cogerlo. Tres meses en los que primero se vio atormentado por diarreas y después por una nostalgia casi insoportable: Viena era la verdadera Tierra Prometida y, en cambio, ese desierto de ahí, que se resistía con vehemencia a ser cultivado, era el infierno que Joschi deseaba de todo corazón a cada nazi.

Durante esas primeras semanas y meses esa nueva vida habría sido insoportable de no haber estado allí Isaak. El pelirrojo sufría más aún bajo el implacable sol, pero lo sustituía siempre que a Joschi lo abandonaban las fuerzas y no podía cumplir con su cometido. Por el contrario, Joschi ayudaba a su amigo en la comunicación con los moradores del kibutz, de los cuales la mayoría provenían de Rumanía, Bulgaria y Besarabia. Con algunos de ellos Joschi se podía entender en hebreo. De ese modo incluso le facilitó a su amigo una noche tórrida

con una rumana.

Aunque encandiló a alguna que otra mujer del kibutz, Joschi no fue más allá. Ni siquiera cuando una noche una búlgara se acostó a su lado desnuda. Aunque ya hacía dos años y medio que había estado con Hedy, no quiso entregarse a esa mujer que era casi una desconocida. No quería ni pensar en lo que pasaría si precisamente allí, en ese maldito sitio, dejaba embarazada a una mujer.

Rosl se bajó de un Ford negro con un vestido rojo y zapatos de faena negros que en Viena jamás se habría puesto. Estaba más guapa incluso que antes: su piel bronceada marcaba un contraste fascinante con su pelo rojizo. Joschi se quedó donde estaba, aturdido, ya que con ese calor centelleante su hermana se le antojó de lo más irreal, pero Rosl fue corriendo hacia él. Lo abrazó tan fuerte que lo dejó sin aire durante un instante y se echó a llorar.

Hasta entonces Joschi solo había visto llorar a su hermana cuando de pequeña o de adolescente no conseguía algo que quería tener a toda costa. Que ahora llorase de la emoción, de amor incluso, hacía que todo resultara casi más irreal.

Rosl lo cubrió de besos: mejillas, frente y boca. Una y otra vez. Tardó un rato en recuperar la compostura y soltarlo. Solo entonces se abrió espacio para los sentimientos de Joschi. Contempló a su hermana, cuyos ojos seguían estando llenos de lágrimas de alegría, y después de todos esos años difíciles también él se echó a llorar.

Por su padre.

Por su madre.

Por su propia vida, descarrilada.

Y de pura alegría de tener aún a Rosl.

Los hermanos se sentaron al sol vespertino con una copa de vino tinto agriado en un banco de madera desde el que divisaban el naranjal. Ya habían hablado de la huida de Joschi, y también de la de Rosl, de su trabajo de contable en un hotel de Jerusalén y de su propietario, que estaba locamente enamorado de ella, pero al que no dejaba que se le acercase. Era el mismo que le había prestado el coche. Los hermanos hablaron de Paul, el marido de Rosl, de cuyo paradero ninguno de los dos sabía nada. Rosl dijo, más por obligación que de manera convincente, que estaba muerta de preocupación por él. Sin embargo, hubo una cosa de la que no hablaron: de la muerte de su padre y de la suerte que habría corrido su madre. Joschi no lo hizo

porque no quería contarle a su hermana que había abandonado a su padre en la cárcel. Rosl calló porque tenía miedo de que su peor sospecha se viese confirmada. Solo después de la tercera copa de vino se atrevió a preguntar:

—¿Y padre...?

En lugar de contestar, Joschi fue hasta donde tenía la mochila, sacó el documento del campo de concentración de Buchenwald y se lo dejó a su hermana para que lo leyese: fecha de la defunción, presunta insuficiencia cardiaca, firma ilegible del teniente coronel.

Rosl lo miró. No lloró. Lo que hizo fue endurecerse, poner la espalda recta y decir:

—Yo también tengo una mala noticia.

—¿Cuál?

—Los alemanes están deportando a todos los judíos de Viena.

—Deportando ¿adónde?

—A guetos en Polonia. Los meten a todos en vagones como si fueran ganado y los llevan allí. Nuestros padres llegaron a Viena en tren y a nuestra madre la sacarán de allí también así.

La noticia sacudió a Joschi. Su anciana madre en Polonia. Completamente sola. En un gueto. ¿Quién la ayudaría mientras sus hijos, en Palestina, no podían hacer más que preocuparse por ella mientras bebían una copa de vino tinto malo?

—Nuestros parientes de Viena —continuó Rosl, como si le leyera el pensamiento— también estarán allí.

—Al menos a los que no hayan enviado a un campo de concentración —repuso con amargura Joschi.

—Tal vez ayuden a mamá.

—Apenas teníamos contacto con ellos.

—Da igual —afirmó Rosl, pero lo dijo como si tampoco ella tuviese muchas esperanzas de que su madre fuese a recibir apoyo. Los hermanos guardaron silencio un rato y después Rosl dijo—: También han convertido en un gueto la ciudad donde nació papá.

—Allí también tenemos un montón de parientes.

—A los que no conocemos —constató Rosl, como si fuese un consuelo.

Joschi bebió otro trago de vino para aliviar el dolor.

—Coge tus cosas. Te vienes a Jerusalén.

—¿Podré encontrar trabajo allí?

—Ya te he buscado uno.

—¿Cuál?

—Puedes empezar en la recepción del hotel de portero de noche.

El propietario debía de estar loco de verdad por Rosl si estaba dispuesto a contratar a dos trabajadores ilegales.

—¿También hay trabajo allí para mi amigo?

—¿Tu amigo?

Joschi señaló a Isaak, que en ese momento compartía una naranja con su menuda rumana.

—Sin él habría muerto en este sitio.

—No me da la sensación de que tenga muchas ganas de marcharse de aquí.

Joschi vio lo unida que parecía la desigual pareja: el gigante pelirrojo había encontrado deprisa un nuevo sentido a la vida, lo cual era envidiable.

—Tienes razón, a mí tampoco.

—Pues entonces nos iremos sin él —decidió Rosl.

Joschi lanzó un suspiro. Después de tanto tiempo le había vuelto a coger cariño a una persona y ahora tenía que despedirse de ella. En el futuro quizá fuera mejor no permitir que sucediese algo así.

* * *

¡A la escuela, a la escuela, por fin iría a la escuela!

Durante todo el verano Waltraut había estado ilusionada con el primer día de clase, pero qué decía, llevaba así todo el año. Su hermano Klaus era el preferido de su padre. Corría más deprisa que Waltraut, era más fuerte que Waltraut, gritaba más que Waltraut, era más pícaro que Waltraut. Klaus le hacía sentir constantemente que era superior. La empujaba, le daba patadas, la hacía enfadar. A su padre le daba lo mismo. Y aunque su madre regañaba a Klaus, no servía de nada. Incluso cuando le cortó el pelo a la muñeca de Waltraut, su madre solo lo castigó prohibiéndole salir de casa un día. Sus padres solo estaban insatisfechos con su hermano en una cosa: se le daba mal la escuela. Y si Waltraut conseguía destacar en la escuela, por fin, por fin, por fin habría algo en lo que sería superior a su hermano. Y él quedaría como un tonto y ella podría hacerle enfadar.

En la clase había veinte niñas y Waltraut era la mayor. Sus padres

no habían querido mandarla a la escuela hasta que tuviese siete años, porque a los seis Waltraut todavía se chupaba el dedo. Sin embargo, no era la más alta. En comparación con las otras niñas, incluso parecía enclenque. Daba lo mismo, porque sabía que sería una buena alumna. ¡La mejor!

La señora Scharper entró en el aula. Era una mujer alta y fornida, con unas manos enormes. Waltraut pensó que así debía de ser la mujer del gigante de un cuento.

La señora Scharper contó lo que les esperaba a las niñas: estudiar, estudiar y estudiar. Y la que fuese impertinente recibiría un palmetazo. Mientras hablaba, la señora Scharper dio con la regla de madera en el pupitre. El estridente chasquido asustó a Waltraut, pero no tanto como a su compañera de pupitre, Inge, que tenía unas largas trenzas rubias, o a las demás niñas. Porque ella era la condesa de los leones.

—Veamos. —La señora Scharper hizo un gesto que posiblemente pretendiera ser una sonrisa—. ¿Quién me puede contar una historia de las vacaciones de verano?

Ninguna niña se atrevía a decir nada.

Salvo la leona.

Tenía una historia emocionante. No de ese verano, sino del anterior, la última vez que había ido a visitarlos Friedrich. Ahora Friedrich ya no iba a Bremen. Su madre no le quería decir por qué y su padre tampoco. Probablemente tuviera que ver con el miedo que les había metido a sus padres la boba de Brigitte. Su padre les había dicho a los niños: «Menuda gema, pero con eme». Por eso Waltraut sabía deletrear la palabra *gema* pero con eme antes de saber escribir su propio nombre. Claro que su nombre era mucho más largo.

—¡Yo! —La leona hizo una castañeta con los dedos—. Yo puedo contar una.

—Nada de castañetas. —La giganta levantó la regla de madera con aire amenazador. Inge Trenzas se asustó; la leona, no—. Bien —la giganta se acercó a la leona—, ¿y cuál es esa historia?

La leona repuso:

—Fui al lago con mis padres, con Klaus, Brigitte y Friedrich...

—¿Y quiénes son todas esas personas? —la interrumpió la giganta.

—Klaus es mi hermano, Brigitte es una gema pero con eme...

Nada más pronunciarlo, también ella se las tuvo que ver con el miedo: ¡no debería haber dicho eso! Miró la regla. Pero la giganta no la levantó. Incluso se rio. O al menos la leona pensó que los ruidos que hacía aquella mujer eran risas.

—Continúa... —ordenó la giganta cuando el ruido se fue apagando.

—Friedrich es... —empezó la leona, y acto seguido se detuvo.

—¿Sí?

¿Qué era Friedrich? Primo no era, pero sí un pariente. Pero ¿qué era exactamente el hijo de la prima de su madre? Su madre y su padre no se lo habían dicho nunca, y la leona nunca había preguntado.

—¿Qué es? —La giganta se impacientaba.

—Mi mejor amigo —respondió la leona, y a ella misma le sorprendieron sus palabras.

Escuchó su eco y pensó que eran ciertas. ¡Friedrich era su mejor amigo!

La leona esbozó una sonrisa de felicidad y entonces oyó que en las filas de atrás algunas niñas se reían. Una incluso musitó:

—Waltraut está enamorada.

A la leona le entraron ganas de zarandearla. ¡No estaba enamorada! Solo le tenía cariño a Friedrich.

—¡Silencio! —ordenó la giganta. Y las niñas se callaron en el acto. La leona confió en que la giganta blandiese ahora la regla ante esa niña mala, pero no lo hizo, se limitó a decir—: Continúa.

—Pues —ahora las palabras le salieron como un torrente a la leona— habíamos ido a nadar al lago de Walle y de repente Friedrich pegó un grito y yo fui corriendo con él y vi una abeja. La abeja le había picado en la pierna —la leona hablaba cada vez más deprisa— y revoloteaba a su alrededor y se le posó otra vez y quería volver a picarlo, esta vez en el brazo. Y yo cogí una toalla y le di con ella para quitársela del brazo —qué orgullosa estaba la leona de su hazaña— y la abeja cayó muerta al suelo y...

—Mientes —afirmó la giganta.

La leona la miró con cara de susto.

—Mientes —repitió la giganta mientras se dirigía hacia ella, con la regla en la mano.

—No, no, no miento...

—Claro que sí.

¿Por qué pensaba eso la giganta? ¿Por qué lo pensaba? ¿Por qué? Era verdad: la leona le había dado a la abeja y había impedido que picara de nuevo al pobre Friedrich.

—Una abeja no puede picar dos veces.

—¡Pues iba a hacerlo!

—Una abeja muere después de picar la primera vez.

—Pero...

—Nos has mentido a todas.

La leona estaba desesperada. La que había picado a Friedrich era una abeja, un bicho amarillo y negro.

—No consiento que se mienta en mi clase.

La giganta tenía cara de pocos amigos.

¿Una avispa? ¿Era una avispa? ¿Una abeja? ¿Un abejorro? ¿Una avispa? ¿Avispa? ¿Abeja? ¿Avispa?

—Pon la mano en la mesa.

—No era una abeja, era...

—Cállate.

—Era una...

—Como no te calles ahora mismo, recibirás más golpes de regla.

—Era...

—¡La mano en la mesa! —ordenó la giganta a la leona, haciendo una mueca.

A su lado Inge Trenzas temblaba; tenía tanto miedo que ni siquiera se atrevía a llorar. Otras niñas no osaban siquiera respirar. La leona olía el miedo que flotaba en la clase. Apestaba.

Puso la zarpa en la mesa con valentía, decidida a no llorar. Ni siquiera un poco. Pero la leona todavía no sabía qué eran los golpes. Sus padres no le habían pegado nunca.

La giganta levantó la regla.

No llorar.

La giganta hizo restallar la regla.

¡No llorar!

La regla le dio en la mano. No en la zarpa. Waltraut no era una leona. Tan solo era una niña pequeña que no pudo evitar echarse a llorar.

* * *

Más ruidosa que Viena. Más sucia que Viena. Más calurosa que Viena. Y con muchos más locos religiosos que en Viena. Aunque ya había pasado semanas allí, Joschi todavía no se había acostumbrado a Jerusalén. Ni tampoco a que Rosl y él, dos adultos, volvieran a tener que compartir habitación en el hotel Yehuda, pero en esa ocasión una más espartana aún que la de su infancia. Una litera, un armario, ni una sola fotografía en las paredes. Por lo menos como trabajaba de portero de noche dormía a distintas horas que su hermana. Y eso que apenas se podía pensar en dormir en esa ciudad tan bulliciosa, en la que todas las personas —a excepción de los británicos— metían ruido. Incluso los judíos europeos se habían adaptado al volumen generalizado para hacerse oír. La primera, su hermana, que en Viena tampoco es que fuese calladita. A Joschi le dirigía reproches a voces cuando se ponía melancólico; a los hombres que se atrevían a tocarla los reprendía también a voces; a Mosche, el calvo propietario del hotel, le ordenaba a voces que escondiera a refugiados. Esto último lo hacía en calidad de enlace de la organización clandestina judía Haganá. Los guerrilleros de la coalición Betar-Irgún le parecían demasiado militantes. Mataban a civiles palestinos en represalia por los atentados perpetrados contra judíos. No estaba bien que los hebreos fueran igual de asesinos que sus enemigos.

Bien era cierto que para Joschi revestía importancia que naciese el Estado de Israel y que se alegraría cuando existiera de verdad. Él también opinaba que valía la pena luchar por una nación propia y sin duda no tardaría en unirse también a la Haganá —como le instaba a hacer su hermana—, pero su corazón ansiaba volver a Viena, una ciudad menos ruidosa que Jerusalén. Más limpia que Jerusalén. Y en la que había muchos menos locos religiosos que en Jerusalén. Ojalá no estuviesen allí esos locos asesinos.

Un mediodía Joschi se despertó porque dos palestinos decidieron que tenían que pelearse justo delante de su ventana. Puesto que de todas formas había tenido una pesadilla —Hedy le gritaba por algo y después le apagaba un cigarrillo en el brazo—, Joschi se vistió y resolvió ir a tomar un café decente. No hacía mucho habían abierto dos calles más allá una cafetería cuyo propietario era alemán. Tal vez allí escuchase, si no vienés, sí al menos vocerío germano.

Todas las mesas que tenía en la calle el café Royal estaban al sol y en ellas se podrían haber freído huevos; dentro, el local le recordó

vagamente a su país de origen, como si hubiese salido de un recuerdo desdibujado. Sentado a un piano había un hombre rubio con los ojos de un azul radiante. Tocaba una canción alegre, que cantaba a la vez:

Some get a kick from cocaine,
I'm sure that if I took even one sniff
That would bore me terrifically, too.
Yet, I get a kick out of you.

Joschi movió los pies y, cuanto más cantaba el hombre —«*I get no kick in a plane*»—, tanto más animado se sentía él.

Cuando la melodía terminó, Joschi aplaudió y el pianista se rio:

—Es la primera vez que me pasa en esta mierda de rincón del mundo. —Hablaba en hebreo, pero Joschi percibió el acento alemán y, por tanto, dijo en su lengua materna:

—Nunca había oído esa canción.

—Es de Cole Porter, de la película *Todo vale*.

—No la he visto.

—No me extraña, no llegó a Alemania.

—Soy de Viena.

—Se nota por el acento —rio el pianista.

—Echo de menos las películas norteamericanas.

—A quince minutos de aquí hay un cine donde las ponen para los británicos.

Ni trece minutos después Joschi ya estaba sentado para la sesión de tarde. Chaplin, *El circo*. Joschi se rio con ganas. Una y otra vez. En el cine el mundo era un lugar mejor. Y, al acabar la sesión, aunque Jerusalén seguía siendo una ciudad maloliente, ruidosa, calurosa y llena de locos religiosos, ya no le pareció tan mal.

Por la acera de enfrente pasaba una morena con un vestido de verano amarillo. No era guapa, pero ¡menudo trasero! Joschi pensó en la cantidad de tiempo que hacía que no se acostaba con una mujer. Ya iba siendo hora de que lo hiciese. Buscaría a la mujer más guapa del café Royal. ¡A la más guapa de todas!

Cuando volvió al local, Joschi constató que el pianista estaba hablando con la más guapa, una belleza de distinguida tez blanca y largas piernas. No quería interrumpir al agradable tipo que le había endulzado la vida con su piano y con la película que había visto

gracias a él. Echó un vistazo a su alrededor: ¿era la camarera la segunda chica más guapa de ese sitio? ¿O una de las tres mujeres que ocupaban la mesa de la ventana y conversaban mientras tomaban un té? ¿O la que estaba en un rincón, la de la cicatriz en la barbilla? Esa definitivamente no era la más guapa del café, pero sí la más fascinante. Dibujaba algo a lápiz en una libreta con expresión concentrada. Joschi fue hacia ella y distinguió el esbozo de una sirena. Medio desnuda. Con una aleta. El dibujo le sorprendió, le excitó incluso, pero sobre todo le impresionó. Era lo más cautivador que había observado nunca en un estado incipiente. En bachillerato había muchachas que sabían dibujar, pero o pintaban manzanas, sillas y caballos en el lienzo o su arte era claramente demasiado abstracto para Joschi y ni siquiera poseía el sentido del humor del dadaísmo.

—¿Siempre mira usted a otras personas sin permiso? —inquirió la mujer en hebreo, sin asomo de ira o rechazo en la voz, pero sí con cierta burla y acento checo.

—Disculpe, pero tiene usted mucho talento. —Joschi lo decía de verdad.

—Gracias —asintió ella, como si fuese consciente de ello, y siguió dibujando concentrada en el pecho de la sirena.

¿Quería decirle algo con eso? No, ya dibujaba ahí cuando él se había acercado a su mesa. Daba la impresión de que se había olvidado de él.

—Yo también tengo un don —contó Joschi.

—¿Ah, sí? —La muchacha se volvió de nuevo hacia él—. ¿Cuál?

—Allá donde esté, siempre encuentro a la mujer más encantadora —contestó mientras esbozaba la más cautivadora de sus sonrisas.

Ella lo miró sin dar crédito a sus palabras.

—Es usted una mujer encantadora.

En esa ocasión Joschi no se rio: lo decía en serio.

Por toda respuesta, la dibujante sacudió la cabeza a la defensiva, pero también ligeramente halagada.

—¿Me permite que la invite a un café? —preguntó Joschi.

Tras vacilar un momento, ella respondió:

—Se lo permito.

El café al final fueron cuatro. Ella tomaba los suyos con nata. A partir del segundo, Joschi añadió un chorrito de ron. La dibujante se llamaba Eliska, era de Praga, había estudiado Pintura y había tenido

que abandonar a sus padres y a dos hermanas menores que ella. Ahora vivía con otras tres mujeres en una habitación pequeña y todas ellas se ganaban la vida limpiando en el cuartel británico. Eliska no reveló de qué era la cicatriz de la barbilla y Joschi tampoco se lo preguntó. Él tampoco quería hablar de su propio pasado, ya que le recordaría a su madre y su padre y entonces se entristecería. Joschi prefirió contar chistes, sus anécdotas del Prater, y le hizo galantes cumplidos a la dibujante, hasta que esta, después de tomar también su último café con ron, le acompañó a la habitación del hotel, que —para gran enfado de Rosl— cerró por dentro con llave. Estaba de nuevo con una mujer desde hacía mucho tiempo de la última vez. No la amaba, ni ella a él. ¿Cómo se iban a amar? Apenas se conocían. Pero la cercanía de los cuerpos les hizo bien a los dos.

Cole Porter, Chaplin, el calor de otra persona: ese día la vida en Palestina no le pareció tan mala.

* * *

Alarma de ataque aéreo.

—¡Fuera! —exclamó su padre.

Ulular de sirenas.

—¡Fuera, vamos, vamos!

Su padre y su madre salieron corriendo a la calle con Waltraut. Klaus estaba con las Juventudes Hitlerianas en el brezal de Luneburgo. De pronto su madre se detuvo y volvió corriendo a casa.

—¿Adónde vas? —preguntó su padre.

—A coger la foto de Karla.

—¡Que le den a la foto! Tenemos que ir al búnker.

—Si la casa se quema, nos quedaremos sin nada de ella —contestó su madre mientras desaparecía en el edificio.

—Maldita foto —se quejó su padre.

A Waltraut le entró más miedo aún del que ya tenía: ¿de verdad se podía quemar su casa? ¿Con su madre dentro?

A lo lejos sonó un estallido.

—¡Mierda de foto!

Su madre salió con la fotografía y los tres empezaron a correr.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa! —las instó su padre.

Otro estallido. Esa vez más estridente. Y las sirenas ululaban

como si no fueran a parar nunca más.

—¡Más deprisa, Traudel!

Waltraut no podía correr más deprisa.

Más estallidos.

Su padre la cogió en brazos y la llevó. Su madre casi no era capaz de seguir el ritmo. Llegaron sin aliento al búnker. Eran muchas las personas que querían entrar. Waltraut, que se abrazaba con fuerza a su padre, solo reconoció al panadero entre el gentío. Tenía miedo de que también estuviese allí la señora Scharper.

En el búnker había todavía más personas, apenas había sitio para todos. Pero la señora Scharper no estaba. ¡Bien! Se oían muchos estallidos sordos. La gente tenía miedo. Su madre también. Incluso su padre. Pasaron por delante de literas, cada par separado del siguiente por unas cortinas. A lo lejos Waltraut vio retretes sin puerta. Al final la familia llegó hasta una litera que estaba libre y se sentó.

Silencio.

Solo respiración.

Hasta que un niño pequeño empezó a berrear tras una cortina. Y otro más allá. Y un tercero más mucho más allá. Como si se contagiaran. Tras la cortina un hombre chilló a la mujer:

—Haz callar a ese mocoso.

Otro hombre vociferó:

—No le hables así a mi mujer.

Un tercero medió:

—¡Callaos de una vez! ¡Los dos!

Su padre se retorcía las manos, tenía los nudillos muy marcados de la tensión. Su madre abrazó a Waltraut.

Un estallido.

Espera.

Otro estallido.

Espera.

Gritos de un niño de pecho.

El ambiente era sofocante.

Un estallido estruendoso.

El búnker tembló.

La gente gritó. Su madre abrazaba con fuerza a Waltraut. Y su padre, a su madre. Del techo llovieron trozos de yeso.

—Debe de haber caído muy cerca —aventuró alguien.

Todos estaban muy quietos. Aguzando el oído. Para ver si se producía otro estallido.

Sí.

Pero esa vez no tan fuerte. Más lejos.

Todos guardaban silencio.

El búnker olía más a miedo que cuando en clase la señora Scharper blandía la regla. Mucho más. Eran sus propios padres. Waltraut confió en que la señora Scharper estuviese fuera y le acertara una explosión. Así ella ya no tendría más miedo de ir a clase.

Su madre la estrechó con más fuerza aún y dijo en voz baja:

—Cuando salgamos de aquí, iremos a casa de mi padre.

—¿El conde? —preguntó Waltraut asimismo en voz baja.

—Con los malos tiempos que corren seguro que nos acoge.

A Waltraut le gustó la idea. Sabía que su abuelo vivía en un castillo y que allí además había un establo con caballos mucho más bonitos que los de la fábrica de cerveza Beck's, que llevaban los barriles de cerveza a las tabernas. Su madre se lo había contado cuando el mes anterior había tenido que guardar cama por el sarampión. Cómo le gustaría aprender a montar a caballo. En un caballo blanco.

—No le cuentes esas bobadas a la cría —terció su padre enfadado, y su madre dejó de hablar.

Mientras su padre se miraba las manos, que se retorcía con más fuerza aún que antes, su madre le guiñó un ojo a Waltraut. Y ella a su madre. A fin de cuentas, Waltraut sabía que su padre no sospechaba nada del secreto que guardaba su madre. Ni tampoco de que el conde la había repudiado por casarse con él, que era un hombre normal y corriente. Pero ahora que las cosas estaban tan mal en Bremen, seguro que su madre y su abuelo hacían las paces. Puede que Waltraut no fuese una leona, pero pronto podría ser una especie de princesa. ¡A lomos de un caballo blanco! Ese sueño la distrajo de tal modo de los estallidos, el aire sofocante y los gritos que se quedó dormida en el regazo de su madre.

Cuando su padre la zarandeó para que se despertara, lo primero que vio Waltraut fue la foto de la hermana muerta. Su madre la había dejado en su regazo.

—Venga, Traudel —dijo su padre—. Volvemos a casa.

Tardó un rato en llegarles el turno de salir del búnker. En la calle flotaba un humo acre. Un poco más allá había casas en llamas, que los bomberos intentaban apagar desesperadamente.

Su padre miró a lo lejos:

—Creo que nuestra calle se ha librado. —Después miró hacia el lado contrario—. Pero han bombardeado el astillero.

—Mientras estemos vivos y tengamos un techo sobre nuestras cabezas, no pasa nada —aseguró su madre mientras le ponía una mano en el hombro a su padre.

Este asintió y le dio un beso a su madre. Y a Waltraut. Y a la fotografía de Karla.

Nueve meses después una bomba también redujo a escombros la casita de la familia. Y la fotografía de Karla ardió entre las ruinas.

Su padre y Klaus tenían que unirse a la milicia nacional. En el plazo de media hora debían presentarse en el puerto para incorporarse a su unidad. Su madre pugnaba por no llorar, en el momento de la despedida, delante del vagón de tren donde vivía ahora la familia pasando un frío atroz ese invierno, aunque su padre había sacado de una casa en ruinas una estufa que había instalado en el vagón y que alimentaban con bancos de madera de los vagones del tren y otras tablas que rescataban de los escombros. Del castillo no se sabía nada. El conde, según le había contado su madre a Waltraut, no había respondido a las cartas que le había escrito. Waltraut empezaba a odiar a ese abuelo que no conocía.

El padre miró a Klaus, que temblaba con su abrigo de invierno, medio de frío, medio de miedo. A diferencia de sus amigos Peter y Wolle, que de un tiempo a esa parte estaban impacientes por luchar contra el enemigo, Klaus nunca se había sentido a gusto en las Juventudes Hitlerianas. En el campamento del brezal de Luneburgo los muchachos mayores atormentaban a los más pequeños, les orinaban encima. Después de sufrir una pesadilla una noche, Klaus había confiado esa vergüenza a Waltraut, que lo consoló mientras él lloraba. Su hermano también le pidió perdón por haberle cortado el

pelo a su muñeca preferida hacía años. Waltraut aceptó la disculpa: de todas formas, la muñeca había ardido con la casa. Cuando él dejó de llorar, ella le contó que la señora Scharper atormentaba a las niñas de su clase y que ella le tenía mucho miedo. Klaus prometió a su hermana que, cuando fuera adulto, le daría una tunda a la señora Scharper por lo que había hecho. Por primera vez en su vida Waltraut sintió que quería a su hermano mayor.

—No tengas miedo —le dijo su padre a Klaus.

Sobre ellos empezaron a caer copos de nieve. Klaus temblaba más aún.

—No tengas miedo —repitió su padre, y más bien pareció una orden.

—Pero si todavía es un niño —se quejó su madre, y se echó a llorar.

Y como ella lloraba, a Klaus también se le saltaron las lágrimas.

—¿Por qué no se puede quedar Klaus? —preguntó Waltraut.

—Porque si lo hiciera, vendrían a buscarlo —contestó entre sollozos su madre.

Waltraut no pudo evitar pensar en los hombres que sacaron al hombre de la chimenea en casa de la familia Lange. Y en que esos mismos también se habían llevado a los Lange y, poco después, el policía Meyerdirks se había instalado allí con su familia. Su madre había oído que le habían regalado la casa al policía. A Waltraut le parecía injusto que las bombas no hubiesen destruido esa casa, sino la suya.

—¿Y si escondemos bien a Klaus? —sugirió.

—Si lo encontraran, lo matarían —repuso su madre, y la idea la asustó de tal modo que dejó de llorar.

—Si no lo hacen ellos, lo harán los británicos —dijo su padre en voz baja, casi inaudible.

A Klaus le corrían las lágrimas por la cara, una estampa que a su padre le resultaba difícilmente soportable. Dejó de mirar a su hijo, se paró a pensar y después se volvió de nuevo hacia él, le cogió ambos brazos y dijo:

—Te quedas aquí. Pondré unas tablas delante de la puerta en la parte de atrás del vagón. Parecerá que son para protegernos de los ladrones, pero habrá bastante sitio para que te puedas esconder allí si viniera alguien. También clavaré unas cuantas delante de la ventana,

para que no pueda verte nadie por el otro lado.

—Pero si ahora tienes que irte al punto de encuentro —advirtió su madre.

—No me pegarán un tiro si llego una hora más tarde. Y antes seguro que tampoco nos buscan.

—Te pondrán en primera línea... —A su madre se le quebró la voz.

—Mejor a mí que a él.

Su padre se puso a trabajar a toda velocidad. Klaus y Waltraut estaban aliviados en igual medida de que el muchacho pudiera quedarse en casa: sí, el vagón ya era un hogar, aunque la familia tuviera que compartirlo con las ratas.

Cuando el cobertizo estuvo terminado, su padre se enjugó el sudor de la frente y dijo:

—Klaus, no salgas del vagón en ningún momento. Es preciso que nadie sepa que sigues aquí. Y vosotras, mujeres, debéis estar atentas por si vienen soldados. Si veis que se acercan, Klaus tendrá que esconderse deprisa. ¿Entendido?

Su madre asintió. Waltraut asintió. Su madre abrazó a su padre otra vez y, para no volver a echarse a llorar, corrió con Klaus de la mano a otro rincón del vagón, hasta la cama de sus padres. Su padre se inclinó hacia Waltraut:

—Ahora tendrás que cuidar de los dos por mí.

A Waltraut le sorprendió que le hablara como si ella fuese la persona mayor.

—Mamá está demasiado asustada para pensar con claridad y Klaus debe esconderse. Por eso tú tendrás que vigilar el terreno como...

—¿Una leona? —preguntó ella.

Pese a todo su padre no pudo evitar reírse. Como si no supiera que había sido él quien la había llamado así hacía muchos años.

—Iba a decir como un lince. Pero una leona es incluso mejor.

Le dio un beso y se giró para marcharse.

—¿Volverás? —preguntó Waltraut.

—Claro —contestó.

Su padre se dirigió a la salida delantera del vagón y Waltraut fue tras él. Echó a andar por los raíles del arrasado apartadero. Waltraut siguió con la mirada a su padre, que desapareció en la ventisca. Le

habría gustado tanto tanto creer que iba a regresar.

* * *

Joschi y el pianista, llamado Amos, se hicieron los mejores amigos del mundo. Juntos bebían, juntos reían, juntos engatusaban a las mujeres. Amos tocaba el piano, Joschi contaba chistes y, en cuanto al sexo femenino nunca se estorbaban, porque habían decidido que el alto Amos podía seducir a todas las mujeres que midieran más de metro sesenta y Joschi a las que no superaran esa estatura. Eran muchas las mujeres que buscaban el verdadero amor, pero no querían reservarse hasta que apareciese: ¿quién sabía lo que les quedaba a todos de vida?

Los dos hombres se entendían tan bien que Amos iba a ver a Joschi cuando trabajaba de portero de noche en el hotel Yehuda y bebía con él y hablaban del futuro, y aunque en este futuro debatían en todas sus facetas un Estado de Israel, para Amos no desempeñaba personalmente un papel muy importante: el amigo de Joschi no deseaba nada con más ardor que componer sus propias canciones y ser una estrella en Berlín: estaba seguro de que seguiría existiendo después de la guerra y de que se podría volver allí siendo judío. Soñaba con ello desde que en 1929, cuando tenía doce años, sus padres lo llevaron al Berliner Theater para oír cantar a Hans Albers y Rosa Valetti en el musical *Dos corbatas*. Y Marlene Dietrich. ¡Oh, Marlene Dietrich! A Amos se le había quedado grabada a fuego en la cabeza, igual que el deseo de escribir canciones maravillosas. A ser posible para Dietrich. Todavía no era demasiado mayor para hacerlo y, si los aliados seguían como hasta ahora, cuando volviese a su ciudad natal tampoco lo sería. Cuando Amos hablaba así, Joschi imaginaba cómo sería regresar a Viena. Y confiaba en poder abrazar allí a su madre; e incluso rezaba para sus adentros para que así fuera.

Pero siempre que seguía pensando un poco más, se preguntaba qué haría con su vida en Viena. Después de todos esos años ¿retomar los estudios para ser ingeniero civil con casi treinta años? ¿En la misma universidad en la que habían tirado por la ventana a sus compañeros judíos?

Al entusiasmo que Amos manifestaba por Berlín y su futuro allí Joschi no podía contraponer ningún otro lugar. Solo se le ocurría la

paz que había sentido en el Draga II cuando estaba en cubierta, contemplando el vasto mar. ¿Y si se hacía a la mar cuando terminara la guerra?

Cuando finalizó su turno y le habló a Rosl de esta idea en la habitación que compartían, ella le gritó:

—¡Deja de soñar! Ha llegado el momento de ser adulto.

—¿Adulto? —preguntó Joschi, que pese a todo lo que había vivido, o quizá precisamente por eso, se sentía como un niño que no era capaz de encontrar su camino en el mundo.

—Tengo treinta y un años y tú veintinueve. Ya va siendo hora de que los dos encontremos a alguien fijo.

—¿A alguien fijo?

Joschi estaba desconcertado. Obtenía mucho placer de tener muchos amoríos distintos. Y Rosl ni siquiera se interesaba por los hombres, les daba calabazas a todos. Parecía más satisfecha sola que en el matrimonio. Además, todavía seguía casada y, aunque no se sabía qué había sido de Paul, no se podía descartar por completo la posibilidad de que aún viviera. ¿Se había olvidado de él? ¿Porque era fría como el hielo? ¿O porque sufría demasiado para temer por la vida de su marido?

Amos se había planteado seducir a Rosl, pero Joschi le había dejado bien claro a su amigo que: a) se podía ir olvidando de la amistad que tenían con que tan solo sonriera a su hermana, b) y de sus dientes también, c) Rosl jamás volvería con él al país de los nazis, aunque en él ya no hubiera ninguno, y d) su hermana medía menos de metro sesenta. Podría haber seguido hasta la z), pero Amos se rio: «Amigo mío, tu hermana y tú os queréis más de lo que os podrían querer nunca otras personas».

La idea sorprendió a Joschi pero, al pararse a pensar en ella, constató que, en efecto, Rosl era la única persona sobre la faz de la Tierra a la que él quería incondicionalmente; exceptuando a su madre, si es que aún vivía.

—No puedes seguir tirándote a todo lo que se mueve toda la vida —continuó Rosl con su sermón.

—No voy por ahí tirándome a todo lo que se mueve —objetó Joschi.

—Necesitas una esposa —ella no se dejó confundir por su objeción— para que no te distraigas en tus próximos cometidos.

—¿Qué cometidos?

—Con la Haganá.

Para entonces Joschi también se había unido a la organización clandestina. Mientras que su hermana había ascendido deprisa en la jerarquía, él recibía instrucción paramilitar en el desierto.

—Tenemos un cometido real para ti.

—¿Tenemos?

—Hans Blum...

—¿Hans Blum del teatro de Leopoldstadt?

—Me ha puesto al mando de su destacamento.

—¿Porque está enamorado de ti?

—Porque soy buena.

Joschi no dijo nada.

—Y también —Rosl sonrió— porque antes no podía quitarme los ojos de encima. Qué quieres que te diga: ese hombre tiene buen gusto.

—Entonces ¿te quieres casar con Blum?

—¿Con un artista? No estoy loca. Cuando reine la paz en Israel, necesitaré a alguien que me mantenga. No pienso trabajar toda mi vida aquí para Mosche.

—Los hombres harán cola. —Joschi lo decía en serio.

—Supongo.

Joschi sonrió.

—Y a ti te buscaremos una mujer buena, decente. Y como no tienes el menor olfato para eso...

—¡Un momento!

—Solo diré un nombre: Hedy.

—Pero si ni siquiera llegaste a conocerla.

—A partir de ahora me presentarás a todos tus ligues.

—¿De verdad no me crees capaz de poder elegir bien yo solo?

—¿Es que tú te crees capaz? —insistió Rosl para provocarlo.

Joschi se acordó de Hedy y contestó:

—Bueno, cuatro ojos ven más que dos.

—Y los míos ven mejor que los tuyos.

—Pero solo si tú también me presentas a mí a los posibles candidatos a marido.

—Pues claro, eres mi hermano.

Con eso quedó sellado el pacto fraternal.

* * *

Era un día lluvioso. ¡Los más bonitos! Waltraut estaba sentada en el compartimento delantero, junto a la ventana. Como cada mañana, cada tarde, cada noche, hasta que su madre le ordenaba que se fuera a la cama. ¿Qué otra cosa podía hacer que cumplir con el cometido que le había encomendado su padre y cuidar de Klaus y de su madre? La escuela había cerrado hacía semanas y su madre le había prohibido estrictamente alejarse del vagón.

Hasta entonces no se había acercado ni un solo soldado. Tampoco ningún policía. Ni ninguna otra persona de la que Klaus hubiese tenido que esconderse. Pero ahora alguien se dirigía hacia el vagón por la vía muerta y, aunque la lluvia caía con fuerza, Waltraut vio perfectamente quién era.

Salió corriendo del compartimento y fue hacia la salida, se puso unos zapatos rotos —todos los demás habían ardido con la casa—, abrió la pesada puerta y, aunque se esforzó por saltar el enorme charco que tenía delante, metió de lleno el pie derecho. El zapato se empapó en el acto, el pie se le mojó, pero Waltraut ni se dio cuenta. Corrió hacia su padre.

Oyó que su madre y Klaus salían del vagón e iban tras ella. Pero esa mañana no había nadie tan rápido como Waltraut.

Su padre la cogió en brazos, la levantó y le dio vueltas bajo la lluvia: era como en el tiovivo de la feria. Waltraut se reía y se reía. Después su padre la abrazó. Y también a su madre y a Klaus. Los cuatro Behrens nunca se habían abrazado.

Por la tarde la familia estaba sentada en medio del pasillo, delante de la estufa revestida de azulejos, jugando a las cartas. Su padre hacía trampas con tal descaro que los niños se reían a carcajadas constantemente. De lo que había vivido no dijo ni palabra. Ni siquiera cuando Klaus preguntó por Peter y Wolle, sus dos amigos. En lugar de contestar, su padre abrazó con fuerza a Klaus, como si no quisiera soltarlo nunca. Las lágrimas le corrían por las mejillas, y dijo con voz entrecortada:

—Te quiero tanto...

1946-1951

—El 23 de abril de 1942, en el gueto de Łódź —contó Rosl.

—¿Se sabe de qué murió?

—¿Hambre? ¿Tifus? En los documentos de los nazis no pone nada.

—Con lo precisos que son normalmente —apuntó Joschi con amargura.

—Con mamá no. —La voz de Rosl casi parecía mecánica.

Estaba sentada en tensión en uno de los taburetes de la barra de caoba del lujoso hotel King David. Desde hacía algunas semanas Joschi preparaba copas y servía cócteles. Su cometido para la Haganá consistía en espiar a los oficiales británicos, cuyo cuartel general se hallaba en el ala sur del hotel. Cuando bebían en su bar y las noches se alargaban, a veces él podía averiguar valiosa información sobre sus transportes y movimientos de tropas, pero también sobre su moral, al tener que lidiar continuamente, tan lejos de su país y en una tierra atroz, con judíos locos y palestinos por lo menos igual de locos.

Esa tarde de otoño de 1946, después de almorzar, eran pocos los británicos que ocupaban los sillones, cuyo color marrón armonizaba tan bien con el suelo de mármol blanco. Algunos miraban a Rosl, que jamás se interesaría por uno de ellos. Para su hermana, como también para Joschi, solo entraban en consideración como posible pareja los judíos. En este mundo eran los únicos en los que se podía confiar. Y ni siquiera en todos.

Los hermanos se veían cada vez menos desde que Joschi vivía en una de las habitaciones para empleados del King David, que tampoco era mucho más cómoda que la del hotel Yehuda, pero al menos en ella, a diferencia de en la de Rosl, no se guardaban armas para la resistencia.

Winston, el inglés que siempre iba como un pincel y con el que Joschi compartía los turnos en la barra, era menos agotador como

compañero de cuarto que Rosl y también se esmeraba más por ser ordenado. En un primer momento Joschi temió que Winston se abalanzara sobre él por la noche, pero pronto tuvo claro que su compañero no tenía necesidad de hacer tal cosa. Gracias a los huéspedes del hotel, a Winston se le presentaban numerosas oportunidades.

Rosl seguía viviendo en el hotel de Mosche, que a instancias de ella alojaba en sus habitaciones cada vez a más refugiados procedentes de Europa, en ocasiones seis por habitación. Era poco menos que un milagro que los británicos no hubiesen cerrado aún esa pensión de mala muerte. Pero, después de que la Haganá liberase a los internos en el campo de Atlit, los mandatarios ya no tenían ninguna posibilidad real de imponerse a la oleada de refugiados.

—Mejor Łódź que uno de los campos, como Paul.

Joschi no dijo nada. ¿Cuál era el consuelo? ¿Que su madre no hubiese muerto en la cámara de gas como el jugador de waterpolo de Rosl?

—Lo sabíamos desde hacía tiempo —comentó ella.

—No —negó Joschi.

—Sí que lo sabíamos.

Joschi se sirvió un whisky doble y se lo bebió de un trago. Le ofreció uno a Rosl, pero no le gustó, así que también se lo tomó él. Su cabeza le había dicho siempre que su madre estaría muerta. Sobre todo cuando terminó la guerra y poco a poco se fue sabiendo por los refugiados hasta dónde habían llegado las atrocidades cometidas por los nazis. Hacía unos meses Joschi había visto por primera vez a una persona con un número tatuado en el antebrazo. Sin embargo, su corazón se había negado a creerlo hasta ahora. De manera que la noticia de la muerte de su madre casi le produjo la misma conmoción que si la hubiera recibido de golpe y porrazo, sin avisos previos.

—Somos huérfanos —constató Rosl mientras se agarraba a la barra, como si tuviese que emplear toda su fuerza física para que no la asaltase la tristeza.

Joschi se bebió un tercer whisky doble y después se volvió hacia Winston y le pidió que se encargase él solo del turno de tarde. Winston asintió, no faltaba más, ya que Joschi le había echado un capote en más de una ocasión ante el gerente del hotel cuando desaparecía una horita para acudir a una cita. Pareció incluso

alegrarse de poder hacerle un favor a su compañero.

—¿Adónde vas? —quiso saber Rosl.

—A rezar el kadish por nuestros padres.

—Eso lo puedes hacer en cualquier sitio.

—Pero lo quiero hacer en una sinagoga, ya que no tenemos una tumba para mamá.

—No, una tumba no tenemos —repuso Rosl, rebosante de dolor.

Rosl no acompañó a su hermano, era aún menos religiosa que él. A fin de cuentas, cuando era adolescente Joschi acompañaba a su padre a la sinagoga de Leopoldstadt, porque sabía lo importante que era para este que lo vieran allí con su hijo. Rosl, en cambio, la última vez que había visto una sinagoga por dentro había sido el día del bar mitzvá de Joschi. Y se había enfadado por el hecho de que las mujeres tuvieran que sentarse separadas de los hombres, en los peores sitios.

Joschi entró en una de las sinagogas más pequeñas del casco antiguo, cuyo nombre no conocía, aunque había pasado a menudo por delante. Era la que estaba más cerca del King David. Tomó de un cuenco una kipá para visitantes, se la puso en la cabeza y entró en el templo desierto, que olía a piedra húmeda y en el que había unos sencillos bancos de madera, un tanto desvencijados. Miró el techo abovedado blanco, que la suciedad y el polvo habían vuelto gris, y deseó estar en la sinagoga de Leopoldstadt. Le vino a la cabeza un recuerdo de su padre. A veces, cuando estaban rezando, le cogía la mano y se la sostenía con fuerza un rato. Como era sastre, la mano de su padre estaba áspera y llena de callosidades.

Joschi vio que se abría una puertecita de madera en un lateral del altar. Un rabino entró y fue directo a él. Era sorprendentemente joven, tendría treinta y pocos años, como Joschi, que pensó que incluso a esa edad aquel hombre había encontrado su sitio en la vida, en una vida normal. Lo más probable era que él ya no fuese capaz.

El rabino llevaba una sotana negra, una kipá negra y un manto de oración blanco, y lucía barba y unos tirabuzones que casi le llegaban al esternón.

—¿A qué ha venido? —preguntó, con un tono que no era ni agradable ni desagradable, más bien frío e impersonal. Como si uno estuviese con un médico que quisiera saber dónde le dolía a uno sin

querer oír una palabra de más sobre el tema.

—Me gustaría recitar el kadish.

—No tenemos minián.

—No quiero esperar al rezo. También lo puedo recitar sin los hombres que faltan.

La idea no pareció agradar al rabino; en rigor, desde el punto de vista religioso se precisaban diez varones judíos adultos para el kadish. No obstante, no dijo que no inmediatamente, sino que preguntó:

—¿Para quién?

—Para mi madre y mi padre.

El religioso no tenía ninguna palabra de consuelo, lo cual no sorprendió a Joschi. Su sufrimiento no era especial, todo el mundo había perdido a alguien; la mayoría, como Joschi, a casi todos sus parientes: por lo visto no había sobrevivido nadie ni de la familia vienesa ni tampoco de la extensa rama polaca de los Safier y los Klapholz. Solo Rosl y él. Y, sin embargo, a Joschi le pareció que el rabino podría haberle dado el pésame. En su lugar el hombre dijo lisa y llanamente:

—Puede orar aquí en silencio.

—Necesitaría un manto de oración —repuso Joschi, aliviado de que el rabino transigiera con tanta afabilidad.

—Desde luego.

—Gracias.

El rabino no se movió. ¿Tenía Joschi que ir por el manto? Miró a su alrededor: en el altar no había ninguno y en los bancos de madera tampoco. Y el rabino necesitaba el suyo. Miró desconcertado a ese hombre de aspecto frío, que dijo:

—Olvida usted algo.

—¿Que olvido algo?

Joschi se paró a pensar a qué se podía referir. ¿Algún ritual antes de recibir el manto? Pero ¿cuál?

—Sí, olvida usted algo.

El rabino lo miró como a un escolar duro de mollera y eso hizo enfadar a Joschi: el tipo tenía su misma edad y ya podía ser cien veces rabino, que se podía ahorrar esa mirada. Los whiskies dobles aún le corrían por las venas, pero le habría gustado tomarse otro para, si no tranquilizarse, al menos distraerse y olvidarse de la ira que se estaba

apoderando de él. Quería algo del rabino, así que debía mantener la cabeza fría. Preguntó lo más calmado posible:

—¿Me puede decir qué he olvidado?

—El donativo.

—¿El donativo? —Joschi no se podía creer lo que estaba oyendo.

—Como puede ver, nuestra sinagoga necesita cada penique —contestó el rabino mientras abarcaba el espacio con un movimiento semicircular de la mano.

Joschi estaba a punto de explotar.

—Así que si es tan amable... —El rabino extendió la mano.

—¿Solo puedo rezar el kadish si antes doy un donativo?

—Puede rezar el kadish siempre que quiera.

«Menos mal», pensó Joschi, y su ira se aplacó un poco. Hasta que el rabino la encendió de nuevo:

—En la ciudad hay muchas sinagogas donde lo puede hacer.

La sangre y el whisky empezaron a hervir en las venas de Joschi, que le soltó enfadado:

—Así que ahora me dejará usted rezar.

—Desde luego —la voz del rabino se volvió más práctica y fría aún—, si da un donativo.

A Joschi se le pasó por la cabeza que el tipo habría sido un buen nazi. La idea le hizo temblar de rabia.

El rabino adelantó la mano un poco más y Joschi pensó, enfadado y desesperado, que ese asqueroso no tenía derecho a recibir dinero por una oración en memoria de sus padres. Joschi vio a su padre sosteniéndole la mano mientras rezaban, a él viéndose obligado a dejarlo en la cárcel vienesa, despidiéndose de su madre: *«Ti akhtik oif dir»*. Esas imágenes se mezclaron con otras más difusas: su padre en Buchenwald y un soldado de las SS golpeándolo hasta matarlo; su madre en una cama destartalada en un sótano de Litzmannstadt, muriendo de tifus o de frío en una calle cubierta de nieve medio derretida, en los huesos.

Joschi asestó un puñetazo al rabino.

El hombre cayó al suelo en el acto.

Joschi se abalanzó sobre él. Lo golpeó una, otra y otra vez. El rabino tenía los ojos muy abiertos del miedo, sangraba por la boca y la nariz. Se atragantó y tosió, pero Joschi siguió. Estaba como en trance y, mientras le pegaba, una vocecita dijo en su cabeza que la violencia

que estaba ejerciendo en realidad iba dirigida a los asesinos de sus padres, y no al rabino, y que tenía que parar. Pero la voz solo pudo hacerse oír debidamente cuando la víctima farfulló:

—Podemos... rezar sin donativo...

Joschi se irguió. No ayudó a levantarse al rabino. No le daba ninguna pena, solo sentía desconcierto y vergüenza por lo que lo había acometido. Rezar ya no tenía sentido. Él jadeaba. El rabino lloraba. Entonces una voz exclamó:

—Ayuda...

Joschi se volvió y vio que un judío ortodoxo anciano salía corriendo de la sinagoga. Seguro que llamaría a la policía.

Tenía que evitar a toda costa que lo detuviese una patrulla británica, y más aún una palestina. Los unos lo encerrarían y los otros...

Joschi salió corriendo sin dignarse a mirar de nuevo al ensangrentado rabino. Vio que el anciano se plantaba delante de un coche de policía. Estaba tan alterado que fue consciente de hasta qué punto se ponía en peligro haciendo eso. El coche se detuvo a menos de un metro de él. Dos policías se bajaron. Aliviado, Joschi vio que ambos llevaban kipá: era una patrulla judía.

Joschi no tardó mucho en contar a los agentes por qué había pegado al rabino y estos lo pusieron en libertad en el mismo coche. No sin que uno de los dos hombres, un judío árabe con la cara surcada de arrugas, le advirtiese: «Debes tener cuidado con el alcohol, amigo».

* * *

Invierno de hambruna.

Waltraut luchaba por vivir. Desde hacía una semana tenía mucha fiebre y su cuerpecillo apenas contaba ya con reservas. Su madre se pasaba día y noche junto a su camita. Llevaba puesto el abrigo de invierno grueso, igual que Waltraut el suyo bajo la manta. El primer día que le dio fiebre, Klaus se atrevió a entrar en el compartimento, pero su madre lo echó de allí acto seguido, no fuera a contagiarse. Su padre no había ido una sola vez a ver cómo estaba Waltraut. Cuidar de hijos enfermos no era cosa suya.

Su madre le preparaba compresas para las piernas, le refrescaba la frente, le contaba cuentos y también le hablaba una y otra vez del

castillo de su padre. Le decía a Waltraut que debía aguantar para poder montar el bonito caballo blanco por las praderas que pertenecían a la familia, pasar por los numerosos campos que los labradores trabajaban para el conde, por el hayedo en el que ella jugaba cuando era pequeña, hasta llegar al lago, en el que solo les estaba permitido nadar a los nobles.

Waltraut tenía once años. Y después de un ataque de tos especialmente fuerte estaba demasiado débil para seguir haciéndole a su madre el favor de creer en ese abuelo noble. Jadeando, le pidió en voz baja:

—Mamá, por favor, no vuelvas a contarme eso.

* * *

De cuarenta y un primos solo habían sobrevivido Joschi y Rosl. Y una Klapholz de Brzesko. Se llamaba Marjem y la habían liberado del campo de concentración de Auschwitz con cuatro años.

Ahora Marjem tenía siete. De cabello negro, era demasiado baja y estaba demasiado escuálida para su edad: habían advertido a Joschi y Rosl que tenía problemas con la comida.

Marjem estaba delante de los dos hermanos en el despacho de la directora del orfanato de Yavne, mirando al suelo. La directora, una mujer sorprendentemente corpulenta y con voz meliflua, que a Rosl se notaba que le crispaba los nervios, dijo:

—Mira, Marjem, estos son tus parientes.

Rosl esbozó una sonrisa teatral y Joschi hizo un esfuerzo por imitarla. Parientes; no habían visto nunca a esa prima pequeña.

—Hola, querida Marjem —saludó Rosl, y su sonrisa era tan ancha que incluso en el Burgtheater podrían haberla visto desde las últimas filas—. Soy Rosl. Y este es Joschi. Nuestras madres eran hermanas.

Marjem no dijo nada.

—Scheindel y Gustava.

La niña no contestó.

Joschi se preguntó si la pequeña, después de todo el horror que había vivido, se acordaría del nombre de su madre. O de su madre en sí.

—Las dos se querían —mintió Rosl.

En realidad, Scheindel no había querido saber nada de los cinco

hijos del segundo matrimonio de su padre. Por decirlo de forma suave.

Marjem siguió callada.

—Si no dices nada, no podremos hablar. —Rosl empezaba a impacientarse. Los niños no eran su fuerte. Y la paciencia, menos.

Marjem no contestó.

—Joschi —Rosl apeló a su hermano—, di tú algo.

Joschi obedeció; se inclinó hacia Marjem y le preguntó:

—¿Quieres que juguemos a algo?

La pequeña sacudió la cabeza de un modo casi imperceptible. La directora del orfanato le puso una mano en el hombro con suavidad y le dijo:

—Corre con el resto, anda.

Marjem no corrió. Echó a andar despacio.

—La niña todavía no está lista —afirmó la directora.

Rosl le dirigió una mirada mordaz, como si quisiera decir: «¿Ah, no? No me había dado cuenta». Sin embargo, se contuvo y preguntó:

—¿Cómo podemos ayudar económicamente a la niña?

—Los donativos se reparten por igual entre todos los niños.

—Pero nosotros queremos ayudarla a ella en concreto.

—Lo siento, esas son las normas.

Joschi vio que su hermana estaba a punto de enzarzarse en una pelea, razón por la cual le pasó el brazo por los hombros y dijo:

—Venga, vámonos.

Rosl resopló, pero se dejó llevar por Joschi, que se despidió con un: «Adiós, y muchas gracias por su ayuda». Durante todo el camino de vuelta a casa en el desvencijado Ford de Mosche, Rosl fue echando pestes de la directora del orfanato.

Por la noche, tras la barra del King David, Joschi no pudo quitarse de la cabeza la lastimosa imagen de Marjem ni siquiera ahogándola en abundante alcohol. Se propuso ahorrar a partir de ese momento la mitad de las propinas para el orfanato.

En Navidad, Rosl y Joschi bailaban alegremente en el café Royal al ritmo del jazz que Amos tocaba al piano como un loco. Era su fiesta de despedida. Abandonaría Palestina para convertirse por fin en una

estrella. Pero no en Berlín. Desde que había visto las fotografías de los campos de concentración, Amos ya ni siquiera hablaba alemán. Quería conquistar Norteamérica. ¡Nueva York! Que el resto de integrantes judíos de los Comedian Harmonists ya hubiese fracasado allí, como le restregó por las narices Rosl, era incluso un aliciente más para Amos.

Mientras hacía girar a su hermana no con especial elegancia pero sí con mucho brío, Joschi se preguntó si a los demás bailarines, a los clientes y al personal les parecería que eran una parejita. Tanto Winston como Amos habían dicho, con tanto descaro como sinceridad y sin ponerse de acuerdo, que los hermanos formarían una pareja sumamente atractiva y que nunca admitirían a otra persona. Y, en efecto, así había sido hasta el momento: Rosl había examinado con lupa a todas las mujeres que Joschi le había presentado y había considerado que ninguna era apta para el matrimonio. En cambio, no tenía nada que objetar a que su hermano se divirtiese con ellas. Siempre que no pillara ninguna enfermedad. O, peor aún, dejara embarazada a alguna.

Por su parte Joschi, alcoholizado, había permitido a algún que otro tipo que no era digno de su hermana. Y eso que no era capaz de definir cómo debía ser un hombre que lo fuese.

Cuando terminaron de bailar, Amos dijo:

—Para todos los que se aman.

Y tocó *Cheek to Cheek* mientras cantaba por lo menos con la misma sensibilidad que Fred Astaire:

Heaven, I am in heaven
And my heart beats so
That I can hardly speak...

Joschi y Rosl se miraron, se rieron a la vez y se separaron. Rosl fue a la barra a pedir una copa de vino. Durante un instante Joschi se planteó seguirla, pero sus ganas de fumar eran mayores incluso que las de tomar un whisky. Salió a la calle, dejó que el ligero viento procedente del desierto le diese en el sudado cuerpo, se encendió un cigarrillo y contempló la luna llena, que le pareció más grande que de costumbre. Era como si únicamente hubiese que construir un puente enorme para llegar hasta ella. Quizá los judíos deberían emigrar allí.

... and I seem to find
The happiness I seek
When we're out together
Dancing cheek to cheek.

Joschi se llenó los pulmones de humo y sintió una profunda añoranza. No, como de costumbre, de que el dolor que sentía se calmara. Ni de estar en la cubierta de un barco. Ni tampoco de algo tan simple como un mundo sin guerra. Joschi añoraba un amor con el que poder bailar *Cheek to Cheek*.

* * *

Waltraut estaba sola casi todo el tiempo. Su padre volvía a trabajar en el astillero; su madre, en la cantina del astillero; y Klaus, tras terminar la escuela, había encontrado empleo deprisa: descargando sacos en el puerto. Cargaba con ellos día tras día y después se tomaba una cervecita, o cuatro, de buenas noches con su padre en la tasca del puerto o en el vagón.

Hacía unos días su padre había dado a probar a Waltraut por primera vez cerveza con aguardiente. Sabía asquerosa y, al ver la mueca que ponía, su padre y Klaus se habían reído de ella. Aunque Waltraut les había sacado la lengua a los dos y había hecho como si los bobos fuesen ellos dos y no ella, las risas le afectaron. Le recordaron a la peor humillación que había sufrido hasta el momento, de la que hacía escasas semanas: con otras niñas de su clase había pasado por delante de un camión con soldados norteamericanos. Entre ellos también había muchos hombres negros, que no se parecían en nada a los negros de las fotografías.

Inge Trenzas, que se las daba de mujercita aunque con doce años incluso era uno menor que Waltraut, les hizo ojitos. Sin embargo, los hombres negros se lo tomaron menos en serio incluso que Waltraut, a la que el comportamiento de su compañera de escuela le pareció directamente ridículo. Uno preguntó:

—*Wanna have a banana?*

—*Yes!* —exclamó Inge Trenzas.

El hombre lanzó un plátano, pero no fue Inge Trenzas la que lo cogió, sino Waltraut. Le iba a pasar aquella extraña cosa amarilla a

Inge, pero el soldado negro le dijo:

—*Eat! Eat!*

Waltraut no lo entendía.

—*Eat! Eat!* —El hombre hizo como si se metiera algo en la boca.

—Quiere que comas —dijo entre dientes Inge Trenzas, a la que no le hacía gracia que ahora Waltraut captase la atención de los soldados.

Waltraut miró el plátano y le dio un mordisco.

Sabía asqueroso.

Todos se rieron: sus compañeras de escuela, los soldados. E Inge Trenzas le pasó un brazo por los hombros y le dijo:

—Primero lo tienes que pelar, boba.

Desde entonces Waltraut hacía novillos.

Durante esos días solo hubo una persona que fue a visitar a diario a Waltraut: era Wolle, el amigo de Klaus que había entrado entusiasmado en la milicia y había vuelto vivo. La mina antitanque que Peter pisó delante de él le costó a Wolle la pierna izquierda y a su amigo la vida.

A Waltraut le gustaba sentarse con Wolle en el techo del vagón de tren; a fin de cuentas, él era la única persona del mundo que se interesaba por lo que le preocupaba a ella: lo mucho que odiaba la escuela, lo mucho que le repugnaba cómo se acicalaba Inge Trenzas y las ganas que tenía de vivir en una casa en lugar de en un vagón de tren. Otras personas que lo habían perdido todo en los bombardeos se estaban construyendo casitas en zonas de parcelas, pero su padre opinaba que un vagón como el suyo era mucho más espacioso, que incluso tenía tantas habitaciones como un palacio. Y su madre, que con Waltraut nunca dejaba de fingir que sabía cómo eran las casas de los nobles, le daba la razón.

—Piensas demasiado en lo material —afirmó Wolle cuando los dos estaban una vez más en el techo del vagón, al sol primaveral, balanceando las tres piernas que tenían en total.

A Waltraut no le molestaba lo más mínimo que Wolle tuviese un muñón. Posiblemente por eso fuese tan a menudo hasta la destrozada vía para visitarla.

—¿Qué es lo material?

—Cosas que se pueden comprar con dinero.

—¿Y en qué otra cosa voy a pensar?

—En que todas las personas somos iguales.

—Inge Trenzas es más guapa que yo.

—No lo es —negó Wolle, no en un tono romántico, sino en uno completamente objetivo.

—¿No?

—Dentro de un año todos los chicos volverán la cabeza para mirarte. Y ninguno la mirará a ella.

¿Se estaba burlando Wolle de ella? Y, si no era así, ¿qué sentiría cuando los chicos se interesaran por ella?

—Pero tampoco deberías pensar en eso.

—¿No?

En ese momento Waltraut estaba pensando encantada en lo mucho que se enfadaría Inge Trenzas si de verdad ella fuese la más guapa de la clase.

—No, no deberías.

—Entonces ¿en qué debería pensar?

—En Marx.

—¿Ese quién es?

—¿Has oído hablar del comunismo?

—Pues claro, no soy tonta. Es lo que hacen los rusos de mierda.

—Los rusos nos han quitado de encima a los nazis —contestó Wolle en un tono casi amenazador.

Waltraut recordó que, sin embargo, los rusos habían matado al padre de Friedrich. ¿Cómo le iría en Essen? ¿Qué aspecto tendría ahora?

—En el comunismo somos todos iguales. —Wolle volvió a calmarse—. Todos —recalcó.

—¿Qué significa eso? —inquirió Waltraut.

Si todas las personas eran distintas, y el más distinto era Wolle.

—En la Unión Soviética ya nadie vive en palacios.

Si de verdad existiese, al abuelo conde no le gustaría oír eso. La idea hizo reír a Waltraut.

—¿Qué tiene eso de gracioso? —quiso saber Wolle.

—Nada, no es nada.

Waltraut no quería contarle las historias absurdas que relataba su madre. No deseaba ponerla en evidencia, y de paso también a sí misma: ¿quién querría que todos supieran que su madre estaba loca?

—Pero lo que es mucho más importante es que nadie tiene que

vivir ya en un vagón de tren —continuó Wolle.

Y así fue como Waltraut supo por boca de Wolle la historia de un mundo nuevo, que le llenó tanto el corazón como lo que antes le contaba su madre del castillo con los bonitos caballos.

* * *

Se oyó un grito demencial. Parecía que alguien le estuviera arañando un ojo a un gato. Posiblemente porque a un gato le estaban arañando un ojo. Era una gatita pequeña, de color claro y muy joven. Una mayor la había atacado y herido cuando peleaban por un pajarillo muerto que estaba en la acera de enfrente del café Royal. Joschi estaba sentado a la sombra en una de las mesas de fuera, tomando un café después de haber trabajado de noche. No valía la pena irse a dormir, al cabo de menos de una hora iría al desierto para adiestrar a combatientes.

En el café no sonaba ningún piano que pudiese acallar los chillidos de la gata. Ahora, además de a Isaak, Joschi también había perdido a Amos. De manera que, una vez más, la única persona a la que Joschi estaba unida era Rosl. Únicamente Rosl. Y un poco, muy poco, Marjem. Aunque él había dejado de visitar a la huérfana. Era tan tímida que le resultaba imposible forjar una relación con ella.

La gata mayor bufaba. La pequeña soltaba gritos lastimeros. Quizá debería ir a salvar a la gatita. Pero, al fin y al cabo, Viena le había enseñado lo que significaba entrometerse en una pelea. Claro que así había conocido a Hedy...

Hedy. Había encontrado su nombre en la lista de fallecidos de Treblinka. Y también el de sus padres.

Si Hedy lo hubiese tenido, el niño no habría llegado a cumplir ni los cuatro años.

La gata grande se fue con el botín. La pequeña ofrecía una estampa lamentable, sentada allí y pasándose la pata una y otra vez por el ojo herido. Pobre animal.

Joschi se planteó pedir un coñac cuando vio que una mujer menuda, que quizá tuviese la misma edad que Joschi, iba hacia la gatita y la cogía. Pese al calor que hacía, la mujer llevaba una chaqueta de color claro sobre el vestido azul. Tenía un pelo negro que le llegaba por los hombros y era tan delicada que cabría pensar que

una ráfaga de viento la arrastraría hasta Bagdad por encima de los tejados del casco antiguo.

La delicada mujer mecía a la gatita para que se calmara. Como haría una mujer con su hijo.

«Como una buena madre», pensó Joschi.

—Hola —lo saludó—, ¿hay en el café desinfectante y vendas? —Tenía una voz agradable y, a pesar de la situación, una sonrisa amable en el rostro.

—No sé —respondió Joschi, y se levantó mientras la mujer iba hacia él con el gato en brazos.

—En ese caso vamos a averiguarlo. —Sonrió con más amabilidad incluso y llevó a la gatita al café.

Joschi la siguió con curiosidad, había olvidado por completo que hacía unos instantes tenía intención de pedir un coñac.

Después de que la mujer le desinfectara el ojo a la gata en la barra, se lo vendó y le puso un esparadrapo. La camarera miró hacia otro lado, con asco; Joschi, en cambio, observaba fascinado. No solo porque los movimientos de las manos de la mujer eran muy hábiles, sino porque se preguntaba qué clase de persona había que ser para mostrar tanta compasión por un animal herido. Por su parte habría dejado a su suerte a la gatita. Rosl se habría quejado de que había demasiados animales callejeros. Sin embargo, esa mujer había interrumpido lo que quiera que fuese a hacer para ayudar al animalito.

¿Cuántas personas había que hiciesen algo así? ¿Una entre mil? ¿Una entre diez mil? ¿Menos incluso?

—Bueno, pequeña —dijo la mujer, sosteniendo la gata en alto—, has tenido suerte. Un poco más a la izquierda y habrías perdido el ojo.

Joschi ya no miraba al animal. Miraba el antebrazo izquierdo de su salvadora, la manga de la chaqueta se le había subido.

340744.

Joschi supo cuál era el número de la mujer antes que su nombre.

Había estado en Auschwitz. Y se comportaba como un ángel.

En comparación con el dolor que debía de albergar ella en su interior, el de Joschi carecía de importancia. A partir de ese momento él no quiso hacer otra cosa que no fuese aliviárselo.

* * *

Wolle la quería besar.

Waltraut sentía curiosidad. Y él le daba pena.

El beso fue extraño, húmedo pero también bonito.

A partir de ese momento siempre que se sentaban en el vagón y dejaban bambolear las tres piernas se besaban.

Nada más. Pero también nada menos.

Fue un verano bonito.

* * *

De noche y de día. Por la noche Dora daba vueltas gimiendo, a veces gritaba junto a Joschi en la cama, sin despertarse, y solo se calmaba cuando él la abrazaba. En esos momentos Joschi sentía que su vida tenía sentido.

Nunca le preguntó a Dora por lo que había vivido en Auschwitz y ella tampoco se lo contó, ni siquiera mencionó el nombre del campo. Para ella el pasado debía de ser eso, pasado, aunque por la noche se volviese presente.

Por el día Dora hechizaba el presente de Joschi con su forma de ser y él se preguntaba cómo era posible que lo amase tanto. Joschi no tenía dinero ni demasiadas perspectivas de futuro, y sus chistes no le hacían tanta gracia como a las demás mujeres, ella solo sonreía educadamente. Tal vez su humor vienés no encajase con el de ella, húngaro. Dora era de cerca de Budapest, un lugar al que no quería regresar, ya que sus vecinos habían revelado el escondite de su familia.

Joschi quería pasar con ella unos días libres, bonitos, a toda costa, antes de que los británicos renunciaran al territorio dentro de unas semanas y él tuviese que ponerse al frente de su unidad para ir a la guerra. Ambos fueron primero a Yavne a ver a Marjem. Estaban sentados con ella en un banco delante del orfanato y la lacónica pequeña, que había crecido un poco, como de costumbre no aceptaba ninguna de las ideas de juegos que proponía Joschi, cuando Dora de pronto se quitó el zapato.

—¿Se te ha metido una piedra? —le preguntó Joschi.

—No, solo quería presentarle a Marjem mi mejor amiga.

Joschi no entendía nada, pero Dora había conseguido captar la atención de Marjem y se quitó el calcetín verde.

—Dora, ¿qué haces? —preguntó Joschi.

—Esta de aquí es mi mejor amiga —le dijo Dora a la pequeña, sin contestar a Joschi.

—¿Un calcetín? —preguntó, asombrada, Marjem.

Lo que fuera que estuviese haciendo Dora estaba logrando que la niña se abriera.

—Esto no es un calcetín —aseguró Dora.

—Sí que lo es.

—No, no lo es. —Dora se puso el calcetín en la mano y lo volvió a un lado y a otro hasta que pareció el títere de una serpiente verde. Mientras lo hacía, dijo con voz chillona—: «Hooolaaa, me llamo madame Calcetín. ¿Y tú? ¿cóóómo te llamasss?».

—Marjem —repuso entre risas la niña.

—¿Me tienesss mieeedooo?

—No —rio Marjem.

—Pero sssi doy muuucho mieeedooo —afirmó Dora de manera tan pueril que la pequeña se rio más aún—. ¿Es que no meee creeeesss?

—¡No! —Marjem casi no se podía aguantar.

A Joschi le alegró el corazón ver a su pequeña prima así.

—Puesss lo doooy. ¿Y sssabessss túúú por quééé?

—No.

—Porque apessstooo.

Dora o, mejor dicho, madame Calcetín le cogió la nariz a Joschi y se la apretó con fuerza. A este lo pilló del todo por sorpresa.

—¡Hueeeleee!

Marjem se rio. Y precisamente porque quería oírla reír, Joschi le siguió la corriente y repuso:

—¡Ay, ay, ay, es verdad, huele que apesta!

Marjem se reía cada vez más.

—¡Déjame, madame Calcetín! —exclamó con más fuerza Joschi, y se levantó del banco y salió corriendo.

—De essso naaadaaa. —Dora también se levantó y fue detrás de Joschi—. ¡Me vassss a oleeer!

Marjem se partía de risa.

Joschi fue detrás del banco e hizo como si quisiera protegerse

tras Marjem, a la que pidió:

—¡Sálvame!

—¡Naaadieee osss puede sssalvaaar! —aseguró madame Calcetín, e intentó cogerle la nariz a Marjem.

Ahora ella también pegó un salto y corrió con Joschi, su único pariente salvo Rosl, que no iba a verla nunca, para escapar del calcetín que másss mieeedo daba del mundo. Y Joschi, que mientras corría no paraba de mirar a Dora, pensó: «Algún día me gustaría tener hijos con esta mujer».

Después Joschi y Dora fueron al kibutz de Ma'abarot, donde pasaron la noche entera bebiendo vino tinto con el pelirrojo Isaak. Se sentaron a una mesa de fuera, iluminada por dos faroles y, por tanto, rodeada de insectos, y Dora pudo seguirles el ritmo a los dos bebedores. Pasó encantada con ellos de la noche al día, de ese modo no tuvo que viajar al mundo de sus pesadillas.

Para entonces Isaak había conseguido traer nada menos que cinco hijos al mundo. Con dos mujeres, de las cuales ninguna era la menuda por la que se había quedado en el kibutz. Puesto que los hijos los criaban todos los que vivían allí, él tampoco veía ningún problema en no haberse casado con ninguna de las madres.

Cuando Isaak fue un momento a orinar a una mata, Dora le puso a Joschi la mano en el antebrazo y dijo:

—Si tengo hijos, quiero que su padre se quede con ellos y conmigo.

Ellos dos siguieron viaje hasta Netanya. Joschi enseñó a Dora el lugar en el que llegó a tierra hacía siete años, cuando todavía no intuía que no volvería a Viena. Como llevaban toallas, se quedaron en ropa interior y nadaron en el agua salada. Después Dora se durmió al sol. Descansaba apaciblemente y Joschi no tuvo que protegerla en sueños. Contempló el mar y, una vez más, la estampa le dio paz interior. Si tuviera que llevar en el corazón un único instante para toda la eternidad, elegiría ese.

A lo lejos Joschi vio saltar algo fuera del agua a un delfín. Nunca había visto uno. Miró a Dora y se planteó despertarla, pero decidió no

hacerlo y siguió observando al delfín. No estaba solo. ¿Eran tres? ¿Cuatro? A contraluz, incluso haciendo visera con la mano, era poco lo que se distinguía. Quizá no fuese una manada entera, pero por lo menos sí una familia.

Una familia.

Miró de nuevo a Dora, que quería tener hijos con él, igual que él con ella. ¿Cómo es que era merecedor de esa dicha? Cuando terminara la guerra se casaría con ella. Si sobrevivían. Joschi tenía claro lo que harían los árabes con los judíos si ganaban la guerra. Lo que harían con Dora. Con Rosl. Y con Marjem.

* * *

El verano siguiente Wolle no fue a visitar a Waltraut, sino que ella lo visitó a él. Había encontrado trabajo de ascensorista en los grandes almacenes Hertie: allí contrataban para subir y bajar el ascensor a mutilados que permanecían ocho horas en su jaula, preguntaban a cada cliente a qué planta quería ir y después accionaban la palanca. Wolle decía de su oficio: «Soy conductor de tranvía sin tranvía».

En verano Waltraut fue prácticamente todas las tardes a ver a Wolle al casco antiguo de Bremen. No solo para hablar con él del comunismo, sino también porque le encantaba estar en los almacenes. Desde que habían introducido el marco alemán estaban llenos de cosas bonitas que, aunque Waltraut no se podía permitir, de cuando en cuando podía birlar. Como el lápiz de labios rojo. O la preciosa horquilla verde de plástico. Era su forma de redistribución comunista.

Y había algo más que a Waltraut le gustaba del casco antiguo: el vaticinio de Wolle se había cumplido y los chicos se volvían para mirarla. Y no solo eso: las chicas de pronto querían ser amigas suyas, ya que se daban cuenta del efecto que causaba Waltraut en los muchachos y deseaban recibir un poco de su luz. Incluso Inge Trenzas quería ser su amiga ahora. De manera que Waltraut iba una y otra vez con sus «chicas» al casco antiguo, les enseñaba a birlar y también a cómo hacer perder la cabeza a los muchachos. Y cuantas más cosas hacía con las chicas, tanto menos iba en el ascensor de los Hertie con Wolle. Hasta que a finales de verano dejó de ir.

* * *

Joschi estaba con el paracaídas junto a la puerta abierta del avión, el viento rugía en sus oídos. Los hombres de la unidad que capitaneaba como teniente del ejército israelí se hallaban tras él. Debían saltar sobre la zona de operaciones al sur del mar de Galilea. Le habría encantado fumarse un pitillo. Y beberse un coñac.

Saltó.

Mientras lo hacía, ni siquiera pudo pensar en Dora de puro miedo.

Al día siguiente, durante una escaramuza, cuando buscaba ponerse a cubierto detrás de una roca, Joschi disparó al primer sirio. Cuando el fuego cesó, el enemigo se retiró y él vio a los tres hombres que habían muerto de su unidad, vomitó.

Meses después Joschi pensaba que se había endurecido. ¿A cuántas personas había matado ya en esa guerra? ¿Trece? ¿Quince? ¿A cuántos de sus hombres había perdido? Prácticamente a otros tantos. A dos los destrozaron minas delante de sus propios ojos. Uno de ellos, Zvi, solo tenía diecisiete años. Pero, cuando llegó con su unidad a un pequeño asentamiento cuyo nombre ni siquiera sabía, tuvo claro que él no estaba hecho para eso. Era evidente que los cadáveres mutilados de sus moradores y de los soldados israelíes ya llevaban días al sol, despedían un hedor brutal y a su alrededor revoloteaban las moscas. Las mujeres estaban desnudas y habían abusado de ellas. A los hombres les habían cortado el pene y se lo habían metido en la boca.

Poco antes de que finalizara la guerra ascendieron a Joschi a capitán. Rosl le escribió una carta en la que se alegraba de la carrera que estaba haciendo su hermano y de la que podría hacer cuando la guerra terminara: comandante, coronel, tal vez incluso general; con treinta y seis años todo era posible aún.

General..., para eso no tenía tanta ambición, pero coronel era realista, era posible que con los años consiguiera esa graduación de manera automática. Sería algo más que una carrera de ingeniería civil interrumpida. O que ser camarero. Con la paga del ejército podría

alimentar a una familia.

1952-1957

Karstadt. Sueño. Objetivo. Solución. En esa galería comercial quería trabajar Waltraut, no solo robar. Tenía quince años, una edad suficiente para entrar de aprendiza de dependienta. Pero, como había hecho tantos novillos, no tenía el graduado escolar y, por tanto, parecía imposible entrar a aprender el oficio en un lugar tan respetable como Karstadt. De manera que solo podría trabajar de obrera, como su hermano, que cargaba sacos y ya tenía las manos tan ásperas como las de un anciano. Así que solo había una alternativa: Waltraut debía hacer posible lo imposible.

Se maquilló en el compartimento con las cosas que había ido birlando en los grandes almacenes. Sentía un deseo irrefrenable de poder permitirse esos artículos, robar era tan indigno... Al final estaba, como siempre, perfecta. A continuación se puso su vestido de flores, que no era tan perfecto. El otro vestido que tenía, el azul, aunque le sentaba mejor, tenía un pequeño siete y su madre no se lo había remendado aún. Con un vestido roto no se podía presentar a una entrevista de trabajo en Karstadt.

Cuando Waltraut se estaba mirando en el espejo con su vestido de flores, su madre entró y preguntó:

—¿Adónde vas? ¿Has quedado con un muchacho?

Su madre confiaba en que su hija conociese a un oficial carpintero o a un fontanero. Su fantasía no iba más allá. Y ello a pesar de que de esa misma fantasía era producto una familia propia perteneciente a la nobleza.

Waltraut no podía contarle lo que se proponía. Su madre habría intentado disuadirla: después de las tres neumonías que había padecido a lo largo de esos últimos años físicamente era demasiado débil para iniciar un aprendizaje. Sin embargo, Waltraut sabía que nunca podría estar sana de verdad si no salía del vagón de tren, en el que en invierno hacía demasiado frío y en verano demasiado calor.

—He quedado con Hannes —mintió—. Trabaja de aprendiz en la caja de ahorros y me quiere enseñar el banco durante la hora del almuerzo.

¡En la caja de ahorros! Eso sonaba mejor aún que trabajador manual. Exagerar un poco no hacía daño a nadie. Y cuando Waltraut volviera a casa y su madre le preguntara por el muchacho de la caja de ahorros, ella le diría que a partir de ese momento trabajaba en Karstadt. Su madre se quedaría atónita y Waltraut le soltaría: «Cierra la boca, que entran moscas».

Su madre estaba como loca de contenta de que su hija tuviese una cita tan estupenda e incluso le dio el dinero para el tranvía. En el centro, Waltraut fue por la Sögestrasse, pasó por delante del café Knigge, observó a las mujeres bien vestidas que estaban en las mesas de fuera y decidió que ella también se sentaría ahí cuando ganase su primer sueldo.

Cuanto más cerca estaba de Karstadt, con más fuerza le latía el corazón. Le asustó su propia temeridad —no sabía pronunciar bien la palabra francesa *courage*—, ay, cómo le habría gustado no solo escribir mejor, sino también saber idiomas. «Por partes —se dijo—; primero, a Karstadt.»

Waltraut respiró hondo antes de entrar en los grandes almacenes. Sus pulmones todavía no se habían recuperado, por lo que resollaba al espirar. Abrió la puerta y accedió. Justo delante estaba el departamento de perfumes y cosmética. Waltraut había entrado y salido a menudo, había mirado las cosas y las había dejado en su sitio y a veces también había robado alguna. Fue directa a la dependienta. Sería de la edad de su madre, pero tenía más pinta de noble que ella. Parecía una de esas personas de las que se podía leer su vida en *Quick*, la revista que el quiosquero siempre le dejaba hojear antes de ponerla en el escaparate.

—Buenos días. Me gustaría hablar con su jefe —dijo Waltraut con toda la determinación de que fue capaz. De haberse mostrado amable, la habrían despachado en el acto.

—¿De qué se trata? —La dependienta parecía sorprendida y suspicaz en igual medida.

—Su jefe ya está al tanto.

La mujer sopesó sus opciones, observó a Waltraut, que le sostuvo la mirada, y decidió pulsar el intercomunicador:

—32, acuda por favor a la caja 6. 32, acuda por favor a la caja 6.

32 no tardó mucho en presentarse en la caja 6. A una hora tan temprana por lo visto todavía no tenía mucho que hacer. 32 era un hombre regordete y calvo. Mayor que el padre de Waltraut. Llevaba un traje gris. Una prenda buena, confeccionada por Karstadt, como correspondía a un jefe de departamento. Sin embargo, tenía dos manchas de mantequilla en la corbata azul.

—¿Qué ocurre? —preguntó 32 a la señora de la caja 6.

Esta señaló a Waltraut y contestó:

—Dice que usted ya sabe de qué se trata.

El hombre miró sorprendido a Waltraut. La señora de la caja 6 también la escrutaba expectante. A Waltraut le habría gustado salir corriendo.

—Pues no lo sé —admitió 32, razón por la cual preguntó—: Y bien, ¿de qué se trata?

Waltraut no consiguió decir ni palabra.

—¿Es que eres muda? —32 lo dijo con un tono tirando a paternal.

—Hace un momento hablaba —sonrió la señora de la caja 6, ya con menos amabilidad.

Waltraut respiró hondo para armarse de valor, no pudo evitar resollar.

—¿Te encuentras bien, pequeña? —preguntó 32.

No quería parecer débil de ninguna manera, de modo que respondió:

—Sí.

—Conque sí sabes hablar —rio 32.

—Sé hablar, sí.

—Bien, pues entonces dime qué quieres de mí.

—Trabajar aquí.

Nada más decirlo, Waltraut se puso a temblar. Una cosa era idear un plan así y otra muy distinta llevarlo a la práctica y correr el peligro de que le diesen una negativa. De ser así, su sueño de ganar su propio dinero en ese lugar fantástico se habría esfumado y, cuando mirase por la ventana del vagón de tren, ya no podría aferrarse a él.

—¿Tienes el graduado escolar? —preguntó 32.

Waltraut negó con la cabeza y miró al suelo.

—¿Cómo es que no lo tienes?

¿Mentía? ¿O mejor decía la verdad? De todas formas saldría a la luz. Waltraut levantó la vista de nuevo y dijo con claridad:

—No terminé la escuela.

32 estaba sorprendido.

La señora de la caja 6 torció el gesto.

—¿Por qué iba a contratar a alguien que no ha terminado la escuela?

Ya que había dicho la verdad, bien podía seguir haciéndolo.

—Porque tengo tantas ganas de trabajar aquí que me dejaré las uñas en este sitio como ninguna otra persona.

La señora de la caja 6 no pudo evitar reírse. No con malicia, sino en señal de reconocimiento. Y 32 se contagió:

—Nunca había oído nada igual en una entrevista de trabajo.

Waltraut no sabía si eso era bueno o malo, hasta que 32 dijo:

—Veré si puedo hacer algo por ti.

Y 32 sí pudo hacer algo.

A finales de ese mes Waltraut estaba sentada en la terraza del café Knigge y con su primer sueldo se permitió una porción de tarta de fresas. Con doble ración de nata.

* * *

—Cuidaré de tu hermana —afirmó Charlie cuando fue de visita al piso que Joschi y Dora tenían en Haifa.

El contable le pedía a Joschi consentimiento para casarse con Rosl mientras tomaban una copa de vino tinto sentados a la mesa de la cocina, medio año después de que su hermana declarara a Dora digna de casarse con su hermano. Un pacto era un pacto.

Charlie tenía cuarenta y pocos años, pero parecía mayor y también considerablemente más formal que Joschi. Seguro que se debía a que Charlie, en cuyo pasaporte figuraba Wilhelm como nombre, era hijo de un oficial de la Primera Guerra Mundial que había recibido numerosas condecoraciones. Aunque esas distinciones no evitaron que al padre lo mataran a golpes los nazis la Noche de los Cristales Rotos.

Ya en 1934, Charlie supo ver los signos de los tiempos y, con veintidós años, salió en bicicleta de Hamburgo: primero atravesó Alemania entera; después, al amparo de la noche, franqueó la verde

frontera de Austria y desde allí cruzó los Balcanes hasta llegar a Grecia, donde embarcó ilegalmente rumbo a Palestina vía Chipre. «Todos los judíos —decía a menudo— tendrían que haber huido en bicicleta en 1933.» La broma de Joschi, «ese habría sido el Tour de Palestina», no le hizo gracia a Charlie. El sentido del humor de las familias de oficiales hamburgueses parecía menos compatible aún con el humor vienés de Joschi que el sentido del humor húngaro de Dora.

Charlie, que trabajó de camarero durante los primeros años que estuvo en Israel, no tardó en encontrar, gracias a su formación de comerciante en el banco M. M. Warburg, empleo en una empresa en expansión, que principalmente exportaba naranjas y mandarinas al mundo entero, pero también pomelos, limones o granadas, y en ella hizo una gran carrera. Sin duda podía cuidar económicamente de Rosl. Y, sin embargo, ese hombre no le caía bien a Joschi. Se sentía inferior a él, porque parecía tener su vida más bajo control que Joschi. Para ser exactos, desde hacía casi dos décadas Joschi tenía la sensación de que la vida lo tenía a él bajo su control. Por eso repuso con cierta insolencia:

—En el matrimonio lo importante no es solo la seguridad económica.

—Pero también es importante —aseveró Charlie.

Joschi no contestó. Al fin y al cabo, sabía que eso no solo era así, sino que además su hermana concedía una gran importancia a tener un futuro asegurado económicamente.

—Yo siempre estaré al lado de Rosl. Incluso cuando, con el tiempo, ya no sea una belleza. Ningún otro hombre haría eso.

Como tantos otros, Charlie se había enamorado de Rosl por su apariencia. Solo que, a diferencia de los otros, él no tenía experiencia con las mujeres, ya que era un hombre reservado, medio calvo y con una nariz que moqueaba constantemente. Pero sí la tenía con las transacciones: su dinero y sus perspectivas de carrera lo convertían en un igual, tanto más cuanto que Rosl no se iba a hacer más joven. Años atrás ni siquiera habría mirado a un hombre como él, pero ahora tenía cuarenta y se había arrancado, enfadada, las primeras canas. En el hotel de Mosche amenazaba con avinagrarse y en la Haganá ya no había nada que la entusiasmara. Charlie le prometía un futuro seguro.

Hablando de amor, Dora había comentado lo fascinado que Charlie estaba por Rosl y con ello había hecho sentir inseguro a

Joschi, que se preguntaba una y otra vez por qué un tipo como él, que había dejado en la estacada a sus padres, había matado en la guerra y había perdido a tantos hombres en unidades que se hallaban bajo su mando, merecía el amor de su mujer.

O cualquier amor.

Quizá porque ahora Dora ya casi no lloraba por la noche al estar entre sus brazos.

Joschi quería poner fin a la conversación y dar su consentimiento cuando su futuro cuñado adoptó de pronto el tono de un banquero que tenía que comunicarle una noticia desagradable.

—Antes de que me des tu bendición, hay algo que debes saber.

—¿Qué?

—Me marcharé con Rosl a Dusseldorf.

—¿A Dusseldorf? —preguntó Joschi con incredulidad.

Tanto para él como para todas las personas a las que conocía, la idea de volver a Alemania o a Austria era insoportable, aunque no se sintieran bien acogidos del todo en Israel. A los judíos que regresaban al país de los asesinos incluso se los consideraba traidores. La primera de todos, Rosl.

—Allí desempeñaré el cargo de director para Europa de mi empresa.

—¿Y Rosl está de acuerdo? —preguntó él sin dar crédito.

—Sabe lo que significa un puesto así.

Joschi se sentía engañado. ¿Por qué había dejado su hermana que fuese Charlie quien le contara eso? ¿Porque se avergonzaba de ser una traidora?

—¿Y qué pasará si los alemanes...? —objetó Joschi.

—Eso nunca volverá a ocurrir.

Joschi sacudió la cabeza en silencio.

—Entonces ¿tengo tu bendición?

—¿Acaso importa?

—A Rosl sí, y por lo tanto a mí también.

—¿Protegerás a mi hermana si llegara a pasar algo?

—No va a pasar nada.

—No es eso lo que te he preguntado.

—Me encargaré de que siempre podamos abandonar el país de inmediato. Y llevaré todo mi dinero a Suiza para que no tengan acceso a él. Ya he perdido la propiedad de mis padres en Hamburgo. Créeme,

no permitiré que vuelvan a arrebatarme nada.

Joschi asintió, pero no estaba listo aún para darle su bendición. No solo porque echaría de menos a su hermana —de ninguna manera la iría a ver a Dusseldorf—, sino porque había algo más que lo incomodaba: debía pensar en Marjem, que para entonces tenía catorce años, era más habladora que antes e incluso le iba bien en la escuela, y, sin embargo, sobre ella seguía pesando la sombra del exterminio, como también sobre Dora. Como sobre él mismo, si era sincero, aunque su sombra no fuese tan negra. Rosl y Charlie eran adultos, pero ¿cómo le iría a un niño judío en Alemania?

—¿Queréis tener hijos?

—Rosl es mayor —constató Charlie con objetividad. La respuesta no le dijo a Joschi si quería tener hijos. Pero, naturalmente, estaba en lo cierto en que lo más probable era que ya no los fuesen a tener—. Si tenemos hijos en nuestra familia —añadió, sonriendo de pronto—, será a través de Dora y de ti. Vuestros hijos podrán llamarme tío Charlie.

Joschi no dijo nada.

—Y también cuidaré de ellos. Te lo prometo.

Joschi siguió sin decir nada.

—Joschi, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí —aseguró, obligándose a sonreír.

Desde hacía nueve meses Dora y él intentaban, en vano, tener un hijo.

* * *

—¡Yuju! —exclamó Inge Trenzas, que ya no llevaba largas trenzas y se estaba fumando no un cigarrillo, sino unos cuantos, al sol con Waltraut en el techo del vagón.

Podían permitirse incluso Marlboro, porque Inge Trenzas también había entrado a trabajar de aprendiza en una peluquería. Gracias a su amiga, Waltraut ahora tenía no solo el rostro más bello y el mejor tipo, sino además el peinado más moderno. Aunque ahora también hombres adultos se volvían para mirarla, desde Wolle no había besado a nadie. En un gesto puramente romántico, se quería reservar para su primer gran amor. Y, aunque sabía que lo que le había contado su madre sobre su linaje era una patraña, soñaba con que un noble se

enamorase de ella y la sacara de ese sitio. O por lo menos un hombre rico. De lo contrario, probablemente se quedara viviendo en ese vagón para siempre. Al término de su formación, aunque tenía bastante dinero para alquilar una habitación pequeña, debía ayudar a la familia con su salario, puesto que su madre había perdido su empleo en la cantina del astillero. Se había desmayado tres veces, sin que el médico de cabecera encontrase una explicación. Una de ellas se había golpeado la cabeza contra la barra y habían tenido que darle muchos puntos en la herida. Ahora su madre cultivaba el terreno que rodeaba el vagón de tren. Había plantado hortalizas y patatas e incluso había comprado gallinas.

—Mira —dijo Inge Trenzas.

Waltraut dirigió la vista hacia las vías. Un hombre joven se aproximaba por ellas, como su padre cuando volvió de la guerra. Solo que ahora brillaba el sol. Y hacía calor. Y el hombre tenía un andar más ágil, erguido.

—Es el tipo más alto que he visto en mi vida —comentó, asombrada, su amiga—. Pero ¿qué sombrero es ese que lleva?

Como hija de carpintero, Waltraut lo supo en el acto: sombrero de ala ancha grande y negro, pantalones negros, bastón de caminante, una bolsita para lo imprescindible: era un carpintero que realizaba el tradicional viaje de aprendizaje que emprendían los futuros oficiales.

—Hola, Traudel —exclamó desde lejos el apuesto joven de anchas espaldas.

Waltraut se preguntó de qué la conocía. Inge Trenzas, que le leyó el pensamiento, dijo en voz baja, risueña:

—Ya te lo he dicho, medio Walle sabe quién eres.

Podía ser, pero el aprendiz de carpintero ahora estaba de viaje, así que durante esos años no se podía acercar a su lugar de origen, de modo que no podía ser de Bremen.

—Pero si tiene... pendientes —susurró su amiga, entre asqueada y fascinada.

—¿Es que ya no te acuerdas de mí, Traudel? —preguntó el caminante.

—¿Conoces al vagabundo? —musitó Inge Trenzas bajando aún más la voz.

—No lo llames así —la regañó Waltraut.

No quería que su amiga ofendiese al desconocido. Ay, pero qué

mal bicho podía ser a veces Inge.

—Soy yo —dijo el del gran sombrero y los pendientes, ya delante del vagón. De cerca tenía mejor estampa aún y, para ser un hombre, llevaba el pelo rubio muy largo. Pero, fijándose bien, tendría la misma edad que Waltraut—. ¡No me digas que no me reconoces! —se rio.

Aunque Waltraut no lo reconocía, sí le resultaba familiar, como si lo conociese desde hacía tiempo...

—¿Friedrich?

—Vaya, has caído deprisa —rio él.

Y a Waltraut le pareció que tenía una risa preciosa.

Friedrich se quedó con los Behrens las seis semanas que estuvo trabajando en el entramado de una casa nueva en Walle: cuando se emprendía ese viaje de aprendizaje uno dependía de que la gente lo acogiese de balde, de lo contrario dormía al raso allí donde estuviese trabajando. Friedrich había tardado bastante en encontrar la nueva residencia de la familia. Primero había ido a la calle donde vivieron hasta 1944, pero en lugar de su antigua casa ahora había una nueva, de ladrillo, y la joven madre que le abrió indicó a Friedrich que preguntara al panadero. Este, a su vez, lo remitió al quiosquero, que fue quien le facilitó la nueva dirección. Cuando terminaba la jornada, Friedrich ayudaba al padre de Waltraut a construir un bonito porche delante del vagón. Si Waltraut odiaba vivir en las destrozadas vías, a su padre parecía gustarle cada vez más. Su hermano acariciaba la idea de instalarse en un piso propio con su prometida, Dagmar. Y su madre solo tenía ojos para sus gallinas.

Friedrich y Waltraut tenían las noches para ellos. Fumaban en el compartimento de Waltraut, hablaban de lo divino y lo humano, del comunismo y de la madre de él, Brigitte, que se había ligado a un viudo entrado en años, un contable de Hacienda que a él no le hacía ninguna gracia, razón por la cual había escogido un oficio con el que pudiera salir de Essen. Los dos hablaban también de sus sueños: él quería viajar por todo el mundo, ella encontrar un sitio entre la flor y nata de Bremen.

Friedrich se burló de ella diciendo que eso no parecía muy comunista, pero lo hizo sin malicia.

Ninguno de los dos se planteaba besarse ni, como cuando eran

pequeños, dormir juntos o tan siquiera en el mismo compartimento. Aunque se conocían desde hacía tanto tiempo y, después de esas seis semanas juntos, mucho más, Waltraut evitaba cualquier roce por leve que fuese. Sabía que los muchachos a menudo lo entendían todo mal y no quería poner en peligro la amistad que tenía con él. Sin embargo, le confundía que Friedrich ni tan siquiera le hiciese insinuaciones: ¿es que no la consideraba atractiva? ¿Y por qué le molestaba esa idea si para ella él solo era un amigo?

El primer roce se produjo un domingo de verano. Aunque las tiendas estaban cerradas, se dirigieron al casco antiguo. Primero tomaron tarta de fresas con nata en el café Knigge y después fueron a Karstadt. Se plantaron delante del escaparate. En él habían levantado una pirámide con televisores en los que se veía un partido de la liga de fútbol.

Pero como ellos habían ido antes a comer tarta en lugar de colocarse en primera fila delante del escaparate horas antes, ahora estaban bastante atrás entre el gentío. Friedrich, con su altura, veía bien la pantalla del aparato que estaba más arriba, pero Waltraut solo contemplaba las espaldas del resto. Entonces Friedrich la subió a sus fuertes hombros.

El partido de fútbol difícilmente podría haberle interesado menos, pero le encantó que Friedrich la cogiera y alborotarle el largo pelo rubio, tocarle los pendientes y aspirar su olor a madera y piel morena. Pero lo que más le gustó fue lanzar gritos de júbilo con las demás personas, exaltada, cada vez que los alemanes metían un gol, levantando los brazos como en la montaña rusa. Siempre con la sensación de que alguien le proporcionaba seguridad. Sostén. No la dejaría caer por muy alocadamente que se comportara.

* * *

Intentaron tener hijos durante tres años y después se dieron por vencidos. Ni Joschi ni Dora se lo reprocharon al otro. Ni siquiera hablaron de a qué se podía deber. ¿A la edad de ella? ¿A la de él? ¿A lo que había sucedido en Auschwitz?

Dora no había hablado nunca del campo de concentración. Ni

siquiera cuando la despertaban las pesadillas. Joschi sabía más cosas de ese sitio por los periódicos y lo que contaban los demás que por su propia mujer. Él, por su parte, no le había contado que había visto por última vez a su padre en la cárcel de Viena. Ni que había visto con sus propios ojos cómo lanzaban por la ventana de la universidad a sus compañeros. Ni nada de los cuerpos mutilados que había visto en la guerra.

El pasado se cerró tras una puerta alta y gruesa. Un futuro en el que los dos tendrían un hijo, una familia, quedaba excluido. De manera que vivían en el presente. A Joschi, que había querido vivir junto al mar a toda costa, lo que más le gustaba era ir a pasear por la playa con su mujer. Bebían mucho vino, a veces con sus amigos y vecinos, la bellísima Selma y el introvertido Jakov, pero más a menudo ellos dos solos, sin más, para rematar la jornada, y los días libres también durante el día. Por lo demás se entregaban al trabajo: Dora en el hospital y Joschi en el ejército. Aunque estaba a punto de ser comandante, Joschi se seguía sintiendo incómodo en el ejército. Empuñar un arma, estar siempre preparado para volver a la guerra si fuese preciso, tenía algo de irreal a pesar de lo que había vivido. O precisamente por eso. La mayoría del tiempo se sentía como si fuese otra persona la que llevaba el uniforme y él la mirase desde fuera.

Salvo ese día.

Ese día tenía un cometido agradable al ser oficial. Debía encargarse de la seguridad en un rodaje cinematográfico. Kirk Douglas estaba de visita en Israel. Un judío. Norteamericano. Estrella de cine. Joschi había visto en el cine en Jerusalén la película *El ídolo de barro*, en la que Douglas, nacido en Bielorrusia, interpretaba a un boxeador egoísta. Y en *El gran carnaval*, a un periodista cínico. La película era de Billy Wilder. En Hollywood había judíos por todas partes. Quizá por eso las películas norteamericanas le gustaban tanto a Joschi.

Ahora Douglas estaba rodando una película judía de verdad: *Hombres olvidados*. En ella interpretaba el papel de un famoso malabarista a cuya familia los nazis habían enviado a la cámara de gas, mientras que él sobrevivía al campo de concentración y acudía a Haifa en calidad de refugiado. Deambulando por las calles de la ciudad conocía a un niño huérfano más o menos de la edad de Marjem. Por eso Joschi no pudo evitar pensar en su prima. El malabarista viajaba por Israel con el niño, atormentado por los

sentimientos de culpa. Podría haber salvado a su familia si hubiese huido antes, pero pensó que los nazis le perdonarían la vida debido a su fama.

«Todos los judíos tendrían que haber huido en bicicleta en 1933.»

Ese día Douglas rodaba en el desierto. Aunque ya llevaba tres días protegiendo la filmación con sus hombres, Joschi seguía sorprendido con la cantidad de personas que participaban en un rodaje así y con lo poco que hacían en todo el día. Un actor tardaba una eternidad en ponerse delante de la cámara. Menos mal que él siempre tenía un cigarrillo y una petaca con coñac para matar el tiempo.

La acción empezó solo después de dos horas de preparativos y de una más de espera hasta que el director, Dmytryk, en pantalón corto y con las piernas quemadas, opinó que el sol estaba donde debía: Douglas, que encarnaba al malabarista Hans, iba con el niño por el desierto y lo enseñaba a hacer malabares con naranjas —tal vez a Marjem también le gustase—, cuando de pronto oían campanas. La gente les decía algo con nerviosismo. El niño dijo:

—*Can't hear a word, something about fields*.

Douglas contestó:

—*Better get moving, Josh*.

«Josh», pensó Joschi. Él también había sido un niño que no sospechaba nada de los peligros que acechaban en el mundo.

Sin embargo, ahora Joschi, sin haber leído el guion, fue más que consciente de cuál era el peligro al que se exponían el crío y Douglas en ese punto de la película.

—*They told us to stay here* —apuntó Josh—, *they told us not to move*.

—*Come on* —replicó Douglas, y tiró del niño. Pero al hacerlo, Josh perdió una naranja y corrió por ella. Douglas exclamó—: *Come on, Josh!*

—*I need it to juggle* —aseguró el pequeño mientras iba detrás de la naranja, que había caído rodando por una pequeña duna formada por el propio Dmytryk.

Tras dar unos pasos se escuchó una explosión detrás del niño, que cayó al suelo.

Una mina de la guerra de la independencia. Como los miles que había en ese país, una de las cuales había destrozado a Zvi, el joven de

diecisiete años que se hallaba bajo el mando de Joschi en la guerra.

Dmytryk no estaba satisfecho con la explosión. En su opinión, el niño se encontraba demasiado lejos para que el espectador pudiera creer que estaba herido de gravedad. El director ordenó a su experto en explosivos que prendiera antes la carga para la próxima *«take»*, justo después de que el niño pasara corriendo.

Joschi no quería volver a ver otra explosión de una mina. Ni una falsa en un rodaje ni una real en sus recuerdos. Adujo que tenía que hacer papeleo en el cuartel, se subió a su jeep y se fue a la playa. Eso era lo más fascinante de ese país: en tres cuartos de hora se podía llegar al mar desde prácticamente cualquier sitio. O acabar en una cárcel árabe.

Joschi se sentó en la playa en una bahía solitaria, bebiendo coñac de su petaca y pensando en la película: Hans, el malabarista, había llegado a Israel procedente de un país en el que había perdido a su familia y se sentía culpable por haber sobrevivido.

Bienvenido al club del que eran miembros todos los judíos refugiados.

Solo que Hans volvía a sentirse culpable por no haberse quedado quieto con el niño. Igual que Joschi había cargado con la culpa durante la guerra. Y volvería a hacerlo si se veía obligado a combatir de nuevo.

Joschi contempló el mar. Escuchó las olas. Olió la sal.

No había alternativa. Ya llegase a ser comandante, coronel o incluso general, cada vez cargaría con más culpa. Aunque no sabía cómo iba a proporcionar el sustento de Dora ni el de él mismo, en ese momento tenía la certeza de que no podía continuar ni un segundo más en el ejército.

* * *

—¿Sabes una cosa? —preguntó Friedrich, que fue a Karstadt, al departamento de Waltraut para despedirse antes de seguir viaje a Emsland.

La mujer de la caja 6, la señora Siegen, que había tomado cariño a la trabajadora Waltraut, que acudía a la galería comercial incluso cuando tenía fiebre, le dio diez minutos de descanso extra para que fuese con el atractivo joven: con su vigoroso aspecto de carpintero

itinerante, Friedrich causó impresión incluso a aquella partidaria de Adenauer.

—¿Qué cosa debo saber? —respondió Waltraut, que no quería que se notase lo triste que estaba porque las seis semanas hubiesen pasado en un soplo y tal vez no volvieran a verse.

—Por qué he venido a veros.

—Porque necesitabas un sitio donde quedarte.

—Podría haber encontrado algo mejor.

Waltraut lo miró dolida y Friedrich se apresuró a añadir:

—Perdona, no quería decir eso.

—Bueno, entonces ¿por qué has venido? —Waltraut pasó por alto la disculpa.

—Porque fuiste buena conmigo.

—¿Buena?

—Cuando éramos pequeños.

Waltraut se preguntó si no seguían siendo niños. Siempre lo serían.

—En aquella época, cuando tenía pesadillas, tú me abrazabas.

—¿Te dabas cuenta?

—Sí.

—Pensaba que estabas dormido.

—Me dabas un besito en la mejilla. Eso me despertaba.

—Pero tenías los ojos cerrados.

—No quería que me soltaras.

Waltraut sonrió.

—Eres buena —dijo Friedrich, y se agachó, le dio un beso en la mejilla y la abrazó. Hasta que la soltó—. Ahora estamos en paz.

Friedrich dio media vuelta, salió de Karstadt y Waltraut lo siguió con la mirada, las rodillas le flaqueaban. Hasta que la señora Siegen se rio:

—Vaya, ¿a que no piensas volver a lavarte esa mejilla?

Waltraut se puso roja.

* * *

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Dora cuando estaban sentados en el balcón de su pisito de Haifa.

Una casa, dicho sea de paso, que solo podrían seguir

permitiéndose si Joschi entraba a trabajar el mes siguiente en su nuevo puesto, del que aún no había hablado a Dora.

A lo lejos el sol se ponía sobre el mar, que por desgracia no se veía desde el balcón. Joschi acababa de abrir la segunda botella de vino blanco y ya se habían comido prácticamente por completo los falafel. Dora no le había reprochado que hubiese dejado el ejército. Al contrario, le había dicho: «Las circunstancias te hicieron soldado. Ahora ya no tienes por qué serlo».

Nunca había amado más a su mujer.

Como es natural, sin embargo, esta quería saber qué pensaba hacer ahora. Y Joschi tenía miedo de decírselo.

—He... —empezó, pero prefirió beber un sorbo de vino blanco a continuar hablando.

—¿Has...? —sonrió cariñosamente Dora.

Cuando sonreía, aún le seguía pareciendo a Joschi un ángel. Y tanto más le costaba encontrar las palabras. Prefirió beber otro sorbo.

—¿Hola? —rio ella.

—He... —Joschi se interrumpió de nuevo y pinchó con el tenedor un trocito de falafel.

—Hasta ahí ya hemos llegado —repuso risueña Dora.

Joschi era incapaz de imaginarla enfadándose de verdad con él, por eso la idea de que le iba a causar dolor le hacía sentir tanto peor.

—He hablado con Charlie.

—¿Con Charlie? —repitió, sorprendida, Dora.

—Me ha encontrado un empleo gracias a sus contactos.

—No querrás que nos vayamos a Dusseldorf, ¿no? —Dora tenía el horror escrito en la cara. Empezó a temblar.

—No, no, no —la tranquilizó Joschi.

—¿A Tel Aviv? —Ahí estaba la central de la empresa de frutas de Charlie.

—No nos iremos de Haifa.

—No sé si te entiendo.

—Me... —A Joschi le tocaba decirlo—. Me voy a subir a un barco.

—¿A un barco? —Dora tragó saliva.

—Me ha contratado una compañía naviera con la que trabaja Charlie. De sobrecargo.

Dora no dijo nada, desvió la mirada hacia el salón, hacia las

numerosas plantas que cuidaba y mimaba como si fuese jardinera de profesión, y la casa, un invernadero.

—Es lo mejor que he podido conseguir, una gran oportunidad —alegó Joschi, y eso que solo era una verdad a medias.

La otra mitad de la verdad era que amaba el mar desde que había estado en la cubierta del Draga II y había sentido algo parecido a la paz interior. Ansiaba de veras sentir esa paz a diario.

A Dora empezó a temblarle el labio inferior.

—No tengo estudios —dijo Joschi—. ¿Quién si no me dará un trabajo bien pagado, con el que podamos seguir costeando la casa?

—A mí el piso me da lo mismo... —A su mujer se le quebró la voz cuando lo miró de nuevo.

¿Qué podía responder él a eso? ¿Que quería irse de ese país? ¿Y también lejos de Dora, pues no había podido hacerse a la idea de que no serían padres? Aunque nunca hablaba del dolor que sentía, siempre estaba presente. Y Joschi también sentía ese dolor. Y el dolor de ambos era más difícil de soportar juntos que en solitario.

¿Qué sentido tenía que hubiesen sobrevivido si no podían engendrar nueva vida? ¿Si sus dos familias desaparecerían con ellos?

—¿Cuánto tiempo estarás de viaje?

—Eso todavía no lo sé —mintió Joschi.

Dora intuía que él ya apenas estaría en casa. Desvió la vista de nuevo, esta vez miró más allá de la barandilla del balcón, a lo lejos. Tardó un rato en volverse hacia él y decir, serena:

—Si eso te hace feliz...

No lo decía en tono de reproche, sino más bien como si deseara que esa decisión hiciese feliz de verdad a Joschi.

Habría sido más fácil si se lo hubiera echado en cara.

—No tengo otra alternativa.

Lo último que quería Joschi era dar la impresión de que podía sentirse aliviado de no tener que estar ya siempre con ella, atrapado en el dolor que ambos sentían.

—Te quiero —afirmó ella, y se inclinó sobre la mesa y lo besó en la mejilla.

Sí, habría sido mucho más fácil que se lo echara en cara.

* * *

—¡No a la prohibición del KPD! ¡No a la prohibición del KPD! —exclamaba Waltraut con alrededor de treinta manifestantes más, en su mayoría jóvenes, en la plaza mayor de Bremen.

Wolle había ido a verla días antes y le había hablado del escándalo que suponía que quisieran prohibir el único partido obrero de verdad y que había que manifestarse para que tal cosa no ocurriese, ya que de lo contrario uno no era un ser humano.

Inge Trenzas no había querido acompañarla ni tampoco ninguna otra de sus amigas. El hermano de Waltraut y su flamante mujer, Dagmar, que vivían juntos en una buhardilla diminuta en Walle y, por tanto, ataban a Waltraut tanto más al vagón de tren, primero se rieron de ella y después le advirtieron que una manifestación así podía ser peligrosa. Su padre quiso incluso prohibirle que participase en ella. Pero las injusticias del mundo clamaban al cielo. A izquierda y derecha Waltraut veía que las personas eran más ricas, pero su familia y ella no. Ningún trabajador era rico.

Aunque a Waltraut le encantaba aconsejar a las mujeres acomodadas en el departamento de cosmética, también envidiaba que no tuvieran que mirar el dinero cuando compraban. Y odiaba con toda su alma cuando alguna que otra le hacía sentir que para ellas Waltraut era una boba inferior. En esos casos siempre tenía que contenerse para no embadurnarle toda la cara con el pintalabios a propósito. Además, ya tenía diecinueve años, así que dentro de dos sería mayor de edad ¿y qué podía prohibirle su padre? De manera que Waltraut estaba junto a la estatua de Roldán con Wolle, que se apoyaba con una mano en la muleta mientras con la otra sostenía un megáfono y agitaba a la multitud.

—¡Abajo el capital! ¡Abajo el capital!

Los transeúntes daban un buen rodeo alrededor de los manifestantes. Un anciano incluso escupió delante de ellos y después señaló la inscripción que rezaba en la Deutsches Haus: «Acordaos de los hermanos que han de soportar el destino de nuestra separación».

Waltraut no entendió qué tenía eso que ver con el Partido Comunista. ¿Cómo iba a hacerlo? Cuando Wolle, con sus muletas, comía una salchicha con ella en Kiefert durante el descanso para almorzar y peroraba sobre el marxismo, ella como mucho entendía media de cada diez frases. Ni siquiera sabía que las palabras de la inscripción eran del alcalde de Bremen, Wilhelm Kaisen, al que su

padre adoraba. El SPD era su partido y, en su opinión, el comunista Wolle era un perfecto idiota al que, sin embargo, se le podían perdonar sus opiniones porque le faltaban una pierna y, por tanto, también algún tornillo.

—¡Mierda! —exclamó junto a Waltraut un tipo nervudo que llevaba una gorra con visera.

Ella miró hacia donde lo hacía él: diez coches de policía entraban en la plaza, entre ellos también furgones verdes. A diferencia de un muchacho que estaba a su lado, se caló la gorra y se dirigió a buen paso hacia el otro lado de la calle para escapar desde allí hacia la línea 3 del tranvía, Waltraut no tenía claro lo que estaba pasando.

—¡No nos moveremos! —gritó Wolle por el megáfono no a los transeúntes ni a los policías, que cada vez estaban más cerca, sino a su propia gente, para que no se desbandara.

Waltraut se quedó donde estaba. Después de mucho tiempo volvió a pensar que era una leona.

—Estáis todos detenidos —exclamó un policía—. No os resistáis.

—¿Detenidos? —repitió la leona, asombrada.

—Sí, ¿qué te habías creído? —dijo a su lado un adolescente flaco, que casi parecía famélico—. ¿Que la manifestación estaba permitida?

Waltraut no había pensado en eso. Miró a Wolle, que no le había dicho a qué riesgo se exponía. Con ayuda de la muleta su amigo fue cojeando hacia el policía mientras le gritaba a la cara por el megáfono:

—¡No nos moveremos! ¡No nos moveremos!

El policía le dio una patada en la pierna en que se apoyaba y Wolle cayó al suelo y pegó un chillido.

Waltraut se quedó de piedra.

La leona de repente era una corza que estaba como conmocionada, sin poder moverse. Y la detuvieron junto con Wolle, como a otros diez manifestantes que no pudieron huir a tiempo.

Waltraut pasó la noche en una celda de la comisaría de Wall, junto a una anciana vagabunda que no paraba de vomitar y una carterista que le contó confidencialmente que, al igual que la envenenadora Gesche Gottfried, ya se había cargado a tres maridos. Waltraut no podía juzgar si eso era cierto o no, pero no tenía ningún miedo de la mujer.

Ni tampoco de la vagabunda y sus ataques de vómito. Todos sus temores y sus pensamientos giraban en torno al hecho de que no le faltaban ni siquiera tres semanas para concluir su aprendizaje y que ahora posiblemente perdiese su empleo. Porque ahora era una delincuente. Que estaba en la cárcel.

No era ninguna leona ni tampoco ninguna corza. Era una persona que no tenía dónde caerse muerta y ahora lo sería por toda la eternidad. Por haber sido tan tan tonta.

Cuánto se avergonzaba.

También y especialmente porque uno de los policías, un hombre corpulento al que en otras circunstancias quizá incluso hubiese encontrado bastante atractivo, le tocó los senos al arrestarla. Pero sobre todo se avergonzaba porque después había roto a llorar en lugar de arrearle un bofetón.

A la mañana siguiente pusieron en libertad a Waltraut. El policía corpulento le dijo que podía alegrarse de que, al ser menor de edad, no la denunciaran. Pero, antes incluso de que pudiese sentir el más mínimo alivio, él le tocó de nuevo los senos y soltó una risotada, tras lo cual la sacó de allí a empujones. El sol la cegó. En veinte minutos empezaría su turno, demasiado poco tiempo para ir a casa, pero suficiente para asearse en el cuarto de baño de Karstadt antes de entrar a trabajar. Una vez allí, cuando se miró en el espejo, decidió que no quería volver a ser revolucionaria. Tan solo una simple dependienta. Una que no quería volver a sentirse tan desvalida como esa noche.

* * *

Uno no puede estar seguro de si le gusta el mar hasta que ha navegado por un mar agitado. A Joschi le encantó. El crucero Tamar se balanceaba arriba y abajo entre las olas en su travesía de Dover a Gotemburgo, y Joschi estaba junto a la baranda. Sobre su bonito uniforme nuevo —si no tenían nada que ver con el ejército, los uniformes le gustaban— se había puesto una chaqueta y dejaba que la lluvia y la espuma del mar del Norte lo mojaran. Cuando respiraba el aire salado, le daba la impresión de que había nacido para estar en el

mar: no se había mareado ni una sola vez en ninguna travesía y durante los momentos en que estaba despierto y no tenía que ocuparse de las cifras del barco contemplaba el mar, que cambiaba de humor cada día, cada hora, a veces incluso cada minuto, y dejaba vagar lejos sus pensamientos: a Costa de Marfil, a la India, a Argentina, a Australia, al cabo de Hornos.

También le gustaba refugiarse mentalmente en tiempos más felices, en los que se divertía en los cafés, las tabernas, los teatros y los cabarés de Leopoldstadt. Recordaba que hacía novillos en la escuela, que celebraba con su padre el cumpleaños conjunto o que, antes de dormirse, su madre le contaba historias del *schtetl*. Esta hablaba a menudo de su abuelo, el rabino, y de que las personas esperaban durante horas delante de su casa para oír sus consejos. Después lo colmaban de regalos, con los que alimentaba a su familia, a sus discípulos, a sus criados y a él mismo. Joschi pensaba, risueño, que seguro que había sido una profesión agradable.

Joschi también pensaba en el padre de su padre. No le gustaba llamar «abuelo» a ese vagabundo que solo se quedaba en Dębica lo suficiente para dejar embarazada a su mujer, ya que a fin de cuentas no lo había conocido. Joschi se sentía unido a ese hombre desconocido que nunca había aguantado en un sitio, pues él mismo era una suerte de vagabundo. Un vagabundo de los mares. Al igual que su antepasado, él también dejaba atrás a su mujer, solo que Dora vivía en la ciudad y no en un *schtetl* polaco. Y ellos no tenían hijos.

¿Habría dejado mujeres e hijos el vagabundo también en otras ciudades? ¿Tendría Joschi, por tanto, aún más parientes desconocidos a los que habían matado los nazis? Posiblemente.

Cada vez que recordaba a las personas a las que había querido y habían muerto —su madre, Scheindel; su padre, Israel; Hedy—, Joschi no podía evitar pensar en los últimos momentos que había pasado con ellas: con su padre en la cárcel, con su madre en la puerta de casa, con Hedy en la escalera.

Cómo había amado a esa mujer. Si era sincero —y si no podía serlo allí, en el mar, lejos de todo, ¿dónde si no?—, no amaba a Dora tanto como había amado a Hedy en su día.

Se encendió un cigarrillo. Si había algo que olía mejor que la brisa del mar bajo la lluvia, era la brisa del mar bajo la lluvia cuyo aroma se mezclaba con el de un Camel.

* * *

Waltraut salió airosa del periodo de aprendizaje. En los grandes almacenes obtuvo las mejores calificaciones; en la escuela de formación profesional, en cambio, a punto estuvo de suspender. El cálculo era una pesadilla para ella y su ortografía también dejaba que desear, según decía su profesor, Braun. Pero como el hombre era buen amigo de 32, su superior —los dos jugaron juntos a los bolos en la liga de Bremen de 1890—, este había logrado persuadirlo con ayuda de unos aguardientes de que a una joven con tanto talento como Waltraut no se le podía arruinar la vida suspendiéndola en matemáticas.

Para celebrar el día, 32 compró una botella de espumoso y brindó con la señora Siegen y con la dependienta que le había formado, de manera que después Waltraut atendió a la clientela achispada durante un par de horas. Por lo general huía del alcohol como de la peste, ya que veía hasta qué punto regían la vida de su padre y su hermano la cerveza y el aguardiente.

Para Waltraut fue sumamente agradable trabajar en ese estado, pues ya no se sentía tan insegura. Desde lo sucedido con el policía en la cárcel, su autoestima se había resentido. Si antes más bien sentía rabia cuando las clientas acomodadas la miraban por encima del hombro, ahora había empezado a ponerse nerviosa, consciente en todo momento de que no valía nada.

Cuando el efecto del espumoso ya había desaparecido, Waltraut atendió a una señora delgada y bien vestida, que rondaría los cuarenta y recalcaba en una de cada dos frases que su marido era dentista. Los habían invitado a un baile en el hotel Park y ella debía tener un aspecto *picobello*.

—¿Qué significa *«picobello»*? —inquirió Waltraut.

—Me figuro que no has estado nunca en Italia.

—No —contestó Waltraut en voz baja. Ni siquiera había soñado con ir al sur, un viaje que de todas formas no habría podido permitirse.

—Ya me lo imaginaba. ¿Vives en Gröpelingen?

—En Walle.

—En Walle vive todo el mundo. —La mujer se rio de su patética broma, que prácticamente todos los vecinos de ese barrio habían oído

ya mil veces—. En fin, *picobello* significa «impecable». ¿Cuál es el pintalabios rojo más caro?

—Este de aquí. —Waltraut lo señaló, pese a que, sin embargo, en su opinión, no era el mejor ni de lejos, pero la clienta mandaba, sobre todo si se comportaba así.

—Pues me lo llevo.

Waltraut se lo dio, aunque pensó que esa idiota, como muchas mujeres ricas, al parecer no conocía las palabras «por favor». Colocó en la vitrina un espejito con el reborde de oro falso para que la mujer pudiera pintarse los labios. Cuando terminó, le preguntó a Waltraut:

—Y bien, ¿qué tal estoy?

—Le sienta a usted muy bien —repuso Waltraut con una sonrisa.

No opinaba eso (el rojo sencillamente era demasiado oscuro para su tez blanca), pero era la respuesta que la señora Siegen le había enseñado cuando se querían vender artículos caros o deshacerse cuanto antes de clientas desagradables. O, como en ese caso, ambas cosas a la vez.

—Muchacha —dijo la mujer del dentista—, pero si tú no tienes gusto.

A Waltraut eso le afectó. Si de algo estaba orgullosa era de su gusto. Cada clienta que se dejaba aconsejar de verdad por ella y no quería únicamente verse confirmada en su vanidad y que la adulasen abandonaba satisfecha la galería y regresaba encantada. La señora Wehrle, de noventa y tres años, que a tan avanzada edad también concedía importancia a su apariencia, incluso le daba un marco a Waltraut cada vez que iba, tanto si compraba algo como si no. Y eso teniendo en cuenta que en los grandes almacenes no solían darse propinas.

—Claro que tampoco tienes por qué tenerlo —añadió la mujer—, con esos pechos grandes siempre encontrarás a un obrero de la construcción.

Waltraut se echó a llorar. Como una Magdalena. Ni siquiera intentó contener las lágrimas.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó la mujer, soliviantada.

Waltraut sollozaba de un modo incontenible.

—Tu comportamiento es inaceptable.

—Lárguese ahora mismo —oyó Waltraut decir a una voz

conocida.

—¿Se puede saber quién es usted? —inquirió indignada la mujer del dentista.

—Alguien que le dice que se largue de aquí ahora mismo —respondió Friedrich.

Ni siquiera llevaba su ropa de aprendiz itinerante, sino un viejo traje gris y una camisa un tanto desaliñada. Daba la impresión de que había comprado ambas cosas en el mercadillo.

A Waltraut le sorprendió tanto su aparición que logró controlar su convulsivo llanto.

—Esto es inaceptable —la mujer del dentista puso el grito en el cielo—, presentaré una queja de ustedes dos a la dirección.

—¿De veras? —espetó Friedrich, irguiéndose delante de ella y mirándola desde arriba.

La mujer sacudió la cabeza y salió deprisa de los grandes almacenes.

—¿Qué… qué haces aquí…? —preguntó en voz baja Waltraut.

—Abrazarte —contestó él—. Parece que ahora mismo lo necesitas.

—Sí… —afirmó ella, y se dejó abrazar.

Cuando se hubo calmado, Waltraut tenía el maquillaje completamente corrido. Friedrich le sonrió. Ella sonrió a su vez y preguntó de nuevo, pero con voz más firme:

—¿Qué haces aquí?

—Abrazarte, ya lo ves.

Waltraut no pudo evitar reírse.

—Así me gustas más.

¿Ella le gustaba?

Eso era bonito.

Más bonito de lo que habría pensado.

—Ahora soy oficial de carpintería.

—¿Dónde?

—Estoy buscando trabajo.

—Por casualidad… —Waltraut casi no se atrevía a decirlo—, ¿en Bremen?

—¿Por qué no?

—Porque querías viajar por el mundo.

—Establécete donde haya personas guapas —repuso, esbozando

una sonrisa encantadora.

Waltraut no sabía qué decir.

—A no ser que tengas algo en contra.

—No —aseguró ella risueña, y se le volvieron a caer unas lagrimillas. Pero muy distintas de las de minutos antes.

* * *

—Te sienta bien el uniforme —alabó, risueña, la bella Selma cuando él subió la escalera de su casa con el petate.

La vecina, que siempre estaba morena del sol, había salido a la puerta, llevaba un vestido negro corto y los labios pintados de un color chillón, y con el atrevido corte de pelo estilo bob, del que decía que estaba haciendo furor en París, tenía un aspecto tan seductor que los hombres se volvían para mirarla. Era un secreto a voces que Selma engañaba a Jakov, su marido, con otros hombres cuando él estaba de viaje para su empresa de importación-exportación. Dora suponía que era la manera que tenía Selma de sentirse viva y olvidar durante unas horas toda la muerte que había tenido que presenciar cuando era joven en el gueto de Varsovia. Entonces Jakov y ella lograron sobrevivir con otros pocos combatiendo con la resistencia. Por lo visto el pasado común era lo único que unía a esas dos personas tan distintas.

—Gracias —repuso Joschi, sumamente halagado, mientras dejaba el petate en el rellano.

—Muy elegante, sí, señor. —Selma hacía los cumplidos que solían lanzar los hombres a las mujeres—. Se lo digo siempre a Dora: has pescado al marido más guapo en leguas a la redonda.

Joschi sabía que Selma exageraba, pero le gustó que una mujer que no era la suya hablase así de él.

—¿Te tomas algo conmigo?

—Acabo de llegar y Dora y yo queremos pasar la tarde juntos —respondió Joschi, que no estaba tan seguro de querer de verdad pasar la tarde con Dora. Tenía miedo de que a los dos los volviese a arrollar la melancolía.

—Tu Dora tiene turno de noche en el hospital —informó Selma —. No regresará hasta mañana por la mañana.

Joschi se reprendió mentalmente: debería haber enviado un

telegrama informando de su hora de llegada exacta para que Dora pudiera haberse organizado en el trabajo acorde a ello.

—Entonces ¿nos tomamos algo? —insistió Selma, risueña.

—¿Por qué no? —replicó él. Tomar algo siempre era buena idea.

—Pues pasa.

—Creía que ibas a salir.

—Ya no hace falta, ahora que tengo compañía. —Selma se rio.

Joschi dudó. Dora y él habían estado a menudo en casa de los vecinos, pero él solo nunca.

—En el último viaje que hizo, Jakov se trajo a escondidas un whisky irlandés estupendo. El contrabando es lo único que se le da bien de verdad, así llevaba comida al gueto para su hermano pequeño y para él. Gracias a eso el pequeño no murió de hambre y pudo vivir las cámaras de gas de Treblinka.

Prácticamente todas las personas que Joschi conocía habían sufrido más en la guerra que él: Dora, Marjem, Selma, Jakov. Desde que sabía que la familia Safier desaparecería con él, se despertaba a menudo en mitad de la noche y el dolor que le causaba la suerte que había corrido su familia lo vencía de tal manera que habría preferido no seguir viviendo. Y de inmediato se avergonzaba de no tener la fortaleza del resto, ni siquiera la de su pequeña prima, para soportar el sufrimiento. Y como se avergonzaba tanto, aún menos quería seguir viviendo. Después de esas noches tardaba mucho, hasta el día siguiente, a veces hasta por la tarde y la tercera copa, en poder volver a sentirse un poco vivo.

—Bueno, ¿qué me dices?

Ir con otra mujer cuando el marido no estaba en casa para Joschi era un poco como engañar a Dora. Al ser marino, tenía muchas ocasiones para ser infiel. Los demás oficiales lo llevaban a los correspondientes establecimientos de los puertos, donde Joschi también se dejaba un buen dinero en bebidas, pero se mantenía fiel a Dora. Además, era indigno de su masculinidad pagar por sexo.

—No dices nada —contestó Selma su propia pregunta.

Joschi se esforzó por esbozar una sonrisa poco entusiasta.

—No tendrás miedo de estar a solas conmigo, ¿no? —Selma parecía divertirse.

—No, claro que no —respondió Joschi, dominándose: tomar algo con una vecina, sobre todo con una que conocía bien a Dora, no era

engañarla. Eso sin tener en cuenta que, si se acostaba sin caerse de sueño, corría el peligro de pasarse la noche entera en vela y ponerse melancólico.

—No te voy a comer. A no ser que tú quieras. —Selma rio con descaro. De un modo seductor.

La idea hizo ruborizarse a Joschi. Selma era una mujer preciosa y ya hacía más de un año que él no se acostaba con Dora. Sabía que debía irse a su casa y dejar que Selma fuera Selma. Sin embargo, antes de que Joschi pudiera moverse, ella le echó un brazo por los hombros y le dijo al oído:

—Ven.

Y entonces se dio cuenta de que su perfume le recordaba al de Hedy.

Cuatro meses después, cuando Joschi llegó al puerto de Abiyán, en Costa de Marfil, recibió un telegrama de Dora: «Feliz cuadragésimo segundo cumpleaños. Te quiero. Te echo de menos. P. D.: Selma y Jakov van a ser padres».

* * *

—Creía que habíamos venido al mar —dijo Waltraut.

—Y así es —confirmó Friedrich.

—Pero si esto es solo lodo.

—Es la marisma.

—¿Y dónde está el mar?

—Llegará con la marea. Eso es lo que pasa en la marisma.

Era la primera vez desde la guerra que Waltraut salía de Bremen. Tenía tantas ganas de ir de excursión a Duhnen, en Cuxhaven, y ahora el agua no estaba.

—¿Te apetece un helado?

—Un helado siempre apetece —repuso Waltraut.

Ambos compraron en un quiosco sendos Dominos: vainilla con una mitad recubierta de chocolate y la otra con oblea. Lo fueron comiendo por el paseo mientras respiraban la brisa del mar, que incluso con la marea baja era mucho más puro que en Walle. En el casco antiguo de Bremen se olía hasta la peste a malta de la cerveza

Beck's cuando el viento soplaba en esa dirección. Más incluso que de la brisa marina Waltraut disfrutó del olor del agua de colonia que Friedrich le había regalado por su vigésimo cumpleaños.

Mientras los dos iban por el paseo comiendo helado, sus manos se rozaron por casualidad. Solo un instante. Ellos se miraron, se sonrieron cohibidos y siguieron andando, sin aumentar no obstante la distancia que los separaba.

Por supuesto, las manos volvieron a rozarse.

Esta vez intencionadamente. Por parte de Friedrich. O al menos eso pensó Waltraut. Tan seguido que no podía ser casualidad. Y, si lo era, había sido una casualidad bonita.

Friedrich la rozó una tercera vez «por casualidad». Sus dedos acariciaron los de ella. Delicadamente. Con gran ternura. Una vez. Dos veces. Más.

El corazón de Waltraut latía con fuerza. Reunió todo su valor, el de una leona, y...

... agarró la mano de Friedrich.

Y Waltraut y Friedrich caminaron por el paseo cogidos de la mano. Sin hablar. Ni siquiera se atrevían a mirarse. Pero se agarraban con fuerza. Y a lo lejos Waltraut vio el mar.

Ambos compartían una tienda de campaña que Friedrich había pedido prestada a su maestro carpintero. No habían conseguido hacerse con otra y pensaron que no pasaría nada por dormir juntos en una. Al fin y al cabo de pequeños también compartían cama. Ahora se metieron bajo las mantas y Friedrich le contó que las mareas dependían de la luna. A Waltraut no le interesaban las mareas, pero le encantaba oír la voz de Friedrich y aspirar su olor, que le hacía olvidar que la tienda olía ligeramente a moho. Podría haber seguido hablando así durante horas y Waltraut no se habría aburrido.

Sin embargo, no habló durante horas, sino que volvió a cogerle la mano y Waltraut se dejó hacer encantada. También permitió que él se inclinase sobre ella y le diera un beso con cautela. Y otro. Y otro más. Pero no un cuarto. Los dos estaban tan abrumados con los tres besos que, una vez más, sin hablar, se quedaron así tendidos y cogidos de la mano. Solo al cabo de un rato Friedrich rompió el silencio:

—¿Salimos fuera a ver las estrellas?

También podría haberle preguntado: «¿Vamos al salvaje Oeste para unirnos a los indios?». También habría dicho que sí.

Se tendieron en la seca hierba bajo las mantas. En lugar de la tienda con olor a moho ahora percibieron el intenso aroma del mar, cuyas olas bañaban con regularidad la orilla, y contemplaron la media luna y las estrellas. Friedrich le explicó qué estrella era cuál: la Osa Mayor... Venus... Detrás tendría que estar Marte, pero ahora no se veía...

Waltraut se acurrucó contra su fuerte pecho. Por primera vez desde que habían bombardeado la casita en la que vivía la familia Behrens volvió a sentirse en casa.

* * *

—El niño es tan rico... —dijo Dora con una mezcla de embeleso y melancolía.

Joschi, Dora, Selma y Jakov se encontraban en el dormitorio de los vecinos con copas de espumoso en la mano. Junto a la cuna estaba la cama con su colorida colcha oriental (Selma tenía un gusto extravagante), en la que Joschi se había acostado con ella hacía poco más de nueve meses. Los cuatro contemplaban al bebé, que tenía un pequeño mechón de pelo negro en la cabecita y estaba allí de lo más tranquilo, con los vidriosos ojos abiertos.

Joschi intentaba convencerse desde hacía meses de que el hijo de Selma en modo alguno podía ser suyo. Por una parte, aunque sus recuerdos de esa noche regada de alcohol eran vagos, creía que había utilizado un condón, pero no estaba completamente seguro de habérselo puesto bien. Por otra parte, sería una maldición de Dios —¿quizá un castigo, por no creer en él?— que precisamente la primera y única vez que había estado con Selma hubiese engendrado un hijo con ella cuando durante todos esos años con Dora no lo había conseguido.

A su mujer no le había hablado de esa noche. Corría demasiado peligro de perderla y volver a verse solo en el mundo.

Con Selma tampoco había hablado nunca de esa noche y, cuando él regresó a casa de vacaciones, Selma estaba en el sexto mes de embarazo y tampoco hizo alusión a ella. Que no lo hubiese hecho también permitía concluir que el pequeño no era hijo suyo.

—¿Qué nombre le habéis puesto? —quiso saber Dora.

—Mi primera elección fue Josef —respondió Selma.

—¿Por Joschi? —inquirió, sorprendida, Dora.

A Joschi se le encogió el estómago.

—Por el Josef de la Biblia.

Eso no hizo que Joschi se sintiera mejor.

—Pero cambiamos de opinión —añadió Selma, mirándolo a él directamente.

¿Por qué le sonreía así Selma?, se preguntó Joschi. ¿Es que quería jugar con él? ¿Y con el corazón de Dora y el de su marido? Era excéntrica, pero ¿sería capaz de hacer algo así?

—¿Por qué? —preguntó Dora inocentemente.

No parecía darse cuenta de que a Joschi le salía un sudor acre por los poros, de miedo, algo que hasta ese momento solo le había pasado en el furgón policial verde en Viena y durante la guerra de la independencia.

—Porque Jakov me dijo que lo quería llamar a toda costa como su padre, Abraham. ¿No es así, Jakov?

—Sí —fue la escueta respuesta de este. De haber habido una más escueta aún que «sí», ese hombre enjuto y reservado la habría escogido.

En circunstancias normales, Joschi habría dado su opinión: Abraham no era un buen nombre para un niño, el pequeño parecería mayor desde el principio. También se habría burlado de que el Abraham de la Biblia era un demente. Como el vejestorio escuchó una voz que le ordenaba que debía sacrificar a su hijo, estuvo a punto de matarlo con un cuchillo. A su juicio eso no decía mucho de su salud mental.

Sin embargo, Joschi no dijo nada de todo esto. Miró al suelo e intentó tranquilizarse: «No es mío, no es mío, no es mío...».

—¿Te pasa algo, Joschi? —preguntó Selma, risueña.

¿Es que había expresado en voz alta sus pensamientos?

—¿No vas a brindar por el niño?

Levantó los ojos y solo ahora vio que los otros tres habían alzado la copa. Hizo otro tanto.

—Por Abraham —dijo Selma.

—Por Abraham —repitieron Dora risueña, Jakov sucinto y Joschi con la voz ligeramente cascada.

Los cuatro brindaron y bebieron el espumoso. A Joschi le habría

gustado tomar algo más fuerte.

—Sí que se parece a Jakov —opinó Dora.

A Joschi lo alivió lo indecible oír eso.

—¿Tú crees? —planteó Selma—. A mí me da que ha salido más a mí.

Joschi pensó que, mientras el niño no saliera a él, todo le parecía perfecto.

—Pero los ojos me recuerdan a Jakov —apuntó Dora.

—Qué va —rio Selma—. En tal caso tiran más a los de Joschi.

A este la frase le afectó. ¿Por qué decía eso Selma? ¿Para darle a entender algo? ¿O para enfadarlo insinuando que el niño podría haber sido suyo, aunque no lo fuera? Esa mujer era capaz de cualquier cosa.

Miró al niño más atentamente. Los ojos... ¿Acaso no eran como los de su padre, Israel?... Es decir, ¿como los suyos?... ¿Sí?... ¿No?...

Tenía la nuca sudorosa del miedo.

Dora se inclinó sobre el niño.

Joschi confió en que su mujer repitiera que los ojos eran los de Jakov, pero ella se limitó a decir:

—Echándole mucha imaginación hay un parecido.

Por su forma de decirlo a Dora ni se le pasaba por la cabeza que el niño pudiera ser de él. Sin embargo, Joschi se puso malo.

—Pero se parecen mucho más a los de Jakov.

¿Lo había dicho para convencerse a sí misma? ¿O para guardar las apariencias? ¿O de verdad no abrigaba ninguna sospecha? A pesar de todo lo que le había pasado durante la guerra, Dora no era una persona que se oliera engaño y traición por todas partes.

—Bueno —dijo Selma, mirando a Joschi—, a fin de cuentas también es hijo de Jakov.

A Joschi le pareció que con esas palabras ella le decía claramente: «No te pienses otra cosa».

Fuera cual fuese la verdad de lo sucedido la noche que pasaron juntos, ese niño nunca sería suyo. La certeza ni entristeció ni alivió a Joschi. De pronto se sentía muy cansado.

Joschi y Dora ya llevaban más de una hora tendidos en la cama con los ojos cerrados, sin poder dormirse. Él estaba cansado y revuelto al mismo tiempo. No era capaz de dejar de pensar en el pequeño

Abraham. Y no pudo evitar pensar en Hedy y en el hijo que no habían tenido. Ese niño al que, si hubiese nacido, Joschi habría llamado Henoch de ser varón y Rosl de ser niña. Ahora ya tendría diecisiete años.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Dora, a la que Joschi no había hablado nunca de Hedy ni del embarazo.

—Sí, probablemente sea el espumoso, que me repite —mintió Joschi—. ¿Por qué no duermes?

—Es tan injusto...

—¿Qué es injusto? —inquirió él.

—¿Por qué pueden tener un hijo Selma y Jakov y nosotros no?

Por una parte, Joschi se sintió aliviado, pues ahora estaba seguro de que Dora no sospechaba nada. De lo contrario, como muy tarde en ese momento le habría dicho algo o al menos lo habría insinuado. Por otra parte, le dolía ver sufrir a su mujer. Dijo, en honor a la verdad:

—Serías mucho mejor madre que Selma.

—Ya —repuso Dora—, hasta tú serías mejor madre que Selma.

Joschi no pudo evitar reírse. Cuanto más tiempo llevaba casado con Dora, tanto más se parecía su humor al de él. Vio que su mujer sonreía. A pesar del dolor. Iluminada por la luz de la farola de enfrente, que entraba por la ventana, estaba más guapa que nunca. Y le dijo:

—De verdad que serías una madre estupenda.

—Tal vez.

—Seguro.

—Solo que es Selma la que tiene un hijo, no yo.

Joschi exhaló un suspiro.

Le dio un beso en la frente.

Después permanecieron un rato tendidos en la cama. En silencio. Hasta que ella preguntó en voz baja:

—¿Y si lo intentamos de nuevo?

—Vale —respondió Joschi desde lo más profundo de su corazón.

Y se amaron por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Rebosantes de esperanza y desesperación.

* * *

—Estás embarazada —diagnosticó el ginecólogo, entrado en años

y de mirada fría.

Waltraut estaba sentada en la desvencijada silla ante su no menos desvencijada mesa. La consulta había sobrevivido a las bombas pero el médico no la había renovado, a diferencia del joven otorrino al que siempre iba Waltraut cuando se le congestionaban los senos nasales. Este había modernizado las salas que había heredado de su padre. Waltraut entendía por qué tantas mujeres jóvenes querían ser auxiliares. Confiaban en casarse con un joven así de apuesto y prosperar socialmente. Pero Waltraut había encontrado el amor con Friedrich y ni por todo el dinero del mundo querría cambiarse por la mujer de un médico.

—¿Has oído lo que he dicho? —preguntó el ginecólogo.

La noche que pasaron junto al mar Waltraut y Friedrich no se acostaron, pero después sí, todas las noches que estuvieron juntos. Naturalmente eso no se podía ocultar en el vagón de tren. Su madre le había dicho a Waltraut que debía casarse. Quizá incluso en el castillo del abuelo. Waltraut se limitó a hacer un gesto negativo: creía que era demasiado joven para casarse y demasiado mayor desde hacía años para las historias de su madre. Demasiado mayor incluso para enfadarse aún con tanta palabrería sobre su noble linaje.

—Estás embarazada —repitió el médico, como si fuese dura de oído. No lo era. Pero no sabía cómo debía sentirse—. Y ahora no me vengas con ideas absurdas.

¿Ideas absurdas? ¿De qué estaba hablando ese hombre?

—Para algo así no cuentes conmigo.

¿Para qué?

—No practico abortos.

—¿Abortos?

—Veo perfectamente que no te alegras. Y no estás casada y aún eres menor de edad. ¿Cómo vas a cuidar de un niño nacido en la vergüenza?

Waltraut tragó saliva.

—No eres la primera joven soltera que se queda embarazada sin querer. Pero no acudas a mí para deshacerte del niño, es ilegal.

Waltraut no quería volver a hacer nada ilegal. No quería volver a la cárcel.

—Pero tengo un amigo que lo hace. No superó la desnazificación y ya no le permiten ejercer. Eso lo ha destrozado. Se gana la vida

prestando servicios a jóvenes como tú. Toma, aquí tienes su dirección.

El médico cogió su bloc y garabateó algo deprisa en una hoja, la arrancó y se acercó para dársela a Waltraut. Pero ella dejó que su brazo quedara suspendido en el aire mientras pensaba. No en el procedimiento, eso no quería ni imaginárselo, ya había sido bastante desagradable tumbarse en la silla de ese ginecólogo y dejar que la palpase. Se paró a pensar en lo que le estaba proponiendo el hombre: matar a un niño. A su futuro hijo.

A Waltraut la asaltó la ira.

El instinto protector de la leona.

Y de repente lo supo: pasara lo que pasase, defendería a su hijo hasta el final de sus días.

Waltraut se levantó, cogió el papel, hizo una bola con él y se la tiró a la cara al médico. Sin decir palabra, salió de la consulta con paso enérgico, enfiló la transitada Waller Heerstrasse hasta llegar a un semáforo en rojo. Mientras esperaba a que se pusiera verde, se llevó una mano al vientre. Allí crecía vida. De pronto Waltraut sintió la dicha de una futura madre. Era tan arrolladora que permaneció parada un instante más, disfrutando del momento, cuando el semáforo ya se había puesto verde hacía rato.

Después de la dicha inicial Waltraut sintió miedo: no sabía cómo reaccionaría Friedrich al conocer la noticia. Aunque vivía con ella y, ahora lo sabía, se había mudado a Bremen por ella, le parecía poco probable que se alegrase del embarazo tanto como ella. Por un lado, entrañaría una gran responsabilidad criar a un hijo con el poco dinero que él ganaba. Por su parte, ella no podría aportar nada durante un tiempo, ya que tendría que dejar de trabajar en Karstadt para cuidar del pequeño. Y por otro lado, para Friedrich implicaría tener que renunciar a su sueño de viajar por el mundo.

¿La abandonaría? ¿Le pediría que se deshiciera del niño? ¿Cuál de esas dos cosas sería peor?

—Te pasa algo —constató Friedrich cuando volvió a casa después del trabajo y la encontró sentada en el techo del vagón de tren.

—¿Por qué lo dices? —repuso ella, intentando restarle importancia más mal que bien.

—Hacía siglos que no te sentabas ahí arriba.

—Me gusta.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él.

—Nada.

—¿Te acuerdas de cuando fuimos al cine hace cinco semanas?

—¿A ver *Sissi emperatriz*? ¿Cuando te quedaste dormido?

—Estuve todo el día cargando con vigas de madera, con el calor que hacía —se defendió Friedrich.

—Y la película te pareció muy aburrida.

—Y la película me pareció muy aburrida.

Waltraut no pudo evitar sonreír. Fue tierno que Friedrich apoyara la cabeza en su hombro y roncara con suavidad. Estaba claro que su novio era más tierno que el de Romy Schneider en la película.

—Me refería a *Pinocho* —corrigió él.

—*¿Pinocho?* —repitió, sorprendida, Waltraut.

—A *Sissi* fuimos hace dos meses al cine Ufa y a la película de dibujos animados fuimos al Europa hace cinco semanas.

—¿Y? —Waltraut no entendía adónde quería llegar, pero se acordaba de ese cine, porque fue la primera vez que se sentó en el palco.

—Que te va a pasar como a Pinocho, que de tanto mentir te va a crecer la nariz.

Waltraut empezó a temblar.

—Así que dime, ¿qué te pasa?

Waltraut se debatía consigo misma. Al fin y al cabo Friedrich tendría que saber la verdad en algún momento. Así que lo mejor era quitarse ese peso de encima cuanto antes. Oír ya mismo que la abandonaría o que quería que abortase, cosa que ella no sería capaz de hacer. Pero tampoco imaginaba su vida sin él.

Friedrich estaba abajo, delante de ella, y le sonreía con cariño.

—Estoy... —comenzó con voz trémula, pero dejó la frase a medias en el acto.

—¿Preciosa? —Él le hizo un cumplido.

Pese al tembleque, Waltraut se rio.

—¿Guapísima?

Entonces llegaron las lágrimas.

—Estás ¿qué? —preguntó Friedrich, preocupado de un modo tan conmovedor que a Waltraut le permitió imaginar que él podría quedarse con ella y criar al niño juntos. Por eso se atrevió a decir en

voz baja:

—Embarazada.

—¿Qué? —Friedrich estaba confuso.

—Embarazada —repitió ella, bajando aún más la voz.

Él la había oído la primera vez. Y no decía nada. Tan solo la miraba fijamente.

Waltraut casi no lo podía soportar, le temblaba el cuerpo entero, como si tuviese escalofríos.

—Por favor, di algo —pidió.

Mejor oír ahora que todo había terminado que esperar un segundo más.

Friedrich tan solo la miraba.

—Di algo —suplicó.

Él tragó saliva.

—Por favor...

—Está bien, diré algo.

Ella cerró los ojos, como si de ese modo pudiera evitar oírlo.

—Waltraut, ¿quieres casarte conmigo?

Ella abrió los ojos y vio que Friedrich había apoyado la rodilla derecha en el suelo ante el vagón y le ofrecía un anillo.

* * *

Dora no se quedó embarazada. Naturalmente que no. Y volvía a llorar en sueños. Cada noche más. Las espantosas pesadillas habían vuelto. Con toda su furia. Y ahora, cuando él intentaba aliviar su dolor, ya no lo conseguía. ¿Por qué el amor que se profesaban se debilitaba más y más cada día?

* * *

El día más bonito de la vida de una... era el de su boda, Waltraut siempre había oído eso, sin hacerse una idea concreta de lo que significaba exactamente. Ahora la tenía.

En el venerable registro civil, frente al Bürgerpark, Friedrich le puso la alianza chapada en oro que había comprado semanas antes de que le propusiera matrimonio. Waltraut estaba preciosa con su sencillo vestido blanco que le disimulaba la tripita y que había tomado

prestado de Karstadt. La señora Siegen había engatusado al jefe del departamento de moda de señoras para que le dejase esa prenda de gran valor e incluso le había jurado al hombre que ella misma se encargaría de su limpieza y el vestido seguiría pareciendo nuevo. Nadie sabría nada del préstamo, en especial el director de la galería, que de todas formas solo acudía al departamento de moda de señoras cuando quería hacer el honor personalmente a alguna señora de la alta sociedad de Bremen.

Junto con los padres de Waltraut; los padrinos (Klaus de Friedrich e Inge Trenzas de Waltraut); Dagmar, la mujer de Klaus; la señora Siegen; 32; y Brigitte, la madre de Friedrich, y su nuevo marido, el contable de Hacienda entrado en años, cuyo nombre era Georg —«Podéis llamarme Schorse»—, brindaron después con espumoso en la alta escalera. El ambiente era alegre. Su padre, Hinrich, incluso se dejó llevar por él y abrazó a su hija. Eso desconcertó a Waltraut casi tanto como el hecho de que a ella le agradase el abrazo. Más tarde Hinrich la llevó a un aparte y le dijo:

—Ya va siendo hora de que vivamos en una casa. Un vagón no es sitio para una criatura.

—Creía que no teníamos dinero.

—Los sindicatos han conseguido buenos aumentos salariales y, junto con el dinero de Friedrich, nos podemos permitir una buena oportunidad que me han ofrecido: en la calle Rüstringer, en el solar donde estaba la casa de sus padres, que fue bombardeada, mi jefe va a levantar una vivienda nueva con seis pisos. Nos daría facilidades con el alquiler si Friedrich, Klaus y yo lo ayudamos con la construcción cuando terminemos la jornada.

Waltraut estaba radiante. Por fin saldrían del vagón. ¿Podía ser el día más bonito aún?

Pues sí.

Delante del vagón su padre hizo a la parrilla las salchichas más ricas del mundo. Su madre encendió el transistor nuevo y en la emisora Hansawelle, de Radio Bremen, pusieron una animada canción de Caterina Valente: *O Mama, O Mama, O Mamajo*. Primero bailaron Brigitte y su Schorse, que se quitó ex profeso la chaqueta del traje, que seguro que había costado más que los trajes de Friedrich, su padre y Klaus juntos. Después su padre levantó a su Henriette de la silla y la meció entre sus brazos. Waltraut nunca había visto así a sus padres.

Acabaron bailando todos: Klaus con su Dagmar e incluso la señora Siegen con el torpe 32. Friedrich y Waltraut fueron los únicos que se quedaron sentados en los peldaños del vagón, contemplando la estampa. A diferencia del resto, ellos dos nunca habían visto una escuela de baile por dentro. Incluso a Klaus lo había arrastrado Dagmar a la escuela de baile Schipfer-Hausa, donde también enseñaban buenos modales. No es que a Klaus se le hubiese pegado gran cosa. Pero mientras Caterina Valente cantaba *«Ole olehehu, ole, olaho»*, Friedrich hizo acopio de valor y preguntó a su flamante mujer:

—¿Quieres bailar conmigo?

—No lo hemos hecho nunca.

—Tampoco nos hemos casado nunca —sonrió Friedrich, y se puso en pie y levantó a su mujer.

En un primer momento intentaron únicamente moverse a un lado y a otro. Aquello no tenía mucho que ver con el baile clásico, pero poco a poco se fueron soltando, animando. Y una hora después, cuando Vico Torriani acometió *Ananas aus Caracas*, los recién casados bailaron en el balasto que había ante el vagón de tren bajo la lluvia de aplausos del resto. Waltraut bailaba con tanta elegancia que Schorse comentó:

—Criatura, tienes un talento natural.

Y ella empezó a soñar con asistir a un curso de baile con Friedrich en la Schipfer-Hausa.

Cuando Freddy Quinn siguió a Vico Torriani en la radio con la canción *Heimweh* y cantó con melancolía sobre la «abrasadora arena del desierto» y los «muchos años de dura servidumbre», pero también sobre las «doradas estrellas» y el «amor en la distancia», Waltraut y Friedrich estaban abrazados estrechamente. Y cuando sonó el estribillo de Freddy Quinn, «Qué bellos bellos tiempos», Friedrich dijo en voz queda a Waltraut:

—Te quiero.

El día más bonito de su vida.

Después del día más bonito en la vida viene la noche de bodas, que a Waltraut le infundía auténtico miedo. Friedrich y ella se habían acostado a menudo; él era insaciable y ella, hasta que se había quedado embarazada, también. Pero una noche de bodas ejercía una

presión muy especial sobre Waltraut. ¿Acaso no debía esa noche, en la que por lo general se desfloraba a la novia, ser especialmente bonita?

Waltraut se quitó el vestido y se metió en la cama con Friedrich, que ya estaba en calzoncillos. Parecía cansado. Y no... estaba... ¿pálido? No, era solo la luz. Una nube se había deslizado por delante de la luna. Waltraut se acurrucó contra él con la esperanza de que empezase con los juegos previos, besándole la nuca primero, como siempre. Pero Friedrich no lo hizo. ¿También se sentía presionado esa noche especial? Aunque no era nada propio de él. Waltraut esperaba que Friedrich hiciese algo o al menos dijera algo. Pero no hizo nada. Hasta que lanzó un leve suspiro.

—¿Qué pasa? —inquirió, preocupada, Waltraut.

—Nada, nada.

—Algo te pasa.

Ella lo sabía, sin poder precisar qué era exactamente.

—Me duele la cabeza.

Desde que estaba en Bremen, a Friedrich nunca le había dolido nada. Nunca había estado enfermo, ni siquiera había tenido un constipado.

—Probablemente sea el espumoso. O la cerveza.

—O la mezcla.

—¿Con el aguardiente? —rio él, pero entonces le sobrevino el dolor de nuevo—. Ay...

Waltraut le puso la mano en la frente.

—No tienes fiebre.

—Seguro que el alcohol tampoco la da —adujo él, risueño, y después preguntó—: ¿Te importa si hoy nos dormimos y ya?

—No —contestó ella, asimismo sonriendo.

No le dijo que incluso se sentía un tanto aliviada. Miró por la ventana mientras Friedrich cerraba los ojos. Este volvió a soltar algún que otro suspiro quedo antes de quedarse dormido. Y ella pensó: «El pobre tendrá mañana una buena resaca».

* * *

Joschi estaba en el tren e iba de Hamburgo a Dusseldorf. Primero había llegado en un barco a un puerto alemán y quería visitar a su hermana. Siempre que el tren llegaba o salía de una ciudad —

Osnabruck, Dortmund, Essen—, Joschi veía el frenesí con que se estaba construyendo. Había vallas publicitarias en las estaciones de tren reconstruidas, la mayoría de los viajeros iban bien vestidos y no había nada, absolutamente nada, que permitiese ver o tan siquiera sentir que en su día allí habían asesinado a judíos. A los alemanes incluso los iluminaba el maravilloso sol de mayo, como si se lo mereciesen, en lugar de tormentas, granizo e incendios a perpetuidad.

¿Sería lo mismo en Viena?

Probablemente no. Al fin y al cabo, los austriacos eran más vagos que los alemanes. Salvo cuando se trataba de matar judíos.

De cada pasajero que se sentaba a su lado en el compartimento Joschi se preguntaba si tendría las manos manchadas de sangre. En particular cuando eran hombres más o menos de su edad. En el caso de uno de ellos estaba firmemente convencido de que había sido un nazi de pura cepa, pues el gigante rubio con raya al lado en el pelo era clavado a cómo Hitler había imaginado a los arios. Lo único que faltaba era que el tipo llevase uniforme en lugar de un traje gris. Pero también a los señores de más edad los creía culpables. A fin de cuentas, alguien tenía que haber organizado el transporte en los despachos. En cuanto a las mujeres, para Joschi podían haber sido guardianas de campos de concentración. Prácticamente todo el que pasaba por delante del compartimento para ir al servicio o a la salida le hacía revivir los recuerdos de la Heldenplatz. Los gritos de júbilo con que las mujeres recibieron a Hitler, dispuestas a despedazar a otras personas por orden suya...

Para distraerse Joschi se puso a leer el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, que había comprado en la estación de Hamburgo: Adenauer pronuncia en Bonn un discurso sobre el ejército alemán, la selección nacional de Herberger pierde 1 a 3 contra Escocia en Stuttgart, Gründgens expone sus ideas sobre el futuro del teatro Deutsches Schauspielhaus en Hamburgo. Ni un solo judío en el periódico y a los nazis incluso se les permitía dirigir teatros. ¿Cómo podía vivir Rosl en ese país?

* * *

—¿Gabriele? —preguntó Waltraut sin dar crédito cuando estaba con Friedrich en el andén en el que en breve efectuaría su entrada el

tren con destino a Essen.

—Es un nombre precioso para una niña.

—No lo es —objetó Waltraut con vehemencia.

—A mí me parece... —Friedrich se detuvo un instante, cerró los ojos y después siguió hablando risueño— estupendo, la verdad.

En el curso de las últimas semanas había logrado con maestría ocultar sus cada vez más frecuentes dolores de cabeza cerrando los ojos y sonriendo a continuación. Unas veces mantenía los ojos cerrados más tiempo y otras, como hacía unos instantes, menos. Waltraut había dejado de aconsejarle que fuera a ver a un médico, porque no la escuchaba. En su opinión, los dolores de cabeza se debían a que desde hacía ya meses trabajaba en una obra grande y muy ruidosa, y luego con Hinrich y Klaus en la construcción de la nueva casa. Tal vez también hubiese algo en la pintura de la fachada, que Hinrich había birlado en el astillero. Y la falta de apetito que había notado las últimas semanas Friedrich la atribuía a los trabajos de pocería que se estaban realizando cerca de la gran obra, cuyo hedor era insoportable. En opinión de la madre de Waltraut, lo que necesitaba el querido muchacho era unas vacaciones. Hacía unos años las molestias que sentía ella habían desaparecido en cuanto había dejado de trabajar. Y Hinrich, el padre de Waltraut, solo se reía: «A ver si cocinas mejor, Traudel, ya verás como así vuelve a engordar».

—¿Qué nombre le quieres poner tú? —preguntó Friedrich.

—A mi madre le gustaría Karla —respondió ella.

—¿Deberíamos llamar a nuestra hija como tu hermana, que falleció cuando era tan pequeña? ¿No traerá mala suerte?

Eso mismo se temía Waltraut, pero su madre lo deseaba tanto... De no haber ardido en la guerra todas las fotografías de la pequeña Karla, ella al menos podría haber visto bien a su hermana mayor para hacerse una idea mejor de si le gustaba que su propia hija se llamase como ella.

—Haremos una cosa —propuso Friedrich a voz en grito, ya que estaban anunciando la entrada del tren—: si es niña, elijo yo el nombre. Y la llamaremos Gabriele.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido ese nombre?

—No lo sé. Ya me gustaba cuando era pequeño —contestó él, subiendo más la voz.

Puesto que entretanto el aviso había terminado, algunas personas

que estaban en el andén se volvieron un momento a mirarlos.

—Uf —replicó Waltraut.

—Y si es niño, eliges tú el nombre.

El tren efectuó su entrada. Al cabo de un momento Friedrich se subiría a él para visitar a su madre y Schorse. Waltraut no lo acompañaría. Desde el sexto mes de embarazo sufría dolores abdominales una y otra vez —pasar tanto tiempo de pie en el mostrador no le iba bien— y el nuevo ginecólogo le había aconsejado que se cuidara más. En la despedida Waltraut no quería pelearse por unos nombres con su marido —siempre se sentía orgullosa de llamar a Friedrich «mi marido»—, pero tampoco quería acceder a su propuesta.

—Solo quiero que me prometas una cosa —pidió Friedrich.

—¿Cuál?

—Que si es niño, no lo llamarás Schorse.

Waltraut se rio. Tras ellos se abrieron las puertas del tren y los pasajeros inundaron el andén. Friedrich la abrazó y la besó en la boca. Luego dijo:

—Vuelvo el martes.

Y Waltraut ya lo estaba deseando. Friedrich subió al tren. Waltraut lo siguió con la mirada, pero él desapareció en el acto entre la oleada de personas que subía a los compartimentos. Poco después el tren salió. Waltraut pensó que era bonito ver vagones que cumplían la finalidad para la que los habían construido en lugar de estar en la vía desde hacía trece años, y a continuación bajó la escalera, atravesó la estación y salió hacia la parada de la línea 2 del tranvía para volver a Walle. Fue consciente de que algunos transeúntes le miraban la abultada barriga, y ella la adelantó un poco más, henchida de orgullo, para que todo el mundo viese que estaba embarazada. Le hacía sumamente feliz, a pesar de los ocasionales dolores. En su vientre crecía el hijo de su marido y ella, y en realidad le daba lo mismo cómo se llamase, ya fuera Gabriele, Karla o Schorse.

* * *

Cuando la hermana de Joschi abrió la puerta del bonito piso de techos altos —ningún Safier ni ningún Klapholz había vivido nunca en una casa tan señorial—, parecía más menuda y mayor de lo que él la recordaba.

—Te sienta bien el uniforme —observó Rosl, y durante un instante Joschi no pudo evitar pensar en Selma, que lo había saludado con esas mismas palabras la tarde que engañó a Dora.

Reprimió con todas sus fuerzas el sentimiento de culpa y abrazó a su hermana sin decir nada. La notó más delicada que antes, más frágil. Y su abrazo tampoco tenía el vigor de antaño.

—Pasa —dijo Rosl, separándose de él.

Durante los veinte segundos siguientes le enseñó el piso como si fuese una agente inmobiliaria y le mostró lo bien que lo había decorado con muebles modernos y fotografías antiguas. Tenía incluso cubiertos de plata, que colocó junto a los platos de porcelana en la mesa de comedor de roble.

A Joschi ver aquello lo entristeció. Por mucho que se esforzara Rosl, el piso nunca tendría ni la mitad de buen gusto que el de los padres de Hedy. Aunque Charlie ganaba un buen dinero, no era tanto como el que se necesitaba para adquirir un mobiliario tan lujoso. Además, las personas cuyo origen era como el de Rosl y Joschi —en comparación con las familias de Hedy y Charlie, los Safier eran pobres diablos; en comparación con los judíos que habían tenido que malvivir en chabolas en el Prater, en cambio, eran reyes con un retrete en el pasillo— nunca tendrían tan buen gusto como quienes eran acomodados desde hacía generaciones.

Lo afligió más todavía que Rosl, la artista, la oficial de la Haganá, la mujer radiante, solo se preocupara por el mobiliario.

Sirvió comida, filetes con ensalada de patata. Por desgracia Rosl cocinaba más o menos igual de bien que Joschi hacía malabares con quince mazas. La carne estaba quemada en muchos sitios y las patatas, en cambio, sin hacer del todo. Si le dijese ahora a su hermana que en lo que respectaba a sus artes culinarias se parecía a su madre, seguro que se ofendería. Joschi no quería correr el riesgo. Se había propuesto firmemente pasar sin discutir las cuatro horas que podía estar con ella en Dusseldorf antes de tener que coger el tren nocturno de vuelta a Hamburgo.

—Charlie no podrá venir esta noche —contó Rosl—. Tiene que quedarse más tiempo en Ámsterdam. Para hablar con un cliente importante.

Y seguro que para también comer mejor, estuvo a punto de añadir Joschi. Se alegraba de estar a solas con su hermana. Le

desagradaría hablar de la tumba de sus padres, que Rosl había reubicado en Viena, delante de otras personas. Los hermanos eran los únicos que habían conocido a Scheindel e Israel. Sus recuerdos les pertenecían solo a ellos y Joschi no quería compartirlos con nadie. Ni siquiera con Charlie, que a su vez tampoco quería compartir los recuerdos que tenía de sus padres. Cada cual tenía a sus propios muertos y así debía seguir siendo.

—¿Cómo te fue en Viena? —quiso saber Joschi.

—Come primero —contestó ella y, para colmo, le puso en el plato media porción suya.

Como no quería discutir, Joschi se lo comió como pudo, tragando los trozos más quemados con abundante vino tinto, mientras Rosl le contaba historias de la comunidad judía de Dusseldorf: el cardiocirujano de la junta directiva le hacía cumplidos especialmente galantes, mientras que el dentista, cuya mujer solía sentarse al lado de Rosl en la sinagoga, no le hacía el menor caso. Dicho sea de paso, ambos hombres habían estado en Treblinka.

Como el hermano pequeño de Jakov. Y Hedy y su familia.

Joschi estaba seguro de que el hecho de que Rosl visitara la comunidad no se debía a que de repente se hubiese vuelto religiosa. ¿Dónde si no iba a encontrar compañía? ¿Entre los alemanes?

Después de que Joschi se lo comiera todo obedientemente y casi lanzara un suspiro cuando su hermana le preguntó si quería algo de postre, si bien consiguió decir «Estaba todo delicioso, pero estoy llenísimo», los dos se sentaron juntos en el incómodo pero seguramente caro sofá del salón a tomar un jerez. Un mejunje que Rosl había aprendido a apreciar en Dusseldorf.

—Hice grabar el nombre de mamá en la lápida de papá —contó.

A diferencia de las cenizas de su padre, nunca habían trasladado el cuerpo de su madre a Viena. Estuvieran donde estuviesen sus huesos, se estaban pudriendo sin que nadie supiese quién era.

—Y para la lápida encontré un sitio muy bonito en el cementerio central de Viena.

Joschi se preguntó si visitaría la tumba alguna vez, si tendría las fuerzas necesarias para ir a Viena, si Dusseldorf ya le revolvía tanto el estómago.

—¿Qué tal en Viena? —inquirió.

—He escrito un poema de eso precisamente.

—¿Que has hecho qué? —preguntó, asombrado, Joschi.

—Escribir un poema.

Rosl se levantó, sacó de un secreter un papel con muchas líneas escritas con tinta negra y se lo dio a Joschi. Le gustó que su hermana tuviese otras inquietudes además de la cocina, la casa y los muebles. Conque la Rosl de siempre, la que hacía reír y encandilaba a la gente en el escenario, seguía viva en ella. Leyó el poema titulado «En una bocacalle de la Taborstrasse»: ahí estaba la Rotensterngasse, donde tanto le gustaba a él vivir en su día. Con Rosl, con su padre, con su madre.

Regresé a Viena años después
e incluso la callecita encontré, pero suerte
no habría de tener.
En la casa no había ni un solo Kohn,
ni un Rappaport, Ginsberg, ningún Abrahamson,
los letreros de las tiendas no los conocía...
Tenía tantas preguntas, pero me sentía cohibida.
Ahora uno vive más lejos —¡mientras uno siga vivo!—,
más lejos,
más lejos...
más lejos...

Joschi dejó el papel a un lado. Lo tenía claro: nunca volvería a Viena. Ni siquiera para visitar la tumba de sus padres, que en realidad solo contenía los restos de su padre. El lugar que tanto había amado había desaparecido para siempre.

* * *

Por fin era martes. Waltraut no veía a su marido desde hacía cuatro días y dos horas y media. Nunca habían estado separados tanto tiempo desde que se había instalado en Bremen. Waltraut no quería volver a estarlo nunca más.

Al salir de trabajar, fue en tranvía a Walle y de allí, por la nieve medio derretida, hasta la obra de la calle Rüstringer. Cuando llegase a la estación central de Bremen, Friedrich tenía pensado ir allí para ayudar a Hinrich y Klaus en los trabajos de la nueva casa. Waltraut, en

cambio, no fue por el camino más rápido, pues le habría llevado por la calle en la que en su día se alzaba el hogar de la familia Behrens. Le parecía un mal augurio para la nueva casa pasar por delante del solar que seguía habiendo allí.

Cuando Waltraut llegó a la calle Rüstringer, Hinrich y Klaus se hallaban a la puerta del nuevo edificio, rodeado de andamios. A pesar de que las temperaturas rozaban los cero grados y del viento frío que soplaba, ellos solo llevaban puesto el mono de pintor y estaban descansando tomando una cervecita.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Hinrich.

—¿Traes algo de comer? —quiso saber Klaus.

—Quería saludar a Friedrich.

—No está aquí —contestó su padre.

Waltraut se sorprendió, ¿habría entendido algo mal? El día de llegada seguro que no, porque había contado las horas y en ocasiones hasta los minutos que faltaban. Solo había una explicación:

—Entonces seguro que ha ido primero a casa.

—¿Quieres ver el piso? —preguntó Hinrich.

A ella le habría encantado, pero tenía más ganas todavía de estar en brazos de su marido, de manera que replicó:

—No, voy directa a casa.

—Dile a Friedrich que venga a ayudar a papá —dijo Klaus—. Dentro de media hora tengo que ir a casa de los padres de Dagmar.

Waltraut vio que a su hermano esto no le apetecía lo más mínimo, pero sus suegros le habían dado dinero para comprar un Volkswagen Escarabajo recién salido de fábrica, así que ahora debía mostrarse especialmente atento con ellos.

—Y dile a mamá —añadió Hinrich— que le dé a Friedrich unos bocadillos. Una persona no se puede alimentar solo a base de cerveza. Aunque quiera.

—Vale —respondió Waltraut, y mientras volvía a casa con el frío que hacía se preguntó qué habría hecho que Friedrich fuese primero al vagón. No tenía que ir a por el mono de pintor, porque siempre lo dejaba en la obra. Quizá solo quisiera pasar a saludarla primero, porque también la había echado mucho de menos. Vaya, qué idea tan bonita.

Waltraut notó que el niño le daba patadas en el vientre. El que crecía en ella era un niño de lo más vivaz. Aunque no sabía el sexo de

su hijo, confiaba en poder influir en ello si daba por sentado que era un varón. Los hombres lo tenían más fácil en la vida que las mujeres. Podían ser jefes de departamento, hacer lo que les diera la gana, y nadie les tocaba los senos.

El niño dio otra patada y Waltraut se preguntó si sería buena idea llamarlo Fritz, por Fritz Walter, uno de los pocos jugadores de fútbol cuyo nombre conocía. Pero en realidad quería elegir un nombre que sonara más distinguido: Arnim, Burkhard, Konstantin. Todos ellos eran bonitos. Aunque había uno que le gustaba más que el resto: Friedrich Junior. Junior sonaba a que el niño podía acabar siendo abogado. Sí, Friedrich Junior cada vez se imponía más como nombre para el pequeño. Y su padre no podría negarse, porque había sido él quien había propuesto que decidiera ella si era niño.

Animada por esta idea, Waltraut entró en el vagón y dijo:

—Friedrich, tengo algo que decirte.

—Friedrich no está aquí —informó Henriette, que llevaba madera a la chimenea por el pasillo.

Pronto ese acarrear se terminaría, porque en la casa nueva había calefacción de fueloil. La vida allí sería mejor sobre todo para su madre, aunque tuviera que renunciar a sus queridas gallinas. Sin embargo, no quería matarlas y comérselas, como proponía Hinrich. Prefería dárselas a una amiga que tenía jardín, donde podría visitarlas.

—Pero entonces ¿dónde está? —preguntó Waltraut.

—Ni idea. ¿Quieres cenar huevos con tocino?

Waltraut estaba demasiado desconcertada para contestar. Si Friedrich no estaba en la obra ni allí, ¿dónde estaba? ¿Aún en el tren? De ser así, debía de haberse producido un accidente. No quería ni pensarlo. ¿Se habría quedado Friedrich en Essen porque tenía que ayudar a su madre con alguna cosa? ¿Estaría enferma? ¿O Schorse?

El pequeño Friedrich Junior daba patadas con fuerza.

—¡Ay! —exclamó Waltraut en voz baja.

—¿Qué te pasa? —Su madre se detuvo.

—Nada. Salgo otra vez.

—¿Adónde vas?

—A llamar por teléfono.

Con un viento que cada vez soplaba con más fuerza, Waltraut, muerta de frío, fue a la cabina que había en la calle principal. Nada más entrar empezó a llover de repente. La lluvia golpeaba el techo de

la cabina y bajaba por los cristales. Fuera los coches pasaban a toda velocidad y ya habían encendido las luces. Waltraut introdujo monedas de un marco en la ranura —una conferencia así era cara—, marcó el número y esperó a oír la señal. Sonó una vez. Dos. Tres y cuatro veces. En mitad de la quinta alguien lo cogió. Era Schorse:

—Bracht.

Waltraut seguía sin acostumbrarse a oír ese apellido; la madre de Friedrich, Brigitte, antes de casarse con el contable de Hacienda se apellidaba Kampe, como Waltraut ahora.

—Soy Waltraut.

En el otro extremo de la línea se oyó a Schorse cogiendo aire.

El niño daba patadas con fuerza en su vientre.

Waltraut reprimió un quejido y preguntó:

—¿Está con vosotros Friedrich? No ha llegado a Bremen.

—Friedrich está en el hospital —contestó Schorse con un tono afligido que a Waltraut le atenazó la garganta.

El niño golpeaba con más fuerza aún.

—¿Qué le pasa? —Waltraut procuró parecer tranquila, pero no lo consiguió.

—Tenía problemas al hablar.

—¿Problemas?

—Mascullaba, como si estuviese paralizado.

Friedrich era demasiado joven para sufrir una apoplejía.

—Lo llevé de inmediato al hospital. Conozco a un médico jefe. En su día hice la vista gorda con sus impuestos. Pensé que no estaría de más que alguien así me debiera un favor. Ahora está examinando a Friedrich.

—Iré mañana en el primer tren —decidió Waltraut.

—Criatura, pero si no puedes hacer nada. Y con lo embarazada que estás no es bueno que andes viajando.

—¡Friedrich es mi marido!

—Waltraut…

—Voy mañana.

—Vale, vale… Llámame desde la estación de Bremen cuando tengas el billete y sepas cuándo llegas a Essen, y te voy a buscar.

—Gracias… —dijo ella, y antes de que pudiera añadir nada más, el último marco se consumió y la llamada se cortó. Ahora solo se oía el repiqueteo de la lluvia, el aullido del viento y los coches que

pasaban por charcos.

Friedrich Junior daba patadas como un loco. Para tranquilizarlo, Waltraut se llevó una mano al vientre y dijo: «Seguro que papá se pone bien». En realidad se lo decía más a sí misma.

Waltraut no pudo dormir, aunque Friedrich Junior descansaba tranquilamente. Le habría gustado estar ya de camino a Essen. Incluso le había pedido a Klaus que la llevara en su coche, pero su hermano tenía turno de mañana extra en el puerto: había que descargar sacos de café para Jacobs. Por su parte al día siguiente Waltraut no iría a trabajar. Su madre iría a Karstadt para explicar a qué se debía su ausencia. La señora Siegen lo entendería. Friedrich le caía bien y si 32 tenía algún problema con ello, ya le diría ella cuatro cosas.

Alrededor de las tres Waltraut tuvo que ir al retrete. Confiaba en que Friedrich Junior no se despertara. No lo hizo. Se echó el abrigo sobre el camisón, se deslizó por el vagón tiritando, oyó los sonoros ronquidos de su padre y los más suaves de su madre, abrió la puerta del servicio y, justo cuando se iba a sentar, vio que tenía sangre entre las piernas.

En el hospital lograron tranquilizar a Waltraut: no había perdido al niño, pero ahora tenía que guardar reposo absoluto hasta el alumbramiento. Solo así podría evitar un parto prematuro o incluso un aborto.

Waltraut volvió a preocuparse por Friedrich. Y le desesperaba profundamente no poder ir a verlo. A fin de cuentas era su mujer. Debía estar a su lado, ahora que el pobre no estaba en condiciones de ayudarla a ella.

Después de que le dieran el alta en el hospital a media tarde y Klaus la llevara a casa en el Escarabajo verde oscuro, a Waltraut le sorprendió que su madre le hubiese preparado la habitación con tanto mimo: había cambiado las sábanas y le había dejado una manzanilla caliente en una mesita al lado e incluso un librito: *Las dos Carlotas*, de Erich Kästner. Y le dijo:

—Con esta historia no te alterarás tanto como con las novelas policiacas que sueles leer.

A pesar de los pesares Waltraut no pudo evitar reírse y se tendió en la cama, aunque habría preferido ir corriendo a la cabina de la calle principal. Le pidió a su madre que preguntara cómo se encontraba Friedrich. Y eso hizo Henriette. Habló por teléfono con Schorse y contó a Waltraut las últimas novedades tras sentarse con ella en el borde de la cama:

—A Friedrich le han encontrado un tumor benigno en el cerebro. Es lo que le causa los dolores de cabeza y, como es muy grande, ayer presionaba tanto que Friedrich ya no podía hablar bien.

—¿Y qué le van a hacer ahora? —preguntó Waltraut, profundamente preocupada.

—Lo van a operar.

—¿Es peligroso?

—Schorse ha dicho que no —repuso Henriette, y cogió con fuerza la mano de su hija—. Todo irá bien.

Ella miró a su madre sorprendida con el gesto. En un primer momento incluso pensó que sencillamente se alegraba de poder cuidar a su hija como lo hacía antes —de no ser así, ¿cómo se le había ocurrido darle un libro infantil?—, pero parecía otra. Más fuerte. A lo largo de los últimos años Waltraut solo había visto en ella al ama de casa que se encargaba de cocinar, limpiar, fregar y cuidar de las gallinas y a la persona que la hacía trabajar demasiado en las tareas del hogar; cómo odiaba Waltraut que no tuviesen lavadora. Sin embargo, en ese instante parecía distinta. Como una madre que protege a su hija, aunque esta ya tuviera veinte años, y quiere darle fuerzas al apretarle la mano.

—No te preocupes —pidió Henriette—, no es bueno para el niño.

—Lo intentaré.

Waltraut no creía que pudiera conseguirlo.

—Por Friedrich no puedes hacer nada, pero por Junior sí.

—¿Junior? —preguntó Waltraut, sorprendida de que su madre supiera cómo quería llamar al niño.

—Ayer por la noche oí que le hablabas. —Henriette sonrió y besó a su hija en la frente. Después se levantó y ordenó, con tono maternal —: Te prohíbo que te preocupes.

Waltraut asintió. También sabía que lo mejor para Friedrich

Junior sería que se distrajese todo lo posible y, cuando su madre se fue, echó mano de *Las dos Carlotas*. Antes de que llegara al punto en que las gemelas se conocen, Waltraut se quedó dormida.

Henriette veló por Waltraut y cuidó de ella las semanas siguientes, además de tenerla informada en todo momento de los avances de Friedrich.

«La operación fue un éxito.»

«Friedrich aún tendrá que quedarse un tiempo en el hospital para reponer fuerzas.»

«Quiere que te diga lo mucho que te quiere.»

«No, los médicos han dicho que Friedrich no puede volver todavía a casa.»

«Por desgracia aún no puede salir. La herida de la cabeza no se cierra. Claro que le hicieron un corte enorme.»

«He podido hablar con él. Te echa mucho de menos.»

«Sé que ya van tres semanas. Él lo está pasando peor que tú.»

«Tu marido ahora come otra vez como una lima.»

«Si todo va bien, estará de vuelta para el parto.»

También el padre de Waltraut iba a verla una y otra vez con novedades:

«Klaus y yo estamos pintando las paredes de la casa».

«Hoy hemos instalado la cocina».

«Le hecho una cuna a Friedrich Junior».

Cuando comunicó la última noticia, Hinrich tenía los ojos humedecidos.

El niño nació antes de tiempo, pero solo se adelantó veinte días. Si bien las últimas semanas del embarazo fueron duras, los dolores espantosos, y las palabras del médico, que tenían por objeto animarla, de que para una joven sana como ella las contracciones no eran nada no le habían sido de mucha utilidad, la dicha que sintió Waltraut al tener a la niña sobre su vientre fue inmensa.

—Hola, Gabi —dijo a la pequeña mientras el médico aún cosía una herida abajo.

Para entonces ella tenía claro que la niña no se llamaría Karla,

sino, como había hablado con Friedrich, Gabriele. Pero ella la llamaría tan solo Gabi.

Cuando llevaron a la niña a la unidad de lactantes, una enfermera condujo a Waltraut a una cama en una habitación donde había otras cuatro mujeres. Waltraut miró por la ventana el oscuro cielo vespertino hacia la iluminada torre de televisión mientras sus compañeras de habitación, todas mayores que ella, hablaban de las molestias que sentían: a la una le tiraba el pecho, la otra tenía pérdidas, la tercera no quería regresar a casa con sus padres. Waltraut, sin embargo, pensaba en Friedrich. En lo mucho que se alegraría al ver a su hijita y con el nombre que le había puesto. Quizá pudiera llamar ella por fin desde el hospital para volver a oír su voz. Al fin y al cabo, su madre le había contado que ahora su marido se pasaba el día entero tumbado en el sofá del piso de Brigitte y Schorse y disfrutaba viendo la televisión. Sobre todo series de detectives.

La puerta se abrió. Waltraut miró en el acto, esperando con toda su alma que fuese Friedrich. Pero la que entró en su habitación era su madre. Se acercó a su cama, se sentó en un taburete a su lado y dijo con gravedad:

—Waltraut, debo confesarte algo.

Ella se temió que ahora su madre le fuese a contar otra de sus historias sobre sus antepasados nobles y preguntó con cautela:

—¿Qué?

—Te he mentido.

—¿En qué?

—Era un tumor maligno.

En un primer momento Waltraut no entendió lo que le estaba diciendo su madre.

—Y lo operaron de urgencia.

—¿A Friedrich? —Waltraut sintió que el miedo le atenazaba la garganta.

—Murió dos días después.

Para Waltraut fue como si su propia vida terminara.

—De un coágulo. —Henriette le cogió la mano y se la agarró con fuerza—. Si te lo hubiese dicho, habrías perdido a la niña.

* * *

En Houston el calor estival era insoportable. Tanto que Joschi, tras la primera visita a una prostituta, lo único que quería era un aparato de aire acondicionado. ¿Y dónde estaban los mejores, al alcance de todos? En los cines. Cogió un taxi al centro y bajó la ventanilla durante el trayecto para que al menos le llegara un poco de aire fresco. No sirvió de nada.

El taxista lo dejó en un cine. Joschi sacó una entrada para la siguiente sesión, la película le daba lo mismo. También compró dos botellines de cerveza, fue a la desierta sala, se acomodó en una butaca y disfrutó del aire frío. Allí se podía aguantar. Solo cuando vio los títulos de crédito supo Joschi en qué película estaba: *Los vikingos*. Esbozó una sonrisilla: el protagonista era Kirk Douglas. Al final no había visto *Hombres olvidados*; no habría soportado volver a ver a un niño pisar una mina, aunque la explosión fuese de pega.

Al ver a Douglas Joschi no pudo evitar recordar que ese día se largó del rodaje en el desierto para ir al mar y una vez allí decidió empezar una vida nueva, lejos del ejército.

Tendría que haber sido una vida mejor.

Pero solo era una vida distinta.

Ahora estaba en el ecuador de los cuarenta, y mientras que Douglas, que tenía prácticamente su misma edad, iba de película en película, el malabarista se convertía en un vikingo y seguro que haría muchos más papeles estupendos en los que le estaría permitido cambiar una y otra vez, Joschi tenía la sensación de que él siempre sería el mismo. Nunca encontraría la felicidad. Hiciera lo que hiciese: dejar el ejército, casarse, ver mundo.

Para entonces había visto mundo. Había estado incluso en las islas Malvinas. Pero para él no eran un hogar. Como tampoco lo era su matrimonio.

Si no cambiaba algo en su vida, sentiría el mismo desarraigo de ahora hasta el día que muriese.

Pero ¿qué podía cambiar?

Difícilmente podía ser malabarista, vikingo o estrella de cine.

Al fin y al cabo, él solo era Joschi.

* * *

Waltraut ya llevaba más de dos horas llorando. Sus compañeras

de habitación suspiraban, porque no se podían dormir. La madre que no quería volver a casa de sus padres incluso se quejó y dijo que a ver si se callaba de una vez Waltraut. Pero ella no podía parar. Ni siquiera cuando la enfermera entró para llevarla a darle el pecho a Gabi: la niña tenía hambre.

La enfermera sostuvo a Waltraut mientras recorrían los pasillos hasta la unidad de lactantes. Hubo instantes en los que habría caído al suelo como un saco húmedo de no haber sido por la enfermera. Qué alivio habría sido quedarse tendida en el suelo sin más y morir.

La enfermera llevó a Waltraut a una habitación donde dos madres exhaustas daban el pecho a sus pequeños y la sentó en una silla. La mujer le dijo algo que no entendió y se fue. Waltraut ya no tenía más lágrimas, para entonces tan solo sollozaba. La enfermera volvió y le colocó en brazos a Gabi. Waltraut paró de sollozar. Era una conmoción que hubiese algo más en el mundo aparte de su dolor.

Aturdida, dejó que la enfermera la ayudase a descubrir el pecho, como también dejó que le acoplase a la pequeña a la mama. Cuando Gabi empezó a mamar, Waltraut la observó. Poco después comprendió que le estaba dando vida a su hijita. Y cuando el pecho prácticamente estaba ya seco, Waltraut le dijo a Gabi:

—Debo seguir viviendo. Por ti.

1961-1963

Joschi podría haber ido de Bremen a Dusseldorf, pero no quería. No quería ver a Rosl, que seguro que le habría preguntado cómo estaba Dora, y si él hubiese sido sincero —claro que ¿quién era sincero con los demás en lo tocante a su matrimonio?—, habría tenido que confesar que no aguantaba más las pesadillas de su mujer. Se avergonzaba de ello, ya que, como marido suyo, era su obligación, si no aliviar su dolor como antes, al menos soportarlo. Si le hubiese hablado a Rosl de la vergüenza que sentía, su hermana se habría limitado a sacudir la cabeza y decirle que era demasiado blando para este mundo. Y como Joschi no quería oír eso, habría mentido a su hermana, y al hacerlo habría sido más consciente aún de lo que ya lo era de que no tenía a nadie en el mundo con el que pudiese ser completamente sincero.

Sobre todo, sin embargo, Joschi no quería ir a Dusseldorf porque odiaba ver como los alemanes occidentales eran más ricos cada año. Millones de criminales disfrutaban de la vida impunemente mientras sus padres, sus tíos y sus primos, a excepción de una prima, habían desaparecido para siempre.

Por tanto, Joschi prefería no viajar por el país donde se había obrado el milagro económico. A Rosl podría verla en Janucá, cuando acudiese a Haifa con Charlie como todos los años, y seguro que cuando cenaran juntos volvería a discutir con Selma, la vecina, porque la que fuera combatiente en el gueto no podía creer que, siendo judía, Rosl pudiera vivir en Alemania. El año anterior Rosl se había enfadado tanto con Joschi porque no la había defendido que después dijo entre dientes, mordaz, que el mocoso de Selma tendría sus patas de gallo. Menos mal que en ese momento Dora estaba en la cocina, preparando las tortitas de patata.

Sin embargo, Joschi tampoco quería quedarse en el barco. La reparación de la turbina estaba tardando demasiado, el tiempo en

mayo era demasiado bueno. De manera que, como cada vez que tomaba tierra, dejó su alianza en el cajón —uno nunca sabía si lo atracarían— y fue con el pantalón del uniforme y una camisa clara de manga corta a dar un paseo por el puerto. En su opinión allí todavía no estaba en Alemania, ya que todas las instalaciones portuarias del mundo eran similares. Vio a un joven trabajador del puerto que bebía una cerveza en un descanso. Beck's. Esa cerveza se fabricaba en Bremen y, según decían, estaba muy buena, no como la cerveza norteamericana, que era floja, o la anodina holandesa o el espantoso mejunje que le habían servido en Albania. Joschi echaba de menos disfrutar por fin de una buena cerveza rubia. Salió del puerto, pero no se encontraba en la Alemania acomodada. Las zonas portuarias del mundo también se parecían: eran lugares venidos a menos, donde había alcohol barato, comida barata y mujeres baratas. Con esas Joschi ya no iba. Las pocas veces que lo había hecho habían sido desoladoras.

El sol estaba alto cuando Joschi entró en la calle principal. Ese día en Bremen hacía casi tanto calor como en Haifa. Vio una taberna llamada Zur rrrascheligen Elke, pero no le hacía gracia tomarse la cerveza en presencia de una mujer llamada Elke que perdiera los nervios, tal como decía el nombre del establecimiento en alemán. A unos cien metros Joschi descubrió una heladería italiana. Recordó el helado que había tomado en Nápoles. Había sido uno de los mayores placeres dulces de su vida, superado únicamente por las tortitas que comía en el café Central de Viena con su padre el día que ambos cumplían años. Si el helado de esa heladería italiana era la mitad de bueno que el de Nápoles, la cerveza Beck's podía esperar. Joschi fue directo a ella y abrió la puerta. Lo recibió un aire frío y un olor a café italiano. Y alguien que cantaba. No era la radio, sino dos mujeres que cantaban a una tercera: «Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos, querida Waltraut, cumpleaños feliz».

* * *

Felicidad. En eso Waltraut ni siquiera pensaba. Le sorprendía que hubiese aguantado hasta ese vigésimo quinto cumpleaños sin cortarse las venas. Por lo menos ya no pensaba tanto en Friedrich e incluso volvía a dormir noches enteras del tirón. Quizá llegase el momento en

que su muerte no doliera tanto y pudiera soportar ir a visitar su tumba en Essen con Gabi. Aunque no pudieran ir a ver a Brigitte, la madre de Friedrich. Schorse le había dicho a Waltraut que no superaba la muerte de su hijo, por eso tomaba fuertes medicamentos, y conocer a su nieta no haría sino empeorarlo todo. A Waltraut eso le dolió. Y la hizo enfadar: si ella era lo bastante fuerte para seguir adelante, Brigitte también debería serlo.

La pequeña Gabi no preguntaba por su padre. Era un consuelo que no fuese un chico, porque su único modelo habría sido su abuelo Hinrich, y las repercusiones de eso se podían ver en Klaus, que frecuentaba las tascas del puerto con las mismas ganas que su padre. También era un consuelo que la pequeña tuviese una abuela que la cuidaba durante el día en el piso en que vivían todos mientras su madre iba a trabajar a Karstadt.

Waltraut quería sobrevivir solo hasta que su hija fuese adulta y echara a volar. Por de pronto la pequeña volaba más que corría, y era mucho más rápida que todos los niños del parque. Su abuelo, Hinrich, incluso quería apodarla Armin Hary, por el atleta alemán que había ganado la medalla de oro en los cien metros lisos en los Juegos Olímpicos, pero Waltraut se lo impidió con un «Ni se te ocurra».

—¡Feliz cumpleaños! —dijo Inge Trenzas, y le dio un sonoro beso en la mejilla.

Para entonces ya nada tenía que ver con la niña de las trenzas que había sido, pues llevaba un atrevido corte de pelo que había visto en una película francesa. *Al final de la escapada*, se titulaba, e Inge Trenzas no se cansaba de ponerla por las nubes.

—¡Feliz feliz feliz cumpleaños! —rio la mujer gorda que estaba con ellas.

Su nombre era Barbara, la llamaban Babsi, y era una nueva amiga de Waltraut. Se habían conocido en el parque infantil, porque Gabi y Kerstin, la hija de Babsi, jugaban juntas. Babsi era bonachona, aunque también provinciana.

—Tanta felicidad no hay persona que la aguante —repuso Waltraut, en un intento amable de ponerle fin. En su opinión la felicidad ya no tenía cabida en su vida.

—Pero te la mereces —afirmó Inge Trenzas.

—¿Por qué?

—Porque eres una buena madre.

Waltraut solo podía esperar que su amiga tuviese razón.

—Y muy bella —aseveró una voz grave, agradable.

Durante un instante ella pensó que debía de tener detrás a un intérprete de canciones de moda. Como el tal Udo Jürgens, cuya canción *Jenny* le gustaba mucho, mientras que Inge Trenzas solo escuchaba rock 'n' roll y le había confiado en secreto que se había acostado con uno de los soldados norteamericanos negros que estaban destinados en Bremerhaven. Waltraut no la juzgaba por ello, a diferencia de lo que haría el mundo entero si llegaba a hacerse público.

Durante ese breve instante en el que fantaseó con un cantante guapo, Waltraut abrigó por primera vez desde la muerte de Friedrich la esperanza de que alguien pudiese volver a hacerla mínimamente feliz.

Picada por la curiosidad, Waltraut se giró. Por desgracia no vio a Udo Jürgens, ni siquiera a Freddy Quinn, y desde luego no a Friedrich. Vio a un hombre mayor que ella y de tez morena vestido de uniforme y con canas ya en las sienes del cabello oscuro.

Felicidad. Había sido una estupidez confiar en que pudiera sentirla.

* * *

Joschi estaba junto a la mesa de las tres mujeres: una era gorda, la segunda tenía el pelo corto como un chico, pero la tercera, la que cumplía años, era preciosa. Una aparición que lo cautivó en el acto. Y las tres eran tan jóvenes que no podían tener nada que ver con los nazis.

Hacía mucho que no flirteaba con una mujer joven. Una eternidad. Pero de pronto quería volver a hacerlo, tal era la fascinación que ejercía en él la cumpleañera. Y aún recordaba perfectamente cómo se hacía: había que exagerar con los cumplidos en la debida medida.

Pero ¿cómo hacer tal cosa con esa mujer? Era tan bella que a lo sumo exageraría si la comparaba con Afrodita. Entonces ¿qué podía decir? Como de costumbre, sencillamente lo primero que se le ocurriese. Hasta el momento siempre había podido confiar en su voz y en su encantadora sonrisa:

—¿Me permite que la invite a cenar por su cumpleaños?

* * *

Waltraut no daba crédito a sus oídos. ¿El desconocido quería invitarla a cenar? ¿En un restaurante en toda regla? El único hombre que había querido hacer tal cosa hasta el momento —¿qué tipo se quería atar a una viuda con una hija de cuatro años?— había sido un compañero que cargaba sacos con Klaus y la había invitado a comer chuletas con patatas en el Niedersachsenklause. Solo fue por deferencia a su hermano. En cuanto terminaron el plato, que ciertamente estaba delicioso, ella se despidió de la aburrida cita aduciendo que al día siguiente tenía que llevar a su hija al parvulario antes de ir a trabajar.

Entonces ¿qué debía contestar a la propuesta de un descarado desconocido que ni siquiera se había presentado? Sencillamente:

—¿Qué le parece si primero se hace usted cargo de nuestra cuenta?

* * *

Al propio Joschi le sorprendió la facilidad con que le salió la invitación a cenar. Pero cuando oyó la respuesta de la joven, se alegró de haberlo hecho. ¡Tenía chispa! Seguro que una cena con ella era divertida.

—Lo haré con gusto, con mucho gusto.

—Gracias. En ese caso también tomaremos una copa de espumoso cada una.

—Cómo no. —Joschi reaccionó con seguridad—. ¿Puedo unirme a ustedes?

—Esta es una celebración privada —replicó la beldad, sonriéndole de manera encantadora, provocativa, de una forma que él ni siquiera pudo enfadarse con ella por tamaño descaro.

Así que, en lugar de insistir, solo quiso que ella le confirmase que su inversión valdría la pena.

—¿Y esta noche nosotros dos celebraremos su cumpleaños?

—¿Esta misma noche? —inquirió, sorprendida, la cumpleañera.

—Mejor no dejar para mañana lo que se pueda celebrar hoy —

afirmó, risueño, Joschi.

—El fin de semana estaría más libre.

Daba la impresión de que la joven quería ganar tiempo.

—Pero mi barco zarpa mañana.

—¿Su barco? ¿Adónde se dirige? —quiso saber la mujer del pelo corto.

—A Norteamérica. Boston —respondió Joschi. Prefirió no decir que en realidad volvía a Haifa. No sabía cómo reaccionaría la descarada alemana si mencionaba Israel. Además, seguro que ese destino, Norteamérica, la impresionaría. Por desgracia, sin embargo, la de pelo corto se mostró mucho más entusiasmada:

—¡Norteamérica!

—Y de ahí a Colombia —añadió él, pero tampoco eso pareció resultarle tan emocionante a la cumpleañera como a sus amigas. Era un hueso duro de roer, lo cual le confería un atractivo tanto mayor.

—De acuerdo, nos veremos esta noche. Pero a mí solo me gusta lo mejor.

—¿Lo mejor? —Joschi ya no estaba tan seguro de si le seguía gustando el juego. Pero era él quien había empezado, conque agregó —: Usted solo se merece lo mejor.

—En ese caso quiero ir al Ratskeller.

La de pelo corto soltó una risotada y la gorda se atragantó del susto con el helado de chocolate que estaba tomando.

—¿Dónde está ese sitio? —quiso saber Joschi.

—En la parte de abajo del ayuntamiento. Pongamos a las ocho de la tarde.

—Así sea. —Joschi sonrió.

—Y no olvide pagar la cuenta y las tres copas de espumoso.

—Naturalmente que no. —Joschi dejó unos dólares en la mesa y dijo—: Hasta luego.

Salió de la heladería y, de pura alegría, ya no buscó ninguna taberna.

* * *

—¡Aleluya, te gusta el capitán! —se rio Inge Trenzas.

—No creo que sea capitán —objetó Babsi.

—Oficial es, por lo menos, porque el pantalón era de uniforme.

—También los pueden llevar los marineros.

—Pero este tiene más dinero en el bolsillo. Y va a llevar a Waltraut al Ratskeller.

—De eso nada —terció Waltraut.

—Pero si has quedado con él —afirmó, asombrada, Babsi.

—Para que se largara.

—Creo que no lo entiendo.

—No pienso ir al Ratskeller con ese vejestorio.

—Para su edad es muy atractivo —opinó Inge Trenzas—. Y tiene una voz increíble.

—Eso es verdad —hubo de admitir Waltraut. Sin embargo, no sabía decir si era atractivo para su edad. Con Friedrich tal vez pudiese competir Udo Jürgens o alguna que otra estrella de cine que aparecía en la pantalla y en las revistas, pero desde luego no ese marino—. Pero es mayor.

—O. W. Fischer también es mayor, y en *Peter Voss, ladrón de millones*, te parecía de lo más elegante.

—A él también lo dejaría plantado en el Ratskeller.

—No lo harías.

—Puede que no —transigió Waltraut, que no sabía lo que haría si O. W. Fischer la invitara a cenar por su cumpleaños en el Ratskeller. Pero una cosa tenía clara—: Con el marino...

—Capitán —corrigió Inge Trenzas.

—U oficial, como mínimo —corrigió Babsi.

—Me da lo mismo, yo con ese no voy a cenar —corrigió a ambas Waltraut.

—¿Le vas a dar plantón? —Babsi no se podía creer lo descarada que era su nueva conocida.

—Sí —aseguró Waltraut. A veces la irritaba que Babsi fuera un poco dura de mollera.

—¡Tienes la oportunidad de cenar en el Ratskeller! —le recordó Inge Trenzas—. Yo no la dejaría pasar.

—Puedo hacerlo de todas formas —respondió Waltraut con obstinación.

—Ahí el vino es caro.

—También me lo puedo permitir, si ahorro lo suficiente.

—O beberlo esta misma noche.

—Esta noche acostaré a mi hija como hago siempre y le leeré su

cuento del erizo Mecki.

Waltraut lo dijo con tanta vehemencia que no fue preciso que añadiera «¡Y no se hable más!» para zanjar el tema. Para ella no había nada más importante que la pequeña Gabi. Ni el Ratskeller ni un vejestorio en el que no valía la pena pensar más.

Las tres tomaron su helado en silencio. El camarero les llevó las tres copas de espumoso y las dejó en la mesa. Waltraut se planteó si brindar por sus queridas amigas, pero entonces Babsi dijo en voz baja:

—Pues el marino se va a enfadar a base de bien contigo.

—Me da lo mismo.

Babsi estaba asombrada.

—Ya lo has oído. Mañana se va a Norteamérica y después sigue viaje. No lo volveré a ver.

* * *

Disfrutando del maravilloso tiempo que hacía, Joschi cruzó la plaza mayor de Bremen para ir al ayuntamiento, en cuyo sótano se encontraba el restaurante al que invitaría de un momento a otro a la bella cumpleañera. Se preguntó cómo se llamaría. ¿Marlene? ¿Lilian? ¿Veronika? Este último nombre le hizo sonreír, pues le recordó a *Veronika, ha llegado Lenz*, de los Comedian Harmonists. Hacía décadas que no se acordaba de esa canción. Ni tampoco de que él la cantaba con los muchachos de décimo del instituto Zwi Perez Chajes: «Las muchachas cantan tralará», ni de que después, cuando decía «Veronika, el espárrago crece», se reían tontamente, como podían hacerlo los muchachos de quince años.

Joschi no pudo evitar reírse.

Estaba en Alemania.

Qué día más alocado.

Bajó la escalera del Ratskeller animado, abrió la puerta y dijo a un joven camarero que llevaba el pelo engominado como antes el propio Joschi en Viena:

—Deme la mejor mesa que tenga. Voy a invitar a una mujer preciosa.

* * *

Waltraut le leyó *Mecki* a la pequeña Gabi y le dio un beso en la frente. Iba a apagar la luz y sentarse en el salón con sus padres para ver con ellos el programa de entretenimiento *Zum Blauen Bock*. Para ella seguía siendo algo extraordinario que la familia no solo viviera en un piso, sino que ahora incluso tuviera un televisor. Pero Gabi no quería que su mami se fuera. La agarró con fuerza del brazo y dijo:

—Andreas y Christoph se meten conmigo en el parvulario.

—Pues tendrás que defenderte —contestó Waltraut, que deseaba que su hija también fuese una leona, pero intuía que más bien era un corderito manso.

—Le di un empujón a Christoph.

—Muy bien.

—Y él me pegó.

El recuerdo hizo que a la niña se le saltaran las lágrimas.

Ahora a Waltraut le entraron ganas de abofetear al mocoso, y a sus padres también, por traerlo al mundo pero no educarlo.

—En el hombro.

Gabi se bajó un poco el camisoncito y le enseñó un moratón.

—¿Qué dijo la señora Polle? —A Waltraut nunca le había caído bien la maestra de párvulos.

—Que deje de chinchar a los niños y ellos dejarán de chincharme.

—¿Chinchas a los niños? —Su madre no se lo podía creer. Cuando la tímida Gabi abría la boca nunca decía nada malo.

—La señora Polle dice que es porque corro muy deprisa. Si dejo ganar a los niños, no me pegarán.

La ira arrolló a Waltraut: a Gabi no se le daba bien dibujar, no se le daba bien cantar, no se le daba bien estudiar, pero corría como nadie. ¿Y la maestra quería quitarle eso?

—Correrás tan deprisa como te dé la gana.

—Pero la señora Polle...

—A esa le voy a decir yo cuatro cosas.

—¿Y los niños?

—Tú vales más que ellos.

Asombrada, Gabi preguntó:

—¿Por qué?

—Porque eres especial.

—¿Por qué?

¿Cómo iba a responder a eso Waltraut? ¿Porque sí? ¿Porque eres mi hija? ¿La hija de tu difunto padre? Eso no bastaría de ninguna manera para darle a la pequeña la seguridad que necesitaba para hacer frente a los niños.

¿Porque eres una leona?

Ningún corderito se creería eso.

—¿Por qué soy especial?

De pronto Waltraut entendió por qué Henriette había fantaseado con otra cuna: cuando no eras una leona, hacía falta otra cosa que te diese seguridad.

—¿Por qué? —preguntó la niña de nuevo, deseosa de ser especial.

—Porque tienes parientes que son nobles.

* * *

—¿Y bien? ¿Va a venir la belleza? —preguntó el joven camarero engominado, y a Joschi le habría gustado cruzarle la cara.

Estaba en un reservado revestido de madera (el mejor sitio del restaurante) delante de su tercera copa de vino tinto. Había permitido que le dieran plantón como a un viejo tonto y, encima, tenía que aguantar la sonrisa de suficiencia del engominado.

—Tráigame la cuenta, por favor —pidió Joschi, y se juró no dejarle propina al camarero.

—Desde luego, señor.

El engominado fue hacia la caja registradora, pero a medio camino se detuvo para contarle algo a otro camarero engominado. Los dos se rieron. Seguro que de él.

Alemania era una mierda.

Los camareros engominados lo miraron. Cuando se dieron cuenta de que Joschi los miraba a ellos, apartaron la vista deprisa y se fueron. Seguro que con una sonrisa en la cara.

¡La mema esa tenía suerte de que su barco zarpase al día siguiente!

El barco no zarpó. Todavía no habían arreglado la turbina. Joschi deambulaba por la cubierta, fumando un cigarrillo tras otro. Se había

enfadado tanto que no había pegado ojo en toda la noche. Con la mema. Y más aún consigo mismo. No se había vuelto a sentir tan tonto con una mujer desde los días que había estado esperando a Hedy en el Prater. Pero esa alemana no era ni la mitad de encantadora que Hedy. Y él ya no tenía veinte años. ¡Era un hombre hecho y derecho! Con esposa.

Esa mema merecía una azotaina. No de verdad, claro estaba. Eso solo lo hacían los cornudos en comedias ridículas como las que veía Joschi en los teatrillos de segunda fila de Viena. Pero sí le gustaría cantarle las cuarenta debidamente. Por desgracia, no sabía dónde vivía ni dónde trabajaba. Ni tampoco cómo se llamaba. Solo podía confiar en que ese día volviese a ir a tomar un helado.

* * *

Waltraut le pidió a su madre que por las tardes le contara a Gabi todo sobre su noble familia. A la abuela le hacía feliz, pero ella no tenía ninguna gana de escucharlo; prefería oír las fantasías de enamorada de Inge Trenzas en la heladería: el soldado negro de Bremerhaven quería que se fuera a Norteamérica con él. A Mesetchusets o algo parecido.

—Abriremos un bar de blues.

—¿Un qué? —preguntó Waltraut mientras echaba una buena cantidad de leche al café. Los italianos siempre lo preparaban muy fuerte.

—El blues es la música de los negros. Deberías oír cantar a Isiah. Te llega a lo más hondo.

—Inge, la cosa será así: él cantará en el bar y tú cocinarás, servirás y limpiarás.

Waltraut ya no creía en los sueños, solo veía las fatigas.

—Solo al principio. Isiah dice que cuando el bar vaya bien, contrataremos a mucha gente.

—Mmm —masculló Waltraut, que era incapaz de imaginar que su amiga aguantase una sola semana trabajando en el duro ramo de la hostelería. Si ya se quejaba de lo mucho que le dolían los pies de tanto estar de pie en la peluquería.

A Waltraut también le dolían de atender en el mostrador, pero se había propuesto no quejarse nunca de su suerte: ni del dolor de pies,

ni de ser madre sola ni tampoco de la muerte de Friedrich. Quejarse implicaba perder dignidad. Y, aparte de Gabi, durante los años que llevaba de viuda para ella no había nada que se hubiese vuelto más importante que la dignidad.

—Ya verás —afirmó Inge Trenzas, enfadada con las dudas que expresaba su amiga.

—¿Tú crees?

—Irás a verme a Norteamérica y te buscaremos a un negro guapo...

—¡Inge!

—Está bien, está bien...

Waltraut sacudió la cabeza y bebió un sorbo de café, que para ella seguía estando demasiado fuerte.

—A Isiah aún le quedan cinco meses y tres días de servicio, después... ¡mierda!

—Después... ¿mierda? —Waltraut estaba desconcertada.

—Mira. —Inge Trenzas señaló hacia la ventana.

Waltraut se volvió y vio que el marino del día anterior avanzaba decidido hacia la heladería.

—Mierda —dijo ella también.

—Lo que yo decía —farfulló Inge Trenzas.

El marino parecía muy enfadado.

—Vete al servicio —propuso su amiga—. Ahí no irá y yo me desharé de él.

—Leona —dijo Waltraut en voz baja para sí, y permaneció sentada.

—¿Qué? —preguntó Inge Trenzas.

—Yo me ocupo.

* * *

Joschi vio a la mema por la ventana. Nunca había abierto una puerta con el brío con que abrió esa, y la campanita sonó como probablemente no lo hubiera hecho nunca. Si no hubiese estado tan enfadado, se habría dado cuenta de la cara de susto que puso el heladero. Y las dos ancianas que estaban sentadas en un rincón. Tampoco reparó en la joven de pelo corto, que lo miraba asustada. Solo se fijó en la mema, que al verlo irguió la espalda y adelantó

ligeramente la barbilla.

—¿Tú quién te has creído que eres? —le espetó con dureza.

—Waltraut Kampe —acentuó el apellido como si se pudiera estar especialmente orgulloso de él.

—Me diste plantón.

La mema irguió más aún la espalda.

—Y no me vengas ahora con alguna excusa.

—No he puesto ninguna.

«Eso era verdad», pensó Joschi, que solo se frenó lo justo.

—Exijo una disculpa.

Pero la disculpa no llegó.

—Estoy esperando.

—¿Y a qué espera? —preguntó la alemana con voz serena y firme.

—¡Discúlpate ahora mismo! —A Joschi le temblaba la voz de ira.

—¿Sabe quién es el señor de los cigarrillos HB?

—¿El de los anuncios? —inquirió Joschi, desconcertado en pleno arrebato de rabia.

—El hombrecillo siempre se enfada y estalla, igual que usted.

Joschi se detuvo: ¿se estaba poniendo en evidencia como el hombrecillo del tabaco?

—Quizá debiera fumarse un pitillo para tranquilizarse.

En efecto, Joschi tenía muchas ganas de fumar. Respiró hondo. Era evidente que estaba quedando en ridículo delante de toda la heladería. La mema se lo había dado a entender con gracia.

Qué mujer más poco común. Se llamaba Waltraut. Un clásico nombre alemán. Pero, al parecer, no era la típica alemana que seguía órdenes.

Respiró hondo una vez más y contestó:

—Solo si te fumas uno conmigo.

* * *

El marino sonrió.

Tenía una sonrisa bonita.

Waltraut solo se dio cuenta ahora.

Y era un poco cascarrabias, pero no de los que había que temer. Su forma de enfadarse más bien inspiraba ternura. Quizá incluso fuera

agradable fumarse un cigarrillo con él. En cualquier caso, más agradable que seguir escuchando las chifladuras de Inge Trenzas, que en algún momento tendría que quitarle de la cabeza para que no se llevara un disgusto. Además, un cigarrillo siempre era mejor que ese café tan fuerte. Y, sin embargo, Waltraut respondió:

—No me apetece.

Una pequeña parte de ella esperó que el hombre no se diese por vencido tampoco ahora. Sin embargo, este se limitó a decir:

—Joschi.

—¿Qué?

—Joschi. Así me llamo. Josef, en realidad. Pero todo el mundo me llama Joschi.

—Ajá.

—Te lo digo para que sepas a quién has dejado escapar —dijo con una sonrisa encantadora. Después dio media vuelta y se fue.

Waltraut primero se quedó pasmada y luego no pudo evitar reírse. El tipo tenía algo. Lo siguió con la mirada y poco antes de que saliera por la puerta dijo:

—Esta noche no te daré plantón.

* * *

Joschi volvió la cabeza, miró a los ojos a Waltraut y supo que lo decía en serio. Salió de la heladería animado y se dirigió de nuevo hacia el puerto. Menudo día: el sol brillaba, tenía una cita con una joven belleza... ¡esta vez de verdad! Ya tenía ganas de ver la cara que ponían los dos camareros engominados.

* * *

Waltraut se bajó del tranvía en la plaza Domsheide y pasó por delante de la catedral en dirección al ayuntamiento, dudando de si todo aquello no sería una idea descabellada. Llevaba el segundo mejor de los cinco vestidos que tenía. Quería estar guapa cuando fuese al restaurante de los ricos, pero no emperifollarse, no fuera a pensar el marino que quería algo de él. Además, tampoco le apetecía que sus padres pensaran que tenía una cita. Waltraut no les había hablado de Joschi, como si todavía fuera menor de edad y no una mujer que ya

tenía una hija. Su padre desaprobaría que fuera a ver a un hombre que era poco más joven que él. Y su madre, que quería mucho a Friedrich, seguro que lo consideraría una traición a él. A la propia Waltraut se lo parecía y solo lo disculpaba diciéndose que la cita no era nada serio. Tan solo una cena. A las diez estaría de vuelta en casa y después el marino se haría a la mar.

Atravesó la plaza mayor, dejó atrás la estatua de Roldán, donde la habían detenido en su día, y fue directa a la puerta del Ratskeller, donde él ya la estaba esperando. Waltraut esbozó la misma sonrisa que ponía a sus clientes. Y él sonrió a su vez. Pero su sonrisa parecía sincera. Y de repente ella sintió que tenía ganas de pasar las horas que se avecinaban.

—Es mucho mejor estar aquí cuando no le dan plantón a uno —afirmó el marino mientras señalaba con un elegante movimiento de mano el camino hacia la escalera que descendía al restaurante.

Tras bajar los primeros peldaños, Waltraut vio que por la puerta salían dos hombres de negocios ligeramente achispados que lucían sendos trajes elegantes, de los que no vendían en Karstadt. En la muñeca llevaban relojes Rolex. A Waltraut no le pasaba inadvertido ese despliegue de riqueza, pero no podía entender que las personas se gastaran en un reloj más dinero del que ella necesitaba para vivir durante años.

Justo detrás de los dos hombres salían del restaurante sus mujeres, cuyas joyas parecían más caras incluso que los relojes. Waltraut odiaba que hubiese personas que pudieran permitirse cosas tan caras, y notó que la asaltaba la envidia. Pero, sobre todo, se sintió inferior cuando las dos parejas subieron la escalera y ni se dignaron a mirarlos al marino y a ella. Como si fuesen invisibles. A Waltraut se le formó un nudo en la garganta. En ese sótano solo habría personas así. No aguantaría allí ni cinco minutos.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Joschi.

—No... ¿Por qué? —contestó ella.

—Te has quedado parada en mitad de la escalera. He estado a punto de chocarme contigo, nos habríamos caído y habríamos entrado en el Ratskeller como Stan Laurel y Oliver Hardy.

Pese al nudo que tenía en la garganta, Waltraut no pudo sino esbozar una pequeña sonrisa.

—Te pasa algo, lo sé —constató el marino.

—¿Te importaría...? —empezó ella, y acto seguido vaciló y no siguió hablando.

—Si me importaría ¿qué? —preguntó Joschi con amabilidad.

En su mente ella ya no lo llamaba «marino» ni «vejestorio».

—¿Que no fuésemos ahí? —Sencillamente no encajaba en ese sitio.

—No, no me importaría.

Joschi puso buena cara ante el curioso juego. Dio media vuelta y subió de nuevo.

Waltraut se sintió mezquina: primero le daba plantón y ahora reculaba otra vez.

—Por favor, no te enfades.

—No estoy enfadado —aseguró él, risueño—, ese sitio huele un poco a cerrado.

Waltraut no pudo evitar sonreír de nuevo.

—Y la gomina que lleva el camarero cae en el vino.

La sonrisa se le ensanchó.

—Vamos, te acompañaré al tranvía.

A Waltraut le pareció que Joschi se comportaba como un buen tipo y, por ello, no quería que la cita terminara así, de manera que preguntó:

—¿Te apetece tomar una cerveza?

—¿A quién no? —respondió él.

* * *

Joschi fue con Waltraut a pasear a orillas del Weser, que con la luz vespertina resplandecía, cada uno con un botellín de Beck's en la mano. El de él era el tercero, que había comprado en uno de los quioscos del dique, dos de ellos con un digestivo de hierbas Underberg añadido. Waltraut seguía con la primera cerveza. Joschi se encontraba muy a gusto, algo que no sentía desde hacía años. Waltraut se rio con todas las anécdotas que le contó de sus viajes. Sobre todo con la de cuando iba borracho y cayó al agua en el puerto en Argel. Ella tenía curiosidad por saber cómo era cada uno de esos países: Sudáfrica, Italia, Francia y en particular Norteamérica, porque se preocupaba por su amiga de pelo corto, que quería irse allí. Joschi comprendió que su acompañante no había salido nunca de Bremen. Primero la

compadeció, pues su mundo era muy pequeño, pero después, cuando Waltraut le habló con los ojos iluminados de lo bien que olía en su departamento de cosmética y perfumes en Karstadt, se alegró por ella: debía de ser maravilloso poder vivir siempre donde uno había nacido. Para él lo habría sido haber podido quedarse en Viena siempre. Con Hedy. Y con un hijo en común.

—¿Por qué te has puesto tan triste de pronto? —preguntó Waltraut.

—Perdona, ¿qué?

—Has estado alegre todo este tiempo, pero de repente pareces muy triste.

En Israel a Joschi nunca le había preguntado nadie por qué parecía triste. Allí la gente sabía lo que era el dolor y no preguntaba nunca.

—No es nada —contestó Joschi, y esbozó una sonrisa.

—Uy, qué malo —replicó Waltraut.

—¿Malo?

—Nunca había visto a un actor tan malo, esa sonrisa...

Joschi contempló el rostro afable de Waltraut, que lo invitaba a confiar en ella. Durante unos segundos pensó que esa alemana podía ser la primera persona con la que mostrarse absolutamente sincero. Pero, claro, eso era una tontería. Ella era muy joven. No tenía preocupaciones. ¡Era tan descarada y libre! No podía hablarle de los muertos de Viena, ella no lo entendería. Además, acabaría con la magia de la velada. De manera que le restó importancia.

—En otra ocasión.

—¿En otra ocasión? Pensaba que te ibas mañana.

La idea pareció desagradarle, lo cual, a su vez, le gustó a Joschi.

—Seguro que volveré a Bremen —afirmó risueño.

—¿Cuándo?

¿Cómo iba él a saberlo? ¿Dentro de medio año? ¿De dos años? Al cabo de unos meses su siguiente viaje a Europa solo lo llevaría a Ámsterdam.

—Sea cuando fuere —replicó él—, deberíamos sacar el máximo partido a esta noche.

—No pienso irme a la cama contigo —aclaró Waltraut.

—No tenía eso en mente —respondió él, sorprendiéndose a sí mismo.

Con Selma había sido distinto, y también con otras mujeres con las que había quedado a lo largo de su vida. A decir verdad, hasta el momento la única con la que no había pensado en eso en el acto había sido Dora. Porque le importaba desde el principio.

¿Acaso esa alemana le importaba...?

Bobadas.

Sin embargo, estaba disfrutando tanto a su lado que, ahora que ella lo había mencionado, no quería enfadarla con algún gesto impetuoso.

—Pensaba que podíamos tomar algo y quizá ir a bailar. Nada más.

—Por desgracia es imposible.

Que le diera plantón el día anterior había hecho enfadar a Joschi, pero que esa velada estupenda ya tocara a su fin lo afligía.

—¿Por qué?

—Tengo que ir con mi hija.

¿Tenía una hija? ¿Y también un marido? Le miró las manos: no llevaba alianza. Claro que eso no tenía por qué significar nada, él tampoco llevaba la suya. Y esa vez no se debía únicamente a que tuviera miedo de que lo atracaran, sino a que no quería que Waltraut supiera que estaba casado. Pero ella se dio cuenta de que le miraba las manos, porque dijo:

—Viuda.

¿Tan joven y ya viuda?

Así que tan libre de preocupaciones no estaba.

—No pasa nada —precisó Waltraut—, nos las arreglamos bien.

Parecía fuerte. Y mayor de los veinticinco años que tenía. Y más fascinante incluso.

—Pero, si quieres, puedes acompañarme a casa —le propuso.

Y Joschi se alegró de que ella tampoco quisiera poner fin a la velada ya mismo.

* * *

Waltraut volvió con Joschi de nuevo a la plaza mayor, que aún estaba llena de vida: la gente paseaba por la ciudad o estaba sentada en las terrazas de los restaurantes. Un trío de músicos callejeros del sur —dos con sendas guitarras y uno con un violín— tocaba una

melodía alegre.

—¿Bailamos? —preguntó Joschi.

—¿Cómo dices?

—Que si bailamos.

La proposición hizo que se le iluminaran los ojos.

—No... no sé bailar —adujo Waltraut.

—Todo el mundo sabe bailar. Hasta yo sé.

—Yo no soy todo el mundo.

—No, es verdad que tú no eres como todo el mundo —aceptó Joschi, risueño.

Sus palabras alegraron a Waltraut. Nadie en su familia o en Karstadt la consideraba algo especial, pero al parecer ese tipo sí.

Joschi fue hacia los músicos, les dejó un billete de cinco marcos en el sombrero —no solo estaba un poco loco, sino que además era generoso— y pidió:

—¿Podríais tocar algo con mucho brío?

Los músicos se pusieron a ello. Joschi volvió con Waltraut e hizo una elegante reverencia:

—¿Me permites?

Ella miró a su alrededor, a los transeúntes, y tuvo claro que haría el ridículo si aceptaba la propuesta. Y, además, un argumento que tenía mucho más peso: eso sí que sería traicionar a Friedrich, el único hombre con el que había bailado hasta ese momento. El día de su boda. De manera que Waltraut contestó amable pero firmemente:

—No, mejor no.

Joschi se rio y, en lugar de insistir, dijo, para gran sorpresa de ella:

—Bueno, pues entonces bailaré yo solo.

* * *

Joschi estaba achispado, pero no borracho. Y, además, animado por la velada. La primera vez en Alemania que no tenía la sensación de que los nazis podían hacerle algo. Era un judío libre —bah, pero qué decía—, un hombre libre en medio de una plaza alemana. ¡Y quería bailar de pura alegría! De manera que exclamó: «¡Sirtaki!», y bailó como había visto hacer en una taberna una vez que había tomado tierra en Creta. Bueno, parecido. Tampoco había memorizado

exactamente los pasos. Muchos de los transeúntes se detuvieron. Para ellos hizo movimientos divertidos, como si fuera un Charlie Chaplin bailarín. Empezaron a aplaudir. Joschi miró a Waltraut: también se reía y aplaudía. Y daba la impresión de que... ¿él le gustaba? ¿De que le gustaba de verdad?

Joschi cerró los ojos. La última vez que se había sentido tan libre de preocupaciones había sido en Leopoldstadt.

* * *

El muy loco solo dejó de bailar diez segundos después de que la canción terminara. El gentío aplaudió, él hizo una reverencia y a continuación señaló a los músicos. Cogió el sombrero, lo fue pasando y recogió el dinero para ellos. Cuando se lo entregó, ellos le dieron unas palmaditas alegremente en la espalda y, acto seguido, Joschi volvió con Waltraut. Su sonrisa era tan radiante que a ella le habría gustado abrazarlo para que se le pegara un poco de la dicha que sentía.

—¿Vamos? —preguntó Joschi.

¿Se refería a bailar?

De pronto ella se imaginó haciéndolo.

—Tienes que irte a casa. Con tu hija. Ahí hay taxis. —Joschi apuntó hacia la parada—. Te acompaño.

Waltraut se estremeció ligeramente y dijo:

—Gracias.

Durante el trayecto Joschi le habló de Grecia, donde había aprendido el baile, si es que a aquello se le podía llamar así. Había visto mucho más mundo que ella, era más espontáneo, más alegre, y parecía llevar la clase de vida emocionante, de trotamundos, que le habría gustado a Friedrich.

Seguro que a Friedrich le habría caído bien.

El taxi se detuvo, Joschi dio al taxista una propina desmedida, le abrió a ella galantemente la puerta y dejó que se bajara como si fuese una dama noble. Waltraut no le dijo que era la primera vez que montaba en taxi. No quería que la tomase por una persona más provinciana aún de lo que posiblemente ya la consideraba. Le daba lo mismo lo que pensaran los vecinos: aunque ya eran las once y estaba oscuro, seguro que estaban tras las cortinas mirando boquiabiertos,

porque en su calle rara vez entraban taxis. A Waltraut incluso le daba lo mismo que sus padres la viesen con Joschi. Era una mujer adulta. Que había salido con un hombre mayor que ella. ¿Qué había de malo en ello? ¡A fin de cuentas era su vida!

Su vida.

Desde que Friedrich había muerto pensaba que no era suya, sino que vivía por Gabi.

¡Gabi! Confiaba en que la pequeña ya estuviera durmiendo.

Confiaba en que la hiciese más fuerte pensar que era noble.

—Ahora eres tú la que parece triste —observó Joschi.

—No, no —negó ella.

—Y la mala actriz.

Waltraut torció el gesto.

—Estás triste porque tenemos que despedirnos —afirmó Joschi con una seguridad tan rebosante de encanto que ella no pudo por menos de reírse—. ¿O no?

—Sí, sí —rio Waltraut.

Prefería que él pensara eso. Era mejor que hablarle de las fantasías aristocráticas de su madre. E incluso era un poco cierto: le daba pena que la velada terminase.

—En España se dan dos besos al despedirse —aseguró Joschi.

—No estamos en España.

—Todavía no.

—¿Cómo dices?

—Me gustaría enseñarte el mundo e ir contigo a España.

Waltraut no pudo evitar reírse de nuevo.

—Estás loco.

—Ya lo verás.

—Lo que tú digas.

—Y también bailaremos. —Lo dijo con tanta seguridad que Waltraut se imaginó bailando con Joschi y dando una impresión mucho mejor que en la vida real.

Para reprimir esa fantasía, ella dijo:

—Hasta la próxima.

—Hasta la próxima cerveza —contestó Joschi.

Ella rio otra vez y subió la escalera exterior de la casa. Sintió que Joschi la miraba. No quería volver la cabeza pero, antes de cerrar la puerta, lo hizo. Él le dijo:

—Bailaremos.

Waltraut sonrió y cerró. Mientras subía la escalera no sabía qué era mejor esperar: volver a ver al marino o no volver a verlo.

* * *

¿Qué podía escribir? ¿Qué? Sentado en la terraza de un café junto a la lonja de El Havre, envuelto en olor a pescado, Joschi clavaba la vista en la postal que había comprado en Róterdam para Waltraut y ya había querido enviarle desde allí, porque se había quedado con el nombre de la calle y el número de la casa. Después de tomarse cuatro cafés franceses y dos copas de coñac estaba más nervioso e inseguro aún que antes. Difícilmente le podía prometer que se verían de nuevo pronto, puesto que no regresaría a Bremen en un tiempo, tal vez no volviera a ir nunca. Escribirle tan solo que estaba en Róterdam o en El Havre habría sido demasiado simple, y mencionar este último sitio en una postal en la que se veía el puerto de Róterdam además habría resultado algo extraño. Tendría que haberle comprado una de la puñetera catedral de El Havre.

Ya solo el tratamiento le costaba. ¿Ponía «Querida Waltraut» o algo más fuerte, como «Queridísima Waltraut»? Solo con el tercer coñac encontró la solución intermedia. Aunque escribió «queridísima», fue casi tan escueto como en un telegrama: dijo que estaba bien y que saludara a su hija Gabi de su parte. De ese modo la postal era afectuosa y al mismo tiempo no lo comprometía a nada.

Joschi pagó lo que había pedido, fue a la oficina de correos y echó la postal. Y como ese gesto le devolvió la maravillosamente agradable sensación que había experimentado con Waltraut, a lo largo de las semanas que siguieron le mandó también una postal desde Marsella y otra desde Atenas.

Cuando desembarcó en Haifa, a Joschi le habría gustado escribirle otra de inmediato, pero no se atrevió. No le había mencionado a Waltraut que era un judío de Israel. Aunque no creía que ella tuviese prejuicios, ¿quién lo sabía a ciencia cierta? ¿Quién lo quería saber a ciencia cierta?

—Y la semana que viene, que ya seré jefa, impondré cambios —contó

Dora animada mientras el camarero del restaurante del puerto les servía pescado—. Sobre todo en lo que respecta a la relación que tenemos con los médicos, que nos tratan como si fuésemos esclavas.

A Joschi le sorprendió lo llena de vida que parecía su mujer en comparación con cuando él se había marchado. Que la hubiesen nombrado jefa de la unidad casi la convertía en una persona nueva.

—Las mujeres damos más el callo que los hombres. En todo Israel. Golda Meir es ministra de Asuntos Exteriores y los señores médicos siguen creyendo que solo somos tontitas. Pero para nada...

Joschi bebió un trago de vino y dejó de escuchar a Dora, su mirada vagó por el puerto. Waltraut tampoco era una tontita.

—... igualdad de derechos. Es una idea tan sionista como socialista.

El mar olía y centelleaba justo como le gustaba a Joschi. Y, sin embargo, en ese momento habría preferido estar en la plaza mayor de Bremen.

—Voy a cambiar radicalmente ese sitio, Joschi.

Al oír su nombre, él miró de nuevo a Dora. Su rostro rebosaba vida. Entonces Joschi comprendió que su mujer se estaba construyendo una nueva vida mientras él se hacía a la mar, siempre con una ruta nueva pero siempre sin destino.

Cuando ya estaban en casa, en la cama, bajo la fina colcha que en Viena se habría considerado una sábana demasiado gruesa, Dora dijo:

—Bueno, ya está bien de hablar yo. ¿Qué tal te ha ido a ti? La última postal me la enviaste desde Gotemburgo.

—Normal, como siempre.

—¿De verdad no ha pasado nada? —preguntó su mujer, sin recelar lo más mínimo.

—De verdad que no. Solo nos dio problemas todo el tiempo la turbina.

Nada más decirlo, Joschi se enfadó por haberlo hecho. La reparación se había efectuado en Bremen y, naturalmente, lo último que quería contarle a su esposa era que había salido con otra mujer, para colmo más joven, y que esa noche había sentido algo parecido a la dicha.

—Me figuro que sería engorroso —comentó Dora, y apagó la luz

y se acurrucó contra su marido—. Echaba de menos esto.

—Yo también —respondió él, y mientras lo decía fue consciente de que no lo había echado de menos.

—Mañana tengo que salir temprano. Tengo una cita con el director.

Dora cerró los ojos y Joschi hizo otro tanto. Ni siquiera se le pasó por la cabeza, como cuando antes volvía de viaje, hacer el amor con ella. En vez de eso sus pensamientos regresaron a Bremen. Con Waltraut.

—¿En qué piensas? —le preguntó Dora de pronto.

¿Es que se olía algo?

—En... en...

—¿En?

—Marjem —contestó Joschi, y confió en que sonara creíble—. En cómo le irá en Jerusalén.

—Hace tiempo que no la ves.

—Quizá debería ir a visitarla, ¿no te parece?

—Deberías, sí —afirmó Dora, sin ofrecerse a acompañarlo.

Y eso que solo tenía dos semanas de vacaciones antes de volver a embarcar. ¿No quería estar con él todos los días? Al parecer no. A Joschi le hirió en su orgullo. Pero, si era sincero, a él no le importaba lo más mínimo pasar unos días en Jerusalén sin su mujer.

A la mañana siguiente Joschi salió de casa con una pequeña bolsa de viaje. A la puerta estaba el pequeño Abraham solo, al sol, con aspecto de esperar algo o a alguien. A Joschi le sorprendió lo deprisa que crecía el hijo de Selma, que él mismo se prohibía ver como hijo suyo. Dentro de poco ya iría a la escuela.

—Hola, muchacho, ¿qué tal estás? —preguntó Joschi con amabilidad, como si no fuese más que un vecino que le caía bien.

Prefirió no mirarlo a los ojos, que según Rosl eran los de él.

—Bien —contestó Abraham, tratando a Joschi no como si fuese un vecino que le caía bien, sino como alguien a quien conocía vagamente.

A decir verdad, Joschi tampoco sabía nada del niño. Por eso preguntó:

—¿Te gusta jugar al fútbol?

—Sí —fue la escueta respuesta.

Una cotorra no era, el crío. Nada de extrañar, porque su padre, Jakov, tampoco decía una palabra de más. Joschi se planteó proponerle jugar al fútbol con él alguna vez; no se imaginaba a Jakov haciendo tal cosa. Pero antes de que pudiera decir nada, detrás de él se abrió la puerta y Selma salió deprisa. Desde que era madre, había perdido mucho de su atractivo. No porque su cuerpo hubiese cambiado, sino porque con su nuevo papel siempre estaba desbordada. Ordenó a su hijo:

—Ve delante, anda. —El niño obedeció y Selma se dirigió a Joschi—: No tenemos tiempo. Llegamos tarde al parvulario.

Joschi no supo cómo reaccionar.

—Y, además —añadió ella entre dientes—, ya te lo he dicho mil veces: Abraham no es hijo tuyo.

En realidad no se lo había dicho nunca. Tan solo lo había dado a entender a menudo. Que en ese momento fuese tan clara le decía que no era verdad, sino que era un secreto que Selma quería guardar a toda costa.

—No volverás a hablar con él nunca —decidió.

Se apresuró a dar alcance a Abraham, lo agarró de la mano y se alejó corriendo con él. Como si escapara. Joschi los siguió con la mirada. Selma jamás le permitiría que tuviese contacto con ese niño. Ni siquiera como el de un simple vecino que jugaba al fútbol con el pequeño de vez en cuando.

—Me encanta este sitio —aseguró Marjem.

Su menuda prima, a la que le sentaba extraordinariamente bien el uniforme negro de recepcionista con la blusa blanca, enseñó a Joschi el King David. Ahora era una joven guapa, aunque también muy delgada, y Joschi estaba orgulloso de, gracias a sus antiguos contactos, haber podido facilitarle un puesto de aprendiza en el hotel de lujo.

—Por la noche ya me dejan estar sola en recepción. El turno de noche es el que más me gusta. Hay menos gente, pero más interesante.

Joschi se acordó de los lejanos tiempos en los que también él se encargaba de los turnos de noche en el bastante menos glamuroso hotel Yehuda. No recordaba ni un solo minuto bueno, y a algunos de

los huéspedes nocturnos los consideraba francamente desagradables.

—Ven, Joschi, te invitó a tomar un café en el bar.

El bar. ¿Seguiría trabajando allí Winston? Quería abrazar a su viejo amigo.

—Vamos —lo instó Marjem.

—En ese sitio el café es demasiado caro para ti.

—Oye, que lo puedo pagar.

—Te invito yo.

—No, no, de eso nada. Gano mi propio dinero, te invito yo. —Marjem lo dijo con una sonrisa tan rebosante de orgullo que Joschi no pudo hacer otra cosa que seguirla.

Tenía la cabezonería de Rosl, la misma que Scheindel, su madre. Al parecer era algo hereditario en las mujeres de la familia Klapholz.

Cuando entró Joschi, el bar solo había cambiado en un único aspecto, pero significativo: en lugar de oficiales británicos ahora lo frecuentaban, sobre todo, hombres de negocios y turistas acomodados.

—¿Todavía trabaja aquí Winston? —le preguntó a su prima.

—No, ya no. Me dijeron que conoció a un inglés pudiente y se fue con él a Londres.

Joschi se alegró por Winston. Después de todos los encuentros a escondidas y fugaces con hombres, por fin había conocido a uno para toda la vida. Entonces Joschi observó a Marjem, que pedía con elegancia café para los dos. Era evidente que copiaba los buenos modales de los clientes distinguidos. Seguro que solo era cuestión de tiempo que también a ella le propusiera matrimonio un huésped adinerado. Confiaba en que antes no tuviese encuentros a escondidas y fugaces. Le habría gustado proteger a su prima de eso.

—No hace falta que me sigas mandando dinero —dijo ella.

—Pero lo hago encantado.

—Ahora soy independiente.

—Te creo —constató Joschi.

Marjem ya no lo necesitaba. Selma y el pequeño Abraham tampoco. Dora cada vez menos. Era desilusionante, pero al mismo tiempo también liberador.

Después de tomar el café, Marjem tenía que volver al trabajo. Joschi se despidió de ella con un beso, salió del lujoso hotel y recorrió las

sofocantes calles de Jerusalén, en las que el ajetreo vespertino era tan ruidoso y frenético como siempre. Al principio deambuló sin rumbo, pero luego fue al café Royal. Constató, decepcionado, que ahora se llamaba café Shneor y no tenía nada que ver con el punto de encuentro de emigrantes que era antes. Se detuvo delante de la puerta y se acordó de su amigo Amos. Lo último que Joschi había sabido de él era que no había acabado en Norteamérica, sino en Hamburgo, donde era un afamado compositor de canciones. ¿Cómo podía vivir Amos en Alemania? ¿Habría conocido a una alemana decente, como imaginaba Joschi que era Waltraut?

De pronto Joschi tenía muchas ganas de hablar con su amigo. Volvió al hotelito en el que se quedaba y dijo que quería hablar por teléfono. Aunque una conferencia con Alemania saldría cara, llamó a Amos a Hamburgo. El teléfono sonó. Una vez. Dos veces. Tres. La sexta, cuando Joschi ya iba a colgar, alguien lo cogió.

Joschi se alegró, pues acto seguido escucharía la voz de su amigo. Sin embargo, oyó la de una mujer:

—Horstmann.

¿Era una novia alemana de Amos? En cualquier caso, joven no era, a juzgar por lo apagada que sonaba su voz.

—Hola, me gustaría hablar con Amos.

—Ya no está aquí.

—Vaya. ¿Y me podría dar su nuevo número de teléfono?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Ya no está. Murió.

Fue como si Joschi recibiera un golpe.

—Soy la inquilina que entró a vivir después.

—¿De qué murió Amos? —preguntó Joschi, intentando no desmoronarse.

—Se ahorcó.

A Joschi se le encogió el corazón.

—En el desván, gracias a Dios, no en el piso. De lo contrario no habría podido mudarme aquí.

—¿P… por qué lo hizo?

—La vecina de enfrente dice que llevaba dentro un otoño oscuro, signifique lo que signifique eso.

¿Su alegre amigo era víctima de la melancolía?

—¿Quiere saber alguna otra cosa?

A Joschi le habría gustado tener alguna respuesta, pero no sabía qué preguntas formular.

—Bueno, pues entonces voy a colgar.

Se escuchó un clic y Joschi se quedó con el auricular en la mano, conmocionado. Amos había sobrevivido al genocidio y al final se había quitado la vida.

Joschi tardó un rato en colgar. Se sentó en una butaca junto a la ventana y se quedó mirando la animada calle. Dos hombres que pasaban por delante se reían como lo hacían en su día Amos y él cuando iban juntos a alguna parte. Joschi se preguntó si debía llorar la muerte de su amigo, pero decidió que era mejor beber a su salud.

Salió en busca de un bar. Por el camino sintió tal opresión en el pecho que temió que algún día también él pudiera llevar dentro un otoño tan oscuro como el de su amigo. Cuanto más andaba Joschi, tanto mayor era la presión que sentía en el pecho, que amenazaba con privarlo por completo de aire.

Se detuvo en un cruce. Intentó respirar, en vano. Tenía la sensación de que se ahogaba. Se aflojó la corbata, pero no sirvió de nada. Veía borroso. Se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas. Respiró hondo. Una vez. Dos veces. Tres. No sirvió de nada. Miró hacia un lado en busca de ayuda. Vio un quiosco. Quería comprar agua. Vio postales. Le hicieron pensar en las que le había enviado a Waltraut. Consiguió que le entrase un poco de aire. Ver con un poco más de claridad. El pánico fue desapareciendo despacio.

Aproximadamente dos minutos después se irguió, se secó el sudor que tenía en la frente con el antebrazo y fue al quiosco a mirar mejor las postales. Se planteó enviarle a Waltraut una desde Israel. Siempre podía escribir que la ruta había cambiado y por eso estaba allí. Escogió una postal de la iglesia del Santo Sepulcro: así Waltraut podría seguir pensando que él era cristiano. Joschi la compró junto a una botella de agua que se bebió casi entera; el resto se lo echó en la cara, que se secó con la camisa. A continuación apoyó la postal en un montón de periódicos y mandó una invitación a Waltraut.

* * *

Con cada día que pasaba Waltraut pensaba menos en Joschi. En

verano había mucho que hacer en el trabajo, porque compraban más personas que de costumbre. Entre ellas también un hombre rubio tímido, que rondaría la treintena y lucía un traje hecho a medida. Si en lugar del pelo corto con la raya perfectamente marcada hubiese tenido el cabello largo, habría sido un doble ideal de Tarzán. Con Waltraut, el Tarzán trajeado balbucía incoherencias, como el héroe de la selva. Ya era el cuarto día seguido que compraba algo para su mujer, de la que Waltraut estaba firmemente convencida de que no existía, ya que el Tarzán trajeado llevaba un sello de oro pero no una alianza. Es probable que fuese marica, cosa que a Waltraut le daba lo mismo. ¿Qué le importaba a ella si a Inge Trenzas le iban los negros o si los hombres querían a otros hombres? ¿Qué le importaba a la gente que ella fuese una madre que criaba sola a su hija? Ojalá cada cual se ocupara de sus propios asuntos.

Aunque Waltraut no habló una palabra de más con el Tarzán trajeado, al despedirse este dijo: «Es usted muy buena dependienta». Y como a ella también se lo parecía, el halago le alegró tanto que se quedó mirando al rubio mientras salía de los grandes almacenes.

Cuando Waltraut llegó a casa por la tarde, su madre fue hasta la puerta y le dijo:

—Ve a ver a Gabi. Está en la cama.

—¿Se ha puesto mala? —inquirió, preocupada, Waltraut.

La niña tenía una salud de hierro, pero su padre también hasta que murió. Por tanto, cualquier dolorcillo que sintiera su hija, por pequeño que fuese, la alarmaba.

—No, no está mala.

—Bien.

Waltraut habría lanzado un suspiro de alivio, pero su madre parecía muy preocupada.

—En cierto modo es peor.

—¿Qué ha pasado?

—Ve con ella. —Henriette dio media vuelta, como si le remordiera la conciencia.

Waltraut fue a la habitación donde estaban tanto su catre como la camita de Gabi y vio en el acto lo que pasaba: su hija tenía un ojo amoratado y arañazos en los brazos y las piernas.

—¿Qué ha pasado?

—Se rieron de mí porque soy noble. Y Christoph me empujó y me caí.

No era de extrañar que a su madre le remordiera la conciencia. Waltraut sabía que a ella también debería pasarle lo mismo —a fin de cuentas, era la que quería que su madre le contase esa mentira a Gabi—, pero solo estaba que trinaba con la maestra.

—¿Qué hizo la señora Polle? —le preguntó a su hija.

—Dijo que yo no debía contar esas bobadas. Y que dejara de chinchar de una vez a los niños.

En lugar de abrazar a su desesperada hija, Waltraut salió como una exhalación al pasillo, fue hasta la desvencijada cómoda que el padre había rescatado de la basura y cuyas patas no había igualado aún, abrió el listín telefónico, buscó la dirección de la maestra del parvulario y atravesó Walle hasta llegar a una colonia con casitas de una planta para trabajadores. Llamó al timbre. La señora Polle, una mujer con el pelo gris y bolsas en los ojos, tardó un tanto en abrir. La acompañaba un olor a coles de Bruselas hervidas. Enervada, la maestra preguntó:

—¿Señora Kampe? ¿Se puede saber qué hace usted aquí? Si quiere hablar de algo, el parvulario es el sitio indicado para hacerlo.

Waltraut temblaba de ira.

—Muestre un poco de respeto y váyase.

Waltraut no veía delante a alguien que mereciese su respeto, tan solo a una maestra que no protegía a su hija. También un poco a la señora Scharper, la maestra que la había atormentado cuando iba a la escuela. Y Waltraut hizo lo que había ido a hacer: le propinó una sonora bofetada a la señora Polle.

—¡Ay! —exclamó esta, y la fuerza del bofetón hizo que se tambaleara y se agarrase con fuerza al marco de la puerta.

A Waltraut le habría gustado darle otro, pero en lugar de hacer eso la amenazó:

—Si no protege usted a mi hija de los chicos, volveré. Y seguiré volviendo hasta que lo haga.

A la madre leona le habría gustado despedazar a su víctima, pero esta agachó las orejas:

—Sí… sí… Cuidaré de su hija…

Waltraut se fue sin despedirse, aún temblando de rabia, pero

también con la euforia de una leona que saboreaba la sangre de su víctima.

—Debo confesarle algo —afirmó el Tarzán trajeado con una voz demasiado aguda para el imponente cuerpo.

—¿Qué? —inquirió Waltraut mientras le cobraba en la caja el quinto pintalabios en el plazo de dos semanas y olía el agua de colonia que llevaba, demasiado fuerte pero muy cara.

—No estoy casado.

—¿No? —A Waltraut le costó parecer sorprendida.

—Pues no. —El gigante miró al suelo y guardó silencio.

Como estuviese esperando que Waltraut le preguntase algo, podía esperar sentado. Por lo que a ella respectaba, en su casa podía ponerse todo el pintalabios que quisiera e incluso corretear vestido de mujer, pero ella no estaba dispuesta a ser su confesora. El Tarzán trajeado levantó la vista y dijo:

—Me... me...

—Le gusta a usted pintarse los labios —lo ayudó, comprensiva, Waltraut.

—¿Qué? No, no —replicó, indignado, el gigante—. Me gusta volver aquí porque quiero conocerla.

—Ah, eso. —Waltraut se rio al comprender el embarazoso error que había cometido.

—¿Le resulta gracioso? —Al hombre parecía confundirle su comportamiento.

—Lo siento —dijo Waltraut con sinceridad.

Eso pareció aliviarlo un poco.

—¿Me quiere conocer?

Waltraut estaba perpleja. ¿Un hombre que se podía permitir un traje tan caro quería conocer a una sencilla dependienta?

—La vi a usted por casualidad en la Obernstrasse, cuando iba a la oficina, y pensé inmediatamente que tenía que saber como fuese quién era usted. Y la seguí hasta su trabajo.

—¿Hace eso a menudo?

—No, es la primera vez. Se lo juro.

Había muchos hombres a los que Waltraut les habría cantado las cuarenta y les habría dicho que no tenían derecho a seguirla por las

buenas, pero el que tenía delante parecía desvalido. Tenía la frente perlada de sudor.

—¿Saldría usted conmigo? ¿Quizá a ver un concierto de la Orquesta Filarmónica de Bremen? —preguntó el Tarzán trajeado después de reunir todo su valor.

Waltraut no sabía qué decir. No estaba buscando a un hombre, y ese apuesto gigante ya era el segundo, muy poco tiempo después del marino, que quería invitarla. Esos dos tipos estaban un poco chiflados, aunque de una manera muy diferente. Al parecer atraía a los locos. ¿Qué decía eso de ella?

—No diga que no ya mismo —se apresuró a pedir el Tarzán trajeado.

Waltraut todavía no había decidido si decir que sí o que no.

—Aquí tiene mi tarjeta, llámeme si lo desea, se lo ruego. —El gigante le ofreció su tarjeta de visita, en la que se veía el mismo sello que el del anillo.

Al leer su nombre supo que su atractivo admirador pertenecía a una de las familias de empresarios más conocidas de Bremen. Debía de tener tantos millones como todos los vecinos de Walle juntos. ¿Era buena idea disgustar a un hombre tan rico? Acabaría quejándose de ella al director de la galería. Sin embargo, Waltraut tampoco quería aceptar. Por eso contestó:

—Lo pensaré.

—Es todo cuanto deseo.

El vástago empresario sintió alivio de que no le diera calabazas.

Waltraut lo siguió con la mirada sin dar crédito. Un hombre de la alta sociedad de Bremen quería salir con ella. Nunca había estado tan cerca del sueño de pertenecer a esa clase que abrigaba cuando era adolescente y había olvidado ya hacía tiempo.

Pero, aunque accediese a esa cita... ni siquiera se había atrevido a ir al Ratskeller con Joschi. ¿Cuán desagradable sería asistir a un concierto de música clásica? Nunca había ido a ninguno. Ni siquiera a uno normal, de Peter Kraus, por ejemplo. Por otro lado, ¿no se sentiría más segura yendo del brazo de un hombre que conocía a la flor y nata de la sociedad que del de un marino?

Durante toda la jornada y también en el trayecto de vuelta a casa

Waltraut no paró de mirar la tarjeta de visita, sin decidirse. Y cuando abrió la puerta y oyó que Gabi hablaba con su abuela de las gallinas que en su día correteaban libremente delante del vagón de tren, ella se preguntó si no sería fantástico que su hija creciera en el seno de una familia rica. Aunque la señora Polle se había encargado de que los chicos no volvieran a molestar a Gabi en el parvulario y además ahora podía correr todo lo deprisa que quisiera, ¿a la niña no le habría de ir bien por fuerza que en lugar de proceder de un linaje noble inventado perteneciera a una familia de empresarios real?

Waltraut se reprendió por dejarse llevar por la fantasía: el hombre que, según la tarjeta, se llamaba Gerhard estaba a todas luces colado por ella, pero eso no quería decir de ninguna manera que también se fuera a casar con ella. Aun así, fue hasta la cómoda para coger el teléfono y llamarlo, por educación. Cuando introdujo el dedo en el disco, vio que junto al aparato había una postal. Seguro que era de Joschi. Sacó el dedo y la cogió. En ella se veía la iglesia del Santo Sepulcro, de cuya existencia no sabía nada. Leyó lo que ponía al dorso: era una invitación. A Ámsterdam.

—Este te queda como un guante —afirmó Babsi mientras Waltraut se miraba en el espejo de uno de los probadores de Karstadt.

Llevaba un vestido de noche negro. Llegaba hasta el suelo y era demasiado caro para lo que Waltraut se podía permitir. Pero a esas alturas su reputación en los grandes almacenes era tan buena que ya no necesitaba la ayuda de la señora Siegen para que le prestasen bajo mano una prenda cara.

—De verdad, es fabuloso.

Waltraut no podía estar más de acuerdo con Babsi. Si no hubiese sido ella misma sino una amiga la que llevaba el vestido de noche con el precioso chal de seda rojo, le habría dicho: «Has nacido para llevar estos vestidos».

—Estás increíble.

Inge Trenzas asomó la cabeza por la cortina. Con la corpulenta Babsi no habría cabido en el probador con Waltraut.

Esta seguía mirándose con orgullo en el espejo: así podría aprobar esa noche en el concierto en Die Glocke junto a Gerhard.

—Pero yo en tu lugar cogería el tren nocturno a Ámsterdam —

añadió.

—Inge, déjalo ya.

—Es que es una señal que el marino vaya a estar precisamente mañana en Ámsterdam. Y te ha enviado un billete para el tren nocturno que sale justo después del concierto.

—Es una casualidad absurda.

—Una señal.

—Una casualidad.

—Tu hija aún estará una semana en el lago Dümmer con tus padres y tú por fin tienes unos días para ti. Eso es una señal.

Waltraut suspiró. También eso era una casualidad. Eran vacaciones de verano y su familia no se podía permitir más de una semana de camping. Pero si esa noche el empresario le gustaba aunque solo fuera la mitad de lo que le gustaba ella a él, tal vez en un futuro la niña pudiera irse de vacaciones a sitios muy distintos. Babsi había oído que la familia de Gerhard tenía una casa en la isla de Sylt. Y otra en Mallorca. Y otra en el lago Como, dondequiera que estuviese eso.

La vida de Waltraut giraba en torno a la de su hija. La pequeña no tendría una vida mejor con el marino, a lo sumo sería una aventura pasajera que Waltraut no quería correr de ningún modo.

—Cuántas veces te lo tengo que decir: no pienso ir a Ámsterdam solo porque a él le apetezca.

—Pues bien que vas a ir a un concierto porque le apetece al ricachón.

—Y precisamente por eso no tengo intención de subirme a un tren justo después. ¿Qué impresión daría?

—La de una mujer estupenda que por fin va a ver algo de mundo.

—Bobadas.

—¿Sabes qué?, te prepararé una bolsa de viaje y te la llevaré por la noche a la estación, al mismo andén.

—Te puedes ahorrar las molestias.

—Ya lo veremos —porfió risueña Inge Trenzas.

—¿Se puede saber qué significa eso?

—No pegas con el señoritingo.

—Vaya, muchas gracias.

Inge Trenzas retiró la cabeza y las dos mujeres oyeron desde el probador que se marchaba. Y mientras lo hacía dijo, levantando tanto

la voz que pudo oírlo medio Karstadt:

—Nos vemos a las 23.09 en el andén.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Waltraut entró acompañada de Gerhard en el ambigú de Die Glocke, donde había cientos de personas vestidas de noche. La mayoría bebía espumoso. Otros comían, como personas normales y corrientes, pretzels. Waltraut confió en que los señoritingos no inspirasen tanto miedo como ella pensaba.

Pero no era así.

Apenas se percataron los primeros de la presencia de Gerhard, sus ojos se centraron en ellos dos. Más desagradable aún que la mirada de los hombres a los senos y el trasero de Waltraut lo fue la de las mujeres, que la escrutaron de arriba abajo.

Un amigo mayor de Gerhard se les acercó con su mujer y este presentó a Waltraut como su acompañante. El amigo, llamado Matthias, llevaba unas gafas con montura de oro mientras que su mujer, Annegret, lucía un vestido verde oscuro que seguro que era una prenda única. En comparación con ella, Waltraut, incluso con el collar de perlas que le había prestado la madre de Babsi, parecía más pobre que una rata.

—¿A usted también le gusta Puccini, señora Kampe? —preguntó Annegret con una sonrisa falsa, por la que una maestra como la señora Siegen habría reprendido a una aprendiza de dependienta.

—Mucho —mintió Waltraut, que cuando sintonizaba por error una ópera en la radio giraba deprisa el dial para cambiar de emisora.

—¿Y qué le gusta concretamente de Puccini? —La mujer pareció olerse que Waltraut no estaba en su ambiente.

—La música. —Waltraut pasó a la ofensiva con una sonrisa radiante.

—Ya. —Annegret no supo muy bien cómo reaccionar.

Waltraut miró a Gerhard, pero este conversaba con su amigo sobre el aumento del precio del café. Era evidente que el de las gafas se ganaba la vida con los sacos de café que destrozaban la espalda del hermano de Waltraut. Seguro que allí también estaba el propietario del astillero para el que trabajaba su padre.

—Vaya, conque quiere usted cuidar de nuestro Gerhard —añadió la mujer.

A Waltraut le habría gustado soltarle que no era ella la que quería pescar a Gerhard, sino que era él quien iba detrás de ella. Pero probablemente aquello no fuese de buen tono y además pondría en ridículo a Gerhard. Por eso contestó con otra pregunta:

—¿Nuestro Gerhard?

—Gerhard tiene muchos amigos —la mujer señaló con su copa de espumoso el ambigú como si quisiera amenazar con un ejército—, queremos que le vaya bien.

—Naturalmente —respondió Waltraut.

Sonó una campana.

—Creo que debemos pasar a la sala —dijo el de las gafas de oro y cogió del brazo a su mujer.

Waltraut le habría dado un beso por ello.

—Tenemos que quedar para comer en el hotel Park —sugirió Annegret, que por lo visto quería seguir sonsacando a Waltraut.

—Una idea excelente —convino Gerhard, y se volvió hacia Waltraut—: ¿Tú qué dices?

—Con mucho gusto. —Waltraut sonrió a la mujer. Sabía a ciencia cierta que su sonrisa falsa era mucho mejor que la de esa boba hipócrita.

La campana sonó de nuevo y todo el mundo se dirigió hacia la escalera para subir a la sala. Y Waltraut pensó que ni siquiera la más fuerte de las leonas lo tendría fácil entre tantas hienas.

La función fue una tortura para Waltraut. Aunque la orquesta tocaba bien, los cantantes de ópera, tanto él como ella, chillaban todo el tiempo, lo cual horrorizó a Waltraut. Era incapaz de imaginar que a todas esas damas y caballeros de postín les gustaran de verdad esos gañidos. Miraba una y otra vez a su alrededor y constataba que algún que otro caballero entrado en años ya se había quedado dormido. El amigo de Gerhard parecía absorto en sus pensamientos; posiblemente siguiera dándole vueltas al incremento del precio del café o a cómo podía explotar más aún a sus trabajadores. Su mujer tenía los ojos cerrados y sonreía, lo cual debía de tener por objeto demostrar a los demás lo mucho que le gustaba la música. Gerhard era el único al que se lo veía disfrutar de verdad el concierto.

¿Qué diría de todo eso Inge Trenzas? Que le parecía más honesta

la música de su negro. Y que Waltraut debía coger el tren a Ámsterdam.

—¿Te ha gustado el concierto? —inquirió Gerhard cuando dejaron la sala.

Como la miraba con esa emoción en los ojos, Waltraut no tuvo el valor de decirle la verdad.

—Mucho.

—Me alegro —repuso él. Era una buena persona, aunque un poco tieso. Quizá ella pudiera conseguir que se mostrase un poco más relajado—. Annegret ha propuesto que vayamos al Ratskeller a tomar una última copa de pinot gris.

«También podríamos tirarnos de un puente», pensó ella.

—¿Qué opinas?

Waltraut se dijo que no estaría mal empezar ya mismo con lo de relajarlo un poco:

—También podemos ir tú y yo a tomar una cerveza y dar un paseo. Tal vez encontremos salchichas ricas en alguna parte y podamos escuchar música un poco más moderna...

—Salchichas... —Gerhard se paró a pensar—, no, no... vamos mejor al Ratskeller.

Conque adiós muy buenas a la relajación.

Y a que ese hombre accediera a sus deseos.

Annegret se acercó a ellos con su marido —aunque él era el rico empresario, al parecer ella era la que llevaba las riendas— y preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las 22.39 —contestó Gerhard tras consultar su reloj de oro.

A Waltraut se le pasó por la cabeza que dentro de media hora exacta salía el tren nocturno.

—Nuestra niñera se puede quedar hasta la una —dijo Annegret, y sonrió a Waltraut—. Así que tenemos tiempo de sobra para ver lo bien que encajas con Gerhard.

—¿Desde cuándo hemos acordado tutearnos? —se oyó decir a sí misma Waltraut.

—Los amigos de Gerhard son nuestros amigos —adujo Annegret.

—Pero no necesariamente los míos —espetó ella.

—Waltraut —terció Gerhard con aire reprobador—, Annegret lo

dice con buena intención.

—No, quiere averiguar si voy detrás de tu dinero. —Waltraut miró a los ojos a Annegret—: ¿Me equivoco?

La aludida no contestó, tan solo puso cara de sentirse ofendida, lo cual directamente enfureció a Waltraut.

—Y no es así.

—Waltraut. —Gerhard intentó aplacarla.

—También cabría preguntarse si tú encajas conmigo —planteó, furibunda, ella.

—¿Es que no es así? —preguntó Gerhard, y de pronto parecía muy vulnerable.

Eso hizo que la ira de Waltraut perdiera fuelle.

—Perdona.

Gerhard no sabía qué decir.

—Necesito... necesito... un poco de tiempo —afirmó Waltraut, y se fue.

—¡Waltraut! —la llamó Gerhard.

—¿Se puede saber de dónde la has sacado? —oyó Waltraut que preguntaba el de las gafas.

—La conocí en Karstadt —respondió Gerhard.

—¿Estabais comprando algo?

—No, trabaja allí de dependienta.

Y Annegret soltó una risotada.

Ninguna carcajada había afectado tanto a Waltraut desde que el primer día de escuela la señora Scharper hizo que sus compañeras se rieran de ella.

Waltraut fue a la catedral de Bremen y se sentó en la escalera. Se encendió un cigarrillo y se preguntó cómo podía haber sido tan tonta para acceder a esa pesadilla.

El reloj de la catedral dio las campanadas de las once menos cuarto. Si se daba prisa, aún podía llegar a la estación a tiempo para coger el tren nocturno.

Pero ¿no sería más tonta aún si se subía a ese tren? El marino había pagado el billete, así que estaba claro que también se quería meter en la cama con ella. Por otra parte, por fin no haría falta en casa durante unos días. Y si el marino la tocaba, ella le golpearía en la

mano y se marcharía sin más. Por lo menos había incluido también el billete de vuelta.

Waltraut apagó el cigarrillo, se levantó y echó a andar hacia la estación todo lo deprisa que le permitían los zapatos de tacón y el vestido de noche. Una vez allí, los pocos viajeros que había en el vestíbulo se la quedaron mirando, pero de un modo distinto del de la flor y nata antes. Waltraut subió la escalera hacia el andén, donde, en efecto, Inge Trenzas estaba con su bolsa de viaje y una sonrisa de oreja a oreja.

Waltraut fue hacia ella, cogió la bolsa, la abrió y se quedó perpleja.

—¿Solo el billete de tren, artículos de aseo, el pasaporte y ropa interior?

—A ver, ¿cómo crees que se quedará el marino cuando te vea bajar del tren con ese vestido?

—¡Inge!

—¡Waltraut! —Inge Trenzas la imitó de buen humor.

—Eres de lo que no hay.

—Y tú estás preciosa con ese vestido.

Waltraut exhaló un suspiro.

—Y ahora súbete a ese tren.

—¿Y si no lo hago?

—Te sacudo.

Waltraut prorrumpió en una sonora carcajada. Después abrazó a su amiga, subió al vagón —acompañada de la mirada de asombro del revisor— y viajó por primera vez al extranjero.

* * *

Joschi esperaba en el andén número 1 de la estación central de Ámsterdam. Se le pasó por la cabeza que nunca había estado en un andén para ir a buscar a alguien. Y solo una vez para ver partir a alguien. A Rosl, cuando huyó de Viena en el tren de Betar, despedida en persona por Adolf Eichmann.

El recuerdo hizo que Joschi volviese a sentir opresión en el pecho. Pensó en el juicio en Jerusalén al que estaban sometiendo al genocida en ese momento. En un primer instante Joschi no entendió que no lo ajusticiaran de inmediato, a ser posible con gas, pero ahora

agradecía que el proceso se estuviese retransmitiendo en todo Israel en las radios y los escasos televisores. No porque de pronto pensara que Eichmann merecía un juicio justo. Y mucho menos porque quisiera escuchar su ridícula defensa de que él solo era un engranaje del sistema. Lo que Joschi agradecía eran las declaraciones de los testigos. Por ejemplo, la combatiente del gueto Zivia Lubetkin habló de la vida y el levantamiento en el gueto de Varsovia. Solo entonces comprendió Joschi lo que habían vivido Selma y Jakov. Y entendió por qué Selma jamás abandonaría a su marido.

Otros testigos hablaron de los campos. Un hombre contó que lo separaron de su familia en la rampa de Auschwitz y se quedó mirando a su hijita, que llevaba un abrigo rojo, hasta que ese punto rojo cada vez más pequeño desapareció entre la multitud.

La tarde que se retransmitió ese testimonio Dora llegó a casa del hospital, donde también estaba encendida la radio en todo momento durante el proceso. Sin decir palabra, se metió en la cama de inmediato, pese a lo pronto que era, y cerró los ojos. A Dora la habían separado de su madre en esa misma rampa, algo que había mencionado una única vez de pasada a Joschi y nunca más. Ese dato cobró realidad para Joschi solo después de que declarase ese hombre.

Dora.

No debería haber quedado con Waltraut.

El tren entró en el andén.

¿Y si se largaba ahora deprisa?

El tren se detuvo.

Todavía no era demasiado tarde.

Pero entonces se comportaría como un miserable con Waltraut.

¿Dora?

¿Waltraut?

¿A quién debía hacer daño?

¿A él mismo?

Justo cuando pretendía dirigirse hacia la salida, Waltraut se bajó del tren. Con un vestido de noche negro y un chal de seda rojo. Una aparición. Como si en una película de Hollywood la princesa hubiese escapado de una coronación real para arrojarse a los brazos de su novio marino. Al verla, Joschi dejó de pensar en Dora. O en Eichmann. La opresión que sentía en el pecho había desaparecido de pronto.

* * *

—Cierra la boca, que entran moscas —dijo entre risas Waltraut, a la que el viaje había zarandeado a base de bien.

—Estás… —Joschi buscaba las palabras adecuadas—. Estás…

—¿Estoy?

—Estás preciosa.

Waltraut supo que no era un cumplido rutinario y repuso encantada:

—Gracias.

Durante un rato permanecieron frente a frente sonriéndose, hasta que Joschi recuperó el habla:

—Te llevaré al hotel.

—Primero me gustaría comprarme algo de ropa para quitarme esta.

—¿Solo traes ese vestido?

—Es una larga historia.

—¿Has escapado de un compromiso con la realeza? —rio Joschi.

—¿De un compromiso?

—Como Audrey Hepburn en *Vacaciones en Roma*.

—No la he visto.

—Es que eres joven.

En ese momento Waltraut volvió a ser consciente de que el marino era mucho mayor que ella. Pero no le importaba. Estaba en Ámsterdam. Y quería disfrutar de la ciudad.

—Escapé de una velada mucho más aburrida.

Joschi le cogió la bolsa de viaje y contestó:

—Conmigo no te vas a aburrir, te lo prometo.

A Waltraut le pareció emocionante que las personas no hablaran alemán en la calle. Durante el viaje había temido que ese hecho pudiera amedrentarla, pero la forma de hablar de los holandeses le hacía mucha gracia. Y más aún cómo los imitaba Joschi en una lengua imaginaria. Lo hizo incluso cuando una anciana la insultó, enfadada:

—*Walgelijke Duitse vrouw!*

Joschi fue hacia la mujer y dijo risueño:

—Dijculpejme, sñora, pero huele ujted que apejta.

La anciana lo miró hecha una furia, dio media vuelta y se alejó. A Waltraut le resultó conmovedor: ¡Joschi la había defendido! Frente a solo una anciana, sí, pero algo le decía que también lo haría si la amenazasen seis marineros. No porque el menudo hombre tuviese algo que hacer contra esos tipos, pero no la dejaría en la estacada. Joschi y Waltraut entraron en la primera *boutique* que vieron. Él la ayudó a entenderse con la dependienta hablándole en inglés y, pese a las protestas de Waltraut, pagó el traje de chaqueta y pantalón verde que eligió. Era el primero que se ponía en su vida y, cuando se vio en las calles de Ámsterdam dirigiéndose hacia el hotel, se sintió una mujer de mundo.

En el pequeño y coqueto hotel, para sorpresa de Waltraut, Joschi había reservado no una, sino dos habitaciones. Waltraut colgó en el armario de la suya el vestido de noche, abrió la ventana y vio justo delante un canal cuyas aguas resplandecían con el sol. ¡Cuánto se alegraba de haber hecho caso a Inge Trenzas!

* * *

Tras la magnífica forma de empezar el día, Joschi ideó dos planes para esa tarde en su habitación. Ambos implicaban que disfrutaría del tiempo con Waltraut hasta media tarde, pero solo el plan A preveía que ambos bailaran por la noche. El plan B contemplaba que esa misma noche él la acompañara a coger un tren de vuelta a Bremen. Todo dependía de si había sido un error defender a una alemana joven frente a una holandesa mayor.

Joschi montó con Waltraut en barquitas por los canales, visitó con ella la casa de Rembrandt y la invitó a comer esponjosos *poffertjes*. Ambos se divirtieron mucho con todo ello. Sobre todo cuando una paloma le puso perdido el hombro a Joschi y este amenazó al ave: «¡Ten cuidado, no vaya a hacértelo yo a ti!». Waltraut rio de tal modo que nada en el mundo alegró más a Joschi que esa risa.

A media tarde, sin embargo, la alegría de Joschi se turbó. Por fin

tocaba averiguar si se impondría el plan A o el plan B.

Se sentó con Waltraut en la terraza de un café junto a un canal especialmente bonito, pidieron café y él, además, un brandi.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella.

—¿Qué? —repuso Joschi, al ver que se había dado cuenta.

—De pronto estás muy serio.

El camarero les trajo las bebidas.

—¿He hecho algo mal?

—No, no —se apresuró a decir él.

Waltraut no había hecho nada mal.

—Entonces ¿qué ocurre?

Joschi miró al camarero: no quería decir nada mientras seguía sirviéndolos. Algunos holandeses entendían el alemán.

—Ya sé lo que es. —De repente Waltraut parecía muy seria.

—¿Sí? —inquirió asombrado Joschi.

—Estás...

Por el modo en que Joschi miraba al camarero, Waltraut comprendió que no quería seguir hablando en su presencia y los dos esperaron a que el hombre por fin se marchase. Joschi aprovechó el tiempo para beberse el brandi de un trago.

—Estás casado —aseguró ella.

¿Lo sabía?

Joschi echó un vistazo a su copa para ver si quedaba algo de brandi.

Nada, ni una gota.

—Donde normalmente llevas la alianza la piel está más blanca. —Waltraut le señaló la mano.

No era eso lo que Joschi quería confesarle, pero ya que había salido el tema, tenía que hacerle frente:

—Mi matrimonio...

—No es de mi incumbencia —lo interrumpió Waltraut.

—¿No?

—Solo quiero divertirme aquí un poco. Nada más.

Joschi la miró a los ojos: lo decía en serio.

—No como tú crees —puntualizó—. Todavía no pienso irme a la cama contigo.

Eso no formaba parte del plan A ni del plan B. Por un lado, Joschi no quería que lo de Selma se repitiese. Por otro, hasta ese

momento el día había sido demasiado mágico para pensar tan siquiera en pasar la noche en la cama juntos. Con Waltraut le sucedía lo mismo que con Dora al principio, con la que también tardó en pensar en eso. Al parecer Waltraut, en efecto, le importaba algo.

—Yo tampoco quería eso —afirmó Joschi.

—Mentiroso —replicó ella. No con malicia, sino risueña.

—No soy un mentiroso.

—Pero no me has contado lo de tu mujer.

—Eso no es mentir, es no contar toda la verdad.

Nada más decirlo el propio Joschi se dio cuenta de lo absurdo que parecía.

—Está bien —Waltraut se rio un poco de él—, en ese caso diremos que eres alguien que no cuenta toda la verdad.

—Perdona —se disculpó Joschi; era lo único que podía hacer. Se alegró de que ahora al menos estuviese sobre la mesa la carta de su matrimonio. Sin embargo, faltaba otra, para él más importante incluso —. Hay otra cosa.

—No me digas que tienes dos esposas —bromeó Waltraut.

—Soy judío.

—Ah.

—¿Ah? —inquirió, con recelo, Joschi.

—Eso tampoco me importa.

—¿De verdad que no?

—De todas formas Dios no existe.

Joschi entendió: Waltraut había perdido a su marido. Que pensara como tantos otros judíos era más que comprensible.

—Y en el mundo solo hay dos clases de personas: las buenas y las canallas.

Esa joven alemana no solo era guapa, sino que además sabía de la vida.

—Bueno, y ahora ¿podemos seguir divirtiéndonos un poco?

—Hay otra cosa que debo saber.

—Me cojo el tren a casa ahora mismo.

—Tus padres...

—No eran nazis.

Joschi lanzó un suspiro de alivio.

—Y ahora ¿podemos volver a divertirnos un poco de una vez?

—No —negó Joschi.

—¿No? —Waltraut empezaba a enfadarse.

—Nos vamos a divertir mucho.

Ella se rio.

Joschi no quería seguir viviendo sin esa risa.

* * *

El loco hizo honor a su promesa. Le dijo que se pusiera otra vez el vestido de noche y la llevó a un restaurante pequeño e íntimo en el que había reservado las siete mesas solo para ellos dos.

—Madre mía, ¿cuánto cuesta esto? —preguntó Waltraut.

—Vales cada florín.

Al parecer Joschi lo decía en serio, igual que ella había dicho en serio que no tenía ningún problema con el hecho de que estuviera casado y fuese judío. El único judío que había visto hasta entonces había sido el hombre al que los nazis sacaron de la chimenea en la casa de enfrente. ¿Aún habría judíos en Bremen? Daba lo mismo. Ese de ahí le hacía unos cumplidos increíbles. Eso le gustaba. Y quería oír más:

—¿Por qué valgo cada florín?

—En realidad no tienes precio.

—Ja, ja —rio ella.

—Quiero bailar hoy contigo —sonrió a su vez él.

—¿Bailar?

—Y antes comer. Y beber.

—Bueno, todo es posible —rio Waltraut.

Waltraut se abalanzó sobre el bistec, comió la mitad de las patatas y bebió dos copas del excelente vino tinto. Para cuando hubieron dado cuenta del postre —una especie de pudin de chocolate divino que se llamaba mus-oh-shocalah o algo parecido—, también ella tenía ganas de bailar, aunque no supiese hacerlo.

—¿Adónde vamos a bailar?

—Nos quedamos aquí —sonrió Joschi, que había tomado unas cuantas copas de vino tinto más que ella.

—¿Aquí?

En lugar de darle una larga explicación, Joschi hizo una señal a

los camareros, que apartaron algunas mesas y dejaron sitio para una pista de baile.

—¿Nos van a poner la radio para nosotros? —preguntó, perpleja, ella.

—¿La radio? ¿Por quién me tomas? —contestó Joschi, y se levantó.

—Por un loco.

—Tenemos una orquesta, claro está. —Joschi hizo otra señal, esa vez al jefe de comedor, que abrió una puerta en el extremo opuesto de la sala.

De ella salieron cuatro músicos, tres con guitarras y uno sin instrumento, pero todos ellos con sonrisas empalagosas. Tocaron los primeros acordes de una canción lenta. Joschi se inclinó galantemente y preguntó:

—¿Me permite, bella dama?

—Le permito —rio Waltraut.

Joschi la condujo hasta la improvisada pista. El músico que no llevaba guitarra empezó a cantar:

Moon River, wider than a mile,
I'm crossing you in style some day.
Oh, dream maker, you heart breaker,
Wherever you're goin', I'm goin' your way.

Waltraut se sintió a gusto meciéndose despacio entre los brazos de Joschi. No como el día de su boda en brazos de Friedrich, pero era agradable volver a sentir cerca el cuerpo de otra persona.

—Sopa, sopa, sopa —cantaba Joschi con lengua de trapo al ritmo de una melodía producto de su imaginación cuando Waltraut lo tumbó en su cama en el hotel—. Sopa, sopa, sopa.

Para su propia sorpresa, Waltraut lamentó que el marino estuviera demasiado borracho para pedirle que se acostara con él. Sentir otro cuerpo junto al suyo… Por primera vez desde que había enviudado echó de menos eso.

—Sopa, sopa, sopa.

—Te traeré sopa —mintió ella.

—Eres maravillosa —balbució Joschi, y cerró los ojos.

Waltraut le dio un beso en la frente y contestó:

—Y tú estás completamente chalado.

Waltraut oyó que Joschi seguía cantando «Sopa, sopa, sopa» y cerró la puerta sin hacer ruido.

* * *

En diciembre de 1961 Joschi se reunió con Waltraut en Copenhague el segundo fin de semana de Adviento. El viernes por la noche fue ella quien lo llevó a su habitación de hotel. El sábado por la mañana Joschi anuló su habitación para que también pudieran compartir una la segunda noche.

En 1962 Joschi se reunió con Waltraut en Ostende, en París y por segunda vez en Ámsterdam. Entremedias le escribió postales desde cada puerto y Waltraut contestaba una de cada dos con una postal de Bremen: que estaba bien, Gabi también, que hacía buen tiempo y tenía ganas de volver a verlo. Joschi vivía esperando esas postales, y mucho más aún los encuentros. A veces en cubierta, pero cada vez más a menudo en Israel, se asustaba porque lo asaltaba la idea de que esos encuentros eran lo único por lo que seguía viviendo.

—¿En qué gastas tanto dinero en tus viajes? —preguntó Dora en el cuarto de baño, poco antes de meterse en la cama.

—¿Dinero? —A Joschi le sorprendió la pregunta, que para él había salido como de la nada.

—He visto los extractos bancarios.

—A veces... juego a las cartas. Y no se me da bien —mintió Joschi.

—Claro, como no te basta con un vicio —observó Dora, y por primera vez lo trató de manera despectiva.

—¿Vicio? —Joschi no entendía.

—Bebes demasiado.

—No es verdad.

—Sí que lo es —aseguró Dora.

—Tendrías que ver a mis marineros. Esos sí que beben, no yo.

Dora lo miró como si fuese a llevarle la contraria otra vez, pero lo dejó estar con un gesto, cansada, como si ya hubiese agotado todas sus fuerzas en hacerle ese reproche. Se fue al dormitorio.

—Bebo lo normal —le dijo él.

No obtuvo respuesta alguna.

Joschi se miró en el espejo del cuarto de baño y sacudió la cabeza: por lo visto Dora había perdido el juicio. Le gustaba beber, eso sí, a quién no, pero de ahí a que fuese un borrachín...

En 1963 Joschi pasó unos días con Waltraut en Róterdam, Kiel, Ámsterdam y Ostende de nuevo y, finalmente, en Hamburgo. Allí fueron por primera vez al cine, a ver *My Fair Lady*. Cuando aparecieron los títulos de crédito, Waltraut dijo:

—Yo nunca me dejaría adiestrar por un hombre como la mujer de la película.

—Claro que no.

Joschi lo sabía y apreciaba ir acompañado de una mujer joven orgullosa.

—Ningún hombre podría decirme cómo me tengo que comportar.

Joschi observó a Waltraut, que estaba sentada en la butaca del cine con su inimitable brillo en los ojos, y preguntó:

—¿Por qué iba a hacer algo así alguien? Eres maravillosa tal y como eres.

—Muchos hombres quieren que su mujer los obedezca.

—Yo nunca querría eso.

Él no había querido cambiar a Dora. Ni a Hedy tampoco. El mundo ya era bastante duro. Solo faltaba que hombre y mujer se sacaran mutuamente de quicio. Como hacía Rosl con el pobre Charlie. O Dora con él por un consumo de alcohol que era del todo aceptable.

—¿Me lo prometes? —preguntó Waltraut.

—Te lo prometo todo —repuso, risueño, él.

—En algún momento te recordaré la promesa que acabas de hacer —sonrió con descaro Waltraut.

La mañana siguiente Joschi fue a la tumba de su amigo Amos.

Waltraut lo acompañó. Sin hacer preguntas. Tan solo lo cogió del brazo. Después, aunque estaba casado, a Joschi le habría gustado proponerle matrimonio.

—Ahora sé de dónde ha sacado su belleza Waltraut —dijo un encantador Joschi nada más saludar a la madre de esta.

Antes de zarpar de nuevo desde Hamburgo, se desvió hasta Bremen. Aunque no era demasiado mayor que él, Henriette aparentaba muchos más años. Sin embargo, el cumplido la hizo reír con ganas.

—Voy a por Gabi —dijo Waltraut, y enfiló el más que sobrio pasillo del pequeño piso para ir a una habitación.

Cuando se fue, la señora llamada Henriette preguntó con seriedad:

—¿Cuáles son sus intenciones, señor Safier?

—Ir a tomar un helado con Waltraut y su hija —contestó Joschi, como si no la hubiese entendido.

—Sus intenciones con Waltraut.

¿Qué intenciones podía tener? Seguir pasando unos días estupendos con ella.

—No irá a llevársela de aquí, ¿no?

—¿Llevármela de aquí? —repitió él, sorprendido.

—Sí, al lugar del que viene usted.

¿Irse a Israel con Waltraut?

En ese momento Joschi se lo planteó por primera vez. Se imaginó viviendo con ella en un piso. No en Haifa, por respeto a Dora, qué menos que mostrar esa consideración con ella después del divorcio que tendría que producirse antes de que se diera ese caso, pero quizá en Tel Aviv, donde...

... al ser alemana a Waltraut la insultarían en la calle, de hecho, posiblemente la llegasen a atacar. Tal vez incluso a su hijita, que en ese preciso instante salió al pasillo con Waltraut y, de pura timidez, no quería ni mirarlo.

—No, no haré tal cosa —respondió Joschi a Henriette, que exhaló un suspiro de alivio.

—¿Qué no harás? —quiso saber Waltraut.

—Decirle a tu hija que vamos a comer helado.

La perspectiva hizo que a Gabi se le iluminaran los ojos.

—¡Ay!, creo que se me ha escapado.

Gabi soltó una risita y su abuela sonrió. Waltraut fue la única que lo miró con escepticismo, como si se oliese que él acababa de contarle un embuste.

—Es lo que ha dicho, de verdad —confirmó Henriette, y Waltraut suspiró.

—Ya veo que os entendéis bien.

—Y de qué manera —replicó, risueño, Joschi, y le dio a la abuela un sonoro beso en la mejilla, que la hizo reír igual que a su nieta.

Había engatusado a la abuela. Ahora solo tenía que ganarse a Gabi.

* * *

—Nuestra familia es noble —contó con orgullo Gabi mientras se zampaba la gran copa con tres bolas de helado de vainilla y mucha, muchísima nata.

—¿Noble? —inquirió Joschi, asombrado.

A Waltraut le habría gustado que se la tragara la tierra.

—Mi bisabuelo es conde.

—Vaya, eso es estupendo. —Joschi miró a Waltraut.

Por desgracia la tierra no se abrió. ¿Qué podía decir ella ahora? Difícilmente podía explicarle delante de la niña que todo aquello no era más que una invención para que Gabi se sintiera más segura de sí misma.

—Tu mamá me ha contado que corres muy deprisa —cambió de tema Joschi.

Se había dado cuenta de lo desagradable que era todo aquello para Waltraut y se comportaba, como siempre, con gran consideración.

—Soy la que corre más deprisa de toda mi clase —aseguró alegremente Gabi.

—Pero no corres más deprisa que yo —contestó Joschi con aire juguetón.

—Sí.

—¿Quieres que nos apostemos algo? —inquirió él.

—Apostar es de judíos —afirmó la pequeña, indignada.

—¡Gabi! —exclamó Waltraut—. ¡Eso no se dice!

Joschi le puso una mano en la suya para tranquilizarla y preguntó a la niña:

—¿Dónde has oído eso?

—Lo dijo la señora Polle, cuando iba al parvulario.

—Pues la señora Polle se equivoca —aclaró Joschi.

A Waltraut le sorprendió que él conservara así la calma cuando ella estaba que trinaba.

—Mamá le dio una bofetada una vez. Me lo dijo la señora Polle.

Joschi se volvió de nuevo hacia Waltraut.

—¿Es verdad?

—Sí. No protegía a Gabi de los demás niños. Ahora sí.

Entonces él la miró como no lo había hecho nunca antes.

—¿Por qué me miras así?

—Eres una madre increíble —respondió Joschi, y se dirigió otra vez a Gabi—. ¿Quieres que averigüemos cuál de los dos corre más deprisa?

—¡Sí!

Los dos salieron a la calle, pero Waltraut se quedó sentada. ¿Qué mirada era esa? ¿Estaba Joschi... enamorado de ella?

Él le gustaba. Incluso mucho. Se lo pasaba bien cuando estaba con él. Y no quería perderlo por nada del mundo. Pero ¿amarlo?

Había amado a Friedrich. Y la sensación era distinta. Completamente distinta.

* * *

Cuando el barco de Joschi zarpó en Hamburgo, y Waltraut y Gabi, que fueron con él desde Bremen para despedirse, le dijeron adiós con la mano desde el muelle, él hizo otro tanto y pensó que esa visita había sido todo un éxito: le caía bien a Gabi. A Henriette le encantaban los cumplidos que le hacía. Incluso había podido beber con el padre de Waltraut: cuando las mujeres estaban en la cama, los dos hombres se contaron mutuamente chistes verdes en la cocina mientras tomaban cerveza.

Joschi vio que Waltraut le había pasado un brazo por los hombros a su hija mientras le decían adiós y pensó que era una madre excelente. Como sin duda lo habría sido Dora de haber tenido ellos

dos un hijo.

Quizá pudiera con Waltraut...

No. Lo mismo valía para un hijo en común: en Israel sufriría.

Pero y... ¿en Alemania?

¿Podría él vivir en ese país?

Y aunque pudiera imaginarse haciéndolo, ¿cómo mantendría a su familia?

Absorto en sus pensamientos, Joschi había dejado de decir adiós y la pequeña Gabi daba saltos para llamar su atención. Joschi se obligó a sonreír y dijo adiós hasta que el barco zarpó.

Cuando Waltraut no respondió a la postal que él le envió desde la India, Joschi pensó que tal vez no le hubiese llegado. Cuando la que mandó desde Egipto tampoco obtuvo respuesta, él aún confió en que se hubiese perdido en el correo. Pero cuando ella tampoco contestó a la que le escribió desde Madagascar, Joschi envió un telegrama para preguntarle, preocupado, si había pasado algo. Además, proponía que se reunieran en Niza el 23 de noviembre. Él le regalaría el billete de avión. Pero ni siquiera recibió respuesta a eso.

¿Le habría pasado algo a Waltraut? ¿Estaría en el hospital? ¿O acaso ya no quería —la idea se le antojó igual de insoportable, aunque de otra manera— seguir en contacto con él? ¿Ni verse en Niza? ¿En ninguna parte? ¿Ni tampoco volver a acostarse con él?

¡Pero si él solo vivía para esos encuentros!

Si le faltaban, ¿para qué viviría?

Con cada día que pasaba sin noticias de Waltraut, Joschi bebía más en su camarote. Por estar durmiendo incluso se perdió la llegada a Ciudad del Cabo, cuando tenía tantas ganas de llegar allí para llamar a Waltraut. Cuando se levantó de la litera, consultó su reloj Omega —el objeto más caro con diferencia que había comprado nunca— y constató que las oficinas de correos no tardarían en cerrar. Cogió un taxi y dio al taxista negro unos dólares de más para que lo llevara deprisa a la más cercana. Puso una conferencia a Bremen desde una sofocante cabina telefónica. El teléfono sonó tres veces antes de que lo cogieran.

—Behrens.

—Hola, Hinrich, soy Joschi. ¿Puedo hablar con Waltraut?

—Sí, claro —respondió él, y solo entonces Joschi se dio cuenta de que Hinrich sonaba cansado. Seguro que la jornada de trabajo había sido dura.

Joschi no siguió pensando en el hombre, pues de su respuesta se deducía que Waltraut estaba en casa y podría hablar con ella. ¡Así que no le había pasado nada! Joschi profirió un suspiro de alivio. Hasta que, pese al calor que hacía en Sudáfrica, empezó a temblar: de pronto tuvo miedo de que Waltraut no le hubiese contestado porque no quería volver a verlo. Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta del uniforme para comprobar si llevaba encima la petaca, pero se la había bebido el día anterior.

—Al habla Waltraut.

Era maravilloso oír su voz.

—Soy Joschi.

—Joschi.

Tal y como lo había dicho, él no supo si se alegraba de oír su voz o de si le desagradaba. Parecía una mezcla de ambas cosas.

—No has contestado al telegrama que te mandé.

—No...

—¿Por qué?

Silencio.

—¿Es que no quieres ir a Niza?

—No es que no quiera.

¿No podía ir a Niza?

—Tengo que quedarme en Bremen.

—¿Por qué?

—A mi madre le ha dado una apoplejía.

—Oh, no. ¿Es malo?

—Tiene el lado izquierdo del cuerpo paralizado.

—Pobre.

—Es probable que ya le diera una hace muchos años, que pasó inadvertida. Después dejó de trabajar, pero quizá deberíamos habernos ocupado más de ella, haberla llevado al médico más a menudo... —Waltraut no siguió hablando.

—¿Puedo hacer algo por vosotros?

Ella no contestó.

—¿Waltraut?

—Puedes, sí.

—¿Qué?

—Dejarme en paz a partir de ahora, por favor.

Joschi sintió que su vida tocaba a su fin.

—Me he... me he divertido mucho contigo... —continuó ella.

—Yo también contigo.

—Pero ahora mi familia me necesita. Ya no puedo moverme de aquí. No puedo ir a Niza ni a ninguna otra parte.

—Pero yo puedo ir a verte...

—¿Y qué sacaríamos de eso?

—Vernos.

—¿Una vez al año?

—Tal vez pueda hacer otras rutas y cada seis meses...

—¿Qué futuro tendríamos?

Futuro.

Ella nunca había mencionado esa palabra con él.

—¿Es que querrías un futuro? —preguntó él en voz baja, esperanzado.

—Joschi, te acabo de pedir que me dejes en paz.

—Pero...

—Mi madre está muy enferma.

Joschi creyó oír que Waltraut pugnaba por no llorar al decir esas últimas palabras. No quería que sufriese más aún.

—Perdona, perdona...

—No pasa nada.

Los dos permanecieron un rato en silencio.

—Me gustas mucho, de verdad —aseguró Waltraut.

—Y yo te quiero. —Joschi no lo había dicho en voz alta hasta ese momento, ni siquiera lo había admitido ante él mismo, pero en ese instante sentía que aquella era la única verdad absoluta en el mundo.

Waltraut no contestó.

Sonó un clic.

La llamada se había cortado. No había sido Waltraut, sino la puñetera oficina. Joschi quiso telefonear de nuevo, pero el empleado de correos negro le dijo que iban a cerrar. Joschi blandió unos billetes de dólar, pero para el hombre era más importante llegar a casa antes de que anocheciese que embolsarse el dinero.

Joschi salió de la oficina de correos. Se planteó ir a un hotel para volver a llamar desde allí a Waltraut, pero ¿qué iba a decirle? No

podía ofrecerle nada. Salvo ir a Bremen una vez al año y transferirle algo de dinero para los cuidados que necesitara su madre. No un verdadero futuro en común, algo que él ni siquiera estaba seguro de que Waltraut quisiese.

Joschi fue en taxi a orillas del mar, que resplandecía con el crepúsculo. En un bar de la playa compró una botella de whisky, dio unos pasos, se sentó en la arena y aspiró el aire marino, que allí olía tan distinto que en el océano Índico. O en el mar del Norte. O en el Mediterráneo.

En su día, cuando sentado en una playa de Israel decidió dejar el ejército, pensó que en el mar sería libre. Ahora sabía que lo único que había hecho había sido ensanchar la prisión de su vida.

Joschi bebió un buen trago de la botella. Y otro. Y otro más. Oyó que en el bar sonaba:

I get a kick every time I see you
Standing there before me.
I get a kick though it's clear to see
You obviously do not adore me.

La canción que cantaba Amos el día que lo conoció. Joschi entendió entonces por qué su amigo se había quitado la vida. Él tampoco quería estar un solo día más en este mundo.

You give me a boot,
I get a kick out of you.

Joschi se levantó, se quitó la chaqueta del uniforme, los zapatos y los calcetines, se remangó las perneras del pantalón y, tras acercarse al mar, se sentó en la chaqueta y dejó que el agua le mojara los pies desnudos en la arena húmeda. Bebió. Y bebió. Y lloró. Cuando ya no le quedaron más lágrimas, se tumbó en la arena...

Cansado.

Tan tan cansado de vivir.

... y se quedó dormido.

El agua le dio en la cara a Joschi y se le metió en la boca. Se despertó,

escupió, caminó a gatas hasta la arena seca y se limpió el rostro con la manga de la camisa; tenía la chaqueta del uniforme completamente empapada. Miró hacia arriba y contempló la luna, que casi estaba llena. Las estrellas. Y pensó en su madre. En su padre. Se sacrificaron tanto para salir del empobrecido *schtetl* y llegar a Viena en pleno caos de la Primera Guerra Mundial para que sus hijos pudieran tener una vida mejor. Para que su hijo pudiera estudiar bachillerato. Incluso ir a la universidad. Cómo les habría alegrado saber que había sobrevivido a los nazis.

¿Qué dirían si se quitara la vida, como Amos? ¿Acaso no pensarían por fuerza que todos sus sacrificios habían sido en vano?

El agua fría hizo que volviera a pensar con claridad: antes de tirarse al mar desde un barco, debía apostarlo todo de nuevo a una carta. Se lo debía a él mismo. Y a sus padres.

* * *

—¿Tú? —Waltraut no daba crédito a sus ojos.

Hacía tres días había hablado por teléfono con Joschi, que todavía estaba en Sudáfrica. Y ahora lo tenía delante bajo la ligera nevada que estaba cayendo, sin abrigo, tan solo con un traje y un maletín en la mano. ¿Qué habría dentro? Pero lo que era aún más importante:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—A partir de ahora viviré contigo.

Lo dijo con determinación, como si anunciase una verdad tan general e inamovible como: la hierba es verde, el cielo está en lo alto y los mosquitos pican.

—¿Que quieres qué?

—Vivir contigo.

La idea era tan demencial que Waltraut no pudo evitar reírse.

—No tiene gracia.

—No, no la tiene. —Ella se reía más aún.

—Lo digo en serio.

—Ya lo veo —aseveró ella risueña; todo se le seguía antojando demasiado demencial.

—He dejado la compañía naviera.

—¿Dejado? —Waltraut paró de sonreír.

—Sí.

—¿Has bebido?

—Estoy más sobrio que nunca.

Era evidente que Joschi se había vuelto loco del todo. Pero no podía dejarlo bajo la nieve a la puerta de casa. Por eso le indicó que pasara.

—Puedes quedarte aquí hasta que vuelvas a tu casa. Dormirás conmigo y con Gabi en la habitación. Al fin y al cabo, mi padre se queda en el sofá del salón. Desde no hace mucho le da asco dormir en la misma cama que su mujer.

Ni siquiera se molestó en disimular lo enfadada que estaba con su padre.

Joschi se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Que no me voy a quedar en Bremen una temporada.

Joschi parecía decidido. Ni siquiera temblaba un poco con el frío que hacía.

—¿Qué significa eso?

—Solo podemos tener una vida en común si me quedo aquí.

¿Una vida en común?

Eso era algo que ella nunca había tomado en consideración. De hecho, era lo estupendo de la relación que tenían. Que habían tenido. Dos mundos. Separados entre sí. ¿Y ahora Joschi quería unirlos?

¿Y ella? ¿Quería?

¿Tener a un hombre a su lado?

Como Babsi a su aburrido marido, el funcionario que se pasaba el día trabajando con formularios en el departamento de matriculación de vehículos. O Inge Trenzas, que se había casado con Dieter, su maestro peluquero, dos años después de que su negro regresara a Norteamérica sin ella y un año más tarde de que las heridas que aquello le había causado por fin se cerraran.

Con un marido a su lado sus amigas tenían la vida más fácil que ella, que debía ocuparse de Gabi sola y ahora también de su madre. Ni su padre Hinrich ni su hermano Klaus la ayudaban con los cuidados. Pero si Joschi traía dinero a casa...

... y a ella él le gustaba de verdad. Verlo plantado ahí, tan decidido: no podía ser más amoroso.

Amoroso.

Demostraba su amor.

Sí, ese era Joschi.

Ahora ella solo tenía que hacer otro tanto.

—¿Qué hay ahí dentro? —señaló el maletín.

—Una máquina de escribir. Se la compré a la naviera. Es posible que la necesite si quiero empezar aquí una nueva vida.

—¿No has traído nada más?

—La ropa que llevo puesta. Y el reloj. Quiero que todo lo demás se lo quede mi mujer. Es lo menos que puedo hacer por ella.

—¿Ni siquiera tienes una muda?

—Una, con la máquina de escribir.

Waltraut soltó una carcajada.

1964-1966

—He hablado con Dora, como querías —dijo Rosl al otro extremo de la línea.

—Gracias.

Rosl no siguió hablando. Incluso sin verla, Joschi sabía que su hermana tenía la cara larga. Le había pedido que mantuviese esa conversación porque pensaba que sería más considerado para Dora. Y también para él. Él era un cobarde, desde luego. Pero ¿acaso no estaba bien serlo si era lo mejor para todos?

—¿Y qué ha dicho Dora?

—Se ha echado a llorar.

Joschi confiaba con toda su alma en que Dora se sintiese aliviada de librarse de él, «el alcohólico».

—Y ha dicho que te esperará.

—No voy a volver a Israel. ¿No se lo dijiste?

—No, eso no se lo he dicho.

—¿Por qué no? Pero si te pedí que lo hicieras.

—Porque, igual que ella, yo también espero que recobres el juicio —repuso Rosl.

—Pero si tú también vives en Alemania.

—No se trata de eso.

—Ah, y entonces ¿de qué se trata?

—Se trata de que tú vives aquí con una *schickse.*[1]

—¡No la llames *schickse*! —exclamó Joschi indignado, y acto seguido se alegró de que, a excepción de Henriette, que dormía, él estuviese a solas en el piso.

Gabi estaba en la escuela; Hinrich y Waltraut, en el trabajo. No quería que su nuevo amor tuviera que escuchar ese insulto.

—A ver, judía no es —refunfuñó su hermana.

—No, no lo es... —A eso Joschi no podía replicar nada, por mucho que lo desease.

—Charlie tampoco entiende que hayas podido dejar a una mujer tan buena como Dora.

—Tampoco es tan buena.

—¡Es un pedazo de pan!

—Está hecha una gruñona de campeonato. ¡Cree que soy alcohólico!

Rosl guardó silencio.

—¿Qué? —inquirió él, irritado. ¿Acaso su hermana pensaba lo mismo?

—Lo que pasa es que se preocupa por ti.

—Pues no hace falta. Y tú tampoco tienes que preocuparte.

Rosl guardó silencio de nuevo.

—No soy alcohólico.

—Deja a esa *schickse*.

—Te he dicho que no la llames así.

Seguía sin haber una sola persona en el mundo capaz de sacar tanto de quicio a Joschi como su hermana. Él había pensado muchas veces que los Aliados deberían haber lanzado a Rosl sobre la casa que Hitler tenía en Berchtesgaden. Seguro que habría puesto al colérico Führer tan furioso que habría muerto de un ataque al corazón.

—*Schickse* tiene otro significado —afirmó Rosl, la voz fría e iracunda.

—¡Lo sé!

—¡Mujer fácil! —exclamó de todos modos su hermana.

A Joschi le habría gustado meterse por el auricular para zarandearla.

—Tienes cincuenta años...

—¡Cuarenta y nueve!

—Y ella ni siquiera treinta.

—¡Casi ha cumplido veintinueve!

—¿Es que no te das cuenta de lo ridículo que pareces?

—Yo no soy ridículo —objetó él, aunque con esa afirmación su hermana le creaba inseguridad. ¿Se estaba comportando como un tonto?

—Tienes que entrar en razón. Dora es una mujer buena de verdad.

Joschi no se veía volviendo con su esposa. Amaba a Waltraut. Y si eso era tonto, que lo fuese.

—Dora ni siquiera sospecha que el hijo de Selma es tuyo.

No había nadie en el mundo entero que pudiera herirlo tanto como Rosl…

—Es la única de todos que no lo sospecha —insistió.

… en el corazón, como si le clavase un puñal.

—Charlie te paga el billete de avión.

—No necesito dinero. He encontrado trabajo aquí.

—¿Trabajo? —La inesperada información hizo que la ira de Rosl se aplacase—. ¿Qué clase de trabajo?

—Soy gerente.

—¿Y quién te iba a contratar a ti de gerente?

—No lo digas con tanto desdén.

—¿Quién? —preguntó Rosl de nuevo, con menos desdén pero tanta más impaciencia.

—El Astoria.

—¿El Astoria?

—Un teatro de variedades que hay aquí, en Bremen —repuso Joschi no sin orgullo—. Heinz Erhardt, Bruce Low y Trude Herr han actuado en él. —Joschi prefirió no mencionar a Marika Rökk, la que fuera favorita de los nazis. Ni tampoco a Zarah Leander, que, aunque no había sido nazi, había rodado películas para los alemanes durante el Tercer Reich.

—He oído hablar del Astoria —aseveró Rosl, ya sin asomo de ira.

—Los dos amamos el teatro —apuntó Joschi, risueño.

Sabía que así llegaba al corazón de su hermana.

—La verdad es que sí —repuso con nostalgia.

—Charlie y tú tenéis que venir a verlo.

—Mmm —farfulló su hermana, que al parecer lo estaba sopesando.

—Así también conoceréis a Waltraut.

Rosl no dijo nada, pero tampoco llamó *schickse* a Waltraut, lo cual ya era un avance. Y seguro que se ablandaría cuando conociese a su nuevo amor en Bremen. Por eso Joschi añadió:

—Piénsatelo.

Y colgó.

* * *

Waltraut le daba de comer a su madre un puré. La había incorporado en la cama de sus padres, le había puesto una toalla a modo de babero y le contaba:

—A Gabi le gusta mucho la Stephani-Schule. Joschi la deja allí por la mañana y por la tarde se la lleva con él al Astoria. —Solo así podía ella cuidar de su madre en Walle antes y después de ir a trabajar a Karstadt. A menudo incluso conseguía, como ahora, escaparse durante el almuerzo, que la señora Siegen le alargaba generosamente —. Ah, y ayer pasó una cosa de lo más graciosa. —Waltraut dejó la cuchara a un lado para limpiarle la boca a su madre—. El matrimonio mayor de enfrente siempre nos mira mal porque vivimos amancebados. Ayer Joschi les dijo en la escalera: «Ah, solo para que no les extrañe: la semana que viene se instalará con nosotros dos mi nueva novia». Tendrías que haber visto la cara que pusieron.

Waltraut se rio y su madre reaccionó con un gruñido. Siempre intentaba reírse cuando lo hacía su hija. ¿Entendía lo que le contaba? Waltraut lo dudaba. Desde el tercer ataque de apoplejía sufrido en escasos meses, era evidente que tenía seriamente dañados tanto el entendimiento como el habla.

—Y después Joschi les soltó a los vecinos: «Pásense una tarde de estas, si lo desean, y a ver qué pasa».

Waltraut se rio más aún y su madre gruñó de nuevo. Para Waltraut no era importante que Henriette entendiese lo que le contaba. Quería estar a su lado, hacer que fuese partícipe de su vida. Porque no tenía a nadie más. Su hermano no iba a visitarla y su padre trataba a su mujer como si ya no tuviese ningún valor.

—Joschi es muy divertido, y creo que empiezo a quererlo.

Henriette gruñó.

¿Es que lo entendía?

—Podría quererlo con toda mi alma, pero bebe. Más que padre.

Su madre gruñó entristecida.

Al parecer sí entendía.

—Y siempre me está diciendo que quiere tener un hijo conmigo.

Henriette no reaccionó.

Conque no entendía.

—Bueno, ya hemos terminado.

Waltraut le quitó la toalla a Henriette, le limpió la boca una última vez y la acostó. Después se quedó un instante mirando a su

madre, que cerró los ojos y se durmió.

—Porque no puedo tener un hijo con un alcohólico, ¿no? —preguntó Waltraut a su madre, que roncaba.

Henriette lanzó un sonoro ronquido.

—Sabía que tú pensabas lo mismo —dijo ella con una sonrisa. Besó a su madre en la frente y volvió a Karstadt.

* * *

Nazi. No nazi. Nazi. Nazi. No nazi. ¿Ese tampoco? No, ese sí que lo parece. Sentado en uno de los taburetes color púrpura del bar del Astoria, Joschi observaba a los numerosos clientes que comían y bebían sentados a las mesas mientras esperaban a que comenzase la función. No quería pensar en qué clase de personas eran exactamente esas a las que proporcionaba entretenimiento, pero no podía evitarlo. En Israel eran muchos los que llevaban un dolor inconmensurable en el corazón y allí eran muchos los que cargaban con una culpa que nunca les había llegado al corazón. En Israel él era uno de muchos; allí, uno entre muchos.

El día anterior, por descuido, Joschi le había dicho al director de escena que era judío cuando este había hecho alusión a su apellido. El tipo era un chismoso de tomo y lomo que lo iba contando todo: Bruce Low era arrogante, la maga ayer iba borracha, la cantante negra al parecer había pasado la noche en el hotel Park con un notario casado de Bremen, etcétera, etcétera. Seguro que, gracias a él, todo el personal sabía ya cuál era el origen de Joschi. Nadie lo abordó al respecto. Nadie lo trataba de manera distinta. Y, sin embargo, Joschi tenía la sensación de que entre la gente y él se alzaba un muro invisible. Se sentía a gusto sobre todo con los intérpretes extranjeros: artistas, músicos, bailarines. Personas que viajaban por todo el mundo, como él hacía antes. Después de las funciones a Joschi le gustaba beber con ellos mientras preparaba, como antaño en el King David, las bebidas tras la barra.

En la sala se hizo la oscuridad. Sonó música briosa. El telón se abrió y aparecieron cinco bailarinas con poca ropa y boas de plumas. Se vendían al público como brasileñas, pero en realidad eran de Chile. Joschi vio como las miraban boquiabiertos los hombres que ocupaban las mesas —nazi, nazi, no nazi—, aunque tenían a sus mujeres al lado,

en gran medida damas ya encanecidas con bolsito de mano. Las bailarinas no ejercían ningún poder de atracción sobre Joschi, ni siquiera cuando las veía desnudas tras el escenario. Desde que la conocía, Waltraut era la única mujer del mundo que le parecía guapa.

Dios santo, cuánto la amaba.

Por ella se había divorciado de Dora y había abandonado Israel. Por ella aguantaría también vivir entre nazis y ver cómo gritaban, reían y aplaudían.

Joschi también aplaudía a los artistas, aunque no le entusiasmaban nada sus actuaciones. Ahí estaba la mediocre maga ataviada con una peluca rubia que podía sacar una paloma del sombrero y un ramo de rosas de la manga, un malabarista con chaqueta de lentejuelas que conseguía a duras penas hacer girar cinco platos en las varitas —en una de cada dos actuaciones el sexto se rompía— y, como apoteósico final, un talentoso bailarín de claqué negro que, sin embargo, había vivido su apogeo hacía ya muchos años. El programa de ese teatro estaba tan lejos del nivel que tenían los grandes espectáculos en Las Vegas y en Cuba antes de la llegada de Fidel Castro como lo estaba Bremen de esos lugares. En Las Vegas y en Cuba nunca se habría visto algo tan ridículo como el imitador, que le parecía especialmente divertido al público alemán. Solo Siegfried y Roy, los dos muchachos que habían actuado allí hacía dos semanas mientras se hallaban de gira, habían hecho un número aceptable.

Las variedades agonizaban en toda Alemania y le echaban la culpa a la televisión. Pero también se debía a que no se podían permitir artistas de nivel. Joschi sabía cómo estaban las cuentas: aunque hubiese querido, no había dinero para contratar a estrellas. Y, sin embargo, como el Astoria no encontrase pronto otro modelo de negocio, no tardaría en quebrar. Pero ¿cuál podía ser? ¿Más humor? Un cómico resulta más económico que una orquesta o un grupo de baile, sí, pero los alemanes habían enviado a sus humoristas a las cámaras de gas. Solo quedaban imitadores.

Ah, quizá debería hacer como en su día en el Prater: «La Viena nocturna». Así ahorrarían gastos. Joschi no pudo evitar reírse.

—Vaya, ¿qué es eso que tiene tanta gracia? —quiso saber la propietaria del teatro, que se unió a él en el bar mientras el público salía de la sala.

Era una mujer resuelta y simpática, que siempre vestía con

sencillez y elegancia para (como había dicho una vez) no llamar más la atención que los artistas. A Joschi le caía bien ya solo por el hecho de haberlo contratado.

—Nada, nada —repuso él.

—A mí también me gustaría reírme —insistió la dama.

—Si de verdad se quiere reír...

—Eso quiero.

—Tendríamos que contratar a personas muy distintas en lugar de al imitador —repuso Joschi exhalando un suspiro.

—Ya —se rio la mujer—. Pero al público le gusta.

Joschi no dijo nada, no quería desanimar a la mujer con sus sombrías ideas sobre los cómicos judíos asesinados.

—He estado viendo los números de los cinco meses que lleva usted con nosotros.

La propietaria sonrió, pero Joschi sabía que acto seguido se pondría seria. Él aún estaba en periodo de prueba.

—¿Sí? —inquirió con cautela.

—No pintan muy bien.

¿No quería seguir con él?

Joschi fue tras la barra para servirse un martini que lo tranquilizase, la bebida preferida de la anciana.

—¿Le apetece a usted uno?

—¿Para que sea más benévola con las cifras? —preguntó risueña, y con la luz roja del bar Joschi vio como brillaban las dos coronas de oro que llevaba. Aunque había dicho «con las cifras», seguro que quería decir «con usted».

—Una copa nunca viene mal. —Joschi le puso delante una copa de martini y le sirvió la bebida.

—Primero el trabajo... —repuso ella.

—¿Le importa si yo...?

—No, beba usted.

Joschi dio un sorbo.

—Si le soy sincera —la mujer esbozó una sonrisa, sin que esta le llegase a los ojos—, esperaba más de usted.

No quería seguir con él.

Joschi lo notaba perfectamente.

No podría pagar el piso.

Ni mantener a Waltraut y a Gabi.

Y menos aún a otro hijo.

Un varón.

Que desde luego ya no se llamaría Henoch, como su bisabuelo, sino Israel, como su abuelo. Y tendría una vida mejor que todos sus antepasados.

Joschi dio otro trago, esta vez más largo.

—Así que —la sonrisa se esfumó— ¿qué propone usted?

«La Viena nocturna», estuvo a punto de contestar, con sarcasmo, Joschi. No se le ocurría otra cosa, ¿cómo iba a impedir él solo que muriesen las variedades en Alemania? Difícilmente podía quitarle al pueblo alemán los nuevos televisores de los que tanto se habían encariñado.

—¿No tiene ninguna idea? —inquirió ella.

Joschi miró la copa, en la que ya solo quedaba un pequeño resto. Lo apuró también.

—¿Señor Safier?

¿Y si le suplicaba? ¿Si le decía que ya se le ocurriría algo, que solo tenía que darle la oportunidad, por favor, por favor, por favor?

—¿Hola? —Ella movió la mano delante de su cara.

Sí, suplicaría.

Joschi se puso a buscar las palabras adecuadas, pero la mujer se le adelantó:

—¿Sabe usted por qué lo he contratado?

Le habría gustado contestar: «¿Porque no encontró a ningún otro que quisiera hacerse cargo de semejante misión suicida a cambio de tan poco dinero?». Sin embargo, dijo:

—No, ¿por qué?

—Porque es usted judío.

—Sí.

Eso era algo que Joschi no había ocultado en la entrevista de trabajo. Era mejor aclarar algo así en el acto que llevarse una sorpresa desagradable después. Solo más adelante se había enterado por el chismoso director de escena de que el difunto marido de la propietaria y fundador del teatro había sido miembro del Partido Nazi.

—Y pensaba que los judíos manejaban bien el dinero.

Fue como si Joschi recibiera un golpe.

—No ponga esa cara, era una broma —rio la mujer.

A él lo asaltó la ira.

—¿Es que no me ha oído? He dicho que era una broma.

—Dimito. —La voz le temblaba de rabia—. Dimito.

—¿Cómo dice?

Joschi cogió la copa que le había servido, se la bebió de un trago y salió como una exhalación. La propietaria le dijo:

—De verdad que no era mi intención.

Pero Joschi lo sabía: esa siempre era la intención.

* * *

—Solo te da trabajo gente que tiene problemas —afirmó Waltraut, entre risueña y preocupada, en la mesita de la cocina después de que su nueva pareja también dejara el puesto de gerente del restaurante Edelweiss.

La cadena, que estaba presente en toda Alemania, pertenecía a Blatzheim, el gran gastrónomo de Colonia acuciado por problemas económicos que era marido de Magda y padrastro de Romy Schneider, de cuya carrera era mánager y al que a Waltraut le habría gustado conocer. Joschi no había recibido todo el salario que le habían prometido, pero Waltraut abrigaba la sospecha de que había dejado el empleo principalmente porque se había visto sobrepasado desde su primer día al frente del restaurante.

—Lo que pasa es que no tengo formación en el ramo comercial. Aquí, en Alemania, piden en todas partes el graduado escolar, formación profesional, o si no estudios universitarios, y yo no tengo nada de eso. —Desde que Joschi se había instalado en Bremen, Waltraut nunca lo había visto tan abatido—. Pero de alguna manera tendré que poder mantenernos.

—Tendremos —lo corrigió ella—. Tendremos que poder mantenernos, yo también contribuyo.

—Sí, lo sé.

Joschi volvió a sentarse con la espalda un poco más recta.

Esa también era una de sus buenas cualidades: nunca le prohibiría trabajar, como podían hacer los maridos a sus esposas según la ley. Como hacía el marido de Babsi.

—Así que si solo me contratan malos jefes... —Joschi no terminó de expresar el pensamiento.

—¿Sí?

—Creo que tendré que serlo yo mismo.

—¿Ser qué?

—Mi propio jefe. Abrir algo por mi cuenta.

—¿Lo has hecho alguna vez?

Joschi negó con la cabeza, lo cual no infundió a Waltraut mucha confianza.

—¿Y qué tienes en mente?

—Un restaurante sería complicado, tal vez un bar.

—Eso es meterse en la boca del lobo —se le escapó a Waltraut.

—¿Qué has dicho?

Ella sopesó contestar: «Nada, nada», pero era algo que había que abordar tarde o temprano, y ese momento era mejor que más adelante. Y eso que tal vez ya fuese demasiado tarde.

—Eso. —Señaló los dos botellines de cerveza que había en la mesa y Joschi ya se había bebido.

—¿Tú también crees que soy alcohólico? —preguntó él indignado.

—¿También? —repitió, sorprendida, Waltraut.

Hasta entonces nadie había llamado así a Joschi delante de ella.

—Rosl, Charlie… —admitió amargamente Joschi.

Waltraut tuvo la sensación de que iba a decir otro nombre pero lo dejaba estar. Lo añadió ella:

—¿Dora?

Joschi asintió.

Waltraut no conocía a esa mujer, probablemente no lo hiciera nunca, pero en ese momento se sintió muy unida a ella.

—En *Die Bremer Nachrichten* he visto un anuncio de alguien que quiere traspasar su local —dijo Joschi en un intento de cambiar de tema, pero Waltraut no se lo permitió.

—Alguien que bebe demasiado no puede llevar un bar.

—No digas bobadas —espetó Joschi, moviendo la mano enfadado.

—Tienes que dejarlo —pidió Waltraut con calma.

—Tengo que ganar dinero, si no lo hago no podremos… —Interrumpió de nuevo la frase a la mitad.

—¿No podremos qué?

De pronto Joschi bajó la voz, la ira que había en sus ojos dio paso a la esperanza:

—Sabes que quiero tener un hijo contigo.

Ya se lo había dicho a menudo, pero nunca con tanta desesperación.

Era bueno con Gabi, y con ella. La amaba. Había renunciado a la vida que llevaba por ella. Probablemente también a su hermana, que nunca iba a verlo a Bremen, aunque Joschi los había invitado, a ella y a su marido, seis veces al Astoria y una al Edelweiss.

—¿Es que no quieres tener un hijo conmigo?

Joschi nunca le había formulado esa pregunta y tenía miedo de lo que ella pudiera responder. Quería abrirse otro botellín de cerveza, pero Waltraut se lo impidió cogiéndole la mano.

—No quiero ver cómo te destrozas.

Su madre moriría pronto. Con su padre solo hablaba lo imprescindible. La familia prácticamente estaba acabada, así que tener una propia sería bonito. Pero no quería que Gabi creciese con un hombre al que terminaría matando el alcohol. Ni que tampoco lo hiciese otro hijo.

—No me estoy destrozando —afirmó Joschi, casi suplicando.

A Waltraut le dolió que negara su enfermedad, pues eso es lo que era, ¿o acaso no?

—Waltraut, no pienses eso de mí.

Sus ojos se humedecieron.

Ella quería salvarlo.

Salvar la vida que tenían en común.

Y para eso debía ofrecerle a Joschi algo que deseara más que la siguiente copa, el siguiente botellín, o al menos en eso confiaba ella. Si él encontraba la fuerza necesaria para no beber más, ella encontraría la fuerza necesaria para proponerle algo, ya que entonces seguro que podría amarlo con todo su corazón.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste en Hamburgo hace dos años?

—¿En Hamburgo?

—Dijiste: «Te lo prometo todo».

Joschi guardó silencio.

—Si me prometes una cosa ahora, yo también te prometeré a ti algo.

—¿Qué?

—Tendré un hijo contigo si dejas de beber.

Joschi la miró y rompió a llorar.

—Dejaré de beber, lo juro.

Waltraut se levantó, fue con él y pegó la cabeza contra su vientre.

—Soy un alcohólico —admitió entre sollozos.

—Eso es algo que vamos a cambiar —contestó ella mientras le acariciaba la cabeza al pobre, que daba lástima.

—¿Cómo? —inquirió, sin dejar de sollozar.

—Te ayudaré a dejarlo.

Joschi lloró y lloró, y entre sollozo y sollozo pronunció una palabra que tal vez era «gracias».

Ambos fueron en el Opel Rekord rojo de ocasión de Joschi a Bad Zwischenahn, a una hora escasa de distancia. Allí se alojaron en una habitación de hotel con vistas al lago —que los alemanes llamaban «mar»— Zwischenahner. Joschi adujo que lo que los alemanes llamaban «mar» no era más que un lago grande y que él no llamaría *bosque* al árbol que crecía delante de su casa. Waltraut sabía que Joschi refunfuñaba porque, aunque estaba decidido a dejar de beber, también abrigaba dudas de que fuera capaz de aguantarlo. Ella también, e incluso sentía un miedo atroz a que pudiera fracasar, porque tenía una cosa clara: si Joschi volvía a darse a la bebida, ella lo abandonaría. También y sobre todo por Gabi.

La pequeña pasaría esos días con Babsi, mientras que Inge Trenzas se había mostrado dispuesta a ocuparse de Henriette. Waltraut se sintió aliviada por tener esas dos buenas amigas. Si se veía obligada a separarse de Joschi, su madre moría y después rompía la relación con su padre y su hermano, porque no se habían ocupado un pimiento de su mujer y de su madre respectivamente, pese a todo ello no estaría sola en el mundo.

El hotel tenía un restaurante abajo del que Waltraut podía subir comida, pero, por suerte, era tan anticuado que en las habitaciones no había minibar con bebidas alcohólicas. Así no tenía que esconderle las botellas.

Joschi fumaba en el balcón e iba inquieto de un lado a otro. Waltraut guardó la ropa en el pequeño armario de roble y le dejó a Joschi una novela policiaca en la cama —*El círculo rojo*, de Edgar Wallace— para que pudiera leer algo y se distrajese. Cerró la puerta por dentro, miró a Joschi para asegurarse de que no la miraba y metió

la llave en el cajón de su mesilla de noche.

Cuatro horas después a Joschi le temblaban de tal modo las manos que Waltraut debía ayudarlo a encenderse los cigarrillos. Leer le resultaba impensable. Ambos se sentaron en las sillas del balcón, cuya pintura marrón estaba descascarillada en algunas partes, y contemplaron esa masa de agua llamada «mar» que en realidad solo era un lago grande.

Joschi temblaba más con cada minuto que pasaba. Waltraut no esperaba que reaccionase a la cura de forma tan rápida y tan vehemente. Se levantó y le puso la mano en el hombro, pero Joschi siguió temblando. Fue a por una manta de lana y se la echó por los hombros.

—Dicen que aquí la anguila está muy rica. —Joschi intentó mantener valientemente una conversación.

—Suena asqueroso —opinó ella.

—Lo es —afirmó él, risueño—, pero de una buena manera.

—Si quieres, comeremos anguila cuando salgamos de aquí.

—Nos la habremos ganado —aseveró Joschi, temblando tanto que hasta le castañeteaban los dientes.

Además, le dolía la cabeza. Waltraut cogió pastillas del pequeño botiquín que había metido en el equipaje y le dio dos con un vaso de agua. No sirvió de nada.

—Tengo la cabeza... como un bombo... y sudo... como un cerdo...

En efecto, Joschi chorreaba de sudor. Como si tuviese mucha fiebre. Waltraut le tocó la frente: no estaba caliente, sino solo empapada en sudor. Fue a por otro vaso de agua y una toalla para secarle el rostro.

—Tienes que beber mucho.

—Y quiero hacerlo.

—No me refiero a alcohol.

—Ya lo sé... —Joschi aceptó el vaso de agua obedientemente.

—Anda, vamos a la cama —propuso Waltraut.

La luna ya había salido. En el balcón hacía frío, de manera que la manta con la que había envuelto a Joschi no era ya suficiente. Joschi

asintió, se levantó y se mareó. Waltraut lo sostuvo y lo llevó a la cama.

—Como un viejo —dijo él, jadeando.

—No eres viejo —negó Waltraut.

—A veces tengo miedo de ser demasiado mayor para ti —confesó mientras ella lo sentaba en la cama y lo ayudaba a desvestirse.

Waltraut vio ese miedo reflejado en sus ojos. En ese instante Joschi parecía no solo mayor, sino también frágil.

—No eres demasiado mayor para mí —aseguró ella sonriendo.

—¿De verdad que no?

—No. Solo un borrachín a veces.

Joschi sonrió.

—Conseguiré dejar la bebida. Por ti.

—Por nosotros. —Waltraut sonrió a su vez, conmovida de que sufriera como lo hacía por un futuro en común.

Desde hacía casi una hora Waltraut le leía la novela de Edgar Wallace. No con demasiada soltura. En la escuela leer en voz alta le costaba casi más incluso que el cálculo. ¿Superaría esa prueba Joschi? Hasta el momento no había pedido alcohol ni una sola vez, pero temblaba cada vez más, gemía y daba vueltas en la cama.

—Creo que voy a vomitar —dijo Joschi, que llevaba puesto su pijama preferido, el azul marino.

Tenía la parte de arriba mal abrochada, porque había querido hacerlo él mismo a pesar del tembleque para demostrar que no era un viejo.

—Te llevo al cuarto de baño —se ofreció Waltraut.

Joschi quería ponerse en pie, pero no lo conseguía. Ella intentó ayudarlo, pero no fue capaz: se desplomaba sobre sí mismo una y otra vez. Waltraut salió al pasillo, cogió la papelera del cuarto de baño y se la colocó delante a Joschi, que devolvió en ella. Waltraut colocó la papelera en el rincón más alejado del balcón y volvió a entrar, pero dejó la puerta del balcón entreabierta para que entrase un poco de aire. A continuación se sentó en la cama junto a Joschi, que hizo un esfuerzo por bromear:

—Menos mal que no habíamos comido anguila antes.

—¿Quieres que te siga leyendo?

—No… no…

Waltraut lo agradeció. Ya era bastante agotador todo lo demás, y leer le costaba Dios y ayuda.

—Cuéntame algo —pidió el exhausto Joschi.

Ella le leía a menudo a Gabi y también le contaba historias, pero Joschi no podía querer en serio que ella le contase un cuento del erizo Mecki. O de Hansel y Gretel, que metían a la bruja en el horno, como —solo entonces caía en ello— al parecer habían hecho los nazis con los judíos. Al menos esa atrocidad le había mencionado Joschi en una ocasión, solo para añadir acto seguido: «Nunca hablaremos de esto». Y así lo hicieron ambos, igual que Joschi nunca mencionaba a sus padres ni Waltraut a Friedrich.

—¿Qué quieres oír? —le preguntó ella.

—Que me quieres.

—Eso ya lo sabes.

—Siempre dices «Y yo a ti» cuando te lo digo.

—¿Qué? —Waltraut no entendía muy bien adónde quería llegar él.

—Yo digo «Te quiero» y tú dices «Y yo a ti», pero nunca «Te quiero». —Su voz cobró cierta firmeza al decirlo.

Seguro que encontraba la fuerza necesaria para hacerlo porque era algo muy importante para él.

Waltraut se paró a pensar un instante. Joschi tenía razón. Era verdad que nunca había salido de ella.

Joschi la miró con anhelo. Necesitaba escuchar esas palabras para aguantar aquello, y ella se dio perfecta cuenta, así que dijo:

—Te quiero.

Él sonrió.

Decirlo era lo suyo.

Aunque no fuese verdad.

¿Todavía no lo era?

Joschi daba vueltas en la cama, inquieto. Waltraut le cogió la mano. Él la agarró con fuerza y se tranquilizó. Y aunque apretaba con firmeza y a Waltraut le dolía la mano, no lo soltó.

Hacia las dos de la madrugada, justo cuando Waltraut acababa de quedarse dormida, Joschi se incorporó de pronto.

—¿Qué pasa? —inquirió ella, profundamente dormida.

—Voy a por algo.

Waltraut despertó en el acto y encendió la luz.

—No aguanto más.

—Joschi...

—¡He dicho que no aguanto más! —gritó.

Waltraut levantó las manos para defenderse.

Joschi sacó fuerzas de flaqueza, sin ser consciente de que iba en pijama y sin darse cuenta tampoco de que a esa hora no conseguiría comprar nada en ningún sitio: el restaurante del hotel había cerrado hacía horas y seguro que también los demás en ese aburrido lugar de recreo.

Atravesó la habitación dando trompicones para ir hasta la puerta, donde logró llegar sin caerse. La puerta no se abría. Probó una y otra y otra vez, profirió imprecaciones y jadeó, pero no entendía que la puerta estaba cerrada con llave hasta que Waltraut le dijo:

—La llave la tengo yo.

—Dámela.

—No —repuso ella con tranquilidad.

—¡Dámela! —A Joschi se le puso la cabeza completamente roja.

—No.

—He dicho que me la des.

—No. —Ella seguía sin alterarse.

—O me la das o...

—¿O qué? —Waltraut se levantó de la cama y fue hacia él.

Joschi temblaba de rabia.

—¿O qué? —preguntó de nuevo, delante de él.

Entonces el rostro de Joschi se tiñó de un rojo subido.

—¿Es que me vas a pegar?

Joschi la miró con cara de desconcierto.

—Te he preguntado si me vas a pegar.

La sangre se le fue del rostro.

—Yo... yo nunca haría eso.

—Bien. Pues entonces vuelve a la cama.

Joschi asintió.

—No... no quería darte miedo...

Ella lo ayudó a ir a la cama.

—No me has dado miedo.

—Yo... nunca te haría nada, de verdad.

—Lo sé, lo sé.

—Nunca.

Lo sentó en la cama...

—Nunca.

... lo estrechó de nuevo entre sus brazos y permanecieron un rato así, abrazados con fuerza. Solo después de que lo hubiese acostado, Waltraut se percató de que las manos le temblaban de miedo.

Poco antes de que saliera el sol Joschi empezó a tener alucinaciones. Daba vueltas en la cama y decía cosas que Waltraut casi no entendía:

—¡Zvi!... Zvi... los árabes han puesto minas ahí... ¡Zvi! ¡Dios mío, Zvi!

¿Dónde estaba Joschi en ese momento?

¿Quién era Zvi? ¿Qué le había pasado? ¿Había pisado una mina? ¿Como Wolle, que después quedó lisiado?

—¡Zviiiii!

¿Había salido peor parado el tal Zvi? Waltraut no se atrevía a preguntárselo a Joschi, así que dijo:

—Estás aquí, conmigo. Conmigo.

—*Mame?*

—No, soy yo, Waltraut.

—*Mame. Mame.* ¿Ha vuelto *tatte*? ¿Ha vuelto *tatte*?

Tatte? Mame? ¿Papá? ¿Mamá? Joschi hablaba con una extraña mezcla de palabras.

—Sí —afirmó Waltraut para tranquilizarlo—. *Tatte* ha vuelto.

—Nos disparan, ¡los árabes nos disparan!

—Aquí no hay árabes...

—¿Tienen a *tatte*?

Waltraut ya no sabía qué decir.

—*Tatte*... —exclamó Joschi, presa del pánico. Y después lanzó un grito que Waltraut no había oído a ninguna persona—: *Tatteeee!*

A Waltraut le llegó al alma.

¿Gritó ella así cuando su madre le dijo que Friedrich había muerto? No recordaba nada de las horas que siguieron.

—*Tatteeee!*

Para entonces ella solo quería darle alcohol a Joschi. Hacer cualquier cosa, cualquiera, para poner fin a su sufrimiento.

—*Mame*... —empezó a gimotear.

—¿Sí?

—*Mame*...

—¿Qué pasa?

—La pierna, me duele mucho.

Waltraut levantó la manta: Joschi tenía la pierna agarrotada. Y no solo eso: el cuerpo entero estaba agarrotado. Comenzó a crisparse.

Waltraut sintió miedo. ¿Qué grado de peligro tenía lo que estaban haciendo? ¿Sobreviviría Joschi?

Iría a por alcohol. Lo sacaría de donde fuera. Como si tenía que levantar de la cama al propietario del hotel para obligarlo a que le vendiera algo de su propia casa.

Waltraut corrió hacia la puerta. Bajó el picaporte y se acordó de que había cerrado con llave. Corrió a la cama, abrió el cajón de la mesilla y sacó la llave. Corrió de nuevo a la puerta. Joschi preguntó, resollando:

—¿Adónde vas?

¿Y si le contestaba otra vez como si fuese su madre?

Sí, eso lo tranquilizaría.

—Voy a ver a papá... —repuso.

—¿Qué le pasa a Hinrich? —consiguió preguntar Joschi a pesar del suplicio.

Había vuelto en sí y la reconocía.

—Voy... voy a buscarte algo de beber.

—¿Agua? La puedes coger del cuarto de baño —apuntó él.

—Cerveza, vino, lo que sea.

—No —graznó Joschi.

—No lo aguantarás.

—Claro... claro... que lo aguantaré.

Ella lo miró: ya no tenía alucinaciones, pero esos dolores... ¿Qué dolores tendría que soportar?

—Quiero... quiero... tener... un hijo contigo —aseguró.

Pese a que le dolía todo no quería tomar alcohol.

Amaba a Waltraut con toda su alma.

Era increíble que tuviese capacidad de amar después de haber

sufrido tanto en su vida. Con su padre, su madre. Y con... quienquiera que fuese el tal Zvi. Con minas, disparos, guerra. ¿Cómo no podía amar ella a un hombre tan valiente?

Waltraut fue a su lado y le dijo con absoluta sinceridad:

—Te quiero.

A mediodía del día siguiente lo peor había pasado. Joschi incluso pudo comer un poco. Dormir. Sentarse en el balcón y leer a Edgar Wallace. Naturalmente, tomar anguila no. Por la tarde, por la noche y también los días que siguieron, aunque tuvo cambios de humor, no pidió alcohol ni una sola vez. Y Waltraut no le preguntó por Zvi. Ni por sus padres. Tan solo si recordaba las alucinaciones que había tenido. No las recordaba. Aunque no creía en Dios, Waltraut rezó para sus adentros para que Joschi pudiera olvidar todo su sufrimiento. Y ella el suyo también.

* * *

En el registro civil un funcionario parco en palabras —¿nazi?, ¿no nazi?— hizo entrega a Joschi de su pasaporte alemán y a continuación invalidó el israelí. Él contaba con que iba a resultarle más doloroso dejar atrás la nación por la que había luchado, pero pesaba más la alegría: el último obstáculo que le impedía vivir en Alemania con Waltraut había desaparecido.

* * *

Como ni la embarazada Waltraut concedía importancia a casarse por la Iglesia ni Joschi había contemplado una ceremonia cristiana, su boda fue una celebración íntima en el registro civil, frente al Bürgerpark.

—¿Cuál es su confesión, señor Safier? —preguntó el jovial y rollizo funcionario que nada más entrar le dijo a Waltraut que era la novia más bella que había visto ese mes.

—Mosaica.

—Ya.

La alegría desapareció del rostro del funcionario, que hizo

constar la información y, tras levantar la vista, miró a Waltraut como si fuese una traidora.

Ella con gusto le habría dado el mismo tratamiento que a la señora Polle, la maestra del parvulario. Pero era su boda.

En la sala solo estuvieron presentes Gabi, Hinrich y Klaus con su mujer y sus dos pequeñas. No había dinero para celebrarlo a continuación con Inge Trenzas, Babsi y su marido, la señora Siegen y 32. Además, ¿cómo habría sido alegre la celebración para Waltraut cuando su madre estaba peor cada día?

El funcionario convirtió el enlace en un frío acto administrativo. Incluso el «Puede besar a la novia» pareció más bien un «Debe firmar el formulario 23B».

Sin embargo, Joschi la besó apasionadamente, algo que sorprendió tanto a Waltraut que no pudo evitar reírse. Él estaba radiante y ella se dejó contagiar de su euforia. Cuando se iba, le sacó la lengua al funcionario.

Ya en la escalera del registro civil, al sol, Waltraut miró su nueva y resplandeciente alianza. Solo entonces pensó en Friedrich. Lo vio delante de ella, proponiéndole matrimonio ante el vagón de tren.

Él había muerto.

Ella no.

* * *

Cada puñetero día Joschi echaba de menos beber algo. Sobre todo el día que el Estado austriaco rechazó su solicitud de reparación de guerra. Quería que lo resarciesen de los estudios que se había visto obligado a dejar y de las oportunidades de trabajo que había perdido debido a ello, pues a fin de cuentas necesitaba dinero para su nueva familia. Sin embargo, la Administración exigía pruebas de que Joschi había tenido que dejar la carrera por culpa de los nacionalsocialistas. Como si no fuese evidente. Pero, claro, era Austria. Y allí, igual que en Alemania, siempre querían ver documentos. Una suspensión por escrito de los estudios, por ejemplo. A ser posible firmada personalmente por Adolf Hitler.

Joschi no conservaba ningún documento de aquella época. Cómo los iba a tener, si ni siquiera había podido salvar fotografías de sus padres. Sus rostros existían únicamente en el recuerdo de Rosl y el

suyo, y quizá todavía en el de sus asesinos. En caso de que siguieran con vida.

Pero incluso aquel puñetero día Joschi recordó por qué no probaba el alcohol.

Y ningún día lo tuvo más claro que aquel en el que nació su hijo.

1967-1976

—¡Joschi!

—¡Rosl!

—¡Joschi!

Joschi se abalanzó hacia su hermana en el bar Zum Kamin, la abrazó y los dos se besaron y se estrecharon con exaltación. Con el rabillo del ojo Joschi vio que Charlie observaba el espectáculo igual de sorprendido que Waltraut, que, cansada a más no poder, fumaba con nerviosismo tras la barra y se había arreglado con especial esmero para conocer a su cuñada. No había ningún cliente en la sala principal, revestida de madera, del bar de Osterfeuerberg, en Bremen. Después de comer solo había gente en la bolera de abajo, en el sótano. Los miembros del club de bolos eran buenos clientes para Joschi, ya que no se tomaban tan en serio el deporte como la cerveza. En parte eran incluso más generosos que los parroquianos de la taberna, que se sentaban a la barra hasta bien entrada la noche y les contaban a Joschi y Waltraut sus penas sobre su matrimonio y el duro trabajo que desempeñaban en las fábricas o los astilleros mientras ellos dos echaban de menos la cama, que estaba en la planta de arriba del bar. De todas formas, la pobre mujer de Joschi dormía poco, dado que al pequeño David —Waltraut no aceptó Israel como nombre para el niño— siempre había que darle el biberón de madrugada y a Gabi poco más tarde el desayuno antes de que fuera a su nuevo colegio.

Después de darse una considerable cantidad de besos, Joschi se separó de su hermana, fue hacia su cuñado y, tras estrecharle la mano, dijo:

—Me alegro de que hayas venido.

—Me alegro de haber podido venir —replicó Charlie, que había perdido bastante pelo.

«No es de extrañar —pensó Joschi—. Si yo estuviera casado con Rosl, también me tiraría de los pelos.»

—Nosotros dos en Alemania —comentó, risueña, Rosl.

—Nosotros dos en Alemania —sonrió Joschi, y abrazó otra vez a su hermana.

—Vosotros dos en Alemania —coreó Charlie, y Joschi se preguntó si con eso quería dar a entender que con él eran tres judíos en Alemania y que por favor no lo dejaran fuera.

—¿Alguien quiere algo de comer? —preguntó tras la barra Waltraut mientras apagaba en el repleto cenicero de cristal el cigarrillo que se estaba fumando hacía unos instantes para aplacar sus nervios.

Los tres la miraron.

—Esta es Waltraut —anunció Joschi con una voz rebosante de orgullo.

—Yo soy Rosl —dijo esta mientras se dirigía extasiada hacia su nueva cuñada—. Eres más guapa aún de lo que decía Joschi.

Este se alegró mucho de que su hermana fuese tan amable con su nueva esposa. Ya no la llamaba *«schickse»* ni mencionaba a Dora. Todo porque Waltraut había traído al mundo a un nuevo Safier.

Waltraut sonrió a Rosl, aliviada al ver que no era una arpía.

—Pareces cansada —observó, compasiva, Rosl— y estás muy delgada.

Sus palabras desagradaron visiblemente a Waltraut, razón por la cual Joschi acudió en su ayuda:

—La verdad es que yo tengo hambre.

—¿Qué hay? —preguntó Rosl, afable.

—Puedo preparar sopa de rabo de buey —contestó Waltraut, esbozando una sonrisa todo lo radiante que le permitió el cansancio que sentía.

—La sopa siempre está rica —convino Joschi, que se dio perfecta cuenta de que el entusiasmo de sus dos invitados era limitado.

Sin embargo, la sopa de lata que servían en su taberna estaba buena y sabía mejor que cualquier cosa que hubiese podido cocinar Waltraut. Por desgracia, su mujer cocinaba igual de mal que Rosl. Y que su madre, Scheindel. «La cocina de las madres»: Joschi no podía evitar reírse para sus adentros cuando su mujer le ponía en la mesa algo fallido.

—Yo tomaré encantado esa sopa —dijo amablemente Charlie.

—Y yo. —Rosl se esforzó por esbozar una sonrisa también.

—Marchando —contestó Waltraut.

Nada más ponerse en movimiento volvió a dar la impresión de que estaba muerta de cansancio. No era de extrañar, pues no solo los niños y las largas horas en el bar le mermaban las fuerzas, sino también su estado de ánimo. Su madre, Henriette, había muerto tras una larga agonía. Siete días antes de que naciese el pequeño David. Tal y como esperaba, Waltraut había roto los lazos con su padre y su hermano. Para Babsi e Inge Trenzas, sus amigas, ya no tenía tiempo con tanto trabajo. De manera que solo estaba Joschi para cogerle la mano cuando lloraba la muerte de su madre. Por desgracia él no conseguía sacarla del oscuro agujero en el que estaba, aunque a sus cincuenta y dos años tenía más energía que con cuarenta. Cada vez que veía a su mujer o a su hijo en la cuna él lo sentía como un regalo de Dios, que después de todo tal vez existiese.

Para descargar un tanto a Waltraut, a lo largo de esas últimas semanas Joschi había desarrollado una idea por teléfono con su hermana que también haría felices a Rosl y a Charlie. Una idea que querían exponer a Waltraut dentro de un momento, mientras tomaban la sopa de rabo de buey.

* * *

Agotada. Profundamente agotada, Waltraut estaba en el andén con Gabi y Joschi. La pequeña tenía delante una pesada maleta y, en la espalda, una mochila de excursionista. Apenas había hablado los últimos días. Gabi no quería dejar su casa ni separarse de los nuevos amigos del colegio. Y menos aún ir a Dusseldorf, con esas personas mayores a las que apenas conocía, aunque siempre le enviaran regalos caros: una muñeca, una diadema y, lo último, una carta con una fotografía en la que se veía una bonita bicicleta en la que podría montar en Dusseldorf.

Waltraut vio que Joschi besaba a la niña y le deseaba que se lo pasara muy muy bien: ya lo vería, Rosl y Charlie la mimarían a más no poder cuando viviera con ellos.

Agotada. Profundamente agotada, Waltraut dejaba a su hija en manos de desconocidos. Durante un año. Dos, si todo iba bien. Quién sabía, quizá incluso más. Joschi, Rosl e incluso el reservado Charlie la habían convencido de que era lo mejor para todos. Y Waltraut

también quería creerlo: no podía prestarle la ayuda que necesitaba para hacer los deberes a la mala estudiante que era Gabi, no solo por falta de tiempo, sino también porque no tenía los conocimientos necesarios. Si querían que Gabi pasara a secundaria, sería con una mujer tan lista como Rosl, que además disponía de todo el tiempo del mundo para ayudar a la niña.

—Bueno, ahora has de subir al tren —le dijo Joschi a Gabi.

La pequeña asintió, como si hubiese decidido dejar de hablar para siempre. Waltraut abrazó a Gabi con fuerza, sin decirle que era una leona ni que descendía de la nobleza. En su lugar permaneció en silencio.

El revisor hizo sonar el silbato.

Agotada. Profundamente agotada, Waltraut se separó de su hija. Gabi subió al tren. Joschi le dio la maleta. La niña solo pudo levantarla unos centímetros del suelo y llevarla a rastras a su compartimento. Tenía que recorrer completamente sola las numerosas horas de viaje que había hasta Dusseldorf: sus padres no podían dejar la taberna y al niño pequeño. Charlie y Rosl la estarían esperando en el andén en Dusseldorf.

Solo cuando el revisor tocó el silbato de nuevo con medio cuerpo fuera de la puerta para cerrarla acto seguido, Waltraut se preguntó qué clase de personas eran esas que ni siquiera se molestaban en ir a buscar a Gabi a Bremen. ¿Adónde estaba enviando a su hija?

El tren salió de la estación.

Waltraut sintió que el corazón le dolía.

—Ahora será Rosl la que se quedará pasmada cuando vaya por la calle con la niña —comentó Joschi.

Waltraut lo miró.

—Es que, cuando voy con Gabi, la gente cree que soy su abuelo. Ahora le preguntarán a Rosl si es su abuela. No le hará ninguna gracia.

La idea hizo reír a Joschi y, por primera vez durante todos los años que hacía que lo conocía, Waltraut no pudo soportar su risa.

—¿Qué tal estás? —preguntó Waltraut a su hija por teléfono.

El aparato estaba en la barra.

—Bien —contestó Gabi, como siempre con un monosílabo.

—¿Cómo te va en el cole?

A Waltraut le gustaba formular esa pregunta, porque en Dusseldorf las notas de la pequeña habían mejorado tanto que, después de las vacaciones de verano, podría ir allí a secundaria. Eso siempre calmaba un tanto la mala conciencia de Waltraut.

—Bien.

—¿No tienes nada más que contarme?

—El profesor de gimnasia quiere que corra por el colegio en el campeonato regional. En los cien metros, los doscientos y los cuatrocientos.

—Vaya, qué buena noticia.

Gabi no dijo nada.

—Puedes estar orgullosa.

Waltraut lo estaba, en cualquier caso.

Gabi siguió sin decir nada.

—Lo estás, ¿no?

Nada.

—¿Pasa algo con el profesor?

Nada de nuevo.

—¿No te trata bien?

La sola idea de que no fuese así hizo que la leona que había en ella quisiera hacerle trizas la cara al hombre.

—Él sí... —Gabi dejó la frase sin terminar, como si hubiese hablado demasiado.

—Continúa.

La niña no dijo nada.

—Gabi, si pasa algo, debes decírmelo. Solo así podré ayudarte.

—No puedes.

—Pues claro que puedo.

—No, porque no estás aquí. —Gabi no lo dijo como si fuese una acusación, sino profundamente triste.

—Iré de inmediato a Dusseldorf —decidió Waltraut.

Sacaría fuerzas de flaqueza para emprender ese viaje. Se llevaría al pequeño David, y que Joschi se ocupara de la taberna y de bromear con los clientes en la barra para que bebieran más aún.

—La tía Rosl se enfadará.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Waltraut estaba perpleja.

—Siempre... siempre me regaña cuando no entiendo algo. Y

cuando no me quedo dormida. Y a veces solo porque sí.

—¿Es mala contigo? —Waltraut no se lo podía creer.

—La mayoría del tiempo es buena, pero nunca sé cuándo se va a enfadar.

Waltraut hizo un esfuerzo para contener la inmensa ira que sentía.

—Y cuando ella hace eso, ¿qué dice el tío Charlie?

—El tío Charlie siempre es bueno. Y me defiende. Y entonces ella también lo regaña a él.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Nada.

—Si estuviste aquí en Semana Santa.

—No... no quería aguaros la fiesta.

A Waltraut se le partió el corazón. Al fin y al cabo, solo celebraban la Pascua y las Navidades por Gabi.

—Y de todas formas queréis a David más que a mí.

—No, no, no, pero ¿qué estás diciendo? Eso no es verdad.

—Pues entonces se lo podríais haber dado a él a la tía Rosl...

—Todavía es demasiado pequeño —adujo su madre, desesperada.

Nada de nuevo.

Solo ahora entendió Waltraut que Gabi también era demasiado pequeña.

—Iré a buscarte.

—Pero quiero ganar el campeonato.

—¿Y cuándo es?

—Cuando termina el curso.

—Así que dentro de tres semanas y media.

Waltraut recordaba perfectamente cuándo empezaban las vacaciones en Renania del Norte-Westfalia.

—Puede.

—Bueno, pues iré a buscarte después.

—Gracias, mamá —dijo Gabi.

—Gracias por contármelo —repuso Waltraut, y se echó a llorar.

—¿Estás llorando, mamá?

—No —mintió ella.

—No quería hacerte llorar.

—Lloro de alegría de que vuelvas con nosotros para siempre —alegó Waltraut, e hizo un esfuerzo, no del todo en vano, por parecer

risueña.

—Tengo que ir a cenar —dijo Gabi.

—Adiós —se despidió su madre.

—Adiós —contestó Gabi, y colgó.

Waltraut quería seguir llorando, pero una voz dijo:

—Los de la pista tres quieren seis cervezas más.

Era Willi, un camarero de Alta Austria que había entrado a trabajar hacía escasas semanas. Willi era un hombre simpático, con el que Joschi podía hacer el tonto media noche. Waltraut no tenía a alguien así en su vida. Inge Trenzas había dejado a su marido y se había ido a vivir a St. Peter-Ording, a trabajar en un salón elegante para bañistas ricos: su última oportunidad para pescar a un millonario a su edad, como decía entre risas. Y hacía meses Babsi le había dicho a Waltraut: «Yo nunca daría a un hijo como lo has hecho tú», y a Waltraut le dolió tanto aquello que rompió con su amistad. Babsi había intentado disculparse por teléfono, pero Waltraut había seguido en sus trece. El que perdía sus simpatías lo hacía para siempre. Como su padre.

Como su hermano.

Como Rosl ahora.

* * *

—Seguro que Gabi exagera. —Joschi intentaba calmar a su furibunda mujer.

Estaban en la cocinita del bar, donde Waltraut calentaba sopa de guisantes de lata para Joschi y el nuevo camarero. Estaba preocupado por ella, porque, aunque se encontraba un poco mejor, prácticamente cada noche estaba al borde del agotamiento. Pero también por Rosl. Aunque su hermana nunca había dicho que quisiera tener un hijo: ni en Viena, cuando estaba casada con el jugador de waterpolo; ni en Israel, cuando luchaba por la independencia; ni tampoco desde que estaba casada con Charlie, Joschi estaba firmemente convencido de que la presencia de su sobrina daba sentido a su vida. Por teléfono Rosl parecía feliz siempre que hablaba de lo bien que le iba a Gabi en el colegio y cuando corría. Y en Navidad a Charlie se le iluminaron los ojos cuando estuvo jugando con ella durante horas al *rummy* en el suelo del pisito de los Safier. Sería lo mejor para todos que la pequeña

en efecto hubiese exagerado con lo que decía de Rosl.

—Me traigo a Gabi a casa, digas lo que digas.

—Waltraut...

—Ni Waltraut ni nada.

—Puedo hablar con Rosl.

—Está decidido.

—Seguro que puede explicarlo.

—Creo a mi hija.

Waltraut quitó del fuego la cazuela con la sopa de guisantes y la dejó en la mesita con fuerza. Parte de la sopa fue a parar al de todas formas ya algo sucio hule.

—Pero dudo mucho que Rosl...

—A ver, ¿tú de qué lado estás? ¿Del de tu hermana o del mío? —Waltraut lo miró con tanta furia que lo asustó.

—No se trata de eso... —intentó aplacarla él.

—Pues claro que se trata de eso.

¿Es que Waltraut ya lo odiaba?

¡Eso no podía ser!

—Me convenciste de que diera a mi hija.

Joschi tenía tanto miedo de que la mujer a la que idolatraba pudiera odiarlo que, por primera vez desde que se conocían, le levantó la voz:

—¡Tomamos juntos la decisión!

—¡Vosotros la tomasteis!

—Pero si tú también estabas a favor.

—Estaba tan agotada que no podía pensar con claridad.

—Exactamente. Por eso lo hicimos.

A Waltraut la asaltó la duda. Seguro que porque sabía que él tenía razón. Pero a sus ojos asomó deprisa una expresión fría.

—Tú decides: ella o yo.

¿Cómo iba a tomar esa decisión? Rosl era su hermana desde hacía cincuenta y cuatro años. El último lazo que lo unía a la familia a la que habían asesinado los nazis. La única persona que, aparte de él, aún recordaba cómo eran sus padres. Quién era Hedy. La que se había encargado de que él pudiera huir a Israel y la que lo había acogido allí. La que lo había llevado a la Haganá. Estrictamente hablando, era la mujer de su vida anterior. ¿Y Waltraut?

Era la mujer a la que amaba.

Joschi no podía permitir que esa mujer lo odiase nunca.

Rosl era el pasado.

Waltraut, David y, sí, también Gabi, el futuro.

De manera que la decisión fue fácil.

Aunque le doliera.

—Siempre estoy de tu lado —aseguró Joschi con voz firme.

Toda la ira que sentía Waltraut se esfumó. Fue hacia él, lo abrazó y se apoyó en su hombro. Joschi temió que fuese a desplomarse entre sus brazos y de puro susto dejó de preocuparse por su hermana. Estaba claro: Waltraut no podía seguir trabajando en la taberna. Y menos cuando Gabi volviese. Los bolos y los trabajadores de los astilleros borrachines que le daban la lata a su mujer por la noche en la barra no podían ser su futuro. Joschi debía abrir un local en el que ella no tuviese que trabajar tanto. Uno al que acudiera la flor y nata. Y en el que Rosl y Waltraut, o al menos en eso confiaba él, pudieran volver a aguantarse algún día, pues él necesitaba a las dos mujeres.

En la inauguración del Scandia, Joschi estaba tremendamente nervioso. El moderno restaurante había sido una genial idea suya: el primer restaurante escandinavo en Bremen. Pero, qué decía, ¡en toda Alemania! Salmón, carne de reno, especialidades raras, todo ello preparado por un antiguo cocinero de barco noruego llamado Iver Solheim, que al igual que Joschi se había enamorado de una muchacha de Bremen. «Joschi, nuestro último puerto es el matrimonio», le gustaba decir al gigante con aquel gracioso acento noruego.

El restaurante estaba en pleno casco antiguo. Frente a los grandes almacenes Hertie, en cuya primera visita con Waltraut, Joschi constató que su mujer no solo conocía al ascensorista que tenía una sola pierna, sino que además, al parecer, en el pasado ambos habían participado en una manifestación. Ella no quiso hablar del tema, pero después, mientras elegían los manteles del restaurante, le contó a Joschi que Wolle había perdido la pierna en la guerra, al pisar una mina antitanque.

La noche siguiente Joschi tuvo pesadillas de la guerra en Israel, del día en que Zvi estalló en pedazos.

Joschi alquiló un piso de tres habitaciones para la familia en el

mismo edificio en el que se encontraba el restaurante. Por el patio subían los olores de la cocina a las habitaciones. Sobre todo al dormitorio conyugal, donde también estaba la camita de David, que para entonces tenía cuatro años. Gabi, de trece, pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto, que tanto quería. Dos años antes, cuando su hija volvió de Dusseldorf, Waltraut dejó inequívocamente claro a Joschi que la mimaría igual que habían hecho Rosl y Charlie. Y Joschi prometió que algún día habría bastante dinero para poder cumplir todos sus deseos.

Ahora ese día estaba cerca, pues, a fin de cuentas, los habitantes adinerados de Bremen, que en el curso de los últimos años ya se habían acostumbrado a los platos italianos, yugoslavos y chinos, sin duda se mostrarían entusiasmados con la excelente comida escandinava que se serviría en su nuevo restaurante. En lugar de ir al Ratskeller o al hotel Park, en el futuro acudirían al Scandia.

Joschi, que no hacía mucho había entrado a formar parte de la comunidad judía de Bremen, invitó a la inauguración a los miembros de su junta directiva. Acudieron todos, algunos en compañía de amigos de la alta sociedad de Bremen, a los que conocían por sus negocios o por la política. Incluso estaba el director general de Radio Bremen con su mujer. En opinión de Joschi, los periodistas eran los héroes modernos de la justicia.

Waltraut encandiló a los invitados con su amabilidad y su belleza. En particular a un gigante rubio que, acompañado de su mujer, asimismo alta y rubia, estaba sentado con el tesorero de la comunidad. Estuvo mirando a Waltraut todo el tiempo, como hipnotizado. Cuando Joschi la llevó aparte para preguntarle si lo conocía, ella se limitó a contestar: «Fue al que desbancaste en su día».

Joschi miró al hombre con atención y se alegró: él, un judío de menos estatura y más edad, había competido contra un alemán rubio y rico por una mujer fantástica y había ganado. Sin saber nada de dicha competición.

Animado, Joschi iba de mesa en mesa. Cuando llegó a la que ocupaba el presidente de la comunidad, este le preguntó en privado si no quería presentarse como candidato en las siguientes elecciones de la junta directiva. ¡Vaya si quería! Aunque tarde, a Joschi Safier la vida por fin le sonreía.

* * *

Waltraut miraba las malas notas que había sacado Gabi en la mesa de la cocina gris. Había pasado de curso por los pelos.

—Esto no está muy bien, señorita —observó.

—No soy ninguna señorita —fue la descarada respuesta de su hija.

No, ciertamente, Gabi era lo que se denominaba una adolescente alemana moderna. Una chica que se ponía pantalones vaqueros y hacía sus primeros experimentos, no muy logrados, con el maquillaje.

—Tienes un aprobado incluso en gimnasia, y eso que fuiste campeona regional de los cuatrocientos metros. —Waltraut se había sentido muy orgullosa de ello—. ¿Es que no quieres volver a entrenar?

—Paso.

—¿Pasas?

—No me apetece.

—Escúchame bien, esos nuevos amigos tuyos... —empezó su madre, para poder llegar a lo que según ella era la raíz del mal.

—¿Qué les pasa? —espetó Gabi enérgicamente en el acto.

—Pues que vi por la ventana que fumas en la calle con ellos.

—Tú mira el papel pintado. ¡Míralo, anda! —Gabi señaló con el dedo la amarillenta pared—. Fumáis tanto que hemos tenido que cambiarlo a los dos años, así que ¿qué me vas a decir a mí de fumar?

—Me parece que tus amigos te apartan de los estudios. —Waltraut prefirió dejar el tema del tabaco.

—¿Me vas a prohibir que los vea?

—Puede que haya otros...

—Siempre puedes volver a mandarme a Dusseldorf.

Tras la rabia Waltraut percibió el dolor que había sentido su hija en su día. Y también el suyo propio en aquella época. La dejó desvalida. En modo alguno quería hacerle más daño a Gabi, por eso cedió.

—Ya hablaremos más tarde de tus notas.

Y sabía perfectamente que no volverían a hacerlo.

—Bien, ¿ puedo irme ya a mi habitación?

—Sí —repuso, derrotada, su madre.

Gabi salió de la cocina y Waltraut se alegró de no haber permitido que la discusión fuera a más. No quería agobiarse, pues

para entonces se encontraba mucho mejor que hacía unos meses. Joschi había cumplido su promesa, ella ya no tenía que pasarse media noche trabajando. Por primera vez desde hacía décadas no le daba la sensación de tener que bregar cada minuto de su vida. Así que tampoco tenía ninguna necesidad de hacerlo con su hija.

* * *

Al año siguiente Israel se hallaba en guerra. Precisamente en Yom Kipur, el día más sagrado del año judío, habían atacado los árabes. Joschi estaba preocupado por Marjem, Dora y el pequeño Abraham, pero también por su negocio. Los países árabes subían cada vez más el precio del petróleo como medida de presión para que los países occidentales retiraran su apoyo a Israel. La inflación en Alemania iba en aumento. La cesta de la compra era más cara, al igual que la calefacción y la gasolina. Y el gobierno hablaba de introducir la restricción de los domingos sin coches. Sin embargo, lo más duro para él era que de golpe y porrazo las personas empezaban a ahorrar. Incluso los ricos, que ya apenas iban al Scandia. Uno de los compañeros de Joschi en la junta directiva de la comunidad, un importador de algodón, le explicó:

—La tasa de desempleo prácticamente se ha duplicado: del 0,7 por ciento ha pasado al 1,2 por ciento, y es de suponer que siga aumentando los próximos años. Mis amigos no quieren que sus trabajadores los vean en el casco antiguo gastando dinero. Ahora prefieren ir a restaurantes con estrella en Hamburgo.

—Bueno, según esa lógica, los hamburgueses ricos tendrían que venir a mi restaurante —repuso Joschi entre risas.

—Ningún hamburgués viene nunca a Bremen y a los agricultores pudientes de los alrededores les gustan más los bistecs. Deberías cambiar de tercio.

Pero Joschi no quería. Seguro que la crisis del petróleo sería pasajera. Y después la inflación bajaría de nuevo. A su familia le seguiría yendo bien, ¡tenía que irle bien!

* * *

—He visto a tu padre —comentó la señora Siegen cuando

Waltraut y ella estaban en el café Knigge.

Para entonces Waltraut quedaba una vez a la semana con ella, que acababa de jubilarse.

—¿Ah, sí? —A Waltraut se le encogió el estómago.

—Dijo que te diera saludos.

¿Saludos?

¿Quería retomar el contacto con ella? ¿Tal vez incluso verla? ¿Podría llegar a perdonarle ella que hubiese dejado completamente sola a su madre cuando estaba enferma de gravedad?

Ahora que ya no se sentía agotada, quizá incluso tuviese las fuerzas necesarias para quedar con él. Por los niños. David ni siquiera conocía a su abuelo.

—Estaba en Woolworth, en la Obernstrasse —informó la señora Siegen.

—¿Comprando ropa?

—Visitando a su prometida.

—¿A su qué?

—¿Es que no sabes que tu padre se ha comprometido?

—No —admitió ella, con voz casi inexpresiva.

La noticia le había afectado en lo más hondo. Su padre había olvidado definitivamente a su madre. Y ni siquiera se lo había contado.

—Es una mujer simpática, aunque también muy corpulenta.

Por lo que a ella respectaba, esa mujer podría haber sido Mary Poppins y sus sentimientos no habrían sido diferentes.

—Los dos parecen felices. —La señora Siegen lo dijo como si eso fuese a volver más indulgente a Waltraut y a hacer que se alegrase por su padre.

Pero a ella le daba lo mismo que él fuese feliz o no. Y le habría gustado que tampoco le importara que su padre se fuera a volver a casar, pero no era así: lo sentía como una traición a su madre. Y a ella misma.

* * *

Tres años después el milagro económico terminó. La crisis del petróleo. La alta inflación. Para entonces había un 4,7 por ciento de parados. Cada día Joschi escudriñaba las cuentas y a continuación

daba vueltas por su pequeño despacho, sin dar con una solución. Los números rojos no cambiaban de color. ¿Durante cuánto tiempo podría seguir ocultando a Waltraut la mala situación? ¿Durante cuánto tiempo podría seguir aguantando hasta que tuviese que declararse insolvente? Después todos sus ingresos irían a parar a manos de sus acreedores durante treinta años. No podría disponer de dinero propio durante treinta años. Cuando ese periodo terminara, él tendría ochenta y ocho años.

Waltraut no podía mantener a la familia por sí sola. Ni siquiera podría pagar el alquiler. Perderían el coche, los muebles, todo.

El futuro de Gabi.

El de David.

Porque él no era capaz de cambiar de rumbo.

Joschi frenó en seco. Le dolía el esternón, se llevó la mano al pecho y clavó la vista de nuevo en las cifras. Allí, en alguna parte, debía haber esperanza.

No la había.

Había fracasado.

También empezó a dolerle el brazo.

Había fracasado por completo como padre de familia.

Cuánto se avergonzaba.

Los números se volvieron borrosos ante sus ojos.

El pecho le ardía.

Notó que se le entumecía el tronco.

Joschi se desplomó.

* * *

Waltraut estaba poniendo las mesas cuando oyó el ruido en el despacho. Los cubiertos se le resbalaron de las manos y corrió hacia Joschi. Su marido jadeaba, no podía hablar. Tenía una mano en el esternón y respiraba superficialmente. Waltraut se arrodilló a su lado y le levantó el torso, pero en ese momento él perdió el conocimiento. Ella lo tumbó con cuidado, cogió el auricular del moderno teléfono naranja de teclas y llamó al médico. Media hora después su marido estaba en la unidad de cuidados intensivos, luchando por su vida.

Waltraut llamó a Gabi desde el hospital para decirle que se ocupara de David pero que no le contara de ninguna manera lo grave que estaba su padre. Después llamó al cocinero, Iver, para explicarle lo que había sucedido.

—Puedes quedarte en casa. Hoy no vamos a abrir.

—¿Solo hoy o vamos a cerrar definitivamente?

—¿Definitivamente? —Waltraut no entendía por qué Iver decía eso—. Joschi saldrá de esta.

—Sí, desde luego.

—Así que volveremos a abrir —afirmó ella.

—Si tú lo dices.

—Pues claro que lo digo yo. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Waltraut estaba muerta de preocupación por su marido y encima ahora el cocinero decía cosas raras. ¿Qué significaba eso?

—Joschi no habla de dinero contigo, ¿verdad?

—Pues claro que sí.

No lo hacía. Y a ella tampoco le había interesado nunca. Pero no quería descubrir su punto flaco ante el cocinero.

—Pues entonces no te lo cuenta todo.

—¿Qué es lo que no me cuenta?

—Eso deberías hablarlo con él, cuando se encuentre mejor.

—¡Dímelo tú!

—No me corresponde a mí. Lo siento, Waltraut. —Iver colgó.

Alarmada, Waltraut fue al restaurante. Abrió la puerta, corrió al despacho y echó un vistazo a los documentos que estaban en la mesa. Junto a la vieja máquina de escribir portátil había un contrato de préstamo con el importador de algodón de la comunidad. Al ver la suma Waltraut sintió vértigo. Conque Joschi había pedido créditos no solo al banco, sino privados. ¿A quién más? ¿Qué significaba todo aquello? Debía encontrar la forma de averiguar las dimensiones del embrollo. Y para ello primero tenía que hablar con el hombre cuyo préstamo con Joschi sostenía en las temblorosas manos.

* * *

En la unidad de cuidados intensivos, cuando Joschi comprendió lo que había pasado, sintió un miedo cerval. Su corazón había hecho algo que ni los nazis ni los árabes habían conseguido: casi matarlo. Y

David solo tenía siete años. Joschi quería verlo crecer. Quizá algún día incluso comerse con él unas tortitas en Viena, como hacía él con su padre el día que ambos cumplían años. ¿Seguiría existiendo el café Central? Quería volver a verlo. Y también Israel. Haifa. El mar de allí. A Marjem. A Abraham. Tal vez incluso a Dora. No podía morir. ¡No podía! Por David. Waltraut. Gabi. Rosl: debía hacer las paces con ella. Pero, sobre todo, su vida no podía terminar con semejante fracaso. Después de décadas Joschi volvió a rezar a Dios y le propuso algo: si salía de esa y podía reparar los daños que había causado, creería de nuevo en él y su hijo abrazaría el judaísmo.

* * *

El importador de algodón renunció a su deuda después de que Waltraut le explicara lo grave que había sido el susto. Incluso la ayudó en las conversaciones con la caja de ahorros de Bremen, que se mostró dispuesta a darles facilidades. Pero había otro acreedor privado, un agente de transportes no judío —¿de qué lo conocía Joschi, dicho sea de paso?— que permaneció en sus trece. Waltraut estaba con el barrigudo en una rampa de carga y le dijo, con la mayor valentía posible:

—De todas formas no le podemos pagar.

—En ese caso les embargaré el mobiliario del restaurante y del piso.

—No... no puede usted hacer eso.

—Vaya si puedo. —El hombre se sacó un papel doblado del bolsillo trasero del pantalón y se lo enseñó. Waltraut lo abrió y apenas pudo creer lo que ponía—. Como garantía, su marido responde con el mobiliario y todo su patrimonio.

Waltraut se vio a sí misma y a los niños con la ropa que llevaban puesta y sus ojos se humedecieron.

—Llorar tampoco le servirá de nada.

El hombre cogió el papel y la dejó plantada en la rampa.

Waltraut contuvo las lágrimas. No lloraría. Aunque su marido la había llevado a la miseria, quería conservar un poco de dignidad.

* * *

—No podíamos dejar que muriese usted —le dijo el médico jefe a Joschi cuando ya estaba en planta—. Su mujer nos habría matado.

Tras el médico de bata blanca dos hermanas de la caridad se rieron. Y Joschi con ellas: lo cierto es que nunca podía evitar soltar una risita cuando veía a esos pingüinos humanos. Sus padres se habrían quedado pasmados de saber que se hallaba al cuidado de monjas.

—Su mujer no ha parado hasta que le hemos dado a usted una habitación individual.

«Y no solo eso», pensó Joschi. Waltraut también había sobornado a las monjas con doscientos marcos para la unidad que en realidad los Safier ya no podían permitirse. Ya fueran rabinos o monjas, todos los siervos de Dios aceptaban dinero.

Además, y eso era mucho más importante, Waltraut no les había dicho a los niños hasta qué punto había pendido de un hilo la vida de Joschi. Ahora luchaba como una leona para que los dos no tuvieran que pasarse el resto de su vida a merced de las ayudas sociales. Incluso había convencido a la caja de ahorros de que le condonara la mitad de las deudas si pagaban la suma restante. Sin embargo, eso solo era factible con un nuevo crédito.

—Si siguen así su mujer y usted, pronto saldrá a flote —opinó el médico entre risas.

Y Joschi también sabía a quién podían pedirle ese crédito para salir a flote.

* * *

—¿Rosl? ¿Aceptar dinero de Rosl?

Waltraut no se podía creer lo que estaba proponiendo su marido mientras tomaban una taza de café largo en el hospital. Ya estaba muy enfadada con él por la situación en que la había puesto, pero en ese momento le habría gustado tirarle el café a la cara.

—En realidad de Charlie, que es quien lo tiene. Pero Rosl tendrá que convencerlo.

—Nunca aceptaré dinero suyo.

—No tenemos elección.

Claro que la tenían. Waltraut podía preguntarle a su admirador, Gerhard, al que había visto mirar dos veces por las ventanas del

restaurante, que llevaba semanas cerrado, pero no le había abierto la puerta. Pero, si le sugería eso ahora a Joschi, era probable que le diera otro infarto.

—Por favor, llama a Rosl —le pidió él encarecidamente.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Tienes que perdonarla.

De pronto Waltraut se sintió tan cansada como lo estaba los meses que siguieron al nacimiento de David. Tan cansada que ni siquiera tenía energía para enfadarse. Y menos aún para llamar a esa mujer odiosa.

Waltraut salió a pasear con David por el casco antiguo. Necesitaba que le diera el aire, y al niño también. El pequeño había salido muy casero, y no era buena idea que estuviese siempre en el salón, delante del televisor y jugando con sus nuevos Playmobil. Gabi no había querido acompañarlos. En lugar de estudiar, se pasaba todo el tiempo con sus amigos, algunos de los cuales también fumaban hachís, como se había enterado Waltraut. Antes o después tendría que prohibirle a su hija que siguiera viéndolos.

—¿No será por casualidad ese mi nieto? —oyó decir Waltraut a alguien detrás de ella.

Era la voz de su padre. Ella se volvió. Junto a Hinrich, que llevaba un traje sorprendentemente bueno e incluso un reloj de pulsera caro, iba una mujer gorda, que era dos veces Waltraut. Quizá hasta dos veces y media, porque a lo largo de esas últimas semanas seguro que había perdido cinco kilos.

—Permíteme que te presente a mi prometida, Gisela.

—Hola, Waltraut. Me alegro de conocerte por fin, he oído hablar mucho de ti.

Ciertamente la gorda era una persona simpática, tal y como había dicho la señora Siegen. Sin embargo, a Waltraut le habría gustado soltarle: «Pues yo no quiero saber nada de ti». Pero como su hijo iba con ella, dijo con cansancio:

—David, este es tu abuelo Hinrich.

El niño lo miró sin mucha emoción. No era de extrañar, ya que al fin y al cabo no sabía por experiencia cómo se comportaba uno con los abuelos.

—Tenemos que conocernos mejor —le dijo Hinrich a David.

Este asintió de un modo casi imperceptible.

A Waltraut no le entusiasmó la propuesta, pero tampoco quería prohibir a su hijo que lo viera. ¿Querría volver a ver Gabi a su abuelo? ¿Podría pasarse una tarde sin sus amigos?

—Podemos ir todos al café Knigge —propuso Waltraut—. ¿El lunes de la semana que viene?

—Nosotros ya estaremos viajando por el mundo —objetó Gisela.

—¿Viajando por el mundo? —repitió asombrada Waltraut.

Eso no lo hacía un carpintero al que le faltaba poco para jubilarse, y menos aún una dependienta de Woolworth.

—Ocho semanas.

Gisela no podía estar más ilusionada.

Waltraut miró a Hinrich con cara interrogante, y él sonrió y dijo:

—Me tocó la lotería. Seis aciertos.

¿Su padre era millonario?

Podría ayudarlos. Así no tendría que llamar a Rosl.

Pero ¿podía perdonarlo a él antes que a su cuñada?

Tenía que hacerlo, para que el niño que iba cogido de su mano no creciera en la pobreza.

—¿Papá?

—¿Sí?

En lugar de seguir hablando, Waltraut se volvió hacia David y le dijo:

—Anda, ve a comprar un helado. —Le dio cincuenta *pfennige* y el niño salió corriendo.

—¿Qué es lo que no quieres que oiga tu hijo? —Hinrich no dijo «mi nieto», porque el niño le era tan ajeno como él al pequeño.

—Tenemos problemas de dinero.

Confesar eso a su padre fue más humillante aún para Waltraut que estar en la rampa con el agente de transportes.

—No me diriges la palabra en ocho años y ¿ahora quieres dinero?

Waltraut le habría gritado de buena gana que si no hablaba con él era por un buen motivo, pero se limitó a decir en voz baja:

—Estamos en un aprieto.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—De ciento veinticinco mil marcos.

—¿Ciento veinticinco mil? —Hinrich se quedó boquiabierto.

—Sí —admitió ella, la voz apenas audible, mientras miraba al suelo.

Hinrich sacudió la cabeza. Guardó silencio y después dijo:

—No te imaginas cuántos sacacuartos me piden dinero.

Waltraut miró pidiendo ayuda a Gisela, que lo entendió y terció:

—Es tu hija, Hinrich.

—Me lo pensaré —accedió él.

David volvió con su helado. De chocolate, como siempre. Hinrich entendió que un tema así era mejor no hablarlo delante del niño, pero también se hizo evidente que ya no tenía ganas de seguir con él y con Waltraut.

—Te llamaré un día de estos —repuso. Y se cogió del brazo de Gisela y se fue.

Hinrich no llamó. Y Waltraut se juró que no iría a su boda ni a su entierro.

Una semana más tarde Waltraut levantó el teléfono naranja en el despacho de Joschi, marcó el número de Rosl y confió en que comunicara. Pero no. Después de que sonara dos veces iba a colgar, pero entonces oyó la voz de Charlie:

—Morris.

Antes de mudarse a Dusseldorf, Charlie había cambiado el apellido paterno por uno que no pareciera judío. Era lo más estrafalario que había hecho ese hombre.

—Soy Waltraut... —dijo ella, echándole valor.

—¿Waltraut? —repitió asombrado él.

—Tengo que hablar con Rosl.

—¿Le pasa algo a Joschi?

—Sí.

—¿El qué?

—Le ha dado un infarto.

—Cielo santo.

—Ya está mejor, no hay de que preocuparse, pero hay otro problema serio.

—¿Cuál?

¿No sería mejor que hablara directamente con Charlie de las deudas que tenían con la caja de ahorros y el agente de transportes? Al fin y al cabo, el dinero que quería pedirle era suyo, no de Rosl.

—Joschi ha dicho que lo hable con Rosl.

—¿Se trata de dinero? —Charlie era perspicaz.

—Sí.

Negarlo no tenía ningún sentido.

—Y quiere que ella me convenza de que os lo dé.

—Sí.

—¿Va mal el restaurante?

—Ha ido a la quiebra.

—Bueno, es que lo de la comida escandinava era una idea descabellada.

A Waltraut le habría gustado decirle que eso ya se lo había dicho Willi, el camarero de Zum Kamin, pero no quería parecer desleal con su marido.

—¿Cuánto? —preguntó sin ambages Charlie, como el hombre de negocios que era.

—Ciento veinticinco mil.

Charlie no dijo nada. ¿Se habría quedado boquiabierto como Hinrich, que en esos momentos estaba dando la vuelta al mundo con Gisela? Waltraut no lo creía. Charlie estaba acostumbrado a hacer malabares con sumas mayores. Al cabo de un rato dijo:

—El año que pasó con nosotros Gabi le cogí mucho cariño.

Waltraut se sorprendió.

—Me gustaría volver a verla.

Sin ir más lejos, Gabi le había dicho hacía semanas que Charlie siempre había sido bueno con ella, y por eso Waltraut respondió:

—Por supuesto.

—Os daré el dinero.

—Gracias.

Waltraut se quitó un peso enorme de encima.

—Pero después tendréis que dar con un negocio del que sepáis algo.

—Zum Kamin iba muy bien en su día. No nos hicimos ricos, pero tampoco pobres.

—Pues volved a abrir un bar así. Yo os ayudaré.

—¿De veras?

—Quiero a Gabi.

Waltraut sabía lo duro que era trabajar en un bar. La cantidad de horas que tenía que estar de pie en la barra por la noche. Sin embargo, replicó:

—Miraré los anuncios para ver si hay algún traspaso.

—Y no volverás a prohibir a Rosl que se relacione con Joschi. —Entonces Waltraut percibió amargura en la voz de Charlie—. Los conozco a los dos desde hace tiempo, de Israel, y se tienen un amor ciego. Rosl quiere a Joschi más que a mí.

Waltraut se compadeció de su concuñado: qué duro debía de ser tener que decir algo así de la propia esposa. Ella podía reprocharle muchas cosas a Joschi, y lo hacía unas veces más y otras menos, pero no que no la quisiera más que a nada en el mundo.

—Nosotros nunca entenderemos la relación que tienen —añadió Charlie—. Nunca. Así que no deberíamos oponernos.

—¿Son así porque los dos sobrevivieron? —preguntó Waltraut.

—Son así porque están locos.

Waltraut soltó una carcajada. ¡Qué razón tenía Charlie! Después dijo:

—Invitaré a Rosl a que venga a vernos.

—Bien.

—¿Quieres que le pida disculpas ahora?

Charlie se paró a pensar un momento.

—Ya se lo digo yo.

Waltraut sintió agradecimiento. Y apego. Precisamente hacia el soso de Charlie, con el que compartía la suerte de estar casada con un miembro de la alocada familia Safier.

Los dos estuvieron hablando un rato más de Gabi y de que, igual que Charlie en su día, cuando terminara el colegio aprendería un oficio. Waltraut se planteó confiarle también lo mucho que le inquietaban los amigos de Gabi, pero lo dejó estar. Al despedirse, él le aseguró que no tenía de que preocuparse. Waltraut colgó el teléfono naranja y por fin se permitió llorar.

—¿Una discoteca? —Gabi estaba horrorizada.

—No es una discoteca. Es un bar con tres pistas de bolos en el sótano. Ya tuvimos uno así.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Esto es una pista de baile! —Gabi señaló el suelo y después la bola de discoteca que colgaba encima.

Waltraut se calló que con sus pantalones acampanados, la moderna media melena y el dedo apuntando hacia arriba su hija parecía una discotequera de la revista *Bravo*, a la que estaba suscrita, y contestó con la mayor objetividad posible:

—Gracias a ella los clientes se quedan más tiempo.

—Y a partir del mes que viene ¿bailarás con los hombres? —El desprecio que destilaba la voz de Gabi hizo daño a Waltraut.

Pues claro que bailaría con los hombres. Sobre todo los animaría a beber. Las copas más caras. En un principio Joschi también se había mostrado escéptico cuando ambos habían ido a ver el local de la Hochstrasse, cerca de la estación, para tomarlo en traspaso, pero las cifras que les enseñó el anterior propietario fueron muy convincentes. Si eran capaces de generar un volumen de negocio comparable, dentro de unos quince o veinte años podrían saldar las deudas que habían contraído con la caja de ahorros y con Charlie. Charlie, que había revisado los balances, opinaba que además, con esa base, incluso podrían pedir un crédito para comprar una casa, de la que él sería fiador. ¡Una casa en propiedad!

—Así que es verdad que Inge y tú os ocuparéis de los hombres.

Waltraut había contratado a Inge Trenzas. Aunque su amiga no había pescado a ningún millonario en St. Peter-Ording, sí había traído al mundo a una hija ilegítima y necesitaba un trabajo que estuviese mejor pagado que el de peluquera.

—¿Y qué pensáis hacer en esos rincones? —Gabi apuntó a los reservados de terciopelo rojo que había junto a la pista de baile.

Waltraut ya había mandado retirar las cortinas, para que se pudieran ver los reservados en todo momento. Sentarse sola con un cliente sin que nadie los viera era algo que ella ni se planteaba. Y Joschi mucho menos.

—Ahora escúchame bien, jovencita. Esto también lo hago por ti.

—Por mí seguro que no.

—De tu sueldo de aprendiza no podrás vivir. Eso si consigues entrar en algún sitio, con las malas notas que sacas.

A Waltraut le habría gustado añadir que estas eran el resultado de las malas compañías que frecuentaba Gabi; por entonces incluso sospechaba que su hija también fumaba hachís.

—Me voy a vivir con Holger —anunció Gabi.

—¿Que vas a hacer qué?

—Irme a vivir con Holger.

—¿Quién es Holger?

—Si te interesaras mínimamente por mí, sabrías que es carpintero.

Como Hinrich, el avaro ganador de la lotería. Pues qué bien.

—¿Es tu novio?

—Desde hace ocho semanas.

—¿Y ya te quieres ir a vivir con él?

—¿Es que me lo vas a prohibir?

Waltraut quería hacerlo, pero tenía miedo de que Gabi le contestara: «Cuando era pequeña bien que te dio lo mismo que viviese en otra parte». A esas alturas Waltraut había escuchado reproches parecidos en más de una ocasión y, aunque la mayoría de las veces Gabi solo los utilizaba para conseguir cada vez más concesiones en lo que respectaba a su libertad, a ella siempre le rompían el corazón.

—Claro, como tú solo te preocupas por papá y por David —rezongó Gabi—. Y ahora también por esto. —Señaló de nuevo los reservados.

—¿Tú crees que yo quería esta vida? —saltó, furiosa, Waltraut. Eso acabó de un plumazo con los argumentos de Gabi—. Ven conmigo —le ordenó a su hija, y fue con ella hasta la barra pintada de marrón, donde seguían los dos vasos con refresco de cola, y se sentó con ella en los taburetes negros. Después le cogió la mano a Gabi y dijo, algo más tranquila—: Todo lo que hago es por vosotros dos.

—Pero yo no quiero que lo hagas.

—¿Y cómo no lo voy a hacer?

Gabi no supo qué responder a eso.

—Últimamente he comprendido una cosa, ¿sabes? —dijo Waltraut, lanzando un suspiro.

En lugar de preguntar «¿qué?», Gabi siguió escuchando.

—La vida no es fácil. Si esperas que lo sea, te llevarás una decepción.

Gabi retiró la mano.

—Créeme; cuanto antes lo entiendas, mejor: la vida es sufrimiento. —Waltraut volvió a cogerle la mano, la retuvo con fuerza y repitió, para que su hija también lo entendiera—: La vida es

sufrimiento.

* * *

«La vida es sufrimiento.» Waltraut ya había dicho esa frase terrible unas cuantas veces delante de Joschi. Era paradójico: él estaba agradecido al destino, incluso a Dios, por esa vida, esa familia; su mujer, en cambio, parecía haber enterrado la esperanza de tener una vida feliz. A Joschi lo entristecía profundamente que ella pensara así. ¿Acaso no acabaría marchitándose? Él debía hacer algo al respecto para impedirlo.

Joschi fue al aparato de música de la discoteca, que había llamado Country Club. El nombre era distinguido y sin duda atraería a empresarios nacionales y extranjeros que estuvieran en Bremen para hacer negocios y quisieran distraerse. Y si alguno de ellos molestaba a su mujer, tendría que vérselas con él. O con el nuevo y fornido camarero, que solo quería que lo llamaran Schulz. A la hora de elegir, Joschi miró menos las referencias y mucho más quién podía ser de ayuda a su mujer y a Inge Trenzas si fuera preciso.

Por la noche pondrían cintas en el equipo de música, pero, poco antes de que abriera por primera vez las puertas a los jugadores de bolos de la tarde, Joschi pinchó un disco. *Beautiful Noise*, de Neil Diamond. Gabi lo ponía a todas horas en su habitación antes de marcharse a vivir con el tal Holger, del que Waltraut decía que no era bueno para su hija. A Joschi tampoco le hacía gracia ese chico melenudo, que ni siquiera le había estrechado la mano, sino que se había limitado a farfullar: «Hola, señor Safier». Joschi echaba de menos a Gabi y tenía miedo de que su hija se alejara de él, como tantas personas queridas habían hecho antes.

Waltraut se agachó tras la barra para comprobar un momento las existencias de champán y espumoso de la nevera antes de la inauguración. Llevaba un elegante traje de chaqueta y pantalón blanco; el vestido de noche, que realzaba su figura, se lo pondría más tarde en casa, cuando hubiese acostado a David, y después volvería a la disco en taxi. Waltraut además lucía una de las pelucas que había comprado para el trabajo, pero que ahora también le gustaba ponerse

en privado. Esta vez era la castaña oscura, cuyo cabello ondulado le llegaba por los hombros. Joschi la veía guapa con todas las pelucas: castaña clara, negra, castaña oscura. Más cortas, más largas. Daba lo mismo. Pero como más le gustaba su mujer era con su pelo natural.

—¿Por qué pones música? —preguntó enervada.

Seguía enfadada con él por el desastre del Scandia.

—Me gustaría bailar contigo el primer baile.

—Estás loco.

—Anda, ven. —Joschi esbozó una sonrisa encantadora.

Waltraut salió de detrás de la barra con cara de escepticismo.

—Todavía puedes aprender unos pasos de baile de este vejestorio tonto que ha ido a la quiebra.

—Bobo. —Ella no pudo evitar sonreír.

Joschi se alegró y, tras llevarla galantemente a la pista, empezó a bailar con ella. Poco después Waltraut sonreía entre sus brazos. Se parecía un poco a aquella vez en Ámsterdam. Solo que ahora Waltraut sabía bailar mejor; al fin y al cabo, había tomado unas lecciones con un profesor de la escuela de baile Schipfer-Hausa para prepararse de cara al Country Club.

—La vida no es sufrimiento, ¿lo ves? —apuntó Joschi.

—Bueno… —Waltraut se encogió de hombros.

—No lo es —insistió él.

—No solo —transigió ella, profiriendo un suspiro.

—No solo —convino Joschi.

Por el momento era toda la concesión que podría arrancarle. Pero ya conseguiría que viese el mundo como lo hacía él. Y, con suerte, dejaría de estar enfadada con él también pronto.

1977-1984

A Joschi y a Waltraut les sorprendió que al Country Club acudiesen más hombres de la alta sociedad que al Scandia. En el curso de los años conocieron tanto a propietarios de astilleros, senadores, directores financieros y directores de compañías de seguros como a jubilados y trabajadores que tiraban la casa por la ventana con el dinero que habían conseguido ahorrar con más o menos esfuerzo para pasar unas horas divertidas. En el Country Club todos eran iguales y comían sopa de rabo de buey de lata. Waltraut e Inge Trenzas bebían con los hombres. Los clientes no sospechaban que en las bebidas de Waltraut no había alcohol. Joschi ya ni siquiera sentía la necesidad de oliscar las cervezas, los vinos o los brandis que despachaban. Ni tampoco el jerez y el whisky que tenían en licoreras de cristal en el aparador del salón de la casa que habían comprado y que servían a Rosl y Charlie en Semana Santa y Navidad.

Gabi abandonó a Holger porque la engañó con su mejor amiga —el chico tuvo que oír unas cuantas lindezas de boca de Waltraut— y dejó de frecuentar a sus dudosos amigos. Volvió arrepentida a casa de sus padres y entró a trabajar de aprendiza en la tienda de modas Schulze-Kleidung, cuyo eslogan —«En mi opinión, Schulze-Kleidung es la opción»— se publicitaba incluso en los cines. El ahora regordete David pasaba la mayoría de las tardes con Joschi en el Country Club. Jugaba a los bolos cuando había alguna pista libre o sencillamente se sentaba junto a la ventana y soñaba despierto mientras veía pasar los coches por delante. David tenía ya once años, y había llegado el momento de que Joschi hablara con Waltraut de lo que deseaba:

—Quiero que sea judío.

—¿Es que te has vuelto loco? —inquirió ella.

Los dos estaban sentados en bata en la cocina de la nueva casa, tomando el primer café del día a la una de la tarde.

—Primero escucha lo que tengo que decir —pidió Joschi.

Waltraut resopló y dejó de mirarlo para clavar la vista en los armarios empotrados naranjas, en los que David había puesto pegatinas de flores multicolores que venían con el detergente Pril el mismo día que entraron a vivir. Waltraut no le dijo nada a su hijo, pues solo eran armarios, y a Joschi le hizo gracia.

—Ahora mismo no profesa ninguna religión.

David no había recibido el bautismo cristiano, pero tampoco abrazaba el judaísmo, porque uno solo era judío de nacimiento si la madre también lo era.

—Puede que sea mejor así —opinó Waltraut, y se encendió un cigarrillo, todavía sin mirarlo.

—Pero me gustaría que entrase a formar parte de la comunidad judía —siguió insistiendo Joschi.

Solo entonces Waltraut lo miró de nuevo y dijo:

—Pero si tú tampoco crees en Dios.

—A veces sí, sobre todo últimamente.

—¿De veras?

Waltraut, que no pisaba una iglesia desde hacía décadas, se sorprendió.

Joschi se planteó contarle que había hecho un pacto con Dios cuando estaba en la unidad de cuidados intensivos, pero prefirió responder:

—Estoy agradecido por todo lo que tenemos.

Ella lo contempló con cansancio. Hacía tiempo que no decía delante de él «La vida es sufrimiento», pero su mirada lo expresaba de vez en cuando. Por lo menos la ira que sentía contra él por lo del Scandia se había desvanecido en el curso de los últimos meses. Solo de cuando en cuando contaba delante de los clientes que había salvado a la familia sin su ayuda, mientras él estaba en el hospital. Y él tenía que aguantarlo; era su forma de expiar la culpa.

—Pero si hemos dicho que queremos mantener alejados a los niños de todo lo malo.

—Ya —confirmó Joschi, encendiéndose asimismo un pitillo.

No les habían contado a Gabi y David la suerte que habían corrido los padres de Joschi ni tampoco por qué no mantenían ninguna relación con la familia de Waltraut. Ni siquiera le habían dicho aún a David que su hermana solo era su hermanastra.

—Y ahora ¿quieres que David sea judío?

—De ese modo formaría parte de una comunidad.

—A la que quieren matar todos los demás.

—Ya no —objetó él.

El NPD no había conseguido entrar en el Parlamento, entre la población ya no había mayoría para los antisemitas de la RAF, prácticamente todos los alemanes eran demócratas o al menos fingían serlo y ya hacía años de la supuesta broma sobre los judíos y el dinero que había tenido que soportar.

—Pero es algo que puede cambiar en cualquier momento —opinó ella.

—Desde luego.

Joschi no era ningún ingenuo.

—Y tú siempre dices que el noventa y nueve por ciento de las personas son malas por naturaleza.

Joschi creía que el porcentaje se situaba más bien entre el ochenta y el noventa, el noventa y nueve por ciento era una exageración a la que tendía cuando en las noticias volvía a oír, ver o leer algo terrible.

—¿Y quieres exponer a David a eso?

—Si las cosas volvieran a llegar tan lejos, a los nazis les daría lo mismo que sobre el papel el niño fuese judío o no: lo matarían por el mero hecho de ser hijo de un judío.

Waltraut tragó saliva al oír esa verdad y masculló:

—El noventa y nueve por ciento de las personas son malas.

—Pero si fuese judío, tendría una ventaja de la que Rosl y yo no gozamos en su día.

—¿Cuál?

—Podría emigrar legalmente a otro país en cualquier momento y obtener la ciudadanía.

—¿A Israel?

—A Israel.

Waltraut apagó el cigarrillo, del que había fumado algo más de la mitad, se encendió otro, miró las flores de los armarios y poco después dijo:

—Está bien.

Por la noche Joschi observó a su hijo, que una vez más se había

quedado dormido mientras leía en la cama, y se propuso presentarse candidato a la presidencia de la Gesellschaft für Christlich-Jüdische Zusammenarbeit de Bremen, la asociación que promovía la cooperación entre cristianos y judíos. Aunque ya estaba en la junta de la comunidad judía, consideraba que era su deber contribuir a que David no tuviese que huir nunca de Alemania. Y para ello era preciso que más cristianos aún entendieran que los judíos eran personas como ellos.

Joschi estaba sentado en el salón, en su sillón beis, que tenía algunas quemaduras de cigarrillo, y fumaba un pitillo mientras veía el telediario presentado por Karl-Heinz Köpcke cuando su hijo irrumpió en la habitación y espetó:

—Ya no creo en Dios.

Joschi miró con cara de sorpresa a David, al que acababan de bautizar en la religión judía hacía dos meses, a los doce años, y preguntó:

—¿Por qué?

—Hace un rato le pregunté al rabino por el holocausto en la clase de preparación para el bar mitzvá.

El niño conocía la palabra por la serie de televisión *Holocausto*. Y los alemanes también. Había sido preciso que unos judíos norteamericanos rodasen una serie de televisión para que una gran parte de la población alemana se enfrentara a la matanza perpetrada en tiempos del nacionalsocialismo. A David le habían permitido ver los cuatro episodios de la serie. Era imprescindible que un judío supiera lo que había sucedido. Y Joschi nunca había tenido el valor de hablarle de ello a su hijo.

—¿Qué le preguntaste exactamente al rabino? —inquirió Joschi mientras bajaba el volumen del televisor con el nuevo mando a distancia.

—Después de clase lo esperé en la puerta y le pregunté que, si Dios existía, por qué no había hecho nada para impedir el holocausto.

Joschi pensó que ningún judío podría dar nunca una respuesta satisfactoria a esa pregunta. Sentía curiosidad por saber qué había contestado a su hijo ese joven rabino seguro de sí mismo que no había vivido el holocausto. Y confiaba en que hubiese podido darle a David

una respuesta medianamente buena.

—Me miró con severidad.

—Ajá...

—Y después dijo: «¿Cómo sabes que no hizo nada?».

—¿Nada más?

—Nada más.

La respuesta del rabino se habría podido interpretar como que Dios al menos tendió su mano protectora a algunos judíos, como Joschi y Rosl. Sin embargo, solo si uno era muy benévolo. Benévolo tanto con el rabino, que había despachado a David con su justificada pregunta, como también con Dios: pues si, en efecto, Dios había protegido solo a unos pocos judíos, habría que preguntarse por qué no los había ayudado a todos en lugar de permitir que tantos nazis llevaran una buena vida hasta la fecha. ¿Es que Dios no quería hacer más? ¿O es que no tenía el poder para hacerlo? Era un dilema: o bien Dios era bondadoso pero no omnipotente, o bien era omnipotente pero no bondadoso.

—Ya no creo en Dios —repitió David, y se sentó en la alfombra persa del salón y empezó a ordenar su enorme montón de tebeos de superhéroes y de *MAD*.

A Joschi le habría gustado decirle a su hijo que ni siquiera debería creer en el rabino. Pero seguro que David ya había llegado a esa conclusión por su cuenta y no era buena idea que para colmo un padre reforzase una opinión así contra un sacerdote. De manera que guardó silencio y confió en que su hijo no se viera nunca en su vida en una situación en la que quisiera dar una paliza a un rabino.

En el bar mitzvá Joschi se conmovió. ¡Que a sus sesenta y cuatro años aún pudiera vivir algo así! Y después, durante la ceremonia, cuando David le agarró la mano espontáneamente, como hacía Joschi con su padre en la sinagoga de Leopoldstadt, se le saltaron las lágrimas. Solo entonces entendió por qué era tan importante para él que el niño fuese judío. No por el pacto que había hecho con Dios en el hospital, sino porque de lo contrario habría renegado de su familia asesinada. De esa forma, en cambio, la honraban. Y seguía viva en David.

* * *

Una fiesta privada en el Country Club: Inge Trenzas, a la que le gustaba llevar pelucas rubias, y un interventor al que había pescado entre los clientes celebraban que se iban a casar. En la pista se bailaba con frenesí a los Status Quo, los Sweet y los Rolling Stones. Cuando unos cuantos interventores cantaron a voz en grito *«I can't get no satisfaction»*, Joschi no pudo por menos de reírse. Y Waltraut de sonreír cuando él le tradujo la letra. Por lo demás, sin embargo, esta estaba triste: su amiga volvería a salir de su vida mientras ella seguía trabajando allí noche tras noche. En lugar de con Inge Trenzas lo haría a partir de ahora con la yugoslava Ravija, que antes, en la cocina, le había explicado a Waltraut que Yugoslavia no era un país y que ella, por tanto, no era de allí, sino de un país llamado Serbia que ya no existía.

Ravija sería buena para el negocio, ya que, por una parte, cobraba mucho menos que Inge Trenzas y, por otra, tenía poco más de treinta años y era muy guapa. Una belleza con clase, como ya había constatado más de un cliente. Pero, debido a Ravija, Waltraut ya no era el blanco de las miradas, algo a lo que ella no estaba acostumbrada y que le dolía.

—¿Por qué estás tan triste? —le preguntó un hombre atractivo, que frisaría la cuarentena y lucía una permanente masculina a la última moda.

Por su altura a ella le recordó vagamente a Gerhard, su admirador empresario. ¿Cómo le iría? ¿Tendrían hijos su mujer y él? ¿En qué lugares tenían casas para ir de vacaciones? (Los Safier no iban de vacaciones, ni tan siquiera se permitían aún excursiones.) ¿En Sylt? ¿Mallorca? ¿No había otra más en Italia?

—¿Es que no me vas a contestar? —insistió el de la permanente.

—No estoy triste —negó Waltraut, luciendo su entrenada sonrisa.

—Pues a mí me lo parece —adujo sonriendo el hombre, que, como constató Waltraut, tenía unos bonitos hoyuelos.

—Pero no es así. —Ella reforzó la sonrisa.

—¿Puedo unirme a ti?

—¿Por qué no?

El de la permanente se sentó a la mesa con ella e indicó:

—Todavía no te he visto bailar.

—Hoy no me apetece.

Waltraut también podría haber dicho que esa noche no tenía la obligación de hacerlo, porque era una fiesta privada, no un día de trabajo normal.

—¿Estás sola aquí?

—No. El de ahí detrás es mi marido. —Señaló a Joschi, que conversaba animadamente con el jefe de los interventores.

—¿El vejestorio? —preguntó el de la permanente.

Waltraut había oído ese insulto a menudo de boca de los clientes, y esa tampoco sería la última vez que lo escucharía, de manera que contestó como lo hacía siempre:

—Lo lleva bien. En todos los sentidos.

—Ya. —El hombre no supo dar ninguna respuesta ocurrente.

Waltraut bebió un sorbo de su cóctel sin alcohol. Debía dejar de tomar esa cosa dulzona. Aunque rara vez comía más que unos bocados al día, sus caderas se estaban ensanchando y eso que en comparación con Ravija ya se veía demasiado gorda.

—He oído que tu marido es judío.

La frase salió como de la nada. Y para Waltraut fue como recibir un puñetazo en la boca del estómago.

—Lo es, sí.

Ella nunca lo negaría, pero la voz le temblaba más todavía que la mano que sostenía la copa.

—¿Sabes en qué te convierte eso?

El de la permanente difícilmente podría mirarla con más desprecio.

Waltraut estaba paralizada. Como un animal deslumbrado por los faros de un coche, que ve venir el vehículo pero no puede hacer nada.

—En una perra judía.

A ella empezó a temblarle el cuerpo entero.

—Debería darte vergüenza. —El hombre le escupió en la bebida.

Waltraut no pudo evitar lanzar un alarido. Percibió vagamente que de pronto todo el mundo la miraba. Comenzó a sollozar.

—¿Qué ocurre? —oyó la voz de Joschi, que estaba junto a su mesa.

Ella no se había percatado de que había corrido a su lado.

—No sé por qué se ha puesto así —dijo el de la permanente.

—¿Qué le has hecho, cerdo? —Joschi tenía el rostro completamente rojo.

—Nada, nada, solo he dicho la verdad.

—¿La verdad?

—Que es una perra judía.

Joschi le dio un puñetazo.

Y otro.

Y otro más.

Waltraut dejó de sollozar. Nunca había visto así a su marido.

—¡Mi nariz! —gritó el hombre—. Este cerdo judío me ha roto la nariz.

Estaba tan asustado que ni siquiera se le ocurrió levantarse y defenderse.

Joschi cogió una botella de vino y gritó, con la cara como un tomate:

—¡Te voy a matar!

Antes de que pudiera golpearlo, Schulz lo agarró por detrás.

—Tranquilo, Joschi, tranquilo.

—Voy a matar a ese cerdo.

—No creo que quieras ir a la cárcel por un tipejo así.

Schulz hablaba con suma tranquilidad, pero la expresión de su cara decía que a él también le habría gustado estamparle la botella en la cabeza al de la permanente.

Los demás clientes contemplaban el espectáculo turbados, sin tomar partido. Que ninguno acudiera en su ayuda hizo que a Waltraut se le encogiera el corazón.

—Me importa una mierda ir a la cárcel —bramó Joschi.

—Si es que todos los judíos están locos —aseguró el de la permanente, y se levantó—. Menuda mierda de fiesta, me largo.

—¡No te muevas! —vociferó más alto aún Joschi, intentando en vano liberarse de los fuertes brazos de Schulz—. ¡No te muevas! Y pídele disculpas a mi mujer.

Sin embargo, el de la permanente se dirigió hacia la salida trasera, que daba a la calle Philosophenweg, donde podía ir dando tumbos hasta aquellos establecimientos en los que las damas hacían con los caballeros cosas muy distintas aparte de beber y bailar. Mientras se alejaba chilló:

—¡Hitler tendría que haberos gaseado a todos!

—¡Aaaaaaah! —exclamó Joschi, pero Schulz lo mantuvo agarrado con fuerza, como un torno de banco.

Después la fiesta ya no se animó. Waltraut estaba sentada con Joschi abajo, junto a la pista de bolos número 1. Lo había llevado allí para que pudiera calmarse, pero también para estar lejos de todas aquellas personas que no habían acudido en su ayuda. El noventa y nueve por ciento.

La luz iluminaba las tres pistas y Joschi resollaba mientras se enfriaba la mano con hielo. Era una suerte que sus viejos dedos hubieran salido ilesos de los golpes. Joschi no decía nada, tenía la vista clavada en los bolos que se alineaban en el extremo de la pista 1, estaba en otro mundo. Posiblemente con los muertos. Posiblemente en la guerra. En las guerras. Hasta ese momento Waltraut no sospechaba la ira que Joschi había enterrado en lo más profundo de su ser por ella y por sus hijos. Solo había estallado ahora, como una tormenta divina. Porque la había defendido a ella. Se confirmaba lo que Waltraut ya había intuido en aquel viaje a Ámsterdam, después de que Joschi saliera en su defensa cuando la anciana la insultó y la llamó «alemana asquerosa» en holandés: con ese hombre se podía contar. Luchaba por ella. Aunque estuviese en inferioridad de condiciones.

¿Qué marido haría eso por su mujer? Ninguno de los que había tenido Inge Trenzas. Ni Hinrich, su padre, por su madre. Si Joschi luchaba así por ella incluso a su avanzada edad, ella también sacaría fuerzas de flaqueza para aguantar en el Country Club ahora que empezaba a envejecer.

* * *

El agua del Adriático bañaba los pies de Joschi. El Country Club iba tan bien que, después de tanto trabajo duro y de la espantosa fiesta privada, Waltraut, los niños y él podían permitirse una semana de vacaciones en Italia. Como una familia alemana completamente normal, los Safier ya llevaban cinco días pasando horas y horas en la playa, se embadurnaban con la leche solar que olía a coco con unos dedos rebozados en arena, se quemaban la piel pese a ello y comían en restaurantes platos adaptados a turistas alemanes como pizza con salchicha.

Joschi miraba a Waltraut, que dormía en la toalla. Qué bien que

por fin se pudiera relajar y su rostro, incluso sin maquillar, ya no estuviese tan pálido. Joschi contemplaba el mar hasta el horizonte y al hacerlo siempre lo asaltaba un anhelo que era mayor con cada día que pasaba de las vacaciones. ¿Quién sabía cuánto tiempo le quedaba para saciarlo?

Volvió donde estaban las toallas, dio a David algo de dinero para que fuese a comprar unos chicles Bazooka, se puso las zapatillas y cruzó la calle para ir a su hotel, una torre de hormigón. Después de que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad que reinaba en el vestíbulo, Joschi subió a su habitación, cuya entrada estaba llena de arena porque David y él siempre olvidaban lavarse bien los pies antes de entrar en el hotel. Fue directo al teléfono y marcó el número de su hermana.

—Morris —dijo ella al cogerlo.

—Soy yo, Joschi.

—Creía que estabas en Italia.

—Y aquí estoy.

—¿Ha pasado algo?

—Necesito dinero.

—¿Es que no puedes pagarte las vacaciones?

—Claro que puedo —contestó él, entre irritado y orgulloso.

—Entonces ¿para qué lo necesitas?

—Para hacer otro viaje.

—¿Adónde?

—A Israel.

—Te hago una transferencia.

Jerusalén: polaroids junto al Muro de las Lamentaciones con Waltraut y David. Polaroids en el bazar con Waltraut y David. Polaroids ante la iglesia del Santo Sepulcro con Waltraut y David.

En la ciudad Joschi tuvo la impresión de que la vida en los ruidosos bazares y las estrechas callejuelas era la misma de antaño, cuando él vivía allí. Solo que ahora estaba llena de turistas y sus compañeros de infortunio procedentes de la vieja Europa, a los que se reconocía por su piel ahora morena pero originalmente clara, ya no eran jóvenes ni estaban demacrados pero decididos a sobrevivir, sino que habían envejecido como el propio Joschi y en parte eran muy

frágiles.

A media tarde volvieron al hotelito para turistas. Poco antes de volar, a Waltraut se le había infectado una muela en la que le habían practicado una endodoncia y ella confiaba en que la cosa mejorase si se enjuagaba la boca. David opinaba que en Israel hacía mucho calor y quería leer unos tebeos norteamericanos que había comprado en el quiosco del hotel. Joschi, en cambio, salió de nuevo al bochorno vespertino de Jerusalén para ir a otro hotel: el King David.

No le había dicho a Waltraut que iba a ver a Marjem, sino que le había contado la mentirijilla de que quería disfrutar del ambiente de la ciudad. Antes de presentarle a su nueva familia a su prima tenía que confesarle que su actual esposa no era judía y que tenía con ella un hijo y una hija adoptiva que tampoco era judía. En las postales que le había escrito a Marjem en un primer momento desde Alemania Joschi había omitido intencionadamente estos datos, por temor a que ella no se lo perdonara.

La recepcionista informó a Joschi de que su prima había ascendido y ahora era gerente nocturna. Joschi no podía estar más orgulloso de ella. Pidió que le dijeran a Marjem que la esperaría en el bar y echó a andar hacia el local, que había cambiado desde la última vez que él lo había visitado y ahora lucía una cara madera de teca y unos espejos con marco dorado. Era la primera vez que Joschi se sentía desplazado en el bar entre todos esos hombres de negocios con exquisitos trajes y turistas forradas y con vestidos elegantes.

Le pidió al camarero un refresco de cola. El despabilado joven lo sirvió con brío y se centró en una norteamericana entrada en años a la que estaba engatusando para que le diese una propina con el mismo encanto que Joschi en su día, antes de que estallara la guerra de la independencia, solo que en su caso las mujeres eran esposas de oficiales británicos y además él espiaba a sus maridos. Claro que quizá el camarero trabajara para el servicio secreto israelí. Quién sabía.

—Joschi —oyó la voz de Marjem.

Al volverse, vio a su prima, que seguía siendo muy delgada y aparentaba muchos menos de los cuarenta y cinco años que tenía. Vestía una falda negra, una chaqueta negra y una discreta blusa verde y llevaba el cabello recogido en una larga trenza que afianzaba con un

pasador dorado.

—¿Por qué no has dicho que ibas a venir?

—El viaje fue una decisión espontánea —mintió él.

—Una buena decisión —afirmó Marjem, que se alegraba de verdad de verlo y al parecer no le echaba en cara que se hubiese marchado hacía tantos años del país y la hubiese dejado a ella allí. Como judía, sabía que el destino podía hacer que uno acabase en cualquier parte. Incluso en el país de sus asesinos.

—Ahora eres gerente nocturna.

—¡Sí!

Parecía estar tan orgullosa como él.

—Y estás estupenda.

—Tú también.

—Pero qué dices, yo estoy viejo.

—Pero pareces un viejo feliz —repuso ella, sonriendo con amabilidad.

—Porque lo soy.

—¿Se puede ser feliz en Alemania?

—Tengo un hijo.

—Vaya, es fantástico.

Marjem lo abrazó y lo estrechó contra ella cariñosamente.

Era evidente que tampoco le reprochaba que no le hubiese dicho nada de David. Tal vez sus miedos fuesen infundados.

—Hay algo... —empezó Joschi, separándose de ella— que has de saber de mi mujer.

—¿Os habéis separado?

—No.

—No me digas que has enviudado.

—No. ¡No! —La sola idea se le hizo tan insoportable que soltó la verdad en el acto—: No es judía.

—¿No? —Marjem se alejó de él de un modo casi imperceptible.

—Y la hija que tenía antes de que nos casáramos tampoco.

—¿Tu hijo tampoco es judío? —Su prima formuló la pregunta como si tal cosa, pero se olía en las palabras una traición absoluta.

—Él sí, sí. El chico es judío, incluso ha celebrado el bar mitzvá.

—Algo es algo —se le escapó a Marjem.

—¿Tú tienes hijos? —preguntó él para cambiar de tema.

—No —fue la sucinta respuesta, y Joschi no insistió.

También podría haberse ahorrado la pregunta: ¿quién quería traer nueva vida al mundo cuando ella se había quedado huérfana en un campo de concentración?

—Por lo menos el apellido Safier continuará —dijo Marjem tras un rato de silencio.

Lo que calló, pero quedó flotando en el aire, fue que el apellido Klapholz, el suyo, se extinguiría con ella. Joschi, Marjem y Rosl tenían docenas de primos que habrían podido tener docenas de hijos, y estos a su vez otros tantos. En lugar de ello, en la siguiente generación, de posiblemente más de un centenar de Safier y Klapholz, solo quedaría David.

—¿Qué tal está Rosl? —inquirió ella tras un silencio más largo.

Estaba claro que no quería seguir hablando de unos hijos que nunca nacerían. Ni de la familia de Joschi.

—Ya solo ve con unas gafas de culo de vaso.

—La pobre.

Ambos callaron de nuevo.

—Charlie se ha jubilado —contó Joschi, para retomar la conversación.

—Así podrá ocuparse de Rosl.

—Y lo hace.

Más silencio.

—Un refresco de cola, por favor —pidió Joschi al camarero.

—No hace falta que te diga que estás invitado —aseveró Marjem.

—Gracias.

La conversación se agotó por completo. Joschi vio que el camarero servía el refresco con más brío aún que el primero. El silencio lo incomodaba. Casi fue un alivio cuando la recepcionista se acercó a ellos y le dijo discretamente a Marjem:

—Necesitamos su ayuda con un huésped de la habitación 308.

—Me requieren, Joschi. Podemos quedar mañana por la tarde a tomar un café. Como no estoy trabajando, tendré más tiempo para ti.

—He venido con mi mujer y mi hijo.

—¿No podrías escaparte tú solo?

La niña del campo de concentración no quería ver a ningún alemán. Fueran los que fuesen. Pese al amor que profesaba a su mujer y sus hijos, Joschi no podía reprochárselo.

—Lo intentaré —contestó.

—Llámame.

Marjem le dio un abrazo. Amable. Ya no tan afectuoso como el de antes. Y Joschi supo que esa sería la última vez que se abrazarían.

Apesadumbrado por el encuentro y estimulado por la cola, Joschi volvió a su hotel dando un rodeo. En efecto, las calles eran las mismas de antes, pero él sintió que ese ya no era su sitio. A la memoria le vino el poema que Rosl escribió de Viena:

Ahora uno vive más lejos —¡mientras uno siga vivo!—

Viena. Cuando Rosl había ido allí se había sentido tan ajena como de pronto se sentía él en Jerusalén. ¿Se encontraría tan fuera de lugar en Viena como allí, entre esas casas viejas? Seguro que no.

Sus pasos lo llevaron sin que él se diese cuenta —como un caminante que creía haberse perdido pero había tomado un camino directo— hacia la sinagoga en la que en su día golpeó al joven rabino. Para entonces el hombre debía de tener más de setenta años. ¿Seguiría al frente de esa sinagoga que tan poco había cambiado? ¿Y si le pedía disculpas? ¿Por qué? Más bien debía darle otro puñetazo. Como había demostrado en el Country Club, todavía era capaz de hacerlo.

Joschi continuó andando por las callejuelas, en parte de las cuales la iluminación era escasa, esta vez con un objetivo: quería ir al café Royal, aquel punto de encuentro de exiliados que en su última visita, a principios de los años sesenta, tenía un nombre nuevo y que ahora se llamaba Elvis American Diner. A su amigo Amos, que tocaba en el Royal y quería emigrar a Norteamérica solo para acabar suicidándose en Hamburgo, seguro que le habría agradado el nuevo establecimiento. Cómo le habría gustado ahora sentarse allí con él, comer y beber algo. Nada de alcohol como antes, eso claro estaba.

Joschi estuvo un rato plantado delante de la ventana hasta que una camarera de cierta edad y robusta, que vestía como una empleada de un *diner* norteamericano, lo vio. Él dio media vuelta en el acto y siguió andando. Y aunque quería dejar de pensar en su amigo muerto, no lo consiguió. Entre todas las radios de los bares, de las que salía una atronadora música pop en árabe, inglés y hebreo, creía oír cantar

a Amos: *«I get a kick out of you»*.

Solo dejó de oír la canción cuando sus piernas de caminante lo llevaron hasta el quiosco de periódicos donde hacía casi veinte años había comprado la postal en la que invitaba a Waltraut a ir a Ámsterdam. Las revistas *Life* seguían en el mismo sitio que antaño. Solo que ahora no era Brigitte Bardot la que llamaba la atención en la portada, sino el ayatolá Jomeini. Joschi echó una ojeada al expositor de postales y se sorprendió: el recuerdo más bello que le venía a la memoria en Jerusalén era el de los días que había pasado en Ámsterdam con Waltraut.

Siguieron viaje a Tel Aviv. A Joschi le habría gustado volver a ver una vez más Haifa, pero existía el peligro, aunque fuese pequeño, de toparse con Dora en la calle, en un café o en un restaurante mientras iba acompañado de Waltraut y David. Ver que ahora él tenía un hijo sin duda causaría dolor a su exmujer. Y además tendría que contarle a David que había estado casado antes y que Gabi solo era su hermanastra.

Y solo imaginar que pudiese ver a Abraham... El hijo de Selma debía de tener veintitrés años y, si de verdad era hijo suyo, seguro que se parecería al Joschi que tuvo que huir de Viena. Pero ¿qué ganaría con esta certeza, aparte de infligir dolor al chico y a él mismo? Y a Selma y Jakov. Y a Waltraut. Y a Gabi y a David.

De Tel Aviv, Joschi y Waltraut solo vieron las calles desde el taxi y el hotel y distintas consultas de dentistas. Únicamente el tercer médico que vieron, un judío joven oriundo de Irán, y sirviéndose de radiografías, dio con la causa de la infección de la muela de Waltraut, que a esas alturas supuraba con profusión: en Bremen la punta de la aguja de la inyección que le habían puesto para anestesiar la muela se había partido en la carne y allí se había quedado. El joven dentista consiguió retirarla en un complicado procedimiento. Naturalmente los padres no llevaron a las citas a David, sino que le dieron dinero para que se entregase a su nueva pasión: los cómics. Le permitieron comprar todos los que quisiese. Uno se titulaba *Avengers —Los Vengadores—* y Joschi se sorprendió pensando que le gustaría mandar a esos superhéroes al dentista de Bremen.

El día que le operaron la muela a Waltraut todos se metieron

pronto en la cama, pero, como los efectos de la anestesia fueron desapareciendo, Waltraut no podía dormir y, en consecuencia, Joschi tampoco. Estaban tendidos en la oscuridad para que David, que dormía en una cama supletoria, no se despertara y conversaban en voz baja. Waltraut le habló de la rabia y el dolor que le produjo que Hinrich no le diera nada del dinero que había ganado en la lotería cuando ella lo necesitaba. Y que abandonara a su madre enferma como lo había hecho. Al recordar a sus padres, Waltraut también habló de su propia infancia y contó que cuando era pequeña vio que un destacamento de soldados nazis fue a buscar a un judío que se había escondido en la casa de enfrente...

—... y sacaron al pobre hombre de la chimenea. —Waltraut reprimió los sollozos para no despertar a David.

Joschi abrazó a su mujer y le susurró:

—Puedes contarme todo lo que te aflija, todo...

Y Waltraut se lo contó todo. Absolutamente todo. Primero le habló de su infancia en el vagón de tren:

—Yo tenía diez años y estaba en la cama en mi compartimento. Y tosía. Tosía siempre. Y entonces me saltó algo encima. Una rata. Vivíamos entre ratas, Joschi...

Cuanto más hablaba, más lloraba. Joschi miraba una y otra vez a David, para ver si de verdad estaba durmiendo. No quería que el niño se enterase de aquello ni de todos los demás horrores que habían vivido ambos en el pasado.

—En la manifestación de la plaza mayor yo ni sabía lo que pasaba y me metieron en la cárcel. Y un policía me toqueteó los pechos... y sentí tanta vergüenza...

Joschi se enfureció contra ese hombre. ¿Por qué no estaba él aún en la vida de Waltraut para protegerla?

Pero ahora sí que estaba. La abrazó con fuerza y dejó que llorase.

—Nunca te he hablado de Friedrich... —musitó ella cuando volvió a estar un poco más entera.

—Cuéntame —pidió Joschi.

Nunca había querido saber nada de su primer marido, pero si a ella le hacía bien, que hablase.

—Me dejó antes de que naciera Gabi.

—¿Te dejó?

—Fue a morir a Essen. Y yo estaba embarazada y sola...

completamente sola...

No le hacía bien.

—... comí el plátano con piel, cómo iba a saber yo...

Los recuerdos nunca hacían bien.

Salvo los pocos buenos.

—Ahora duerme un poco... —aconsejó él.

—Quiero ir a casa...

—Mañana mismo saco los billetes de avión, para que después de ver al dentista vayamos directos al aeropuerto.

—Gracias —respondió Waltraut, y cerró los ojos.

Llorar la había cansado de tal modo que ni siquiera el dolor de muelas podía mantenerla ya despierta.

Joschi, en cambio, miraba al techo en la oscuridad: había ido a Israel para recordar de nuevo el pasado y ahora sabía cosas del sombrío pasado de su mujer. Debía protegerla mientras pudiera para que no sufriese más.

* * *

—¿Qué tal las vacaciones en Israel? —preguntó Rosl en la cocina color naranja de los Safier.

Waltraut sacó del horno el asado navideño, intuyendo que su cuñada le pondría alguna pega, como a todo lo que le servía. Rosl no hizo ningún ademán de ayudar en la cocina, estaba apoyada en el alféizar de la ventana con una copa de jerez en la mano. Le bastaría con llevar unos platos para demostrar a los hombres, que estaban en el salón, lo mucho que ayudaba. Con la edad, la agotadora cuñada estaba cada vez más delgada y era más bajita e impertinente. Joschi lo disculpaba aduciendo que sufría porque cada día veía menos y odiaba las gafas de culo de vaso que llevaba, pero Waltraut sabía que era una cuestión de carácter. En opinión de su cuñada ella nunca sería lo bastante buena para su hermano, por mucho que se esforzase. ¿Qué había dicho Charlie de los hermanos? Que se tenían un amor ciego.

—En Israel lo pasamos bien —respondió Waltraut mientras miraba la carne y se enfadaba al ver que se había quemado por arriba en algunos sitios. Esperaba que al menos estuviera hecha por dentro. ¿Por qué siempre intentaba hacer las comidas más finas cuando los visitaban si no sabía cocinar? Dijera lo que dijese Joschi, la próxima

vez abriría una lata de sopa de pollo.

—¿Visteis a Marjem?

—Joschi quedó con ella.

Este solo le contó el encuentro a Waltraut cuando ya estaban de vuelta en Bremen.

—¿Y a Abraham? ¿Tampoco lo visteis?

—¿Quién es Abraham?

—El hijo de Selma.

—¿Y quién es Selma?

Rosl esbozó una sonrisa de suficiencia y bebió un sorbo de jerez. Waltraut entendió que con la pregunta había caído en una trampa, solo que no sabía en cuál.

—¿Es que Joschi no te ha hablado de ella?

—¿Debería haberlo hecho? —inquirió Waltraut mientras empezaba a repartir la lombarda en los platos.

—Yo creo que sí.

—Entonces seguro que lo hará.

Rosl no dijo nada, pero solo durante un instante, porque después prosiguió:

—Tienes derecho a saberlo, y si Joschi no te lo cuenta...

—Me lo contará.

—No lo hará —objetó Rosl. Había que quitarle la copa a esa mujer. Cuanto más bebía, tanto más cáustica se volvía—. Abraham es hijo de Joschi.

Waltraut consiguió a duras penas que el cucharón de lombarda no cayera fuera del plato.

—De Selma. Era su vecina, estaba casada con Jakov. Ambos eran amigos de Dora y de él en Haifa.

Waltraut dejó la cazuela, metió el cucharón dentro y miró a su cuñada, que hizo como si se compadeciera:

—Lo siento, tenías que saberlo tarde o temprano.

No tenía por qué saberlo, de ninguna manera. Rosl solo lo decía para hacerle daño. Quizá incluso mintiera. Con esa mujer nunca se podía estar seguro.

—También tuvo un hijo en Viena. Con una judía de clase alta. Él la llamaba Hedy.

A Waltraut le cedieron las piernas. Se sentó en una silla de la cocina.

—Lo siento mucho, de veras.

Rosl le puso una mano en el hombro.

—Quita esa mano de ahí —espetó, resollando, Waltraut.

—Waltraut.

—Que… quites… la… mano… de… ahí.

—Como quieras. —Rosl dio unos pasos hacia un lado con las manos en alto—. Tienes derecho a saberlo.

A Waltraut le habría gustado gritarle: «¡Y tú no tienes ningún derecho a hacerme daño!». Pero no dijo nada. No porque Joschi siempre le estuviera repitiendo que fuese cariñosa y amable con su hermana, sino porque, a pesar del temperamento que tenía, supuestamente era una buena persona. No, esa mujer no la vencería. Waltraut quería mantener la misma serenidad que la reina de Inglaterra. O, por lo menos, que una aristócrata de las historias que contaba su madre, Henriette.

Waltraut ordenó a sus piernas que la obedecieran, se levantó, fue a los fogones, escurrió las patatas y dijo, de espaldas a su cuñada:

—Si por una vez en tu vida me quieres ayudar de verdad, lleva la carne al salón.

Al oír que Rosl tomaba aire para contestar, Waltraut se volvió y contestó a la mirada ofendida de su cuñada con una rebosante de odio. Rosl decidió no decir nada, cogió la fuente del asado y salió de la cocina. Waltraut dejó la cazuela de las patatas junto al fregadero, se encendió un cigarrillo y dio unas caladas para calmarse. Después tomó una decisión: nunca le preguntaría a Joschi por esos dos hijos ilegítimos. No le daría a Rosl la satisfacción de permitir que sembrara esa cizaña en su matrimonio y, de ese modo, también hiciese daño a sus hijos. Su propio dolor lo aguantaría para proteger a su familia. La vida era sufrimiento.

Y, por otra parte, la vida no era sufrimiento. Era casi un milagro: una cadena de salones recreativos quería coger en traspaso el Country Club. Si bien con el dinero que les darían, los Safier no podrían jubilarse —Joschi no cobraba ninguna pensión y Waltraut todavía era demasiado joven para percibirla—, sí podrían amortizar prácticamente toda la hipoteca de la casa y, durante unos meses, Waltraut podría dormir a pierna suelta a diario. Joschi no paraba de escribir nuevas

ideas de negocios en notas, pero a ella le daba la impresión de que había cambiado desde que habían viajado a Israel. Aunque no hacía mucho se había enfadado porque su hijo, como todos sus amigos adolescentes, que estaban a favor de los nuevos Verdes, llevaba un pañuelo de inspiración palestina, cuando Waltraut le dijo que el muchacho no tenía ni la menor idea de lo que era aquello y que dejase de una vez de dar la matraca con Israel, él cedió deprisa. Desde que habían hecho ese viaje, Israel ya no era tan importante para Joschi. Casi daba la impresión de que había visto su pasado y había acabado con él. Pero no con el de Viena. Su marido hablaba a menudo de volver a ver una vez más su ciudad natal. Quizá también hubiese llegado el momento de que ella se enfrentase a su pasado. A lo que quedaba de él.

Klaus estaba más delgado que antes y el cabello le raleaba. Casi tanto como a su padre, que había fallecido hacía un tiempo. Sin embargo, se había puesto un traje por ella y esbozó una sonrisa radiante cuando fue a su encuentro en el café Knigge. La sonrisa sorprendió a Waltraut, puesto que ella había roto los lazos con él hacía casi veinte años. Se levantó de la mesa y su hermano la abrazó. Nunca le había dado un abrazo tan afectuoso.

Waltraut había dudado hasta el último momento de si hacía bien llamándolo para proponerle que se vieran, pero en ese instante se alegraba de haberlo hecho. Klaus se sentó, pidieron sendas porciones de pastel de ruibarbo y acto seguido se pusieron a hablar como cotorras de todo lo importante en sus respectivas vidas:

—Joschi se está planteando abrir un estanco con pipas y whisky caros y cosas por el estilo.

—Dagmar y yo hemos terminado de pagar la casa. Dentro de poco ya no tendremos necesidad de alquilar el piso de arriba.

—Joschi ostenta muchos cargos honoríficos.

—Mi hija pequeña va a ser enfermera.

—He perdido por completo el contacto con Inge Trenzas.

—Papá está enterrado en el cementerio de Walle. Despilfarró todo el dinero que ganó en la lotería. Con lo bien que nos habría venido a nosotros dos.

—Gabi ahora trabaja en un concesionario de coches y vive sola.

—No me atrevía a llamarte.

—Joschi y yo hemos ido a ver a la señora Siegen a la residencia. En la habitación hay cinco mujeres vegetando. A una la habían atado a la cama.

—Tú le ahorraste eso a mamá.

Reconocimiento.

Por parte de su hermano.

Eso era algo que Waltraut no conocía. De nadie de su familia. Ni de sus hijos. A decir verdad, Joschi era el único que siempre la estaba poniendo por las nubes. Hablaba maravillas incluso de la comida que preparaba. ¿Por eso seguía amando a su marido?

—Me gustaría que en el futuro nos viésemos más a menudo que cada veinte años —aseguró Klaus.

Waltraut le sonrió: Klaus no era como su padre. Había sido demasiado dura con él. A lo largo de demasiado tiempo. Y, de ese modo, también consigo misma. Le cogió la mano, áspera después de tantas décadas de trabajo duro, y dijo:

—A mí también.

* * *

Cuando aterrizaron en el aeropuerto de Viena-Schwechat, Joschi pensó una vez más en el poema que había escrito su hermana:

Regresé a Viena años después
e incluso la callecita encontré, pero suerte
no habría de tener.

Ojalá él tuviera suerte. A diferencia de su hermana, él nunca había amado Israel, pero llevaba en el corazón la Viena de su juventud. El cabaré. El Prater. Las chicas. Incluso «La Viena nocturna». En comparación con Viena, qué duro era Israel, qué aburrido Bremen. ¿Quién necesitaba Nueva York, Nueva Delhi o Costa de Marfil cuando podía recordar Viena?

Joschi había dejado Leopoldstadt a los veintitrés años, y ahora tenía casi setenta cuando paseaba por el barrio con la familia; naturalmente sin Gabi, que había preferido ir a Dinamarca con sus amigos:

los letreros de las tiendas no los conocía...
Tenía tantas preguntas, pero me sentía cohibida.

En la Rotensterngasse, que estaba mucho más limpia que en los días de su infancia, Joschi contempló con Waltraut y David, que llevaba los auriculares de un *walkman* al cuello, la casa en la que había vivido de pequeño y de jovencito y que apenas resultaba reconocible: la habían reformado y pintado de gris claro. Cuando se atrevió a abrir la puerta, a Joschi tampoco lo recibió un olor a moho y humedad mezclado con comida, sino a productos de limpieza:

En la casa no había ni un solo Kohn,
ni un Rappaport, Ginsberg, ningún Abrahamson

Joschi se afligió al verla y desistió del propósito que tenía de subir la escalera y llamar a la puerta de la que fuera su casa para pedir a los actuales ocupantes que le dejaran ver las habitaciones de su antiguo hogar. Prefirió ir con su mujer y su hijo al lugar donde antaño se alzaba el instituto Zwi Perez Chajes:

Ahora uno vive más lejos —¡mientras uno siga vivo!—,
más lejos,
más lejos...
más lejos...

A diferencia de su hermana, de pronto Joschi no sintió esa lejanía. Aunque el instituto ahora era un edificio de viviendas, despertó en él recuerdos bonitos de esos años libres de preocupaciones, en los que el mayor problema que tenía en su vida era la clase de latín, que sin embargo se podía olvidar sumamente deprisa en el Prater o haciendo novillos en la piscina.

Joschi vio en su mente el portón de roble marrón oscuro del instituto, que ya no existía: se abrió y todos salieron en masa. Sus compañeros. Los profesores. El director. Salieron a la calle entre todos los modernos coches que había aparcados —un Mercedes blanco, un Chevrolet azul, un destartalado Escarabajo de un verde feo, etcétera, etcétera—, parloteando y riendo. Algunos de ellos incluso cantaban, pero no canciones hebreas, eso les habría gustado a los profesores que eran sionistas, sino: *Veronika, ha llegado Lenz.*

Y cuando Joschi siguió andando entre los alumnos y los profesores con Waltraut y David, que había vuelto a ponerse el *walkman*, también vio a las demás personas de su pasado animando el Leopoldstadt del presente: los comerciantes, los judíos ortodoxos con sus rizos, los Kohn, los Rappaport, los Ginsberg, los Abrahamson. ¡Hedy! Recordó todos los rostros que antes habían palidecido en su memoria. Qué dicha era volver a verlos.

Al día siguiente, bajo un sol radiante, Joschi fue con Waltraut y David a visitar la tumba de sus padres, en el cementerio central de Viena. La lápida estaba como nueva, Rosl pagaba para que la cuidasen. Aunque allí solo descansaran las cenizas de su padre —los restos de su madre estaban enterrados con centenares más en algún lugar cercano a Łódź—, a Joschi le hizo bien estar delante de una tumba. Waltraut y David, a su lado, guardaban silencio. Joschi no quería decir cómo se sentía ni tampoco contarle a su hijo cómo habían muerto sus padres. Quería proteger al muchacho del pasado. Y no tener que llorar delante de él.

El café Central estaba prácticamente igual que antes, cuando Joschi iba a comer tortitas con su padre para celebrar tantos cumpleaños compartidos. El techo alto y abovedado, las preciosas ventanas antiguas; si el café, que siempre frecuentaban literatos, actores y cabareteros, no hubiese sido un café, ¡ay!, podría haber sido perfectamente una bella iglesia en la que no se venerase a un Dios, sino las numerosas tartas que se exhibían en la suntuosa vitrina y el café con nata.

Por supuesto, Joschi pidió tortitas para todos, aunque David prefiriese algo con chocolate y Waltraut solo un café sin nata. Así que Joschi fue el único de los tres que las saboreó. Pero no porque le supieran especialmente bien —en su recuerdo su sabor había ido mejorando de tal forma con las décadas que el real no podía competir con él—, sino porque en su memoria se reavivó de nuevo la Viena del pasado: detrás estaba sentado Hans Moser con Farkas; Karl Kraus a otra mesa conversando animadamente con... ¿era ese Friedrich Hollaender, el que escribió *La culpa de todo la tienen los judíos* para el cabaré de Rosl?

Estaban vivos.

Igual que su padre, que comía con fruición las tortitas junto a Joschi y se ponía perdido, como siempre. En la cabeza de Joschi, Israel, su padre, estaba con su hijo, su nuera y su nieto. Joschi también invitó a Scheindel, su madre, a la mesa. Ahora comían todos juntos, como era tan normal en otras familias.

Mientras uno siga vivo.

Mientras Joschi recordase a los que habían muerto, estos seguirían viviendo.

* * *

De vuelta en Bremen, había llegado el momento de hablar del futuro. Waltraut y Joschi fueron al restaurante chino Nanking y pidieron cerdo agridulce de segundo, que a él le encantaba y a ella no tanto. Él le habló entusiasmado del Proyecto Hillmann, que se estaba construyendo entre la estación y el casco antiguo. Arriba habría un hotel de lujo y abajo un pasaje donde abrirían establecimientos de postín. Incluso Grashoff, el bistró y *delicatessen* al que acudían todos los ricos de Bremen, dejaría la Sögestrasse para abrir allí sus puertas.

—Y todas las personas que quieran ir de la estación al centro o viceversa irán por el pasaje, porque por ahí se ataja. Ahora hay que dar la vuelta por el cine Europa.

Al parecer, Joschi estaba como loco con el proyecto.

—¿Y tú quieres abrir el estanco con bebidas ahí?

—No, porque en el centro y cerca de la estación ya hay algunos. Además, en el pasaje los alquileres son tan caros que no valdría la pena.

—Así que nos iremos a otra parte.

—No, haremos algo distinto en el pasaje —apuntó Joschi risueño, y su mirada parecía más joven.

—¿Qué?

—Adivina.

—Como me vengas ahora con un restaurante fino, te pongo la cara agridulce.

Joschi se rio.

—No tengo ganas de jugar a las adivinanzas.

—Joyas.

—¿Joyas?

—Sí, joyas.

—Pero si tú no sabes nada de eso.

—Pero tú tienes el mejor gusto del mundo.

Aunque Waltraut no creía que tuviera el mejor gusto del mundo, sí pensaba que tenía sentido del estilo.

—¿Y de dónde vamos a sacar las joyas?

—Las compraremos a intermediarios. Eso no es ningún problema.

—Ya...

A veces para Joschi las cosas eran así de sencillas.

—No pareces entusiasmada.

Joschi estaba en lo cierto, y eso que Waltraut no tenía nada en contra de vender joyas. Al contrario, le complacería ayudar a las mujeres a ponerse guapas, como hacía antes en Karstadt. Y, sin embargo, había algo que la carcomía: una vez más Joschi tomaba una decisión sin consultarla con ella. Y eso que, con todo lo que había hecho para salvar a la familia después de que quebrara el Scandia y de los años de duro trabajo en el Country Club, merecía que él la hiciera más partícipe de esas cosas.

—¿Tienes una idea mejor?

¿Le estaba preguntando a ella?

—¿Waltraut?

Lo quería saber de verdad.

Ahora a ella debía ocurrírsele algo y deprisa. Las joyas estaban bien, pero ¿no había algo mejor? ¿Maquillaje? ¿Perfume? No, tenía que ser algo fino, con lo que se pudiera ganar un buen dinero.

—Lencería —repuso antes de que la idea hubiese tomado forma por completo.

—¿Lencería? —repitió, asombrado, Joschi.

—Sí, sí —corroboró ella, a la que su idea empezaba a parecerle estupenda—. En Bremen todavía no hay una tienda con lencería refinada y cara.

—Me gusta la lencería —afirmó Joschi sonriendo—. Sobre todo si la llevas puesta tú.

—¡Bobo! —exclamó ella con una sonrisa.

—Seguro que podrías venderla bien —añadió él, con mayor

seriedad.

—Pues claro que podría.

—Pero con las joyas se puede ganar más dinero.

Eso Waltraut lo veía, pero le molestaba. Era la primera vez que le pedían su opinión de verdad y quería que contara para algo.

—Podríamos vender las dos cosas.

—¿Las dos cosas?

—Si una no va bien, tendremos la otra, y así nos cubriremos las espaldas.

Estuvo a punto de añadir: «No como la otra vez».

—Suena inteligente.

—Es que tu mujer es inteligente.

—Muy cierto —admitió él con sinceridad.

—Y también sé ya cómo se llamará la tienda.

A una idea la seguían rápidamente las demás.

—¿Cómo?

—Dessous und Diamanten.

«Lencería y diamantes.»

* * *

Joschi estaba henchido de orgullo: escasos días antes de la inauguración de Dessous und Diamanten le concedieron la Orden del Mérito de la República Federal de Alemania en el ayuntamiento. Lo había propuesto para tal honor el consejero de Educación de Bremen, con el que Joschi había trabado amistad en el curso de esos últimos años. Al político le había impresionado la labor que había realizado Joschi como presidente de la Gesellschaft für Christlich-Jüdische Zusammenarbeit: le gustaba que, junto con protestantes y católicos, Joschi trabajara para que los cristianos entendiesen mejor la religión judía y de ese modo pudieran acabar con los prejuicios contra los hebreos, aunque en Bremen estos apenas fuesen un centenar y Joschi jamás hubiese desempeñado ese cargo honorífico de no pertenecer su hijo a la comunidad judía.

Pero Joschi no habría sido Joschi si no se hubiese reído un poco también de toda esa pompa y, sobre todo, de sí mismo. Poco antes de que le concedieran la distinción, cuando David le preguntó en la suntuosa sala del ayuntamiento:

—Papá, ¿exactamente por qué te van a dar la Orden del Mérito?

Él contestó:

—Emborraché al consejero.

Pero cuando este, en representación del alcalde, que a su vez actuaba en representación del presidente de la República, le prendió la cruz en la parte izquierda del pecho, aquello fue para Joschi un gran honor: Alemania lo distinguía a él, el menudo judío de Viena.

Después vio a todas las personas a las que amaba: Waltraut, que iba mejor vestida y era mucho más bella que todas las demás damas de la sala; David, que incluso se había puesto un traje, y Gabi, que con su chaqueta con hombreras, su falda y, sobre todo, su nuevo peinado recordaba a la princesa Diana. Hacía un mes Joschi había cumplido setenta años. Si tenía que morir ese día, lo haría siendo un hombre feliz.

1987-1992

Waltraut se bajó del taxi con el que nada más salir del trabajo fue a la casa unifamiliar a orillas del río Weser en Achim-Baden, municipio de Baja Sajonia. Se dirigió con paso vacilante hacia la puerta de madera oscura y cristal opalino verde y pensó si no sería mejor dar media vuelta. Pero entonces oyó que tras ella el taxi se marchaba. Waltraut se plantó delante de la puerta y llamó al timbre. Poco después vio a su hija por el cristal. Gabi, con unas mallas de aeróbic de color violeta, una camiseta amarilla y una cinta rosa en el pelo, abrió la puerta empapada en sudor y se puso nerviosa en el acto:

—¿Ha ocurrido algo?

—No es nada.

—¿Nada? Has estado llorando.

—¿Puedo pasar?

—Claro, claro.

Gabi condujo a su madre al elegante salón, que había amueblado hacía escasas semanas con su nuevo novio, Jens. El alto, corpulento y siempre un tanto ruidoso propietario de dos farmacias allí había propuesto matrimonio a Gabi en cuanto se había ido a vivir con él. A Waltraut no le caía especialmente bien ese hombre que estaba en el ecuador de los cuarenta, pero se alegraba de que alguien pudiera dar un hogar tan bonito a Gabi. Sobre todo ese día, cuando estaba claro de una vez por todas que ella ya no lo podría hacer.

Waltraut se dejó caer en uno de los dos sillones de piel marrón. Gabi le ofreció un jerez, que ella se bebió de un trago. Waltraut miró por el ventanal el Weser, que corría más abajo, entre los ribazos. Con gusto se habría tomado dos más, pero, como no estaba acostumbrada al alcohol, le habrían flaqueado las piernas y, cuando volviera a casa del trabajo, el farmacéutico la habría encontrado en ese estado.

—Dime, ¿qué pasa? —inquirió Gabi, sentándose en el sillón de enfrente.

—El negocio ha quebrado.

A Waltraut le costó Dios y ayuda confesarlo. Y más a su propia hija. Pero tenía que hablar con alguien.

Ya no mantenía ninguna relación con la por fin adinerada Inge Trenzas, la señora Siegen había muerto en la residencia y a Klaus, aunque ambos se habían propuesto algo muy distinto, hacía tiempo que no lo veía. Gabi, que tenía poco más de treinta años, era la única persona a la que podía confiarse.

—¿Quebrado?

Gabi estaba atónita, y no era de extrañar ya que, como siempre, Waltraut y Joschi habían ocultado las preocupaciones a sus hijos.

Estos solo se habían enterado de las operaciones de cáncer de piel a las que se había sometido Joschi porque su padre tenía en los brazos, las manos y la cabeza demasiadas curas y vendajes. Y porque había pasado demasiados días en el hospital. El médico había dicho que la radiación solar a la que había estado expuesto en todos los viajes que había hecho por mar y al vivir en Israel había sido perjudicial para la piel. Qué mundo este: ahora hasta el sol era un peligro para las personas. Por lo menos el cáncer no estaba muy extendido.

—Nadie va por el pasaje Hillmann —contó Waltraut—; la gente no quiere atajar y prefiere ir por donde siempre, dando la vuelta al cine Europa. No somos los únicos que nos vemos obligados a cerrar.

—¿Y qué significa esto para vosotros?

—Que nos tendremos que declarar insolventes.

Gabi no entendía del todo.

—Estamos acabados.

—Y ahora… ¿qué vais a hacer?

—Tendremos que vender el piso, irnos a otro sitio y esperar… otra vez esperar… que Rosl… —A Waltraut se le quebró la voz.

—¿Y si no os echa una mano?

—En ese caso solo nos quedarán las ayudas sociales.

Gabi resopló y Waltraut se dio cuenta de que a su hija la sobrepasaba la situación. No debería haber ido a verla. ¿Qué clase de madre era, si le iba lloriqueando a su hija? Ningún hijo debería preocuparse nunca por su madre. Y ninguna madre debería dar motivo de preocupación a sus hijos.

—Tienes que dejarlo —opinó Gabi.

—¿Qué?

—Tienes que dejar a papá.

—¿Se puede saber qué estás diciendo?

—Es la segunda vez que te lleva a la ruina. Vender lencería y joyas en una tienda fue una idiotez.

—La lencería se vendía bien —objetó Waltraut, que pese a todo estaba orgullosa de que su parte de la idea hubiese funcionado, aunque no hubiese bastado para salvar la tienda.

—Hasta yo os podría haber dicho que la gente no iría por esa mierda de pasaje...

—¿Es que me vas a hacer reproches ahora?

—A ti no, ¡a él! Tú lo haces todo por él, y él, ¿qué hace? Cagarla siempre.

A Waltraut le sorprendió la vehemencia de su hija, e incluso la intimidó, como cuando, de adolescente, la acusó de haberla dado a su tía Rosl cuando era pequeña.

—Papá es viejo y está enfermo. Tú eres joven, solo tienes cincuenta y dos años. No se merece que sacrifiques toda tu vida por él.

La idea hizo que de pronto Waltraut sintiera una pesadez plúmbea.

—Deja a papá, pasa de Rosl y consigue un trabajo de dependienta. Y luego búscate otro marido. Uno mejor.

—¿Y él?

—Tendría que haberse ocupado mejor de ti.

—No sabía que lo odiaras tanto —afirmó su madre, tragando saliva.

—No es odio, para nada. Incluso me cae bien. Pero a ti te quiero, y no me gustaría que te hundas.

Hundirse.

Si fuese muy muy rápido, sería una buena solución a todos sus problemas. Pero, por desgracia, algo así nunca lo era.

—¿Y David...?

—Ya es bastante mayor para encontrar trabajo y darte algo de dinero.

Lo que proponía Gabi era monstruoso. Pero más todavía lo era el hecho de que su hija tenía parte de razón en lo que decía: Joschi la había arruinado definitivamente.

* * *

En pijama y bata, Joschi se tomó la tensión. El médico había dicho que debía hacerlo tres veces al día, pero él se la tomaba más a menudo, confiando siempre, en vano, que los valores mejoraran. Le daban miedo. Ya tomaba muchas pastillas para bajar la tensión.

157 y 122.

Joschi se quitó el tensiómetro, retiró el brazalete y lanzó el aparato contra el escritorio. Waltraut le había dicho que tirase esa mesa a la basura, puesto que de todas formas ya no iba a necesitarla, pero Joschi no quería renunciar a ella. De modo que el escritorio con la máquina de escribir portátil en el medio, tapada con un paño, seguía en aquel cuchitril de piso de tres habitaciones cuyo alquiler Joschi solo se podía permitir porque Charlie lo ayudaba económicamente y David les entregaba la beca que le concedían para los estudios.

Cuánta vergüenza le daba. Cada puñetero día, cada minuto que estaba despierto. Había fracasado. Por completo. Otra vez, que ahora sería la última. Ya nunca podría ganar dinero.

Waltraut fue a verlo al cuchitril y dijo:

—Voy a visitar a Gabi.

Waltraut iba cada vez más a menudo a ver a su hija. Y no era de extrañar, pensaba Joschi, porque ¿quién quería pasarse el día en ese piso enano con semejante fracasado?

—Lo siento tanto —dijo.

—Deja de disculparte de una vez —repuso, irritada, Waltraut.

—Todo es culpa mía.

—De verdad que no puedo seguir oyendo siempre la misma cantinela —aseveró ella, y dio media vuelta para marcharse—. Y para ya de tomarte la puñetera tensión. Te estás volviendo loco, y a mí contigo. Cuanto más lo haces, más te sube.

—¿Waltraut? —preguntó él con voz vacilante.

—¿Qué? —Ella se volvió hacia él, enervada.

Joschi, que estaba en su silla, se levantó.

—Te…

No se atrevía a expresar la idea que lo atormentaba cada vez más durante esos meses aciagos.

—¿Me…?

El enfado de Waltraut iba a más.

—Nada.

—¿Qué? —insistió ella, casi con furia.

—¿Te… quedarás conmigo? —preguntó en voz baja.

Tras sopesarlo un instante, ella repuso:

—Claro.

Después se dio la vuelta y se fue. Que antes de contestar se lo pensara infundió un temor a Joschi que, pese a la guerra y el destierro, no conocía hasta ahora.

* * *

—¿Qué tal estoy? —preguntó Gabi cuando salió del probador de la elegante *boutique* de la ciudad con un bonito conjunto de falda plisada blanca, cuerpo blanco y chaquetita beis.

Jens y ella solo querían casarse por lo civil, la Iglesia les importaba tan poco como a Waltraut.

—Pareces una princesa.

Waltraut sonrió, y solo entonces fue consciente de lo poco que sonreía últimamente. Y eso que hacerlo era maravilloso.

—Pero no me parezco a Diana, ¿no? —inquirió Gabi, a la que para entonces su etapa de copiar a la princesa le resultaba un tanto desagradable, aunque sin ese parecido no habría conocido a su farmacéutico.

Solo por eso la había abordado Jens en la Freimarkt, la feria de Bremen. La había seguido hasta que ella se rindió a su vociferante encanto. Pero estaba claro que ahora Gabi no quería que él se casara con Diana, sino con ella.

—No, pareces la princesa Gabi —aseguró su madre.

Gabi sonrió alegremente, se miró en el espejo —le gustó lo que vio— y preguntó:

—Dime una cosa. Aquello que siempre estaba contando la abuela, de que un pariente nuestro era conde, era mentira, ¿no?

—¿Eso quién lo sabe?

—Tú.

Waltraut se paró a pensar: tampoco estaba segura al cien por cien de que no fuera verdad. Ella nunca se había puesto a indagar. Por eso contestó:

—Sería bonito.

—Ya —convino, risueña, su hija, y se miró de nuevo en el espejo —: la condesa Gabi.

—Suena un poco a doña perfecta —rio Waltraut.

—Qué boba eres —repuso Gabi, también entre risas.

A Waltraut le pareció estupendo reírse con su hija. Como si fuera una amiga.

* * *

Joschi bajó la escalera despacio. Quería ir a comprar un periódico. Días antes Waltraut le había echado la bronca y le había dicho que se vistiera de una vez en condiciones y saliera de casa en lugar de pasar todo el tiempo metido en su cuchitril. Sin embargo, él había subestimado lo débil que se encontraba después de las operaciones y de los meses que llevaba viviendo en el nuevo piso.

Un paso y luego otro, un paso y luego otro.

Joschi echó pestes para sus adentros contra Waltraut por no haber podido encontrar un piso en la planta baja, pero se avergonzó acto seguido, ya que su mujer no tendría por qué haber buscado nada si a él no se le hubiese ocurrido la disparatada idea del pasaje Hillmann.

Un paso y luego otro, un paso y luego otro.

Cuando llegó al descansillo del segundo, tomó aliento y miró hacia arriba: después tendría que subir otra vez todos esos escalones. ¿Y si lo dejaba estar?

No, ¿qué pensaría Waltraut de él si volvía ahora? Lo consideraría definitivamente un carcamal y era muy probable que lo abandonase. A fin de cuentas, ahí fuera había miles de hombres más jóvenes dispuestos a engatusar a una mujer tan guapa.

Un paso y luego otro, un paso y luego otro, un paso...

Joschi se mareó. Se agarró con fuerza a la barandilla. Subir ahora no. Subir ahora no. Cuando se recuperó un poco del mareo, dio el siguiente paso y... tropezó. Cayó rodando siete escalones, se golpeó la cabeza y perdió el conocimiento.

Una semana después, cuando le quitaron los puntos y se hubo recuperado de la conmoción cerebral, Joschi volvió al piso y a partir de ese momento no se atrevió a salir más de él.

* * *

—Mi Jens es un buen partido, Gabi ha tenido suerte —se jactó la madre del farmacéutico durante el banquete de boda, que se celebró en el distinguido hotel Park.

Aunque contaba ya ochenta años, estaba en forma, era nervuda y tenía unos ojos azul hielo. A Waltraut la celebración le pareció como el convite de un funeral. No porque el ambiente fuera malo (al contrario, todo el mundo estaba de buen humor; ella era la única que no lo estaba), sino porque un temor vago por su hija se había apoderado de ella.

—Mi Jens se está labrando un porvenir. Tiene previsto comprar una farmacia en Verden y otra en Nienburg —presumió la vieja.

Al parecer en esa familia lo más importante era el éxito. Y eso que la mujer del farmacéutico seguro que no había trabajado ni un solo segundo durante su vida de casada.

—Los hijos de Gabi no tendrán que crecer como lo hizo ella.

La madre de Jens sonrió, pero a Waltraut le sonó como si fuese culpa suya que Gabi hubiese tenido que pasar los primeros años de su vida sumida en la pobreza.

—Eso está bien —repuso Waltraut, asimismo sonriendo, y decidió pasar por alto el mensaje que quería transmitirle la madre de Jens: que Gabi no era lo bastante buena para su hijo.

—Y si Gabi se esfuerza...

—Discúlpeme —la cortó Waltraut. Siempre consecuente, trataba a la mujer de usted, aunque durante el espumoso de bienvenida ella le había propuesto que se tutearan—. Necesito que me dé un poco el aire. Es por la emoción de que mi hija haya pescado tan buen partido, ¿sabe?

Aunque lo dijo con voz meliflua, las palabras le borraron la sonrisa de la arrugada cara a la madre de Jens. Waltraut se levantó y echó a andar hacia la terraza del hotel sin hacerle el menor caso.

Ya fuera, bajo el precioso sol de septiembre, se encendió un cigarrillo, se acercó a la baranda de la terraza y aspiró el humo con fruición. Ya sabía a qué se debía su miedo: si la madre de Jens ya era así, ¿cómo se comportaría él con su hija una vez casados?

—¡Hola! ¡Hola, Waltraut!

Waltraut miró abajo: un hombre alto con un traje elegante la saludaba con la mano. Se atragantó de tal forma que tuvo que toser. Temió que fuese el tipo que la había llamado «perra judía» en el Country Club. Las piernas le flaquearon y se agarró con fuerza a la baranda, pero entonces el hombre exclamó de nuevo:

—¡Waltraut!

—¿Gerhard?

Al fin lo reconocía.

—Conque te acuerdas de mí.

En efecto, era el atractivo empresario al que había dejado plantado por Joschi en la sala de conciertos hacía casi treinta años y que había ido a comer al Scandia con su mujer alta y rubia de vez en cuando.

—Baja —pidió él.

Waltraut miró por el cristal a los invitados de la boda, vio que la madre de Jens se cogía del brazo de su hijo, ufana, y no le apeteció lo más mínimo volver con ella. Tiró el pitillo al suelo, lo aplastó con su zapato de tacón y bajó la escalera para reencontrarse con el caballero de sonrisa afable. Había perdido algo de pelo, pero estaba moreno, como si acabase de regresar de unas semanas de vacaciones. Desde que fueron a Viena, Waltraut no se había vuelto a plantear la posibilidad de viajar. Y durante los últimos años tampoco había pasado tanto tiempo al sol como ahora.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber Gerhard.

—Mi hija se acaba de casar por lo civil y lo estamos celebrando.

—Vaya, en tal caso no te quiero molestar.

—Tranquilo, tranquilo, puedo quedarme un rato.

—Estupendo.

A Waltraut le pareció estupendo que a Gerhard le pareciera estupendo, y preguntó:

—¿Cómo te va?

—Estoy felizmente divorciado. —Levantó la mano para enseñarle que ya no llevaba alianza—. ¿Y tú?

—Casada.

—¿Felizmente casada?

—Por supuesto —aseguró ella.

La verdad no era para desconocidos.

—Vaya, cuánto me alegro —contestó él.

Waltraut se alegró de que él, claramente, no se alegrara.

—¿Has estado de vacaciones hace poco? —le preguntó.

—Ahora siempre lo estoy.

—¿De veras?

—Mi hermano, el hijo que tuvo mi padre en su segundo matrimonio, se ha hecho cargo de los negocios.

—Supongo que eso es bueno, ¿no?

—Un alivio —admitió Gerhard, aunque daba la impresión de que algo lo abrumaba. Pero Waltraut no quería insistir; al fin y al cabo, apenas se conocían. Tras un momento de silencio, él dijo—: Sigues estando igual de guapa.

—Empiezo a tener cierta edad...

—La belleza no sabe de edades —opinó él.

Waltraut se sintió halagada. Desde que se habían declarado en quiebra, nadie salvo Joschi le hacía cumplidos, y eso que, pese a todas las preocupaciones que tenía, ella seguía concediendo una gran importancia a salir de casa siempre bien vestida, peinada y maquillada, aunque solo fuera a hacer la compra.

—¡Mamá! —Waltraut oyó que la llamaba su hija. Miró hacia arriba, a la terraza—. Vamos a partir la tarta.

—Bueno, ahora tengo que irme —le dijo a Gerhard, aunque le habría gustado continuar conversando con él.

—¿Y si seguimos hablando en otro momento?

A Waltraut le sorprendió la proposición.

—No te preocupes, no te llevaré a un concierto de música clásica.

Waltraut no pudo evitar reírse.

—¿Y bien? ¿Qué me dices?

—Siendo así, de acuerdo.

—¿Puedo llamarte?

Joschi siempre estaba en casa, así que ella no podía hablar por teléfono con otro hombre, de manera que replicó:

—Nos vemos el miércoles de la semana que viene a mediodía en el departamento de perfumería de Karstadt.

Ahora fue Gerhard quien se rio.

Aunque el que fuera el departamento de Waltraut estaba ahora en otro sitio en la planta baja y tenía un mostrador y vitrinas más sencillas

que en su época, a ella siempre le hacía ilusión ir allí. Gerhard ya estaba junto a la caja, donde le estaban envolviendo un perfume. ¿Sería para ella?

—No estaba seguro de que fueras a venir —dijo encantado al verla.

En un primer momento ella también había tenido sus dudas, pero se decidió a hacerlo por la mañana, después de que Joschi se disculpara por milésima vez por haber fracasado. Le dijo que quería ir al centro a comprar un jarrón para el salón de Gabi.

—Veo que has comprado algo. —Waltraut señaló el perfume.

—Es para ti.

—¿Y si no hubiese venido?

—Lo habría regalado en algún cumpleaños.

Waltraut se rio. Le gustó la sinceridad, Gerhard ya no era tieso como un palo como antes. Le ofreció el perfume con el bonito envoltorio y ella le dio las gracias y se lo metió en el bolso. En casa le diría a Joschi que se había permitido un capricho.

—¿Y ahora qué hacemos? —planteó Waltraut.

—Vamos a comer salchichas.

—¿Salchichas?

Waltraut se esperaba algo más elegante de él, un almuerzo en el Ratskeller, por ejemplo.

—Es lo que propusiste tú en su día después del concierto.

Gerhard recordaba la velada mejor que ella, lo cual la halagó más incluso que sus cumplidos, de manera que respondió:

—Venga, pues salchichas.

En Kiefert, junto a la iglesia de Nuestra Señora, comieron salchichas, que acompañaron de sendas cervezas.

—Bueno, ¿y cómo es la vida de jubilado? —preguntó, animada, a Gerhard.

—Prefiero decir *rentista*.

—¿Y eso qué significa?

—Que uno tiene tanto dinero que ya no necesita trabajar más.

—Parece una gran profesión —repuso ella risueña.

—Nunca quise ser empresario.

Waltraut ya había oído decir eso a algún que otro cliente del

Country Club. Hombres a los que les habría gustado estudiar filosofía, música, fotografía o algo relacionado con las bellas artes, pero que habían tenido que tomar las riendas de una empresa. Bien porque el patriarca había muerto prematuramente, bien porque habían decidido que era mejor ser ricos que creativos.

—¿Y qué te habría gustado hacer? —preguntó ella mientras se limpiaba la boca con la servilleta de papel.

—Eso es lo peor, que no lo sé.

—¿No lo sabes?

—Mi padre y yo siempre tuvimos claro que me haría cargo de la empresa.

Waltraut sintió compasión: Gerhard era un hombre que se había dado cuenta de que no había vivido según sus deseos.

—¿Y tú? —se interesó él.

—¿Y yo qué?

—¿Lo has hecho todo como siempre quisiste?

Waltraut no pudo evitar reírse: una pregunta así solo la podía hacer alguien que tenía elección.

—He mantenido a flote a mi familia.

—Ya, pero ¿habrías querido hacer otra cosa?

Eso era algo que Waltraut nunca se había planteado.

—En ese caso nosotros dos no somos tan distintos —constató Gerhard.

Eso sorprendió a Waltraut. Y más aún que en ese momento se sintiese tan unida a él. Y se asustó. Hasta tal punto que se puso a pensar febrilmente si en ese sentido tampoco sería tan distinta de Gerhard. ¿Qué le habría gustado hacer?

Le habría gustado ser jefa de departamento, como la señora Siegen.

Cuando era joven nunca lo había pensado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Gerhard.

—¿Por qué lo dices?

—Pareces triste.

—Estoy bien.

—¿Qué haces el sábado de la semana que viene?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tengo dos entradas para un concierto…

—Ay… —Waltraut profirió un suspiro.

—No como aquel. Udo Jürgens está en la ciudad.

De pronto los sombríos pensamientos de Waltraut se esfumaron. Seguía gustándole mucho la música de Jürgens cuando aparecía en programas de televisión.

—¿Vienes conmigo?

—Si no voy yo, ¿para quién sería la otra entrada? —quiso saber Waltraut.

—Para mi hermana.

—¿Quieres dejarla plantada por mí?

—Ella también me cambió a mí por su compañera.

—¿Su compañera?

—Tendrías que haber visto la cara que puso mi padre cuando se enteró de cuál era su inclinación.

Como Gerhard sonrió al contarlo, ella también lo hizo.

—Y ni te imaginas las cosas que dijo de ella la gente bien de Bremen.

—Me lo imagino perfectamente.

—Pero a mí hermana le da lo mismo, lo cual es algo envidiable.

A Waltraut le gustaría conocer a esa mujer.

—Entonces ¿qué me dices? ¿Vienes conmigo?

—Me… me lo pensaré.

—Piénsatelo bien —apuntó Gerhard sonriendo.

De puro susto al no haber dicho que no de inmediato, Waltraut se bebió de un trago lo que le quedaba de cerveza.

—Pues claro que vas a ir —afirmó Gabi mientras Waltraut tomaba un té con ella en la terraza con vistas al Weser de su casa.

—Pues claro que no —respondió Waltraut, que esos últimos días (que si Udo Jürgens por un lado, que si Gerhard por otro) había decidido no engañar a su marido yendo a un concierto.

Ya le sabía bastante mal haberle ocultado que había ido a comer salchichas. Y que Joschi opinara que el nuevo perfume olía de maravilla.

—Y yo te digo que sí —aseguró risueña Gabi, a la que no parecía molestarle demasiado estar en casa sola en lugar de en su luna de miel.

Jens la había consolado aduciendo que, como primero debía

encargarse de la compra de las nuevas farmacias, después, en Navidad, irían a Hawái. Cuantas más cosas sabía Waltraut de su comportamiento, peor le caía ese hombre.

—Pero ¿cómo voy a hacer eso? No puedo dejar a papá solo tanto tiempo.

—Pues ahora mismo lo has hecho.

—Pero sabe que estoy contigo.

—Pues eso mismo le diremos cuando vayas al concierto.

—¿Y qué pasa si te llama?

A eso Gabi no tenía respuesta.

—¿Lo ves? Venga, deja ya este disparate.

—Solo quiero que te diviertas un poco —aseveró, compasiva, su hija.

El teléfono sonó.

—Puede que sea Jens, que para variar vuelve antes del trabajo.

Gabi se levantó para ir al salón a cogerlo.

Waltraut se calentó las manos con la taza de té mientras contemplaba el río a la luz vespertina.

Divertirse un poco.

Udo Jürgens.

La verdad era que estaría bien.

Gabi volvió a la terraza. Estaba blanca. Waltraut supo en el acto que había pasado algo malo.

* * *

¿Por qué no funcionaba el puñetero teléfono? Quería llamar a la pequeña Gabi, para preguntarle si le apetecía ir a tomar un helado. Por mucho que diera toquecitos y marcara, no daba señal. Vaya, si no tenía el auricular en la mano. ¿Dónde estaba el puñetero auricular?

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le preguntó Waltraut.

Joschi la miró cuando entró en la habitación. No era el salón. Había una cama. Pero tampoco era el dormitorio. Entonces ¿dónde estaba?

—No deberías corretear por la habitación, esto es un hospital —le recordó Waltraut.

—No soy capaz de llamar a Gabi.

—¿A Gabi?

—Por más que toco las teclas...

—Eso no es un teléfono, es la bolsa del gotero.

—¿Del gotero?

—La semana pasada sufriste un infarto, estuviste en cuidados intensivos hasta ayer y ahora estás en planta, en tu habitación... —Waltraut estaba muy afectada.

—¿Un infarto?

—¿Es que no te acuerdas?

Lo último que recordaba era... era... era... ¿el cabaré? ¿Rosl en el escenario?

—No te preocupes, iré a hablar ahora mismo con un médico para que te explique lo que te pasa, pero primero te meteré en la cama —repuso Waltraut.

Fue con él y lo agarró del brazo. Eso lo hizo feliz. Cuando Waltraut lo cogía era maravilloso.

—Así, ¿ves? Y ahora a la cama... Cuidado con el gotero...

¿De verdad no era un teléfono?

—... así... así... y ahora te tapo...

Le gustaba que ella lo tapara.

—Los Tratados de Locarno. —Joschi no pudo evitar reírse. Vio a Hans Moser diciendo eso. ¿O era Karl Kraus?

—¿Los Tratados de Locarno? —inquirió Waltraut.

—«Los Tratados de Locarno.» «¿Quiénes eran esos a los que trataba? ¿Y de qué?» —Joschi se rio al recordar el viejo chiste.

—¡Doctor! —llamó Waltraut.

—¿Sí? —preguntó un hombre de bata blanca que entró en la habitación.

—Es mi marido. Está muy confundido —dijo Waltraut.

Joschi cerró los ojos y vio a Rosl con Moser en el escenario.

—Podría ser un ligero ataque de apoplejía —dijo Moser—. Lo llevaremos a cuidados intensivos de nuevo ahora mismo.

¿Por qué Moser no tenía acento vienés?

—¿Sobrevivirá? —preguntó Rosl a Moser.

¿De qué estaban hablando? ¿Se suponía que era alguna gracia?

—Eso no se lo puedo decir —repuso Moser.

A Joschi no le gustaba la obra.

Pero no tenía más remedio que vivir en ella.

* * *

Waltraut llevó a Joschi a morir a casa. Aunque este volvía a pensar con claridad, no comía nada desde hacía siete días. Los médicos le dieron una semana de vida, dos a lo sumo; una de las monjas incluso habló de días. Lo mejor era que Joschi estuviese en su entorno habitual. Con ella. Hasta que la muerte los separara. Aunque solo había pronunciado esas palabras en un registro civil ante un funcionario antisemita, Waltraut lo daba por sentado. Igual que para ella había sido lo más normal del mundo cuidar de su madre hasta el final aun estando embarazada de muchos meses.

Waltraut le quitó el abrigo a Joschi, lo llevó al dormitorio y lo ayudó primero a ponerse el pijama y a continuación a meterse en la cama. Cuando lo tapó, él dijo:

—Tengo hambre.

—¿Que tienes qué?

—Hambre.

En el hospital no había tocado los platos que le llevaban y se había negado a que lo alimentasen por sonda. De ahí que Waltraut preguntase desconcertada:

—¿Y qué quieres comer?

—Sopa.

—¿Sopa?

—Esa de pollo que siempre te sale tan rica.

Le salía tan rica porque era de lata. Todavía había una en uno de los armarios de la cocina, cuyo color marrón jamás habría elegido la propia Waltraut. El casero, un griego que invertía en casas el dinero que ganaba con sus dos restaurantes, no tenía gusto alguno.

—Si te apetece.

—Me apetece —aseguró él sonriendo.

Waltraut fue a la cocina con la certeza de que Joschi tomaría una, como mucho dos cucharadas de la sopa.

Sentado en la cama con una bandeja en el regazo, Joschi se tomó toda la sopa. Waltraut había pensado que tendría que dársela ella, pero se la comió él solo. Incluso sin manchar la colcha ni las sábanas.

—Estaba riquísima. ¿No podrías hacerme también una tostada?

—¿Una tostada? —Waltraut no daba crédito.

—Sigo teniendo hambre. —Joschi esbozó una sonrisa

encantadora.

—En el hospital no comías nada.

—La comida era muy mala.

Waltraut no se lo podía creer.

—Solo me gusta la tuya —afirmó él, dirigiéndole una mirada rebosante de amor.

Solo entonces comprendió Waltraut que tenía una posibilidad muy real de salvarle la vida. Que aquello no iba a ser como lo de su madre. Y, para su propia sorpresa, la arrolló una oleada de dicha: ¡no perdería a Joschi!

Waltraut no volvió a ver a Gerhard.

* * *

—Madre mía, esta niña es un torbellino —exclamó risueño Joschi cuando Annika, la hija de Gabi, una monada con ricitos que siempre le alegraba el corazón, se puso a dar vueltas alrededor de su sillón.

Annika era completamente distinta de la tímida Marjem tiempo atrás. Su prima le había escrito una carta hacía poco: había conocido en el hotel a un magnate del petróleo norteamericano del que se había enamorado y se había ido con él a su Alaska natal. Joschi se alegró por ella. ¿Quién tendría más merecido pasar las últimas décadas de su vida en la riqueza y sintiéndose querida que una mujer que de pequeña había estado en un campo de concentración?

—¡Abuelo, abuelo! —Ahora Annika se sentó en el brazo del sillón.

—¿Sí?

—Tienes el pelo bonito. —La niña empezó a rizarle con las manitas el pelo, que le había crecido: Waltraut tendría que volver a cortárselo pronto.

Aunque el cumplido se lo hiciese una niña de tres años, Joschi se sintió halagado. Estaba orgulloso de su poblada cabellera plateada.

—Vaya, tienes una admiradora —rio Gabi.

Joschi disfrutaba cuando iban a visitarlo Gabi con Annika o su hijo, David. Aparte de Waltraut no veía a nadie más. Desde que se fueran a la quiebra, sus conocidos de la alta sociedad de Bremen no se habían vuelto a dejar ver, y Rosl, que prácticamente estaba ciega, ya no podía viajar a Bremen. Durante los primeros días que siguieron a

su caída por la escalera, Joschi aún hablaba a diario con su hermana, de política, ya que ninguno de los dos tenía muchas vivencias y, a fin de cuentas, Rosl podía escuchar la radio y la televisión. La reunificación alemana no le hacía ninguna gracia a Joschi, pero a Rosl incluso le daba miedo. Sobre todo después de que Charlie se topara en el casco antiguo de Dusseldorf con una horda de hinchas del equipo de fútbol del Hansa Rostock que iban dando gritos por las calles y cantaban: «¡Colgad a los judíos de la primera farola que veáis!». Rosl se lo contó a Joschi y dijo, estremeciéndose: «En su día tampoco sabían lo que decían y acabaron participando todos».

De ahí en adelante las conversaciones con su hermana se tornaron cada vez más sombrías. Cuando su vista empeoró de tal modo que apenas se atrevía ya a moverse sola por el gran piso, Rosl se deprimió. La mujer que había actuado en el Cabaré Político judío, que había ido por la vida con descaro y determinación, ahora no quería ver las noticias. Y apenas hablar ya. La fuerte hermana mayor de Joschi ya no tenía valor para seguir viviendo, y eso a él le partía el corazón. Él tenía a su familia, desde hacía tres años incluso una nieta; ella, solo a Charlie para cuidarla. Pero su cuñado tampoco iba ya a Bremen. Ya ni siquiera llamaba por teléfono a Joschi. ¿Tal vez porque Rosl quería a su hermano más que a él?

—Abuelo, ahora te voy a hacer una trenza.

—¿Una trenza? Pero si eso solo lo llevan las niñas.

—Bobadas —rio Waltraut—. Ahora está muy de moda entre los hombres.

—Bueno, pues si es así, me apunto —repuso Joschi, y se dejó hacer.

—Puedes ir así a la discoteca —señaló Gabi entre risas.

—Abrirán los ojos como platos cuando entre con mi bastón.

Gabi y Waltraut se rieron mientras, muy concentrada, Annika intentaba trenzarle a su abuelo el pelo. ¡Que se le permitiera vivir aún estas cosas! Desde que le diera el primer infarto, en los años setenta, vivía de prestado. En realidad desde 1938. Y, sin embargo, ahí seguía y podía ver crecer a una nueva criatura.

* * *

Después de que Joschi se fuera a la cocina a oír la radio y de que,

tras tanto alborotar en el salón, Annika, agotada, acabara durmiéndose en el sillón de él, madre e hija se quedaron hablando una vez más de sus problemas: Jens se estaba haciendo con una cadena de farmacias para demostrarle a su padre que uno se podía hacer muy rico de ese modo y, por tanto, siempre volvía tarde a casa. Bebía demasiado y, cuando lo hacía, solía gritar a Gabi. Ya fuera porque, en su opinión, no había limpiado debidamente la casa, porque estaba demasiado gorda o porque, según él, mimaba demasiado a Annika.

—Sepárate —le aconsejó Waltraut, perfectamente consciente de que Gabi le había dado a ella ese mismo consejo hacía escasos años.

—No puedo.

—Convierte tu vida en un infierno.

—Bueno, en un infierno tampoco...

—Pero si es lo mismo desde hace meses...

—Es que está sometido a mucha presión en el trabajo.

—Ese no es motivo para que te grite.

A Waltraut le exasperaba que encima Gabi defendiera a ese desgraciado.

—Pero me pide perdón por hacerlo.

—Cuando está sobrio.

—Pero ahí es donde se ve que no quiere hacerlo. Es solo que se convierte en otra persona cuando bebe.

—Pues que deje la bebida.

—La quiere dejar.

—Pero no lo hace.

—Lo hará.

En ese sentido Waltraut abrigaba grandes dudas. Recordó el proceso por el que pasó Joschi, que era más fuerte de lo que lo sería nunca Jens. Un hombre fuerte no gritaba a su mujer. Y una mujer fuerte, desde luego, no lo permitiría. Gabi no era una leona. Waltraut debía procurar no hacer de menos a su hija por sus debilidades.

—Cuando por fin encuentre a un buen gerente, Jens tendrá menos presión y seguro que también beberá menos.

En el Country Club, Waltraut había conocido a muchos hombres que se compadecían de sí mismos y que se proponían beber menos en un futuro cercano. ¿Cuántos de ellos estarían ya bajo tierra?

No tenía sentido compartir sus dudas con Gabi. De todas formas no las querría oír mientras confiase en que las cosas podían mejorar.

Incluso podían volverla contra Waltraut. De modo que, mirando a la durmiente Annika, se limitó a lanzar un suspiro y decir:

—Eso espero. Por ti y por la niña.

—Mamá —dijo Gabi con voz temblorosa en el otro extremo de la línea.

Para entonces Waltraut se había acostumbrado a que su hija llamara por la noche. A lo largo de esos últimos meses, el lecho conyugal también era motivo de pelea con su marido. Gabi sufría a menudo dolores en el abdomen y, por tanto, no tenía ganas de sexo. Jens pensaba que ella fingía. Pero tampoco iba al médico, como le aconsejaba Waltraut. Gabi achacaba esos dolores al estrés que sufría en su matrimonio y, si el médico lo confirmaba, Jens estaría en lo cierto con lo de que solo fingía y la reñiría más aún por no llevar la casa a su gusto.

—Mamá... —repitió Gabi, ahora en voz muy baja.

Solo entonces comprendió Waltraut que esa vez era distinto. Aunque su hija ya tenía treinta y cinco años, parecía la niña pequeña que llamaba desde Dusseldorf.

—¿Qué pasa? —preguntó Waltraut.

Gabi no dijo nada.

—¿Qué pasa?

En lugar de una respuesta se escuchó un sollozo.

—Gabi... —A Waltraut la asaltó el miedo.

—Jens... —Hablaba tan bajo que casi no se le entendía.

¿Porque tenía miedo de que la oyese su marido? ¿Porque le había sucedido algo espantoso? ¿Ambas cosas?

—¿Qué pasa con Jens?

—Jens...

—¿Jens?

—... me ha pegado.

A Waltraut se le paró el corazón.

—Me he caído por la escalera.

Y ahora le latía desbocado.

—Solo han sido tres escalones, casi no me he hecho daño, y solo fue una bofetada floja.

Casi era como si quisiese restarle importancia a lo que le había

hecho su marido. Pero como si solo hubiese sido un escalón: Waltraut quería matarlo.

La leona que había en ella despertó:

—Ahora mismo voy a por ti y a por Annika y salís de esa casa.

En medio del viento otoñal que soplaba y traía consigo el olor del Weser, Waltraut llamó con fuerza al timbre de la puerta con el cristal opalino. Gabi salió con Annika en brazos, llorosa y sin poder decir palabra.

—Vamos, venga, corre al taxi. —Waltraut le señaló el vehículo moviendo el brazo y se dispuso a plantarle cara a Jens si intentaba detener a Gabi.

La acompañaba, de refuerzo, David, y antes había bebido un trago de una licorera del salón para armarse de valor.

Sin embargo, Jens no salió. Tan solo lo oyó balbucir:

—Vuelve, Gabi, vuelve.

—Está como una cuba —constató David en la puerta.

A su lado, Waltraut miró dentro: Jens estaba sentado en la escalera en ropa interior. Habría podido acabar ella sola con ese cerdo gordo. Le habría gustado arrearle un bofetón, al igual que había hecho en su día con la señora Polle. Todo el que hacía daño a su hija...

Solo de pensar que su marido había pegado a Gabi hizo que se le saltaran las lágrimas. David le pasó un brazo por los hombros, pero ella no quería parecer débil delante de su hijo. Y menos aún delante de Jens.

—Vamos —dijo, y corrió con David al taxi, donde ya esperaban Gabi y Annika.

Cuando se subió al coche, Waltraut miró hacia la casa: Jens estaba a la puerta y exclamaba con lengua de trapo:

—¡Gabi, no quería hacerlo!

Annika tenía tal cara de miedo que Waltraut indicó al taxista que arrancara. Cuando el coche se puso en movimiento, Annika preguntó con un hilo de voz:

—¿Adónde vamos?

Y su abuela respondió:

—A partir de ahora viviréis con los abuelos.

* * *

De haber tenido menos años, Joschi habría molido a palos a su yerno, incluso en la setentena le habría dado unos buenos puñetazos en los morros, como en su día a aquel antisemita en el Country Club. Pero ahora no hizo nada, no podía hacer nada salvo mirar por la ventana y esperar a que llegara el taxi. Era un anciano. Un viejo. No pudo evitar reírse de sí mismo: desde hacía más de tres años no salía de casa, se limitaba a pasearse por el piso con la muleta para ejercitar un poco los músculos y, sin embargo, esa era la primera vez que se consideraba un viejo. Qué necio había sido. Acto seguido su ánimo se volvió a ensombrecer: no solo era un viejo, sino un viejo inútil, que ni siquiera podía proteger a su hija.

* * *

—Pero ¿qué haremos con Annika cuando yo trabaje? —planteó Gabi en la cocina de los Safier.

Waltraut ya había pasado allí muchas horas hablando con su hija durante las semanas que hacía que esta se había ido de su casa.

—Si encuentras un trabajo a tiempo completo, iré yo a buscar a la niña al parvulario —contestó Waltraut mientras le preparaba una bolsa de agua caliente a Gabi para calmar los dolores abdominales—. Así tendré a dos niños a mi cuidado: Annika y Joschi.

Gabi soltó tal risotada que puso la mesa perdida de té.

Qué gusto daba volver a verla alegre.

—Y deja de preocuparte por si el dinero no será suficiente —añadió Waltraut mientras Gabi limpiaba con una bayeta el hule manchado de té—, llevaremos a juicio a ese cerdo. Joschi ha hablado hoy por teléfono con un conocido que es un abogado de divorcios muy bueno. Dice que tienes muchas posibilidades. Sobre todo porque Jens te pegó una vez. Eso no le gusta a ningún juez. Y a una jueza menos aún.

—Me dio más de una bofetada.

—¿Cómo dices?

Waltraut no daba crédito. Mientras llenaba la bolsa estuvo a punto de escaldarse los dedos con el agua.

—Me lo hizo dos veces antes.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Jens siempre se disculpaba en el acto. Y lloraba como un niño.

Aquello hizo que Waltraut lo odiase más aún.

—Las dos veces dijo que no volvería a pasar.

—¿Por qué aguantaste tanto tiempo? —explotó su madre.

—Me lo enseñaste tú.

—¿Yo? —preguntó pasmada Waltraut.

Gabi cogió la bolsa de agua caliente y se la pegó al vientre con fuerza.

—Bueno, tú te quedaste con papá cuando las cosas salieron mal con el Scandia.

—Eso es algo muy distinto.

—Y también cuando bebía.

Waltraut tragó saliva. Por lo visto Gabi sabía mucho más de lo que ella pensaba de la grave adicción que sufría su padre, que por aquel entonces todavía no lo era. Por mucho que uno se esforzase, posiblemente no se pudiera mantener alejados a los hijos de todo lo malo. Tal vez no se los pudiera mantener alejados de nada.

—Y pensé que yo también tenía que aguantar. Por Annika. Como lo hiciste tú por nosotros.

—Nadie tiene por qué aguantar algo así.

—Bueno, la vida es sufrimiento.

El eco de sus propias palabras sacudió a Waltraut.

—Tú me lo enseñaste.

Era verdad: Waltraut veía así la vida, pero no quería que su hija la viese de la misma manera. Ella ya era demasiado mayor para cambiar, pero para Gabi todavía no era demasiado tarde. Aún podía cambiar de vida. Y a partir de ese momento Waltraut haría todo lo posible para ayudarla a que así fuese.

—Aquí tenéis a la niña, a su hora —dijo Jens, con un traje azul marino y un abrigo marrón de cachemir, ante la puerta de la bonita y pequeña buhardilla de dos habitaciones que Waltraut había encontrado y también amueblado para Gabi cerca de donde vivía ella.

—No esperaba menos —respondió Waltraut con frialdad.

Aunque lo único que le inspiraba su yerno era desprecio, se dominó. Lo importante eran Gabi y Annika, no su sed de venganza.

Habían iniciado los trámites del divorcio, Jens estaba completamente de acuerdo con ella y también pagaría siempre y cuando pudiera ver con regularidad a su hija. No se podía prohibir a un hijo que viera a su padre, por lo menos no de día, cuando estaba sobrio.

—¿Está Gabi? —preguntó Jens.

—En la cama.

—¿Vuelve a tener dolores?

Ella creyó percibir cierto desdén en su voz. Probablemente Jens pensara que Gabi seguía fingiendo. Con todo lo que había sufrido. Demasiado. Ahora que se había instalado en la buhardilla, Waltraut la obligaría a ir al médico. Gabi había cancelado tres veces ya la cita que había concertado su madre porque decía que seguro que pronto se sentiría mucho mejor.

—Bueno, tengo cosas que hacer —mintió Waltraut.

—Yo también —replicó él, y se inclinó hacia su hija, la achuchó ostensiblemente para demostrar el padre cariñoso que era y añadió—: Nos vemos el sábado de la semana que viene, princesa.

—Sí —contestó Annika.

—¿No me das un beso?

Una patada en el culo le podía dar Waltraut.

—Sí —dijo la niña, y le dio un besito en la mejilla.

—Y yo te doy a ti otro. —Él la besó en la boca y le dijo a Waltraut—: Adiós.

Y por fin bajó la escalera. Waltraut cerró la puerta y preguntó a la pequeña:

—¿Te quieres bañar?

—¡Sí! —exclamó feliz y contenta Annika.

—Y hago otra vez un montón de espuma.

—¡Mucha, mucha! —pidió la niña.

—Y después veremos *Barrio Sésamo*.

Abuela y nieta enfilaron el pasillito y fueron directas al pequeño cuarto de baño.

—Cuéntame, ¿qué tal te ha ido con la abuela Lose?

Habían celebrado el cumpleaños de la madre de Jens en familia, una familia de la que por suerte Gabi ya no formaba parte, en un restaurante de postín cerca de la catedral de Verden.

—Mal —respondió Annika, y parecía abatida. No como una niña que sencillamente se hubiese aburrido.

—¿Ha pasado algo? —preguntó alarmada Waltraut.

La niña bajó la vista al suelo.

—A mí me lo puedes contar tranquilamente.

—La abuela Lose me dijo una cosa de mamá.

Waltraut se enfureció: esa mujer estaba poniendo a la niña en contra de Gabi.

—¿Qué dijo la abuela Lose?

—Dijo: «Tu madre morirá pronto».

Waltraut sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

—¿Va a morir mamá?

—No, no, claro que no —aseguró ella, abrazando con fuerza a la pequeña.

1993

Gabi tenía cáncer de estómago.

El diagnóstico llegó demasiado tarde.

¿Demasiado tarde?

En la habitación del hospital, Waltraut esperaba el resultado de la segunda operación mientras no paraba de oír en su cabeza las palabras de la abuela Lose: «Tu madre morirá pronto».

Cuando entró el médico que la trataba, Waltraut se levantó deprisa y, llevándose un dedo a los labios, indicó que no despertara a su hija, que estaba dormida. Sacó al joven al pasillo y le ordenó más que le pidió:

—Antes de darle el diagnóstico a mi hija, dígamelo a mí, por favor.

—No puedo hacerlo sin el consentimiento de la paciente —respondió el joven médico con determinación mientras se echaba hacia atrás el rubio tupé con una mano.

—Soy su madre.

—Ni siquiera siendo así.

—¿Es que no lo entiende? Es preciso que mi hija lo sepa por mí, de lo contrario podría sufrir una conmoción. Se acaba de separar, tiene una hija pequeña...

—No puedo hacerlo.

A Waltraut le entraron ganas de zarandearlo, pero cambió de opinión. Buscó en el bolso dinero y sacó todo lo que pudo encontrar: sesenta y cuatro marcos y treinta *pfennige* que ofreció al médico.

—No puedo aceptarlo.

—Cómprele algo a su mujer con él.

—Ni siquiera tengo novia.

—¡Cójalo! —Waltraut le agarró la mano, le puso los billetes y las monedas y se la cerró.

Solo entonces pareció darse cuenta él de la absoluta

desesperación que sentía Waltraut. Se guardó el dinero en el bolsillo de la bata y la miró con seriedad. De pronto se la veía mucho mayor. Waltraut supo que iba a escuchar una verdad terrible. En su cabeza resonaba una voz estridente: «Tu madre morirá pronto».

—El cáncer se ha extendido —explicó el médico, haciendo un esfuerzo por parecer aséptico.

—¿Cuánto le queda a mi hija?

—De tres a seis meses como mucho.

—¿No se puede hacer nada?

—Ni la quimioterapia ni la radioterapia funcionan ya.

Waltraut buscó una silla para sentarse, pero no encontró ninguna. Se apoyó en la pared y pidió:

—Por favor, no le diga a mi hija que le queda tan poco tiempo.

—Eso solo lo hacemos cuando los pacientes nos preguntan directamente. Nosotros nunca decimos que van a morir.

Waltraut pensó que los médicos eran unos cobardes.

—Lo siento —dijo el médico.

Ella no contestó. El joven hizo un leve movimiento de cabeza para despedirse y se fue con los sesenta y cuatro marcos y los treinta *pfennige* en el bolsillo de la bata. Waltraut confió en que Gabi no le preguntase al médico cuánto tiempo le quedaba. Sería insoportable ver cómo se venía abajo. Y sentía miedo por su hija.

«Tu madre morirá pronto.»

* * *

—¿No se lo vas a decir? —preguntó Joschi en la oscuridad.

Estaban en la cama, pero no podían dormir.

—No.

Waltraut aún no había derramado una sola lágrima. Ninguno de los dos lo había hecho hasta entonces: la noticia los había dejado paralizados.

—¿Estás segura, Waltraut?

—Estoy segura.

¿Acaso no tenía una persona derecho a saber que iba a morir? ¿Para despedirse de todos? A él le gustaría saberlo. A ser posible incluso el día y la hora.

—¿No se huele nada Gabi?

—No le ha preguntado al médico.

Esa no era una respuesta.

—¿Qué cree que va a pasar? —Joschi probó de otra manera.

—Yo le doy ánimos y le digo que saldrá de esta.

—¿Le mientes?

—Quiero que al menos el tiempo que le quede no tenga muchas preocupaciones.

—¿Y que viva con falsas esperanzas?

—Que viva con alguna esperanza.

No tenía sentido llevarle la contraria a Waltraut. En las crisis, Gabi era su hija y él solo el padre adoptivo. Además de un viejo inútil.

Ambos guardaron silencio. Waltraut cerró los ojos y al cabo de un rato dijo en voz baja:

—Voy a matar a esa bruja.

—¿A la abuela Lose?

—Le ha echado una maldición a Gabi.

Él le quiso coger la mano.

—No —dijo ella.

Joschi retiró la mano antes de que tan siquiera pudiera rozar la de ella.

Permanecieron un buen rato más despiertos, sin decir nada.

* * *

Un trocito de tarta de fresas del café Knigge.

Comprar un bonito jarrón para la nueva casa.

Ver una serie para niños con Annika sentada en su regazo.

Una pequeña alegría.

Todo lo que le quedaba a su hija.

El dolor era cada vez mayor. A Gabi debían administrarle los analgésicos por vía intravenosa. Waltraut la ayudaba a vestirse, a lavarse, intentaba que comiese un poco. Y cuando Gabi ya no pudo levantarse, ella también le cambiaba la cuña.

* * *

Joschi estaba asomado a la ventana, contemplando la calle cubierta de nieve. El cielo era gris. No soplaba ningún viento entre las ramas de unos árboles que habían perdido prácticamente todas sus hojas. Él siempre había pensado que sería el primero en morir. Y, si no él, Rosl. O Charlie. Pero ahora era Gabi la que no tardaría en dejarlos. De manera que Dios no existía. Ni el bondadoso que no poseía bastante poder, ni el poderoso que no era bondadoso. No había sido Dios quien le había regalado una vida con mujer e hijos. Había sido Waltraut. Gabi ya no saldría del hospital. Moriría en él. Y Joschi no la volvería a ver.

* * *

—¿Cómo era papá? —preguntó Gabi en voz baja.

—¿Papá? —inquirió a su vez Waltraut.

—El de verdad —precisó su hija con voz rasposa.

—Papá es tu padre de verdad.

—La enfermedad la he heredado del otro.

Friedrich había tenido un tumor en el cerebro y ahora Gabi tenía cáncer. Probablemente fuese la herencia que le había dejado. Hasta ese momento Gabi no había preguntado ni una sola vez por su padre. Y Waltraut nunca le había contado nada de él.

¿Cómo era Friedrich?

Waltraut intentó acordarse de él. Lo consiguió:

—Un niño tímido y un hombre alto y fuerte.

Gabi sonrió.

—¿Fuisteis felices juntos? —quiso saber.

—Lo fuimos, sí.

—Si te hizo feliz, me cae bien —afirmó Gabi, sonriendo un poco más.

Waltraut sintió su amor y se le saltaron las lágrimas. Dijo:

—Voy a por un café.

Salió de la habitación, cerró la puerta y, haciendo un esfuerzo ímprobo, consiguió contener las lágrimas. Después fue al servicio y se retocó el maquillaje para poder volver con su hija ya serena.

El cuerpo atiborrado de morfina de Gabi estaba consumido. Siempre

tenía la boca abierta en la esquelética cabeza, el gesto torcido, y su respiración era muy irregular.

—¿Cuánto le queda? —preguntó David en la habitación del hospital.

Era el único al que Waltraut permitía aún ver a Gabi. No quería que Annika viese a su madre en ese estado. Jens había ido a visitarla hacía una semana y la conmoción al verla fue tal que se marchó acto seguido, llorando. Waltraut, en cambio, no se había permitido derramar una sola lágrima desde que conoció el diagnóstico.

Waltraut intuía cuál era la respuesta a la pregunta de David, pero se la guardó para ella y contestó:

—Anda, vamos a la cafetería a comer un poco de bizcocho.

—Y a partir de la semana que viene presentaré el programa *Bremer Kaffeepott* —contó David en la cafetería sobre su nuevo trabajo—, podréis oírme dos veces por semana de seis a nueve en la Hansawelle.

—Cuánto me alegro —repuso su madre.

Sabía que David le estaba contando tantas cosas de su trabajo porque quería distraerla. Pero sus pensamientos seguían en la habitación del hospital. Era consciente de lo que estaba pasando allí. Mientras hubiese alguien a su lado, Gabi no podría irse. Para hacerlo debía estar sola.

—Por cierto, he conocido a una técnica de sonido, se llama Marion...

David siguió hablando más y más, pero ella ya no lo escuchaba. Estaba con Gabi.

Después de tomar un café y David su trozo de bizcocho y más de la mitad del de ella, Waltraut estuvo segura de que su hija por fin había conseguido dejarlos.

Waltraut y David entraron en la habitación. La vida había escapado del cuerpo de Gabi. En ese momento Waltraut por fin pudo llorar sin cargar a su hija con su dolor.

David la abrazó. Cuando se hubo calmado, ella observó a su hijo: estaba vivo. Cuando Joschi muriera, él sería el único que quedaría. Le dijo:

—Ahora ya solo puedo vivir por ti.

—No, mamá —respondió David en voz queda—, ahora es cuando por fin debes vivir por ti.

¿Vivir por ella?

¿Cómo iba a poder hacer tal cosa?

* * *

Cuando oyó que la llave giraba en la cerradura, Joschi se secó las lágrimas con la manga de la bata, se pasó las manos por el cabello, que se había cortado recientemente, y se apartó de la ventana del salón para salir con su bastón al pasillo. Waltraut entró. No dijo nada. Se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero. Después miró a Joschi. Este la miró a sus ojos y supo que no solo su hija había muerto, sino que su mujer también se había apagado.

* * *

El día siguiente a la muerte de Gabi el teléfono sonó por la tarde. Waltraut cometió el error de cogerlo.

—Safier —dijo con voz débil.

—Soy Jens —oyó en el otro extremo. Estaba borracho.

Waltraut iba a colgar, pero estaba demasiado extenuada incluso para hacer eso.

—Ahora tengo la patria potestad en exclusiva de Annika —afirmó.

Waltraut tenía la mirada perdida. Le pareció que la voz de Jens llegaba como de un mundo muy lejano, que no tenía nada que ver con el de su dolor.

—A partir de ahora os prohíbo que la volváis a ver.

En un primer momento Waltraut no entendió lo que decía.

Jens colgó sin despedirse.

Waltraut quería regresar a la cama, pero ni siquiera tenía fuerzas para eso. Se tumbó sin más en la alfombra gris del pasillo y se aovilló.

Waltraut avanzaba por la nieve medio derretida tras David, que llevaba la urna a la tumba. Detrás de ella, Jens lloraba a moco

tendido, con Annika cogida de su mano. Cuánto lo despreciaba Waltraut por ello.

Cuando llegaron a la tumba, David entregó la urna a los trabajadores del cementerio. Waltraut casi no se dio cuenta de que en ella había una corona de «Tía Rosl y tío Charlie».

Bajaron la urna a la tumba por medio de unas cuerdas. Cada uno de ellos lanzó una rosa. El segundo que más lloraba era Jens; la primera, la bruja. ¿Por qué estaba Gabi en la tumba y no ellos dos? ¿O ella misma?

El taxi se detuvo a la entrada del cementerio. Lo único que quería Waltraut era dormir. Cuando David le abrió la puerta, Annika exclamó:

—¡Abuela!

Waltraut se volvió. Su nieta estaba a escasos metros de ella, mirándola desconcertada.

—¿Adónde vas?

A morir.

Con Gabi.

—¿No me llevas contigo?

A Waltraut le habían prohibido que la niña fuese a su casa. Tampoco habría sido capaz de llevarla. ¿Qué podía decirle a Annika?

No había nada que hacer.

Waltraut se refugió en el taxi y, tras acomodarse asimismo en el asiento trasero, como su desvalido guardaespaldas, David dijo al taxista:

—Al número 9 de la Lortzingstrasse, por favor.

El coche arrancó.

Waltraut miró por el espejo retrovisor.

Vio que Annika la observaba.

Le decía adiós con la mano.

Era cada vez más pequeña, hasta que el taxista entró en la calle principal y dejó de verse.

Waltraut lanzó un alarido de dolor.

1994-1996

Muchas semanas aún después del entierro, Joschi y Waltraut pasaban la mayor parte del tiempo en la cama, dormitando. Rara vez se levantaban. Él para oír a su hijo por la radio en la cocina y ella para ir a hacer la compra. Ya ni siquiera intentaba arreglarse para salir.

Waltraut no dijo nada de la muerte de Gabi, hasta que una noche en que los dos no podían dormir, lo hizo:

—Yo tengo la culpa de que haya muerto.

—Tú no tienes la culpa —respondió Joschi en la oscuridad.

—Debería haberla obligado a ir antes al médico.

—Ella no quería.

—Porque estaba preocupada por todo lo que estaba pasando con Jens.

—Exacto.

—Debería haberla librado de él mucho antes.

—¿Qué podrías haber hecho?

—Debería haber impedido que se casaran.

—¿Impedir la boda?

—Y Gabi no habría enfermado.

Joschi no supo qué decir a eso.

—Y aún estaría conmigo.

Él no quería que, además de lo que ya estaba sufriendo, su mujer se torturase haciéndose reproches.

—Te juro que tú no tienes ninguna culpa.

Pero era como si Waltraut ya no lo oyese. En lugar de contestarle, se perdió en sus angustiados pensamientos.

—No debería haberla mandado a Dusseldorf.

Y él no debería haberlo propuesto.

En el primer aniversario de la muerte de Gabi, Joschi vio que las tres

licoreras del aparador del salón prácticamente estaban vacías. Se vaciaban y se rellenaban a un ritmo cada vez mayor: al principio el proceso duraba muchas semanas, ahora solo dos. Waltraut bebía demasiado. En un primer momento Joschi lo había pasado por alto, después quiso pasarlo por alto pero ya no podía hacerlo. Sin embargo, no se atrevía a mencionar su adicción a su mujer. ¿Qué sería de él si un médico la ingresaba en una clínica? ¿Quién lo cuidaría? ¿Quién lo ayudaría a meterse en la bañera? Tenía que meterse en ella cada vez más a menudo, porque en ocasiones se orinaba un poco. No quería pedirle a su hijo que lo cogiera por debajo de los brazos para meterlo en la bañera y le lavara los calzoncillos amarillos. Sería humillante. Al igual que dejar que se le acercara un desconocido. Verse desvalido y en manos de personas que no fuesen su mujer. En manos de alemanes.

Waltraut salió del dormitorio y fue directa a una de las licoreras. No eran ni las tres de la tarde aún. Cada vez empezaba antes.

Se sirvió una copa de la que bebió sin alegría alguna.

Joschi se vio reflejado en su mujer: así era él hacía casi treinta años. Y ella lo había ayudado entonces. Ahora le tocaba a él devolverle el favor.

Waltraut se sentó con la copa en el sofá y puso una de las cadenas privadas, en las que daban una ruidosa tertulia.

Tenía que lograr que su mujer dejara el alcohol.

Waltraut se encendió un cigarrillo.

Joschi se imaginó encerrándola en casa, como había hecho ella con él antaño en un hotel. ¿Cuándo tuvo los primeros escalofríos? ¿Al cabo de cuatro horas o de seis? Ya no se acordaba, pero aún recordaba perfectamente lo mal que lo pasó durante las horas que siguieron.

Por descuido, Waltraut echó la ceniza en el cristal de la mesa en lugar de en el cenicero.

¿Quería verla sufrir así?

¿Podría verla sufrir así?

Recordó que ella le leía en la cama del hotel la novela policiaca de Edgar Wallace. Y luego tan solo que al día siguiente se había despertado por la mañana. Según le había contado Waltraut, por la noche él había tenido alucinaciones y gritaba.

Waltraut dejó el cigarrillo y se echó la ceniza del cristal en la palma de la mano.

Su mujer había sido tan fuerte…

Y durante el proceso lo importante para Joschi no era únicamente su propia vida, sino, sobre todo, traer otra vida al mundo.

Waltraut echó la ceniza de su mano al cenicero y se frotó las manos, de manera que los restos cayeron al suelo.

En el caso de Waltraut solo estaba en juego su propia vida, y para ella ya no tenía ningún valor.

Y él no era tan fuerte como ella.

Nunca lo había sido.

Su mujer cogió el cigarrillo y siguió fumando.

Joschi también se encendió uno, se acomodó en su sillón y se quedó viendo a los gallos de pelea en la cadena privada.

* * *

Para recibir a la nueva novia de David, Waltraut se arregló expresamente. La alegre técnica de sonido llamada Marion se rio con ganas con Joschi, que echaba pestes del terrier tibetano de la vecina:

—Seguro que para los tibetanos fue un gran alivio librarse de ese bicho.

Marion se volvió a reír, y eso hizo que Waltraut, que ya había escuchado mil veces la gracia, riera con ella. La joven tenía algo refrescante.

—Ahora ya no les caga en el templo en el que debía de vivir —siguió bromeando Joschi.

Para la primera visita de Marion, Waltraut le había lavado y peinado el pelo ex profeso, le había puesto la bata de seda azul y roja y había mantenido el firme propósito de no beber hasta que ellos se hubieran ido.

—Es usted muy divertido —dijo Marion, y le dio unas palmaditas en la mano a Joschi desde el sofá.

Con una sonrisa radiante, él le dijo a David:

—Hasta ahora es la más maja.

Waltraut sabía que era un gran cumplido. Joschi había hecho comentarios de todas las chicas que su hijo había llevado a casa. A menudo para que los oyese David, y a veces hasta las propias jóvenes. Había dicho cosas como «Hasta ahora es la más aburrida», «Hasta ahora es la más mala» y una vez incluso «Hasta ahora es la más fea». Esto último dejó completamente pasmada a la chica. Y Joschi siempre

recalcaba el «hasta ahora», como si David, al igual que él, solo fuese a conocer a la mujer adecuada cuando estuviese en el ecuador de la cuarentena y no hubiera que tomar en serio a las demás. Sin embargo, Waltraut tenía la sensación de que su hijo se casaría con esa chica. Ella siempre lo miraba como si estuviese enamorada. Y él a ella.

Waltraut observó a David, que sonreía con el comentario de Joschi. Lo había hecho bien. Era como si hubiese abandonado justo a tiempo en un bote salvavidas el barco de los Safier, que se iba a pique. Algo por lo que ella estaba agradecida: al menos un miembro de la familia aún tenía la oportunidad de disfrutar de la vida.

David besó en la mejilla a su novia, que no sabía muy bien cómo interpretar el cumplido que le había hecho Joschi.

Que se casara con la chica si quería. Pero que no tuviese hijos con ella. Waltraut no quería que su hijo llegara a conocer nunca un dolor como el que sentía ella.

* * *

El segundo aniversario de la muerte de Gabi, Waltraut tuvo que ayudar de nuevo a Joschi a meterse en la bañera. Se había orinado por completo mientras dormía, algo que ya le había pasado dos veces en el curso de las últimas semanas. El agua caliente le sentó bien. Durante un rato le permitió olvidar lo mucho que le avergonzaba su debilitado cuerpo.

—¿Me frotas la espalda? —le pidió a su mujer.

—¿Acaso ha habido alguna vez que no lo haya hecho?

Ella cogió la manopla y le echó una buena cantidad de aquel jabón que olía tan bien a manzana. A Joschi le gustaban los olores fuertes, por eso Waltraut también echaba mucho Lenor en la lavadora, de ahí que sus batas y sus pijamas olieran tanto y tan bien y estuviesen especialmente suaves.

—¿Waltraut? —empezó él.

Tenía dos grandes preocupaciones. Una de ellas se la podía quitar su mujer.

—¿Joschi? —inquirió ella sonriendo mientras empezaba a enjabonarle la espalda.

—Tengo que hablar contigo de una cosa.

—¿Es que hay otra? —rio ella.

A Joschi la frase solo le hizo gracia a medias, porque se percató de que a su mujer el aliento le olía a cerveza y eso le recordó que su alegría se la debía al alcohol.

—¿Cómo se llama? —siguió ella con más risas.

—No hay otra mujer.

—Mira que me extraña.

A Waltraut le divertía demasiado tomarle el pelo.

—Soy un hombre viejo.

—Esa sí que es una novedad —replicó risueña su mujer.

—Muy viejo.

—Vaya, más novedades. —Su sonrisa se ensanchó.

—Y tú me cuidas muy bien.

—Eso es verdad.

Para corroborar sus palabras, le frotó con más brío la espalda.

—¿Me prometes una cosa?

—Depende.

—¿Me cuidarás siempre?

—Claro.

—Entonces ¿no te desharás de mí? —preguntó Joschi, con la esperanza de no parecer un niño pequeño.

—Pues claro que no —respondió ella con resignación.

—Prométemelo.

—Te prometo que te cuidaré hasta que te mueras. —Waltraut le echó agua con la mano por la espalda—. Y ahora le toca al pelo.

Waltraut agarró la alcachofa, la colocó sobre la cabeza de Joschi y abrió el grifo. Él echó la cabeza atrás y cerró los ojos. Mientras el agua templada le caía por el pelo, exhaló un suspiro de alivio. Waltraut se lo había prometido. Necesitaría que David le hiciese otra promesa para poder volver a dormir medianamente bien.

—Cógelo en brazos, papá, cógelo en brazos.

David y Marion habían ido con su recién nacido y ahora su hijo le ofrecía a su nieto.

—¿Por qué lo habéis llamado Ben? —preguntó Joschi, también para ganar un poco de tiempo.

Tenía miedo de coger en brazos a una criatura tan pequeña y frágil. Aunque estaba sentado en su sillón preferido, que Waltraut

había mandado a tapizar de nuevo y en el que él ya había vuelto a hacer dos quemaduras de cigarrillo, podía caérsele el niño.

—Porque es un nombre bonito —contestó David.

—Pero en hebreo Ben significa «hijo de». ¿De verdad se va a llamar «Hijo de Safier»?

—Se llama Ben Alexander —precisó Marion—. David quería ponerle Ben y yo Alexander, y así llegamos a un acuerdo.

—Eso es todavía más absurdo. Así se llama Hijo de Alexander. Ya puestos, debería llamarse Hijo de David.

—No tiene por qué llamarse como yo —opinó David.

—Pero tampoco Hijo de Alexander.

—Papá, cógelo, anda.

Joschi ya no tenía elección. David le puso al pequeño en brazos. Qué bien le olía la cabecita. Un poco a... ¿leche caliente con vainilla?... No, era un olor indescriptible. Solo podía decir que David olía parecido cuando era así de pequeño.

Tenía un nieto. Un nieto que era carne de su carne. A los ochenta y dos años. Qué cantidad más extraordinaria de tiempo le había sido prestado. Y qué poco a Gabi.

—Te sienta bien —rio David.

—Sí —coincidió Joschi.

Estaba conmovido y sostenía a su nieto con cuidado, como si fuese el mayor tesoro que había visto nunca el mundo.

—Marion, ¿me ayudas a traer los emparedados de la cocina? —preguntó Waltraut.

—Claro.

Joschi esperó a que las dos mujeres desaparecieran en la cocina y las tres generaciones de varones Safier se quedaran a solas. Solo entonces le dijo a David:

—Tienes que jurarme una cosa.

—¿Que el niño será judío? —preguntó David con escepticismo.

A él no parecía hacerle mucha gracia. Al fin y al cabo, había dejado la comunidad judía hacía años y Marion era cristiana. Pero no se trataba de eso. De pura preocupación, Joschi todavía no se había planteado si el pequeño bulto humano que dormía en sus brazos debía ser judío. Lo principal era que el pequeño Ben y la pequeña Annika no tuviesen que vivir nunca que los nazis llamaran a la puerta solo porque su abuelo era judío.

Joschi sacudió la cabeza para librarse del pensamiento. El tiempo apremiaba:

—Júrame que cuidarás de mamá cuando yo ya no esté.

Antes de que David pudiera reaccionar, su padre continuó:

—Aunque apenas tiene tiempo cotizado, recibirá una pequeña pensión de viudedad de Austria, pero aun con eso y la jubilación solo tendrá seiscientos diez marcos. Y no le llegarán. Y seguro que Charlie no seguirá mandando dinero cuando Rosl fallezca. Después de declararnos insolventes hemos podido ahorrar un poco de dinero, pero también desaparecerá deprisa...

—Papá.

—... mamá cada vez se las apaña peor con el dinero... —Joschi no quiso decirle a su hijo hasta dónde llegaba la adicción de su madre a esas alturas; para entonces Waltraut ya bebía cerveza de lata—, y además...

—¡Papá!

—¿Sí?

—Lo juro —afirmó David sonriendo.

Joschi tenía sus dudas. ¿Se lo tomaba lo suficientemente en serio su hijo? Quería que se lo volviera a jurar, pero entonces volvieron al salón las dos mujeres con los emparedados, y por eso dijo:

—Bien, y ahora quítame al niño, anda.

David se rio, y Waltraut y Marion también. Y Joschi, ya casi tranquilo, se rio un poco con ellos.

* * *

Apestaba.

A Waltraut la despertó la peste. Sabía a qué se debía ese olor. Y sabía lo que era que la despertase. Era la tercera noche seguida.

—Lo siento —se disculpó Joschi en voz baja.

Waltraut sacó fuerzas de flaqueza. También se había mojado un poco su lado de la cama. ¿Por qué no la había despertado la humedad? Porque estaba exhausta.

—Levanta —le dijo.

—Claro —respondió Joschi, y obedeció.

Waltraut encendió la luz y miró a su marido: se había vuelto a orinar encima.

—Coge la toalla y sécate.

Ya siempre le dejaba preparadas unas cuantas antes de irse a la cama.

—Sí.

Joschi daba pena. Sentía tanta vergüenza... Las primeras veces ella aún se compadecía de él, pero ahora estaba demasiado cansada para hacerlo.

—¿Te pondrás pañales de una vez?

—Sí.

Algo era algo. Hacía semanas eso le habría proporcionado alivio. Ahora le enfadaba que Joschi se hubiese resistido tanto tiempo a hacerlo, porque opinaba que no era un niño pequeño. ¡Ese viejo idiota y testarudo!

Waltraut empezó a cambiar la cama. Las sábanas y el protector que había colocado en el lado de Joschi los metió en una bolsa que asimismo había dejado allí por si acaso. Las últimas veces había llevado la bolsa al sótano sin perder un segundo para poner la lavadora, pero la sola idea de bajar y subir todos esos escalones hizo que notara las piernas cansadas. Después de poner sábanas limpias, sacaría la bolsa al pasillo y se bebería una lata de cerveza. La cerveza era más barata que el alcohol que había en las licoreras. También se podía beber más. Y le recordaba a Walle.

—¿Me lavas? —preguntó Joschi mientras se secaba minuciosamente.

Waltraut ni siquiera sabía si sería capaz de lavarse ella.

—Tengo todas las piernas llenas...

—No puedo más —se le escapó a Waltraut.

Joschi tragó saliva.

—No puedo más. —Waltraut dejó las sábanas y se sentó en su lado de la cama.

Joschi guardaba silencio, inseguro.

—¡No puedo más! —empezó a gritar Waltraut—. ¡No puedo más! ¡No puedo más!

Se puso a dar puñetazos al colchón. Una y otra vez. Hasta que lo único que hizo fue sollozar.

—A partir de ahora me pondré los pañales —aseguró él con tino.

No era solo eso. Era cocinar, limpiar, bañarlo, cortarle el pelo y las uñas, pronto también tendría que cambiarle los pañales. Primero

su madre, después Gabi y ahora Joschi.

—Necesito ayuda...

Lo había pensado a menudo, pero nunca lo había dicho en voz alta, porque sabía cómo reaccionaría Joschi.

—¿Ayuda? —repitió él desconcertado.

—Yo sola no puedo más.

—¿David...?

De haber sido otras las circunstancias, la idea le habría hecho gracia.

—No permitiré que me bañe mi hijo, es humillante.

—David no.

—¿Entonces...? —El tono de Joschi era entre circunspecto y amenazante: al parecer sabía lo que diría su mujer.

Y ella sabía que ahora se pelearían y, sin embargo, lo dijo:

—Una cuidadora.

—¡No dejaré que se me acerque una cuidadora! —chilló Joschi.

Ella se limitó a sacudir la cabeza: el muy cabezota nunca permitiría que se le acercase ninguna otra persona.

—Aquí no entrará ninguna cuidadora —repitió.

—Pues entonces te irás tú a la residencia —dijo Waltraut en voz baja, apenas audible.

De pronto Joschi se quedó callado.

Waltraut guardó silencio, confiaba en que la amenaza lo hiciese entrar en razón.

—¿Qué has dicho?

—Si no dejas que entre en casa una cuidadora, tendrás que irte tú a la residencia —repitió ella con valentía.

—¡No pienso irme a una residencia! ¿Sabes lo que le hacen ahí a la gente? Te pegan...

—No pegan a nadie.

—Y te atan.

—Joschi...

—Tú misma lo viste cuando fuimos a visitar a la señora Siegen. Dejaban que vegetaran allí. Y a otra mujer de la habitación la tenían atada.

Waltraut no quería que ataran a Joschi.

—Me prometiste que nunca te desharías de mí. —La ira de Joschi dio paso a la desesperación—. Que me cuidarías siempre.

—Lo prometí, sí —respondió Waltraut, avergonzada.

—Pues entonces hazlo, te lo pido por favor —ahora Joschi suplicaba—, no me metas en una residencia.

—No lo haré —afirmó ella. Se dominó con la poca fuerza de voluntad que le quedaba y, profiriendo un suspiro, dijo—: Ven que te lave.

* * *

El tercer aniversario de la muerte de Gabi, Waltraut volvió a casa después de visitar su tumba y se tomó una lata de cerveza en la cocina. Bebía demasiado y tenía llantinas casi a diario. Y le echaba la culpa de las dos cosas a Joschi. Y como este no podía hacer nada con su débil e incontinente cuerpo, que lo obligaba a dormir con pañales como si fuese un niño pequeño, se había propuesto encargarse de una vez por todas de que ella bebiera menos. Por ello cometió el error de quitarle la lata de cerveza a Waltraut.

—¿Se puede saber a qué viene esto? —preguntó ella enfurecida.

—Bebes demasiado. —Joschi empezó a verter la cerveza por el fregadero.

—¡Y tú te meas demasiado! —espetó ella.

Dolido, Joschi paró de tirar la cerveza y puso la lata medio llena aún en el fregadero.

—Deja que te lave otra persona de una vez por todas.

—¡En esta casa no entra nadie! —estalló él.

—¡Pues entonces te vas a la residencia!

—¡No pienso ir a ninguna residencia!

—¡Vete de una vez a la puñetera residencia!

—¡Que no me voy a ninguna residencia! —repitió Joschi, gritando más aún.

Waltraut le restó importancia con un gesto, cogió otra lata y la abrió.

—No pienso ir a ninguna residencia —insistió Joschi, con tanto miedo que casi no se dio cuenta de que Waltraut se estaba bebiendo una nueva lata.

El corazón se le encogió al ver que su mujer no lo liberaba del sufrimiento que sentía, no le decía como tantas otras veces: «No me desharé de ti».

—No pienso ir a ninguna residencia.

La ira de Joschi se volvió más desesperada.

Waltraut se sentó a la mesa y siguió bebiendo.

Y como su ira cada vez era más desesperada, Joschi chilló:

—¡Antes de ir a una residencia me mato!

Waltraut apartó la lata de la boca y miró a la nada.

—¿Me has oído?

Ella no reaccionó.

—¡Antes de ir a una residencia me mato!

Solo entonces Waltraut lo miró y chilló a su vez:

—¡Pues mátate!

A Joschi le llegó al alma su respuesta.

—¡Pues mátate! —gritó ella, histérica—. ¡Mátate! ¡Mátate! ¡Mátate!

Casi acabó con él.

—¡Mátate de una vez!

Con las últimas fuerzas que le quedaban, Joschi salió de la cocina.

* * *

Waltraut no quería decir eso.

* * *

Joschi sabía que Waltraut no quería decir eso.

* * *

Ella tenía claro que en una residencia Joschi moriría en menos de dos semanas. Hacía años habría muerto de inanición en el hospital si ella no se lo hubiera llevado a casa. Él solo quería estar con ella. Solo a su lado seguiría viviendo. Con nadie más.

* * *

Su mujer moriría si él seguía viviendo de prestado.

* * *

No había más remedio que seguir adelante hasta que no pudiera más. La vida era sufrimiento.

* * *

Waltraut le había salvado la vida en más de una ocasión. La primera, cuando correspondió al amor que él le profesaba. Había llegado el momento de que él la salvara a ella.

—Waltraut, espera —pidió Joschi cuando al día siguiente, por la mañana, ella abrió la puerta para ir a Karstadt. Quería comprar pañales y un pijama nuevo.

—¿Qué pasa?

Joschi fue hacia su mujer con su bastón, dejó el bastón contra la pared y le dio un beso en la mejilla a Waltraut.

—¿Para esto me entretienes?

—Eres la mejor esposa que un hombre podría desear —afirmó.

—Gracias —respondió ella con una sonrisa, y se fue.

El aliento a cerveza que había echado al hablar quedó flotando en el aire cuando Joschi cerró la puerta. Después cogió el bastón, fue al salón y se asomó a la ventana. En hacer ese pequeño recorrido casi tardó tanto como Waltraut en bajar tres pisos. Joschi apartó la cortina y vio que su mujer salía del edificio. La siguió con la mirada cuando enfiló la calle hacia la avenida principal bajo un sol invernal radiante.

Así que eso era lo último que vería de Waltraut.

Y «Eres la mejor esposa que un hombre podría desear» lo último que él le diría. Esa frase que había convenido consigo mismo la noche anterior. El beso en la mejilla también obedecía a un propósito.

Cuando dejó de ver a Waltraut, Joschi devolvió la cortina a su sitio y fue al dormitorio. Allí abrió el cajón del mueble en el que estaban los medicamentos. Había un buen surtido: somníferos, pastillas para la tensión, para el colesterol, analgésicos, etcétera, etcétera. Se llevó a la cocina los que pensó que servirían para lo que se proponía. Dejó las cajas en la mesa de la cocina. No había desayunado. Si algo se torcía, no quería vomitar y que Waltraut

tuviera que limpiar su vómito.

Joschi llenó un vaso con agua del grifo y lo puso en la mesa junto a las cajas. No sabía cuál sería la dosis necesaria, pero tenía claro que necesitaría muchas pastillas si no quería sobrevivir siendo un vegetal babeante que ya no podría resistirse para no ir a la residencia.

Cuando tenía más de una docena de pastillas junto al vaso, Joschi pensó que con eso debería bastar, pero añadió, por si acaso, dos más. Y otras tres. Se las tragaría todas. Pero ¿y si después de las primeras no conseguía tragar más?

Tan lejos no había llegado.

Tras pararse a pensar en ello, Joschi sacó una cuchara del cajón de la mesa. Echó las pastillas al agua. Todas. Formaron un montoncito en el fondo del vaso. Las machacó con la cuchara. Durante minutos. Hasta que se hubieron disuelto en su mayor parte. Contempló el vaso: el agua era de color verde oscuro y en el fondo solo había un poco de polvo. Si bebía la mezcla rápidamente, se tragaría todas las pastillas de golpe.

Joschi se limpió el sudor que tenía en la frente. Se había puesto la bonita bata de seda azul y roja. Quería estar medianamente presentable cuando Waltraut lo encontrara. Se levantó y fue a su cuchitril a escribir la carta de despedida. También había pensado el texto a conciencia por la noche. Sería breve y conciso. Si la carta era larga, era probable que escribirla lo hiciera desistir de su propósito.

Delante de su escritorio, Joschi levantó la tapa de la vieja máquina de escribir. Se acordó de cuando se plantó con ella en la puerta de la casa de Waltraut. Ahora que lo pensaba, era un milagro que lo hubiese dejado pasar.

Lo asaltó la duda de si debía escribir aquello con ese trasto viejo. Una carta escrita a máquina de pronto se le antojó demasiado impersonal. Aunque pretendiese ser conciso y mencionar solo lo esencial para el futuro, aquello no era un certificado laboral. Joschi no pudo evitar esbozar una sonrisilla al recordar el certificado nada malo que recibió en el Astoria. Por favor, qué malo era el malabarista de platos que actuaba en ese sitio.

Joschi se sentó a la mesa y sacó un folio y un bolígrafo negro. Escribiría a mano. Claro que, si casi ni él mismo era capaz de descifrar al día siguiente la letra con que escribía sus notas, ¿cómo podrían hacerlo los demás? No estaría bien que David y Waltraut no pudieran

leer sus últimas palabras. Por ello Joschi escribió en mayúsculas:

Querido David:

En su día me juraste que cuando muriera cuidarías de mamá.

Confío en que cumplas tu promesa.

Tu madre ha sido la mejor madre.

Siempre se ha ocupado de la familia.

A Gabi, nuestra hija, y a su hija, Annika, nunca les faltó de nada. Y tú, querido David, siempre has tenido de todo. Ella os ha educado como solo una madre como mamá es capaz.

Y ahora pasemos a mí. No quería quitarme la vida, ya que mamá deseaba cuidarme hasta que muriese. Pero, tal y como estoy, esto se ha vuelto insoportable para todas las partes interesadas.

No gastéis dinero en una lápida. A mí me da lo mismo cómo me enterréis.

Os quiero. Siempre os he querido.

Vuestro padre y marido

Joschi releyó la carta. David entendería lo que le pedía. Y también que los quería a todos. Y, gracias a la frase de que tal y como estaba cuidar de él se había vuelto insoportable para todos, confiaba en que Waltraut no se sintiera culpable por las duras palabras que le había dicho el día anterior.

Dobló el papel y lo metió en un sobre. Fue con él a la cocina, lo dejó en la mesa y se sentó delante del vaso. Las pastillas machacadas se habían asentado de nuevo en gran medida y en la mitad superior el agua era otra vez más clara. Joschi cogió la cuchara y dio varias vueltas, de forma que el líquido volvió a ser muy verde. Dejó la cuchara en la mesa, cogió el vaso y se lo bebió.

* * *

Cuando se bajó del tranvía en la parada Schüsselkorb, Waltraut lo supo. Igual que supo en la cafetería del hospital que la vida de Gabi se apagaba. Joschi lo había hecho. Por cabezonería. Por amor. Moría por

ella.

Waltraut no cogió el tranvía de vuelta a casa. Le dio a Joschi el tiempo que necesitaba.

* * *

En el último segundo a Joschi se le ocurrió que se podía caer de la silla y golpearse la cara. Y lo suyo era que Waltraut lo encontrase en condiciones. Para ir a la cama ya no tenía fuerzas, así que se tendió en el frío suelo de la cocina y cerró los ojos. Pensó que en un momento así lo oportuno era recordar su vida, de manera que eso hizo. Las primeras imágenes fueron terribles: su padre en la cárcel. Zvi destrozado por la mina. La despedida de su madre, que le dijo: *«Leb a git leben»*... Pero ¿cómo iba a haber sido su vida solo eso?

Joschi se esforzó en recordar los momentos bellos de su vida: las tortitas con su padre en el café Central... Rosl en el cabaré... con Hedy en el Prater... su madre, Scheindel, profiriendo imprecaciones en yidis... cantando con sus compañeros de instituto «Veronika, el espárrago crece»... Dora y la gatita... el nacimiento de David... en la cubierta del barco rumbo a Palestina... Isaak Berg, ese gran amigo... con Gabi en la heladería... el bar mitzvá de David... la Orden del Mérito de la República Federal de Alemania... Tendría que haber muerto cuando se la concedieron, habría ahorrado muchos sufrimientos a todo el mundo... Sobre todo a Waltraut... Waltraut en la heladería... Waltraut bajando del tren en Ámsterdam... Waltraut bailando con él... en el restaurante... en el Country Club... Waltraut haciéndole sopa... Waltraut...

2005 EPÍLOGO

Entré en la habitación de mi madre. Se encontraba en una residencia bonita, construida no hacía mucho, en la que, a diferencia de todas las demás que había visitado cuando buscaba un sitio para ella, no olía a una mezcla de ancianos y desinfectante.

Enfilé el pequeño pasillo, pasé por delante de la cocina y fui a su cama, donde yacía. Al igual que el cuerpo marcado por el cáncer de Gabi, el suyo no permitía ver que poco antes lo habitaba un alma. En cuanto el alma abandona un cuerpo, lo que queda es tan solo un envoltorio abandonado.

Pese a la hemiplejía que sufría, durante unos años mi madre todavía disfrutó de una buena vida. En más de un sentido, el primer ataque de apoplejía fue una bendición, si es que se puede decir algo así de un suceso tan espantoso: los meses que siguieron a la muerte de mi padre, mi madre se las arregló a duras penas para vivir sola. Su pensión no alcanzaba ni siquiera con la ayuda que le prestaba yo —para entonces Rosl también había fallecido y Charlie dejó de enviar dinero—, porque en el estado en que se encontraba no controlaba los gastos. De haber seguido así un solo mes más, habría acabado con todos los ahorros y no habría podido pagar el alquiler.

El ataque también fue una bendición en otro sentido: en la unidad de cuidados intensivos, mi madre se desintoxicó de golpe y porrazo involuntariamente. Cuando le dieron el alta estaba limpia y no volvió a probar una gota de alcohol.

En la residencia disfrutó de que el señor Blohme, de ochenta y cinco años, que ocupaba la habitación contigua, le hiciese la corte, viera la televisión con ella y la sacara a pasear en su silla de ruedas. Tal vez incluso tuvieran una relación.

Por mi parte, no habría tenido nada que objetar; el señor Blohme era cariñoso con ella y, cuando íbamos a visitarla, siempre tenía alguna golosina para nuestros dos hijos.

Sin embargo, lo que más le gustó de todo a mi madre fue que nos ocupáramos de ella. Por fin eran otros los que la cuidaban, y ella ya no tenía que vivir ni sufrir por nadie. Concedía importancia a la ropa buena y seguía maquillándose con gran destreza incluso con la mano paralizada. Tres veces por semana iba al salón de peluquería de la residencia. Era la única mujer que tenía menos de setenta años y disfrutaba a más no poder de ser la jovenzuela de la residencia. Iba contando a todo el mundo que yo era un famoso director en Norteamérica; a fin de cuentas, ella era nieta de un conde. De Gabi no volvió a decir nada, y de mi padre tampoco. Eso nunca cambió: del dolor no se hablaba. Yo tampoco hablé con ella del tema.

Mi madre vivió seis años en la residencia, los dos últimos atrapada en su propio cuerpo. Dos ataques de apoplejía más bastante seguidos le paralizaron el cuerpo entero, si bien no perdió la razón, ya que la parte del cerebro que la controla no se vio afectada por completo. Lo único que podíamos hacer Marion y yo era cogerle la mano y contarle las novedades que había en nuestra vida.

No tengo ni la más remota idea de lo que pensaría o sentiría mi madre durante esos últimos años de inmovilidad cuando nosotros no estábamos allí. De si se acordaría mucho de Gabi y de mi padre o si tan solo escucharía la televisión, que siempre estaba encendida.

Después de todo lo que había vivido, el destino asestó a mi madre un último golpe. Era como si hubiese sido su enemigo, además del de mi padre.

¿Pudo el destino vencer su amor?

El de mi padre no.

¿El que mi madre le profesaba a él al final?

¿Qué sabía yo de la vida de mis padres?

¿Aparte de que a menudo había sido terrible?

¿Y a veces maravillosa?

¿Y de que se querían?

Permanecí un rato junto a la cama de mi difunta madre. Le dije que su suplicio por fin había terminado y le di un beso de despedida. Sentí su cuerpo frío. Después salí de la habitación.

¿Qué quedaba por hacer ahora que todos habían muerto?

Si se piensa en historias —y esto es algo que nos gusta hacer a las personas, ya que a posteriori esas historias dotan de sentido a todo lo que sucede en la vida—, mi vida, con mujer, dos hijos y una profesión

fantástica en una Alemania en paz, es el *happy end* de la historia de mis padres.

Mientras el recuerdo de alguien permanezca vivo en nosotros, ese alguien no habrá muerto del todo.

El recuerdo de mis padres permanece vivo en mí cada día.

Gracias a Marion, Ben y Daniel. Os quiero.

Gracias a Wolfgang Lamsa por las labores de documentación, a Markus Roth por la relectura histórica, a Sven Kröger por la cubierta, a Josef Bamberger por las frases en yidis y a Martina Kropsch por las palabras y frases «vienizadas» en la edición alemana.

Gracias a Ulrike, Michael y la editorial al completo por permitirme escribir.

Referencias

Capítulo 1937-1938, capítulo 1977-1984, *La culpa de todo la tienen los judíos.* Letra: Friedrich Hollaender, 1931

Capítulo 1939-1945, capítulo 1961-1963, capítulo 1987-1992, *I Get a Kick Out of You*. Letra: Cole Porter, 1936, versión de la película

Capítulo 1952-1957, *Cheek to Cheek*. Letra: Irving Berlin, 1935 y *O Mama, o Mama, o Mamajo*. Letra: Kurt Feltz, 1954

Capítulo 1961-1963, *Moon River*. Letra: John H. Mercer, 1961

Capítulo 1977-1984, *(I Can't Get No) Satisfaction*. Letra: Keith Richards, Mick Jagger

Notas

1. *Berg*, en alemán, significa «montaña». *(N. de la t.)*

1. En yidis, término despectivo para una mujer no judía. *(N. de la t.)*

Mientras estemos vivos
David Safier

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Solange Wir Leben*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Hulton-Deutsch Collection / Corbis / Getty Images

© Rowohlt Verlag GmbH, Hamburg, 2023

© de la traducción, María José Díez Pérez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2024

ISBN: 978-84-322-4299-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Seix Barral

Hervé Le Tellier

Todas las familias felices

Todas las familias felices

Tellier, Hervé Le

9788432243363

208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Siempre supe que mi madre estaba loca. La novela más impactante de Hervé Le Tellier, autor de La anomalía.

Un destacado escritor francés se adentra en su propia historia en esta elocuente reflexión sobre las relaciones familiares disfuncionales.

Hervé Le Tellier no se consideraba a sí mismo como un niño infeliz. Y, sin embargo, entendió desde muy joven que algo andaba mal. Alcanzados los setenta años de edad y con la distancia emocional que facilita el paso del tiempo, Le Tellier se sintió capaz de escribir la historia de su familia.

Abandonado temprano por su padre y criado en parte por sus abuelos, se vio profundamente afectado por la relación con su madre, una mujer con problemas y con percepciones dañinas sobre el amor.

En este relato perspicaz y profundamente personal, Le Tellier intenta recordar tiempos difíciles sin ira ni arrepentimiento y, a veces, incluso con humor.

Cómpralo y empieza a leer

Seix Barral

Daniel Remón

Ciencia ficción

Ciencia ficción

Remón, Daniel

9788432242915

192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

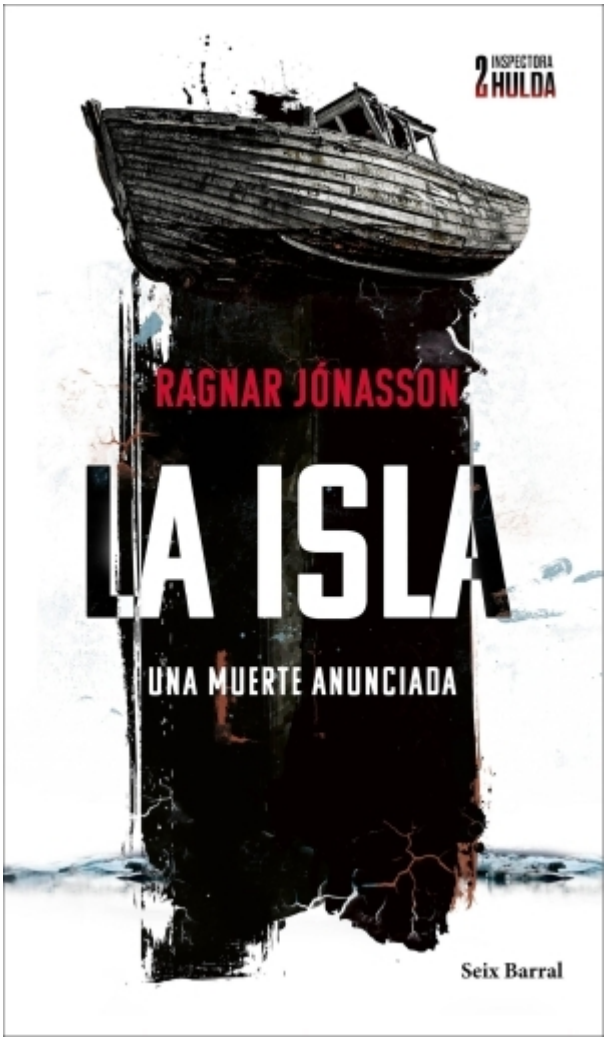
Las mejores historias de amor no duran toda la vida.

Jimena tiene treinta años y estudia en una escuela de cine. Allí conoce al narrador de esta novela. Empiezan a salir, comparten vino, viajes, conversaciones, películas malas de sobremesa y todo lo que leen y escriben.
Se van a vivir juntos, proyectan identidades, hablan del futuro. Pero el futuro llega y el fantasma de la decepción se manifiesta: ¿Es esta la persona con la que quiero compartir mi vida? ¿No existe nadie mejor ahí fuera? ¿Por qué asumimos que una relación fracasa si no dura para siempre?

Ciencia ficción es una historia de amor. En ella no hay futuros alternativos, naves espaciales o viajes en el tiempo. Mediante guiños a diversos géneros (comedia romántica, cine-ensayo, drama, fantasía y ciencia ficción), el narrador ejecuta una autopsia parecida a la que todos hemos practicado alguna vez después de una ruptura: una mezcla de memoria y mito, análisis y pura especulación.

Tras sorprender a crítica y lectores con *Literatura*, considerado «uno de los mejores debuts del año» (*Librotea*), Daniel Remón vuelve con una nueva novela: un estilo ágil y poético, una mirada tan tierna como incisiva sobre uno de los grandes temas universales.

Cómpralo y empieza a leer


2 INSPECTORA HULDA
RAGNAR JÓNASSON
LA ISLA
UNA MUERTE ANUNCIADA
Seix Barral

La isla (Serie Inspectora Hulda 2)

Jónasson, Ragnar
9788432243394
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La nueva serie policiaca de uno de los grandes autores bestseller de la novela negra. «Hulda es la mejor heroína de novela negra que hemos leído en mucho tiempo.» The Times

La inspectora de policía islandesa Hulda Hermannsdóttir es enviada, quince años antes de los terribles acontecimientos a los que asistimos en *La dama. Comienza la cuenta atrás*, a Elliðaey para investigar la muerte de una joven durante la escapada con un grupo de amigos. Hulda no tarda en establecer una conexión entre esta muerte y otra acaecida una década atrás en la que otra joven relacionada con el mismo grupo fue asesinada. Pese a que el asesino fue atrapado, Hulda no tiene dudas de la relación entre ambos crímenes y seguirá las pistas necesarias hasta desentrañar los secretos del grupo.

Ésta es la segunda parte de una serie de novela negra protagonizada por la sagaz policía Hulda Hermannsdóttir, una investigadora quien, a punto de jubilarse, se verá inmersa en una red de mentiras que le harán replantearse toda su existencia.

Cómpralo y empieza a leer

Seix Barral Biblioteca Breve

Rosa Montero

La ridícula idea de no volver a verte

La ridícula idea de no volver a verte

Montero, Rosa

9788432215803

240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«Éste es un libro sobre la vida… apasionado y alegre, sentimental y burlón.» ROSA MONTERO

Cuando Rosa Montero leyó el maravilloso diario que Marie Curie comenzó tras la muerte de su esposo, y que se incluye al final de este libro, sintió que la historia de esa mujer fascinante que se enfrentó a su época le llenaba la cabeza de ideas y emociones. La ridícula idea de no volver a verte nació de ese incendio de palabras, de ese vertiginoso torbellino.

Al hilo de la extraordinaria trayectoria de Curie, Rosa Montero construye una narración a medio camino entre el recuerdo personal y la memoria de todos, entre el análisis de nuestra época y la evocación íntima. Son páginas que hablan de la superación del dolor, de las relaciones entre hombres y mujeres, del esplendor del sexo, de la buena muerte y de la bella vida, de la ciencia y de la ignorancia, de la fuerza salvadora de la literatura y de la sabiduría de quienes aprenden a disfrutar de la existencia con plenitud y con ligereza.

Vivo, libérrimo y original, este libro inclasificable incluye fotos, remembranzas, amistades y anécdotas que transmiten el primitivo placer de escuchar buenas historias. Un texto auténtico, emocionante y cómplice que te atrapará desde sus primeras páginas.

Cómpralo y empieza a leer

Seix Barral

Paul Auster

Baumgartner

Baumgartner

Auster, Paul
9788432243370
264 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Vivir con miedo a perder es negarse a vivir. El esperado regreso a la novela de Paul Auster.

«El retrato de este hombre reflexivo que abraza la pérdida y el amor es una revelación magnífica y llena de suspense de los dramas encubiertos de cualquier vida.» *Booklist*
«Una emocionante reflexión acerca de lo que significa amar a alguien. A Auster siempre le han encantado el azar, el eco, y en *Baumgartner*, esa obsesión maravilla y electriza.» *Financial Times*
«Una novela preciosa sobre el consuelo de la memoria. Un libro para subrayar.» *Publishers Weekly*

Baumgartner es un eminente escritor y profesor universitario, tan excéntrico como increíblemente tierno, que hace nueve años perdió a su mujer. Su vida estuvo definida por el amor profundo y duradero que sentía hacia Anna y ahora, con 71 años, continúa luchando por vivir en su ausencia.
Su historia común arranca en 1968, cuando se conocen como estudiantes sin dinero en Nueva York y a pesar de ser casi opuestos en muchos aspectos, inician una apasionada relación que se prolongará a lo largo de cuarenta años. La superación del duelo por la pérdida de Anna se intercala con historias maravillosas -desde su juventud en Newark hasta la vida de revolucionario fracasado de su padre en Europa del Este- y con una poderosa reflexión acerca del modo en que amamos en distintas etapas de la vida.

Cómpralo y empieza a leer